

Georges Lefebvre

*El
gran
pánico*
de 1789

se

El Gran Pánico de 1789 es un evento sorprendente. En reacción a las incertidumbres de la Revolución, de un extremo al otro del reino, se extendió la idea de que los aristócratas estaban armando bandidos para devastar las cosechas y masacrar a la gente. Para los contemporáneos desconcertados, parecía un misterio. Aquellos que querían improvisar una explicación para ello lo asignaron a un complot que informaron, según sus opiniones, a la aristocracia o a los revolucionarios.

Una obra importante de Georges Lefebvre (1874-1959), situada en la encrucijada de la historia social y la historia de las mentalidades. Un estudio sin paralelo del papel y la importancia de las multitudes en la Revolución Francesa y en la historia.

Georges Lefebvre

EL GRAN PÁNICO DE 1789

La Revolución Francesa y los campesinos

ePub r1.0

Titivillus 08.06.2020

Título original: *Le Grande Peur de 1789*

Georges Lefebvre, 1932

Traducción: María Elena Vela Ríos

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



ÍNDICE

Prefacio

1. El campo en 1789

I. El hambre

II. Los vagabundos

III. Los motines

IV. Los comienzos de la revolución y las primeras sublevaciones campesinas

V. Los comienzos del armamento popular y los primeros “pánicos”

2. El “complot aristocrático”

VI. París y la idea de complot

VII. La propagación de las noticias

VIII. La reacción de la provincia contra el “complot”. Las ciudades

IX. La reacción de la provincia contra el “complot”. Las campañas

X. Las sublevaciones campesinas

XI. El temor ante los saqueadores

3. El gran pánico

XII. Los caracteres del gran pánico

XIII. Los pánicos primitivos

XIV. La propagación de los pánicos

XV. Los pánicos del anuncio

XVI. Los relevos

XVII. Las corrientes del gran pánico

XVIII. Los pánicos ulteriores

XIX. Las consecuencias del gran pánico

Conclusión

Apéndice
Addendum
Bibliografía
Notas

PREFACIO

El gran pánico de 1789 es un acontecimiento asombroso, cuyo aspecto exterior ha sido descrito a menudo, pero sobre cuyas causas jamás se realizó una investigación a fondo. Ante sus desconcertados contemporáneos aparecía como un misterio. Quienes querían improvisar a la fuerza una explicación, lo atribuyeron a un complot que, según cuáles fueran sus opiniones, tenía como inspiradores a la aristocracia o a los revolucionarios. Como estos últimos resultaron beneficiados, sólo la segunda hipótesis tuvo —y tiene todavía— sus partidarios. Taine, que tenía el sentido de la historia social, discernió algunos de los hechos que provocaron el miedo, pero los utilizó únicamente para explicar las revueltas populares.

Historiadores de gran mérito se ocuparon del gran pánico —Conard lo estudió en el Delfinado, Pickford en Turena y Provenza, Chaudron en Champaña meridional, Bubreuil en Evreux—, pero se dedicaron a descubrir su marcha y sus efectos más que a estudiar sus orígenes. Lo que se justifica, porque en realidad en la mayoría de las regiones el miedo se introdujo desde afuera. Remontar en cambio la corriente hasta su fuente sería otra tarea y alejaría de su tema al autor de una monografía.

Disponemos de pocos de esos trabajos parciales, realizados metódicamente, y con cierta razón cabría decir que todavía no ha llegado el momento de efectuar un estudio de conjunto. Sin embargo, podemos objetar que no es inútil hacer un balance, y que al señalar los problemas no resueltos y al sugerir soluciones

podemos suscitar y orientar nuevas investigaciones. Por lo menos, ésta es mi opinión.

No obstante, las lagunas eran demasiado grandes como para que yo pudiera limitarme a utilizar los trabajos y documentos dispersos ya publicados. Por eso aparecerán aquí algunos hechos nuevos que han surgido de las investigaciones que desde hace doce años vengo realizando en numerosos archivos, nacionales, departamentales y comunales, en los de los ministerios de Guerra y Relaciones Exteriores, así como en la Biblioteca Nacional y en algunas bibliotecas provinciales; los fondos de archivo todavía no están clasificados, los documentos continúan dispersos, la Biblioteca Nacional no posee —ni mucho menos— todas las historias locales, y mis investigaciones han sido limitadas, como es fácil imaginar. De modo que, con toda seguridad, quedan muchos hechos por descubrir. Sin embargo, espero que mi contribución no parezca desdeñable, y tengo el deber de manifestar mi agradecimiento a los archiveros, bibliotecarios y demás colaboradores que han puesto su mejor voluntad para facilitar mi trabajo, así como a todos aquellos que me han facilitado los documentos que conocían. En especial, al comandante Klippfel, de Metz; a los archiveros Caron, de los archivos nacionales, Porée, del Yonne, Duhem, del Aube, Morel, del Ain, Hubert, de Seine-et-Marne; al bibliotecario Evrard del Instituto de Geografía de la Universidad de París, a Dubois, profesor honorario en Confrçon (Ain), a Jacob, profesor del liceo Janson-de-Sailly, a Lessourd, profesor del liceo de Roanne, a Millot, profesor del liceo de Sarreguemines, y a Mauve, profesor de la Escuela Normal de Moulins. Por desgracia, las condiciones de esta edición no me han permitido dotar a este libro de un aparato crítico y de una bibliografía detallada, pero confío en publicar algún día los documentos que he recogido y las aclaraciones indispensables.

Durante mi investigación, comencé por reconstituir las corrientes del pánico —destacando de paso las causas secundarias

— y terminé por alcanzar su origen; más tarde procuré destacar las causas generales. Pero aquí quise ensayar una síntesis y no escribir un libro técnico; por lo tanto, he seguido el camino inverso. Para llegar hasta los orígenes del gran pánico, tuve que retroceder hasta los comienzos del año 1789, pero al examinar una vez más los acontecimientos que lo destacaron, me ubiqué en el punto de vista popular y di por conocida tanto la historia parlamentaria como los acontecimientos parisienses. Quizá parezca legítimo que, al tratar de explicar el gran pánico, haya procurado colocarme entre aquellos que lo han sufrido.

1. El campo en 1789

CAPÍTULO I

EL HAMBRE

“El pueblo” —escribe Taine en *L’Ancien Régime*— “se parece a un hombre que camina en un estanque, con el agua al cuello; a la menor depresión del suelo, a la menor oleada, pierde pie, se hunde y se ahoga”. Aunque su descripción de las clases populares sea sumaria, su conclusión sigue siendo válida. En vísperas de la Revolución, para la inmensa mayoría de los franceses el gran enemigo era el hambre.

La condición miserable de los obreros de las ciudades, la “chusma” urbana, no se discute. En todas las ciudades, como en París, inquietaban a los administradores en cuanto ocurría el más mínimo aumento en el precio del pan. Los menos desafortunados ganaban entre 30 y 40 sueldos; cuando la libra de pan costaba más de dos sueldos, la agitación empezaba en los sombríos barrios en que vivían y que todavía no han desaparecido. Además, al lado de los oficiales agremiados (*compagnons*), habla siempre una cantidad variable de peones y de ganapanes, ejército de reserva destinado a la desocupación, que ante la menor crisis iba a engrosar la masa de vagabundos y jornaleros agrícolas.

El juicio de Taine sobre el campo —donde nació casi siempre el gran pánico— ha sido criticado por los mismos que se decían sus discípulos. Se le ha objetado que en 1789 había ya muchos pequeños propietarios; que los campesinos no eran tan pobres como querían hacerlo creer, y que no son de confiar los cuadernos de quejas, redactados para los Estados generales. Se ha dicho recientemente: “Una gran simulación de la miseria, y, detrás de esos harapos, una vida apacible, cuando no acomodada u holgada”. En realidad, el estudio crítico de los cuadernos —que se lleva a cabo desde hace unos treinta años— ha probado su veraci-

dad, y las serias investigaciones sobre la situación de las clases rurales testimonian que Taine tenía razón.

Por cierto, en 1789 los campesinos poseían una parte importante de la tierra: quizás $1/3$ del total. Pero esta proporción varía mucho de una región a otra y de una a otra parroquia. En Lemosín, los alrededores de Sens y el sur del Flandes marítimo, poseían casi la mitad; en Cambrésis, sólo un poco más de $1/4$, y un poco menos en el Tolosano; alrededor de las grandes ciudades —por ejemplo Versalles— y en las regiones de bosques, eriales y pantanos, a menudo es de $1/10$ o $1/20$.

Como el campo estaba entonces mucho más poblado que hoy, muchas familias no poseían nada, ni siquiera una choza y su huerta: sólo una entre cinco en Cambrésis y en los alrededores de Tulle; una entre cuatro en el Orleanés; la proporción sube a los $2/5$ en el *Bocage*^[*] normando y a los $3/4$ en algunas partes de Flandes y en las proximidades de Versalles, donde pulula un verdadero proletariado rural. En cuanto a los campesinos propietarios, en general sus campos son poco extensos: 58 % en el Lemosín y 76 % en el Laonesado no poseían ni cinco arpentas —menos de dos hectáreas—; en el futuro departamento del Norte, 75 % no llegaba a tener una hectárea, lo que no alcanzaba para alimentar una familia.

La crisis agraria hubiera sido mucho más aguda si no fuera porque el régimen de explotación era más favorable para el campesino que en el resto de Europa. Los sacerdotes, los nobles y los burgueses que explotaban sus tierras por sí mismos eran poco numerosos. Como no disponían a su grado de siervos sometidos a prestaciones, como los señores de Europa central y oriental, arrendaban sus tierras al igual que los terratenientes ingleses. Pero mientras en Inglaterra la tierra era cultivada por grandes arrendatarios, en Francia existían explotaciones de todos los tamaños, desde la propiedad de cientos de hectáreas, hasta la pequeña alquería, caserío o quinta de pocas áreas, confiadas en su

mayor parte a pobres aparceros. Muchas parcelas se arrendaban por separado, de manera que hasta los jornaleros podían arrendar un pedazo de campo o de prado y los pequeños propietarios podían redondear los suyos. De este modo, disminuyó bastante la proporción de los que no tenían nada por cultivar. Pero si bien así el mal se atenuaba, no desaparecía por completo, pues la mayoría de las explotaciones no bastaban para una familia: en el Norte, entre el 60 y el 70 % no medían una hectárea y entre un 20 y un 25 % tenían menos de 5.

Además, la situación se agravaba paulatinamente porque la población crecía con regularidad —salvo en algunas regiones, como la Bretaña interior, diezmada por las epidemias. Entre 1770 y 1790 se calcula que Francia aumentó su población en dos millones. “El número de nuestros hijos nos desespera” —escriben en su cuaderno de quejas los aldeanos de La Caure a el bai-liazgo de Châlons— “no tenemos con qué alimentarlos y vestirlos; muchos de entre nosotros tienen ocho o nueve hijos”. Por lo tanto, aumentaba el número de campesinos que no tenían tierras en propiedad o en arriendo, y como a partir de esta época era frecuente que la propiedad no noble se repartiera en las sucesiones, la de los campesinos se desmenuzaba. En los cuadernos de Lorena se señala reiteradamente que los “labradores”, es decir, los que explotaban propiedades medianas, son cada vez más escasos. A fines del antiguo régimen, en todas partes hay gente en busca de tierras. Los miserables invaden las tierras comunales y deambulan por los bosques, los eriales, las márgenes de los pantanos. Recriminan a los privilegiados y burgueses que explotan sus campos por medio de sus administradores o capataces, reclaman la venta o distribución de los dominios del rey y a veces hasta de los bienes del clero. Un movimiento violento se desata contra las grandes propiedades arrendadas que, de haberse dividido, hubieran procurado empleo a muchas familias.

Todos los hombres que no tenían tierra necesitaban trabajo; los que no tenían lo suficiente como para vivir con cierta independencia necesitaban un salario complementario. ¿Dónde podían encontrarlo? Los más emprendedores o los más afortunados se convertían en comerciantes o artesanos. En algunas aldeas, y sobre todo en los burgos, había molineros, mesoneros y taberneros, vendedores de huevos y tratantes o comerciantes en granos; en el centro y el Sur, vendedores de aguardiente; en el Norte, cerveceros. Menos comunes eran los curtidores y más abundantes los carreteros, talabarteros, herreros y fabricantes de zuecos. Algunos se empleaban en la construcción o en las canteras, en las fábricas de ladrillos y de tejas. Pero la gran mayoría tenía que avenirse a pedir trabajo a los grandes cultivadores: los cuadernos de siete parroquias del bailiazgo de Vic, en Lorena, indican que los jornaleros constituyen el 82 % de la población, los del bailiazgo de Troyes, el 64 %. Salvo en la época de la cosecha y la vendimia, no había trabajo permanente; en invierno se ocupaban únicamente algunos trilladores y casi todos los jornaleros quedaban desocupados. Los salarios eran muy bajos y sin proporción con el encarecimiento de los productos, que fue continuo durante los años que precedieron a la Revolución. Sólo en tiempo de cosecha podía ejercerse alguna presión sobre los amos, lo que originaba frecuentes conflictos —sobre todo en los alrededores de París— que explican algunos de los episodios del gran pánico. En el Norte, los obreros agrícolas ganaban un máximo de doce a quince sueldos y la comida, pero en general no pasaban de diez, y en invierno de cinco o seis. Quienes tenían un campito, salían más o menos del paso en los años buenos, sobre todo cuando lograban colocar a sus hijos como aradores, pastores o sirvientes en las fincas, pero los simples peones estaban destinados a una miseria eterna, de la que da testimonio más de uno de aquellos cuadernos. Los campesinos de Champniers, en Angoumois, escri-

ben: “Sire, mi señor, ¡si vos supierais lo que pasa en Francia; que vuestra plebe sufre la mayor miseria y la más indigna pobreza!”.

Por suerte, en algunas regiones la industria rural ofrecía entradas suplementarias. Los negociantes aprovechaban esta mano de obra abundante que se ofrecía a precios ínfimos. Casi toda la hilandería, parte de la tejeduría y de la calcetería se había trasladado a las aldeas en Flandes, Picardía, Champaña, Bretaña, Maine, Normandía y Languedoc. Se daba al campesino la materia prima y a veces las herramientas: tejía en su choza, mientras su mujer y sus hijos hilaban sin tregua; cuando llegaba el momento de trabajar en el campo, dejaba el telar. La industria metalúrgica y del vidrio también eran campesinas, porque sólo prosperaban en la proximidad de los bosques, que alimentaban los hornos y eran explotados por una muchedumbre de leñadores y carboneros. Además, se empezaba a emigrar hacia la ciudad cuando la industria no podía o no quería salir de ella: en Nantes se señala un contingente de obreros temporarios que se iban en la primavera; en octubre de 1788, hubiera tenido que haber en Troyes más de diez mil desocupados, pero seis mil eran extranjeros que partieron en cuanto faltó trabajo. Naturalmente, los salarios industriales eran también malos. En la región del Norte, los obreros calificados obtenían entre 25 y 40 sueldos sin comida; los ayudantes y peones de 15 a 20. El *mulquinier* que tejía la batista ganaba a lo sumo 20 sueldos, la hilandera de 8 a 12. Pero, como probaba una municipalidad flamenca en 1790, “un hombre que no gana más que 20 sueldos por día no puede alimentar a una familia numerosa; el que no gana 15 sueldos por día es pobre”.

Hasta fines del antiguo régimen, los derechos colectivos habían significado una gran ayuda para los campesinos pobres: podían espigar y arrancar los rastrojos que la hoz dejaba muy altos y que servían para reparar el techo y llenar el establo; la obligación de abrir los campos al pastoreo les permitía enviar sus animales a los barbechos y aun a los prados, después del segundo

corte o retoño, y a veces, también después del primero; por último, muchas aldeas tenían extensos campos comunales. Pero en la segunda mitad del siglo XVIII, los propietarios privilegiados y los grandes arrendatarios, sostenidos por el gobierno, habían limitado considerablemente esos “usos”. Los campesinos resistieron como pudieron. En *Les paysans*, Balzac describió la guerra solapada e incesante que realizaron contra el usurpador y sus guardias, sin querer reconocer que los pobres no podían subsistir después de expropiados.

Al fin de cuentas, sólo en las provincias fértiles y activas y en épocas normales la mayoría de los habitantes lograba comer — bien o mal—. ¡Gran progreso, por cierto! Pero muchas otras no tenían esa suerte, y aun las más dotadas estaban pendientes de la menor sacudida, ¡y las crisis eran frecuentes!

En primer lugar, la suerte del pueblo dependía de la cosecha. Aun en los años buenos no faltaban dificultades. Como se trillaba con mayal, sólo se podía disponer de los granos de poco en poco, durante el invierno. Mientras tanto había que conservar las gavillas en almiarés por falta de graneros. ¡Cuántos peligros! Los meteoros, el fuego, las musarañas. Hasta que se trillara había que vivir del “trigo viejo”. Si la cosecha era mala, el porvenir se ensombrecía durante mucho tiempo, pues al año siguiente, como los graneros estaban vacíos, el periodo de “soldadura” de las cosechas prolongaba la escasez. Por eso los campesinos y los habitantes de las ciudades se irritaban tanto cuando veían que los comerciantes vendían los cereales fuera de la región: nunca había bastante trigo reservado. Por eso también veían con malos ojos las innovaciones agrícolas, la extensión de praderas y huertas, la introducción de oleaginosos o granza. Con estos procedimientos los grandes arrendatarios se enriquecían, pero parte de la tierra se sustraía así al cultivo de los cereales.

No sólo eran de temer los azares del cielo o de la tierra. Había, también guerras, que aumentaban los impuestos, exponían las

zonas fronterizas a requisiciones, prestaciones para transporte y peonaje, sin contar los excesos de la soldadesca y las devastaciones. Además, si bien los progresos de la industria daban trabajo a muchos, también los hacían depender de las fluctuaciones del mercado: como Francia se había convertido en país exportador, una guerra o una hambruna en regiones alejadas, un aumento de aranceles aduaneros o una prohibición condenaban al obrero francés a la desocupación.

Y todos estos azotes se desataron juntos, precisamente en los años que precedieron a la Revolución. En 1788 la cosecha fue malísima. Turquía acababa de iniciar una guerra contra la coalición formada por Austria y Rusia; Suecia acudió en su ayuda, Prusia manifestó su intención de imitarla, apoyada por Inglaterra y Holanda. Por su instigación, Polonia se disponía a sacudir el yugo de Rusia. Por todo esto, el Báltico y los mares del Levante se volvieron inseguros, y los mercados de Europa central y oriental se cerraron poco a poco. Para colmo de males, España prohibió los tejidos franceses y la moda añadió su grano de arena: favoreció a los linones, despreció las sedas y comprometió la prosperidad de las fábricas de Lyon.

Es un hecho patético y digno de compasión que la política de la monarquía haya contribuido tanto a agravar la crisis que desempeñó un papel tan importante en la ruina del antiguo régimen. El edicto de 1787 liberó al comercio de granos de toda reglamentación: los agricultores que hasta entonces estaban obligados a llevarlos al mercado, ahora estaban autorizados a venderlos directamente; la circulación por tierra y mar era ahora completamente libre y se permitía la exportación sin restricciones de ninguna especie. Se había querido así fomentar los cultivos asegurándoles precios remuneradores. Por eso, cuando fracasó la cosecha de 1788, los graneros estaban vacíos y se desencadenó entonces un alza irresistible que en julio de 1789 llegó a su apogeo; en ese momento la libra de pan costaba en París cuatro suel-

dos y medio y era más cara todavía en muchas regiones (en la región de Caux costaba seis sueldos).

Al mismo tiempo, la imprevisión del gobierno provocó una crisis de desocupación. En 1786 firmó con Inglaterra un tratado de comercio por el que se disminuían considerablemente los derechos de aduana sobre los productos importados por Francia. En sí misma, la idea era bastante buena; se sabía que era necesario adoptar las “artes mecánicas” inglesas, y el mejor medio para imponerlas a los industriales franceses era hacerles sufrir la competencia. Pero hubiera convenido dosificar los efectos y prever una adecuada protección para la producción nacional durante el periodo de adaptación. Al abrir de golpe las fronteras a la industria inglesa —cuya superioridad era aplastante— se produjo una brutal perturbación. En Amiens y Abbeville, donde en 1785 había 5.672 telares en producción, en 1789 había 3.668 inactivos, lo que permite calcular que 36.000 personas quedaron sin trabajo; de 8.000 telares dedicados a la calcetería, 7.000 no funcionaron más. Y lo mismo ocurría en todas partes, sin hablar de las otras industrias.

En época normal, la crisis no hubiera sido demasiado larga. Pero se complicaba con las restricciones de las exportaciones y se combinaba con la formidable alza de los productos de subsistencia. Entonces se volvió intolerable.

CAPÍTULO II

LOS VAGABUNDOS

El hambre engendraba naturalmente la mendicidad, plaga del campo. ¿Qué otro recurso le quedaba al inválido, al anciano, al huérfano y a la viuda, sin hablar de los enfermos? Las instituciones de beneficencia, insuficientes en las ciudades, faltaban casi por completo en las aldeas. Y aunque las hubiera, el desocupado no recibía nunca la menor ayuda: sólo podía dedicarse a la mendicidad. Por lo menos 1/10 de la población rural mendigaba todo el año, pidiendo de granja en granja un pedazo de pan o un cobre. En 1790, en el Norte, la proporción era de 1/5. En tiempos de carestía era peor, porque el trabajador permanente, al no conseguir ningún aumento de salario, no podía alimentar a su familia. Sin embargo, no había gran hostilidad contra estos mendigos y hasta algunos cuadernos llegaron a protestar contra su internación en casas de reclusión. En este caso, es probable que estuvieran inspirados por pequeños agricultores que en alguna circunstancia habían mendigado y que se sentían expuestos a la miseria en cualquier momento cuando hubieran consumido sus últimas reservas de granos y vendido sus pobres harapos, pues cuanto más miserable era la aldea, más fraternal era la comunidad. A fines de noviembre de 1789 los habitantes de Nantiat, en Lemosín, decidieron repartir los pobres más necesitados entre los vecinos acomodados, quienes debían alimentarlos “de manera que conservaran sus vidas hasta que se resolviera una reglamentación”. Pero en general los agricultores, los ricachones del pueblo, “gallos” o “matadores”, como se los llamaba en el Norte, se mostraban recalcitrantes y expresaban sus quejas en los cuadernos. Esto explica en cierto modo su cólera contra los diezmeros: una parte del diezmo debía ser destinado para alimentar a los po-

bres, y todavía, después de haberlo pagado, tenían que dar limosna al primero que se presentara. ¡Vaya y pase que se socorriera a los pobres de la parroquia, cuyas necesidades podían ser así controladas y a los que se vigilaba al distribuir la ayuda oficial. Pero los miserables salían de sus aldeas y erraban muchas leguas a la redonda. Ese vagabundeo los desmoralizaba: los que podían trabajar se convertían en vagabundos; rostros extraños e inquietantes aparecían en los umbrales. Entonces nació el miedo.

A los mendigos de buena fe se agregaban los profesionales. Los agricultores exasperados acusaban fácilmente a los mendigos de pereza y no siempre se equivocaban. Mendigar no era vergonzoso: el padre de familia cargado de hijos no enrojecía cuando los mandaba “a buscar su pan”, pues era un oficio como cualquier otro; si el pan que se conseguía era muy duro se usaba para alimentar al ganado. En las listas de impuestos figuran “propietarios”, al lado de cuyo nombre, en la columna de profesión, se agrega “mendigo”. Por tradición, las abadías repartían limosnas en fechas fijas. El cuaderno de Hornfleur dice: “El día de la distribución es un día de fiesta; los hombres dejan su pala y su hacha y se adormecen en brazos de la pereza”. Así el clero perpetuaba la tradición cristiana que consideraba la pobreza piadosamente mantenida como un estado respetable y una presunción de santidad, que los frailes mendicantes contribuían a confirmar. Durante el gran pánico, muchas alarmas “provinieron de vagabundos disfrazados de frailes de la Merced, que estaban autorizados a pedir limosna para los cristianos esclavizados por los corsarios bereberes.

Las migraciones obreras acrecían la inquietud que creaban los mendigos. La población era más inestable de lo que se puede imaginar. “Todo les es igual” —decía ya en 1754 la Cámara de Comercio de Ruán— “siempre que consigan ganarse la vida”. Además de los compañeros que migraban de una a otra región de Francia, había siempre en las rutas muchos hombres en búsqueda

de trabajo. Como ya hemos indicado, de los 10.200 desocupados que se calculaban en Troyes en 1788, unos 6.000 ya se habían ido. Algunos habían podido volver a sus aldeas, pero muchos erraban de ciudad en ciudad hasta lograr ocupación. Los trabajos del canal del Centro y del 1 de Picardía, los del dique de Cherburgo, atraían naturalmente a los desocupados, así como los talleres de caridad de Montmartre. Como no se podía aceptar a todos, los demás mendigaban mientras esperaban. Así las grandes ciudades —sobre todo París— aumentaron desmesuradamente su población flotante. El descontento y el espíritu de aventura contribuían a acrecentar la movilidad. Los sirvientes de las fincas se iban a menudo sin avisar previamente y los agricultores se quejaban, sin confesar que los trataban duramente y sin darse cuenta de que la desesperación o el disgusto engendran naturalmente la inestabilidad. Otros huían para no ser incorporados a las milicias. En París, batallones de “lemosinos” componían el ejército de obreros de la construcción: en cambio los auverñeses se dedicaban un poco a todo: algunos se empleaban todos los años en las curtiembres de Saintenge, otros iban a España, donde se encontraban con los franceses de la zona pirenaica. Y en sentido contrario, de Saboya venía a Francia una oleada continua de inmigrantes; en Lorena se quejaban de que estaban infectados de ellos. En la época de la cosecha y la vendimia las migraciones adquirirían gran amplitud; entonces los montañeses bajaban a las llanuras; de la Baja Borgoña y Lorena miles de hombres iban a Brie y Valois; Alsacia pedía refuerzos a Brisgau y a la Lorena alemana; en Caen la campiña menos parcelada recurría a la zona arbolada de pequeña propiedad; la llanura marítima de Flandes a Artois, el Bajo Languedoc a los Causses y a la Montaña Negra.

También circulaban por el campo numerosos buhoneros. Entre ellos había honestos comerciantes que prestaban grandes servicios por cuanto los vendedores al por menor eran escasos en las aldeas. Tal era el caso de aquel Girolamo Nozeda, que en la épo-

ca del gran pánico recoma Charlieu, donde era conocido desde hacía veinte años como joyero ambulante. Pero la mayoría no inspiraban confianza. Todos los años descendían desde el Bocage normando hasta Picardía y aun hasta Holanda, pobres diablos que llevaban en sus fardes los tamices de crin que fabricaban sus mujeres o los objetos de calderería realizados en Tinchebray y Villedieu. El cuaderno de Argenteuil se queja de los vendedores de pieles de conejo y en Boulonnais se quieren librar de los charlatanes y de los exhibidores de osos, sin mencionar estañadores y caldereros ambulantes. El cura prior de Villemoyenne escribía el 28 de mayo de 1738 a la Asamblea de elección de Bar-sur-Seine, que se debía pensar “en librarnos de las incursiones de un montón de gente que, usando como pretexto un fardo que arrastran por todos lados, se hacen escoltar por un montón, de niños que, lo mismo que sus madres, están a cada rato ante nuestras puertas y penetran hasta dentro de nuestras casas. Nosotros, las curas, tenemos el dolor de ver muchas bribonas seguidas por mocetones muy ágiles y aptos, en la flor de la edad, provistos de un fardo, que se entregan a francachelas en nuestras tabernas, así como el saber que se acuestan todos juntos, aunque nos consta que no están casados”.

Todos estos vagabundos, aun si no mendigaban exactamente, por lo menos iban al campo, al caer la tarde, a pedir comida y lugar para dormir. Y no se los rechazaba, como tampoco a los mendigos profesionales. No por caridad o bondad, puesto que el arrendatario echaba pestes por lo bajo: “La mendicidad, como una lima sorda, nos mina poco a poco y nos destruye totalmente”, dice el cuaderno de Villemblain, cerca de Patay. Pero se les tenía miedo. Miedo de una mala jugada, por supuesto, pero más todavía de las venganzas anónimas, de que se destruyeran los árboles o las cercas, de que se mutilara a los animales, y sobre todo, de los incendios. Además, aun si el agricultor pagaba sin chistar el diezmo del pobre, nunca quedaba en paz. No siempre el

errante era un mal hombre, pero con frecuencia no sentía gran respeto por la propiedad ajena, ¿Acaso el fruto que cuelga de los árboles de los caminos no es de quien lo recoge? ¿Qué mal hay en meter mano en las viñas cuando se tiene sed? Los mismos carreteros no eran demasiado escrupulosos: los cuadernos de Brie muestran gran agresividad contra los arrieros de Thiérache que llevaban a París el carbón de leña: con sus carretas atravesaban los campos labrantíos, forzaban las cercas para cortar camino, hacían pacer sus caballos en los prados. Con estos criterios, los vagabundos podían llegar muy lejos, cuando seguían sus instintos o el hambre los acosaba. Cuando eran ya muy numerosos —como ocurrió en 1789— terminaban por reunirse en grupos y, enardecidos, se convertían en bandoleros. El ama de casa los veía llegar de repente cuando los hombres estaban en el campo o en el mercado; la amenazaban si la limosna les parecía pequeña; tomaban cuanto querían en la hucha del pan, exigían dinero y se instalaban en los graneros. Finalmente, llegaban a pedir limosna de noche, despertando con gran sobresalto a toda la granja aterrorizada. “Unos doce vinieron a mi casa la noche del miércoles —escribía el 25 de marzo un agricultor de los alrededores de Aumale—; desde ahora hasta el mes de agosto tenemos mucho que temer”. Y el 30 de julio decía: “No nos acostamos sin temor; los pobres que andan de noche nos atormentan, sin contar con los que mendigan de día, que ya son numerosos”.

Reinaba el pánico cuando se aproximaba la cosecha. Por la noche cortaban los granos apenas maduros, y a pesar de los reglamentos, bandas de espigadores que iban de una parroquia a otra invadían los campos y se apoderaban del trigo cosechado antes que se agavillara. El 19 de junio, la Comisión intermediaria de Soissons reclamaba al barón de Besenval el envío de dragones “para asegurar que se pudiera almacenar la cosecha”; el 11 de julio, el conde de Sommyèvre, comandante militar de Artois, transmitía a París pedidos similares presentados por la municipa-

lidad de Calais, y el 16 agregaba: “De todas partes de Picardía se me piden destacamentos para conservar las cosechas”. El 24 escribían desde los alrededores de Chartres: “Está tan caldeado el ánimo del populacho, que para satisfacer sus necesidades presentes e imperiosas, puede creerse autorizado a aliviar su miseria cuando empieza la cosecha. No sólo se precipitarán a espigar su patrimonio habitual sino que, acorralados por una carestía excesiva y larga, podrán decirse: compensémonos por la miseria pasada; en la extrema necesidad todo es común; comamos hasta saciarnos... Esta expedición popular equivaldría al azote del granizo. La necesidad no respeta ni la equidad ni la razón”. Los administradores no echaban en saco roto esas quejas. “Es importante que se tomen por adelantado algunas medidas para prevenir una desgracia tan horrible e inminente, cuyos efectos causarán males incalculables”, observaba el 18 de junio el intendente de Lila, Esmangart, al ministro de Guerra: “Se trata de un temor muy comprensible ante el robo de las cosechas en los campos, antes de su maduración o en el momento de cortarlas... El proyecto de atentado del que había ya se ha concretado en varios cantones y los agricultores, propietarios y arrendatarios están aterrorizados por un mal que se debe tratar de detener aun si se aparenta que no se cree en él”. Pero los rumores llegaron hasta las ciudades, en especial a París, y se los creyó: en julio se hablaba todos los días de los trigos “segados verdes” o de cosechas arrasadas. Esta será la principal hazaña atribuida a los bandidos del gran pánico.

El contrabando aumentaba la inseguridad en los límites de las aduanas interiores, por ejemplo en la zona entre Picardía y Artois; alrededor de las grandes ciudades con fielato^[1], como París, y sobre todo en las fronteras de las regiones de gabela de primera categoría. La media fanega de sal costaba 2 libras en Bretaña y 58 en Maine. Era una diferencia demasiado grande como para que a los pobres no les tentara convertirse en contrabandistas. Un teje-

dor o un albañil de Maine, que ganaba entre 10 y 12 sueldos por día, ganaba entre 20 y 30 libras por viaje si llevaba un fardo a sus espaldas; y las mujeres no estaban menos predispuestas al fraude. En 1780 se arrestó a 3.670 que iban hacia Laval. Lo mismo ocurría en Mauges, en la frontera entre Anjou y Poitou. En 1768 este contrabando de sal degenera en guerra civil, como en los tiempos de Mandria. Un tal René Hamart, llamado Catinat, reunió diez hombres y formó partida —que llegó a tener cincuenta y cuatro miembros— que luchó contra los aduaneros. Si bien los campesinos sentían gran indulgencia hacia el contrabandista ocasional, desconfiaban mucho de los profesionales. Dice un cuaderno: “Por la mañana sale del pajar de algún granero donde se ha instalado casi seguramente a escondidas del amo; paga su alojamiento ofreciendo a bajo precio su tráfico; tienta y amenaza; embravecido, roba sin piedad —sobre todo si viene de una parroquia lejana— los víveres, los muebles, el dinero, y muy a menudo, sin la menor vergüenza, hasta la iglesia. También con frecuencia se enfurece y asesina”. Para contener el mal, los arrendatarios generales del impuesto mantenían un verdadero ejército que era aun más detestado y temido que los contrabandistas. Los aduaneros mal pagados, reclutados sin restricción, no valían más que los peores contrabandistas, y, contando con la impunidad, cometían aun más excesos que ellos. “De noche o de día, en pareja o en pequeños grupos, sin aventurarse nunca solo, se echa sobre la granja, mata al perro si ladra, mete su caballo en los establos, en los retoños, o entre las espigas en pie. Todo tiembla ante su llegada: amenaza, a los hombres, golpea a las mujeres, rompe los muebles, abre y tira los cofres, revuelve los armarios, y se va, llevándose siempre el producto de su rapiña, cuando no arrastra a algún desdichado hacia el calabozo”.

¿Quién puede asombrarse que surgieran verdaderos criminales de entre esta muchedumbre de mendigos, vagabundos hambrientos y contrabandistas? La misma autoridad judicial contri-

buía a crearlos: los asilos de mendicidad, donde el pobre cohabitaba con el malhechor, eran escuelas de criminales; una de las penas que se imponía fácilmente era la expulsión fuera de la zona de jurisdicción de la corte: el que se veía exiliado se agregaba naturalmente a la población errante. El robo de caballos, que durante la Edad Media había desesperado a Normandía y Flandes, era todavía cosa corriente en el Maine. En Picardía y Cambrésis eran numerosos los “extorsionistas”; cualquier mañana, el agricultor encontraba clavada en su puerta, al lado de un paquete de cerillas sulfurosas, una intimación que, para evitar el incendio de su casa, lo obligaba a depositar en cierto lugar un rescate que se le indicaba. Si se quejaba, acudía la justicia, que nunca encontraba nada; pero, eso sí, la granja era incendiada infaliblemente. Los malhechores operaban generalmente en partidas. Fue muy célebre la de Cartouche; en 1783 otra banda fue destruida en Orgèrre, en las fuentes del Loir, pero se reconstituyó y bajo el Directorio se hablaba todavía de ella en toda Francia; ya en el antiguo régimen esos bandidos “calentaban” los pies de sus víctimas para obligarlas a revelar sus escondrijos. En el Vivarais, después de la insurrección de los “enmascarados” —que en 1783 estuvo dirigida contra los letrados y fue reprimida con rapidez— pequeñas partidas reaparecieron cada tanto y sus operaciones degeneraron en crímenes de derecho común. En la Semana Santa de 1789, el notario Barort, de Villefort, fue golpeado, su casa invadida, sus papeles quemados. Esta era la más pura tradición de los “enmascarados”¹; pero también se les fue la mano: el 27 de marzo despojaron y asesinaron a los cónsules de una parroquia que iban a Villeneuve-de-Berg para participar en la elección de diputados para los Estados Generales. Durante esa misma primavera, surgieron en varios lugares grupos de vagabundos y mendigos dedicados al pillaje. En marzo, en Dampierre, cerca de París, se vieron cuarenta hombres enmascarados; a fines de abril, quince hombres armados se presentaron de noche y exigieron rescate a

los agricultores de la región de Etampes, rompieron puertas y ventanas y amenazaron con incendiar todo. En las proximidades de Bellême, Mortagne y Nogent-le-Rotrou, hubo que enviar tropas contra una banda de doce a quince hombres bien armados.

En épocas normales la represión era ya insuficiente. La guardia pública con sus tres o cuatro mil hombres de a caballo no daba abasto, y muchas aldeas que no tenían guardas locales para no pagarlos, cuando se decidían a hacerlo no siempre resultaba ser una idea acertada: el oficio tenía demasiados riesgos como para que se lo ejerciera con celo. Los guardas señoriales eran más activos, aunque en general se concentraban en la represión de los cazadores furtivos; como debían expulsar a los campesinos de los basques, se los miraba más bien como enemigos que como protectores. Cada tanto se hacía una redada; las ordenanzas de 1764 y 1766 condenaban a hierros y galeras al mendigo reincidente y prescribían la cárcel para los demás. Había también castigos ejemplares: el 15 de marzo de 1789 el Parlamento de París condenó a ser marcado al hierro y a galeras a cuatro picardos “por robo de granos en los campos y durante la cosecha”. Pero esta severidad intermitente no surtía casi ningún efecto. Cuando los asilos de mendicidad estaban llenos, se abrían las puertas y todo volvía a empezar. El rey sólo había conseguido liberar al país de salteadores de caminos —lo que ya era bastante—. Sin embargo, en tiempos de crisis, la fuerza pública resultaba insuficiente. El cuaderno de Saint-Viatre en Sologne dice: “De un tiempo a esta parte, no se respetan los reglamentos; la mendicidad empieza a reproducirse”. El 29 de abril de 1789 el preboste general de la guardia de Sainte-Suzanne en un informe sobre el bandolerismo en Etampes dice de sus brigadas: “están en movimiento desde el mes de noviembre pasado; se duplican y triplican para mantener el orden, la tranquilidad en los mercados y asegurar la exportación de granos de los campesinos”, pero “son insuficientes en

número, y fuerza, sobre todo para, evitar que entren en la capital tantos mendigos”, y “no pueden estar en todas partes”.

El campesino se hubiera defendido bastante bien si se le hubiera dejado en libertad para hacerlo, pues su inquietud no era cobardía, Tosco, inculto, siempre dispuesto a usar el cuchillo, celoso de su bienestar y poco respetuoso de la vida ajena, con gusto hubiera hecho fuego contra los que lo amenazaban, El cuaderno de Mairé-Levescault, del senescalado de Civray, observa que si se hiciera un patrullaje más severo “no estaríamos obligados a pasar la noche con las armas en la mano y a hacernos justicia por nuestra mano”. Pero la autoridad pública desconfiaba; las armas de fuego podían usarse contra las gentes del rey o caer en manos de los salteadores, y cuando el campesino poseía un fusil, cazaba, menos por placer que para exterminar el venado que devastaba sus tierras. Por esto a fines del antiguo régimen los señores insistían en que se los desarmara sistemáticamente: en Henao y Cambrésis en 1762 y 1771, en Flandes y Artois en 1777, en Normandía, por orden del duque de Harcourt; en Guyena, por incitación del conde de Mouchy y del conde de Esparbès en 1785 y 1787; en la noche del 26 de enero de 1789, el caballero de Hangest hizo invadir la aldea de Rumigny en Thiérache por la guardia pública para requisar armas; el procurador general del Parlamento de París obtuvo expediciones semejantes en la zona de Chartres la noche del 22 de junio; al mismo tiempo, las aldeas que rodeaban el bosque de Fontainebleau fueron sometidas a idénticas requisas.

Aunque la inquietud era general, sería erróneo imaginar que en todas partes adquiriría la misma intensidad. Había algunas zonas neurálgicas, como por ejemplo las llanuras con bosques extensos, las mesetas o las montañas; se decía en Auxois que de Morvan no venía ni buen viento ni buena gente. También lo eran las zonas de contrabando, así como los accesos de los bosques, donde pululaban leñadores, carboneros, herreros y vidrie-

ros, gente casi salvaje y muy temida —sin hablar de los sospechosos de todo tipo que se refugiaban en ellos. Esto pasaba en los bosques de Perche, cerca de Laigle y de Conches; en los de Montmirail, en el Alto Maine, en Braconne, cerca de Angulema o en el célebre bosque de Barade, al este de Périgueux. En 1789 los bosques eran más numerosos, extensos y poblados que en nuestros días; si ya no se encontraba en ellos al diablo, a las hadas o al hechicero Merlín, todavía había muchos lobos y con gran frecuencia hombres de mala catadura. Muchas veces el pánico de 1789 llegó desde allí.

Si bien es cierto que en la primavera de 1789 se cometieron muchos crímenes, no por eso hay que imaginar a Francia pasada a sangre y fuego. Después de todo, los crímenes que aparecen mencionados en los documentos de los archivos no son muy numerosos y en general predominan las amenazas, vejaciones y extorsiones. Taine ensombreció deliberadamente el cuadro que nos dejó. Artista más que historiador, le gustaba cargar las tintas y le complacía la oposición entre planos de luz y sombras, tal como ocurre con el grabado en madera. Pero aunque su descripción no tiene el valor objetivo que busca el historiador, sigue siendo verdadera si cabe desde el punto de vista subjetivo: los propios campesinos de 1789 veían la situación tal como él la describe. Carecían de todo medio de información, y, en caso de tenerlo, su falta de instrucción y de cultura les hubiera impedido utilizarlo para dar su verdadero valor a los rumores que les llegaban, siempre amplificados y deformados. Al contrario, las tradiciones populares contribuían a confirmarlos. Los relatos del anochecer las conservaban mucho mejor de lo que se piensa, aunque en forma más o menos legendaria. Durante siglos las campañas habían sido saqueadas por hombres de armas, semisoldados y semibandidos, que venían de no se sabe dónde y luchaban no se sabe bien por qué. Se hablaba de aldeas incendiadas, mujeres violadas, hombres

torturados y muertos; de todos los horrores de la guerra cuya imagen conservó Jacques Gallot.

Lorena y Alsacia recordaban muy bien a los suecos de la guerra de Treinta Años; en el Norte, todos los que perturbaban la paz eran llamados *mazarinos*, en memoria de las campañas de los ejércitos franceses en vísperas del tratado de los Pirineos. En Picardía y Normandía se temía a los *carabots*^[*] de los que ya hay noticia en el siglo xv. Quizá en el Centro y en el Mediodía, la tradición se remontaba hasta la guerra de Cien Años; en el Vivarais, en 1783, los enmascarados habían extorsionado en nombre de “la tropa inglesa”. La gente de 1789 podía citar como antecedente más próximo a Cartouche y Mandrin: se decía los *mandrinos* para designar a los contrabandistas. Hoy asombra que a fines de julio de 1789 se creyera con tanta facilidad en la llegada de los “bandidos”. La palabra aparece corrientemente en los documentos de la época; el propio gobierno la aplicaba a todo recién venido, a los mendigos reunidos en grupo tanto como a los malhechores, a los que robaban granos como a los que se rebelaban contra los señores, del mismo modo que la Convención la endilgó a los vendeanos. Y nada más natural que los contemporáneos consideraran a esos “bandidos” como un instrumento para la guerra civil, empleado por los privilegiados para aplastar al Tercer Estado. Durante demasiado tiempo casi no había existido diferencia entre soldados y bandidos y el pueblo tampoco los distinguía con claridad. ¿Acaso los soldados no se reclutaban entre los vagabundos y los harapientos, lo mismo que en la época de los “Desolladores” y de las Grandes Compañías?^[*] El miedo, hijo del hambre, que la tradición convertía en un fantasma insoportable, no era la única causa del gran pánico, pero sí la principal, y quizá la más profunda.

CAPÍTULO III

LOS MOTINES

En tiempos de escasez, el hambre provocaba también motines que a su vez suscitaban o fortificaban el pánico. El pueblo nunca admitió que la naturaleza fuera la única responsable de su miseria. ¿Por qué en los años buenos no se había hecho acopio de trigo? Porque los ricos, propietarios, y arrendatarios, en connivencia con los comerciantes y en complicidad con los ministros y demás funcionarios del rey —siempre favorables a los poderosos— hablan exportado los excedentes para venderlos en el exterior a mejor precio. Cuando se les explicaba que era necesario que el pan fuera caro para fomentar el cultivo del trigo, y que de este modo él no tendría que sufrir escasez y todo mejoraría para todos, el pobre se encogía de hombros. Si el interés general exigía un sacrificio, ¿por qué había de realizarlo él sólo? Por el contrario, esta política que agravaba su miseria aumentaba la riqueza de los demás. ¿Entonces el progreso sólo se conseguía a expensas de los miserables? En el siglo XVIII nadie se incomodaba por decirlo, y todavía hoy muchos lo piensan sin confesarlo, pero los pobres nunca querrán creerlo. En 1789 repetían que ni ellos ni sus hijos debían morir de hambre; si el gobierno consideraba adecuado aumentar el precio del pan, también debía aumentar los salarios u obligar a los ricos a que alimentaran a los pobres. Si así no fuera tomarían justicia por su mano y se vengarían.

Necker, de nuevo en el poder a fines de agosto de 1788, se apresuró a suspender la exportación, a ordenar compras en el exterior y a otorgar primas a la importación, aunque el mal ya estaba hecho: no hubo hambre pero no se pudo detener el alza y el pueblo seguía convencido de que se eludían las prohibiciones y se continuaba exportando. Por cierto, exageraba el mal, pero no

se equivocaba del todo, pues el comercio de granos, tal como se practicaba entonces, sólo podía alentar las sospechas y desatar la ira. Todos los días, a lo largo de los caminos, se veían avanzar lentamente las pesadas carretas cargadas de granos y de harinas: pertenecían al agricultor que llevaba sus cereales al mercado, al tratante que iba de un mercado a otro, al molinero que iba en busca de granos o que llevaba harina a sus clientes, al panadero que procuraba abastecerse, o se trataba de las compras del rey, de las provincias o de las ciudades, que en largos convoyes atravesaban el país en todas direcciones. ¿Cómo era posible que se muriera de hambre cuando circulaban tantos cereales? Porque se los escamoteaba al consumo y se los acaparaba para llenar los almacenes o para enviarlos al extranjero y volverlos a importar cobrando la prima prometida por el gobierno. ¿Cómo resistir la tentación de apoderarse de ellos, cuando se los paseaba sin cesar como un desafío ante los ojos de los hambrientos? Sólo había un medio para calmar la desconfianza del pueblo: reglamentar minuciosamente la circulación. En noviembre de 1788 Necker había restablecido la obligación de venderlos exclusivamente en el mercado, y en abril de 1789 autorizó finalmente el inventario de las existencias y la requisición. Si bien los Estados de Artois y algunos intendentes —por ejemplo los de Soissons y Châlons— prohibieron la salida de granos fuera de sus circunscripciones, la mayoría de los administradores, ansiosos por favorecer los cultivos, no usaron todos los poderes que se les habían conferido: preferían que las ciudades comprasen granos para revenderlos a precios más bajos que el corriente e, igual que Necker, procuraban ganar tiempo sin restringir demasiada la libertad comercial. Por lo tanto, los disturbios fueron inevitables.

Como es natural, la amenaza era más grave para las ciudades y en todas ellas —de un extremo al otro del reino— hubo continuos disturbios en marzo y abril de 1789. No hay estadísticas de estas conmociones —que serían muy instructivas tanto desde el

punto de vista histórico como geográfico— pero existen algunos datos referidos al futuro departamento del Norte, que no fue sin embargo una de las zonas más afectadas: sublevación en Cambrai el 13 de marzo, en Hondschoote el 22, en Hazebrouck y Valenciennes el 30, en Bergues el 6 de abril, en Dunquerque el 11, en Lila el 29, en Douai el 30, en Cambrai el 6 y 7 de mayo, en Valenciennes, Armentières, Hazebrouck y Estaires en mayo, en Dunquerque el 6 y el 20 de junio, en Armentières a mediados del mes, en Valenciennes el 30, Algunas de estas revueltas tuvieron gran repercusión, como la de Orleáns, el 24 y 25 de abril, y la del suburbio de Saint-Antoine, el 27 y 28 del mismo mes. En estos casos, para dar un ejemplo, se acostumbraba arrestar al azar a algunos de los sublevados y colgarlos o enviarlos a galeras sin muchas formalidades. Esto se hizo en París, Cette, Cambrai y Bagnols. El 24 de mayo, el rey decidió encargar a la justicia prebostal que reprimiera las sublevaciones, A fines de mayo y en junio hubo un momento de calma por que se esperaba que los Estados generales solucionaran la situación, pero en julio todo recommenzó y hubo disturbios en Ruán, el 12 y 13 de julio, en Sens el 13, en Amiens el 13, 14 y 15. Las tropas y la guardia pública se dispersaban, corrían de un mercado a otro, llegaban demasiado tarde o se sentían impotentes. Se saqueaba el trigo en el mercado y en los depósitos privados o públicos y se lo repartía, pagándolo al precio que el mismo pueblo fijaba. Más de una vez la fuerza pública pactó con los revoltosos: los soldados compartían las preocupaciones de la muchedumbre y los abrumaba tener que reprimirla. El 2 de abril, el intendente de Alençon escribía a este respecto: “la guardia pública, que no razona mejor, y que quisiera pagar más barato el pan, quizá no hace todo lo que debiera para prevenir las sediciones”; en Bellême, el sargento de la guardia pública contribuía “con sus palabras a soliviantar el ánimo del pueblo”. El 16 de julio, el señor de Sommyèvre, comandante

militar de Picardía, decía: “no puedo ocultar que las tropas han mostrado poca disposición y firmeza”.

Al contrario de lo que se cree, el campo estaba tan inquieto como las ciudades. Por supuesto, los grandes arrendatarios y los agricultores acomodados querían libertad para vender caro, pero la inmensa mayoría de los campesinos coincidía con la plebe urbana. Las reservas de los labradores y aparceros se terminaron muy pronto, y los jornaleros agrícolas estaban en una situación peor aún que la del obrero de la ciudad, pues las municipalidades de las aldeas no podían o no querían hacer nada por ellos y mientras el arrendatario les rehusaba el grano con el pretexto de que estaba obligado a llevarlo al mercado de la ciudad más próxima, ésta, a su vez, procuraba mantenerlos a distancia. No quedaba entonces otro recurso que detener al paso los carros de granos o de harina y apoderarse de los sacos, pagando el precio que se quisiera o aun sin pagar. En estos casos, la fuerza pública ni siquiera podía intervenir: sólo los convoyes importantes tenían escolta y en general no bastaba para evitar el robo. En septiembre de 1788 el síndico de Avoise, cerca de la Flèche, escribía poco después de una revuelta: “ni por cien luís es se encontraría en media legua a la redonda quien quisiera traer hasta aquí una carreta de trigo. El populacho ha llegado tan lejos que mataría por una medida de trigo. La gente honesta no se atreve a salir de sus casas, al caer la noche”.

Pero el mercado creaba, entre la ciudad y el campo, un vínculo tan sólido que nada hubiera podido destruirlo. A pesar de que en 1787 se había permitido la venta a domicilio y aun antes de que Necker revocara el edicto, el arrendatario, aunque vendía al comerciante que venía a su casa, ya fuera por miedo o por costumbre, no había dejado, de llevar sus granos al mercado con toda regularidad. Si la ciudad se aferraba a su mercado porque la alimentaba y quizá, más todavía porque vivía de las compras y el dinero de los parroquianos que lo frecuentaban, el campesino

tampoco lo despreciaba, porque era su principal diversión, Young se burlaba del rústico que recorría leguas para ir a vender un par de pollos y se indignaba cuando lo veía derrochar su tiempo y el poco dinero que le reportaban sus ventas porque no tenía, en cuenta el factor psicológico. El mercado era además la gran ocupación de los consumidores: allí compraban su provisión de granos para toda la semana o el mes, lo hacían moler y lo cocían o daban la masa a los panaderos para que la cocieran. En algunas grandes ciudades, como París, existía ya la costumbre de comprar al pan todos los días en las panaderías, pero en el resto del país, sólo los pobres, que carecían de toda reserva, compraban su pan cada día. Por lo tanto, de todos lados acudían al mercado los jornaleros del campo, y cuando estallaban los disturbios eran los primeros en participar, y sí se intentaba alejarlos, los provocaban. Luego volvían muy animados a sus aldeas, y al contar sus hazañas, sembraban la rebelión entre sus camaradas y el terror entre los agricultores. “Sería muy interesante”, recomendaban en su cuaderno los arrendatarios de la Chapelle-Bénouville, en el bailiazgo de Arques, “impedir que los rumores, emociones y sediciones del populacho se difundan en los abastos y mercados, donde los labradores se encuentran expuestos a injurias y obligados a vender su trigo al precio que los compradores quieren pagar”; y agregan los de Croixdalle: “sin esto, nos veremos obligados a abandonar la agricultura”.

Pero a pesar de esta solidaridad, también existía oposición entre ciudad y aldea. Los burgueses tenían miedo de los campesinos ávidos y hambrientos, que venían a apoyar a la plebe urbana y temían que después de haber saqueado el trigo atacaran, las casas de los ricos. El 22 de abril la municipalidad de Bergerac anunció con urgencia a la de Périgueux que los campesinos se preparaban para ir a la ciudad y apoderarse de las mercancías; el 24 de junio Bar-sur-Aube tomó medidas “de seguridad para los almacenes de la ciudad y para evitar los incendios con que el po-

pulacho de fuera ha amenazado a los habitantes con pretexto de que no hay bastante pan en los mercados”; el 13 de julio, en Sens, “la población del campo” tomó por asalto el almacén de granos; en 18, en Amiens, los campesinos acudieron en masa exigiendo que se los hiciera participar de las rebajas que el 14 se habían acordado a los compradores de la ciudad; el 21, en Lila, se desató la revuelta ante la llegada de campesinos que querían obligar a los canónigos de Saint-Pierre a distribuir a los pobres el tercio de los diezmos; en Montdidier, el 25, la milicia desarmó a los rurales que acudían al mercado con garrotes. Por todo esto; el campo aterrorizaba a la ciudad.

Pero lo contrario era también verdadero. Los agricultores temían a los habitantes de las ciudades, que amenazaban con venir a quitarles su trigo si no se lo llevaban. Sabían que las municipalidades urbanas procuraban arrancar a los intendentes las órdenes de inventario y requisición, Pero más temibles aún eran las expediciones espontáneas organizadas por la gente de las ciudades para ir de finca en finca a comprar o más bien a exigir la entrega de granos. En la Ferté-Bernard, durante los disturbios de los primeros días de abril, los sublevados deambularon por toda la región; en Agde, el 17, “se dividieron en pelotones y fueron a perturbar los trabajos del campo”; el 1.º de marzo el intendente de Alençon informaba que, habiendo los labradores anunciado que dejarían de ir al mercado porque se había puesto tasa a los granos, “el pueblo dijo que los conocía y que si no lo llevaban, irían a buscarlo a sus casas”.

Por su parte los campesinos, siempre dispuestos a robar a los arrendatarios, no querían, sin embargo, que se vaciaran los graneros ya que pretendían reservárselos, y se aterrorizaban ante la llegada de los perturbadores urbanos, pues hasta el último habitante de la aldea corría el riesgo de padecer sus violencias. De este modo, la ciudad atemorizaba al campo.

Pero además la gran ciudad provocaba la alarma de la más pequeña, porque pretendía comprar en su mercado y enviar a tal efecto a comisarios con escolta. Después del 14 de julio París sembró la alarma en Pontoise, Etampes y Provins con propósitos semejantes.

En tiempos normales, el arbitraje del intendente y la intervención de la fuerza pública suspendían el efecto de las amenazas y arreglaban bien o mal los conflictos, pero cuando se paralizó la autoridad de la administración real, se desató el pánico general.

La revuelta engendrada por el hambre podía adquirir fácilmente una forma política y social. Política, porque se volvía contra la municipalidad, el alcalde y su delegado o el gobierno. En primer lugar, se sospechaba que el rey protegía a los acaparadores y que, para llenar sus arcas, participaba secretamente de sus operaciones. Las operaciones de la compañía Malisset, encargada por el gobierno de Luis XV del aprovisionamiento de París, arraigaron profundamente la idea del “pacto del hambre”. En realidad, es una mera leyenda que los ministros hayan querido proveer a las necesidades del Estado especulando con el trigo, pero es factible que personajes encumbrados se hayan interesado en la compañía Malisset con la esperanza del reparto de grandes dividendos, así como que intrigaran para “montar en ancas” de un financista de impuestos, o que los agentes de la compañía hayan especulado por su propia cuenta escudándose en sus privilegios. Hasta es posible que Luis XV hubiera invertido en esta empresa fondos de su caja particular. En 1792 el intendente de la lista civil, el señor de Septeuil, especulará por cuenta de Luis XVI sobre la baja del cambio, comprando mercancías en el extranjero. Cuando Necker introdujo granos del exterior, se sospechó de todos los que se encargaban de realizar sus órdenes o que aceptaron convertirse en depositarios del Estado en las provincias. Lo mismo pasaba en los municipios y con los negociantes que actuaban como sus comisionistas. No sólo el pueblo —cuya

estupidez vituperó Taine— tenía esta convicción; en diciembre de 1788, el librero Hardy, de París, al observar que el Parlamento deliberaba sobre el acaparamiento sin decidirse a tomar medidas, hacía esta reflexión: “Era un plan elaborado en muy altas esferas como para que los magistrados pudieran tocarlo”. Perrot, secretario del duque de Beuvron, en Normandía, escribía el 23 de junio: “Nadie me quitará de la cabeza que el intendente y los funcionarios municipales (de Caen) son los primeros beneficiarios del monopolio”. El 26 de septiembre de 1788, el alcalde de Mans, Négrier de la Ferrière, acusaba a la guardia pública de recibir prebendas de los acaparadores, Es posible que algunos comentarios irresponsables de los cortesanos, escuchados al vuelo por los sirvientes, difundidos y deformados al pasar de boca en boca, hayan envenenado los ánimos, “Si no tienen pan, que coman tortas”: nada prueba que la reina haya hablado así, pero no sería difícil que un cortesano hubiera dicho la frase sin tomarla en serio. Foulon no es el único al que se ha imputado el dicho que el pueblo no debía comer sino pasto. En Lons-le-Saunier, dos miembros del Parlamento fueron acusados de haber querido “hacer comer pasto al pueblo”; en Sainte-Maure (Turena) Turquand, procurador del rey en el municipio, y su hijo, fueron inculpados de propósitos insultantes: “que se obligue a esos mendigos campesinos a comer pasto y raíces para vivir, a hacer sopa para sus hijos con la raspadura de piedra blanca y que las mujeres no se sácien con su ración de pan de cebada”. En el año II se arresté en Orleáns a un regidor porque, según se decía, en 1783 había opinado que “si las niñas murieran habría bastante pan”, comentario que otros reprodujeron así: “habría que tirar los niños al río, porque el pan es muy caro”. Muchas personas que por su condición, sus funciones o sus palabras más o menos deformadas gozaban de la animadversión general, fueron víctimas de los disturbios antes y después del 14 de julio: en Besaron, en marzo, se robó a varios consejeros del Parlamento o tuvieron que huir:

el intendente de París, Bertier, y su suegro Foulon fueron masacrados en París el 22 de julio; lo mismo le pasó a los comerciantes Pellicier en Bar-le-Duc y Girard en Tours; el alcalde de Cherburgo, que era también subdelegado y lugarteniente del bailiazgo, vio su casa devastada y conservó su vida sólo porque huyó, precipitadamente. De este modo los disturbios provocados por el hambre dislocaron al personal administrativo, judicial y de gobierno.

Además, había tanta miseria porque las cargas del pueblo eran excesivas. Todo el mundo se quejaba de los impuestos, como se ve en los cuadernos. Los impuestos directos —talla, capitación, vigésimo— aumentaban constantemente y en 1787 Birenne había aprovechado la primera reunión de las Asambleas provinciales recién organizadas para tratar de conseguir un aumento de los vigésimos. Más intolerable aun parecían los impuestos indirectos instituidos por el rey: en las regiones de gabela de primera categoría la sal obligatoria costaba 18 sueldos la libra; los subsidios gravaban muchos productos y en especial las bebidas; los peajes y derechos de mercado se cobraban hasta sobre los granos, y a todos ellos había que sumar las cargas locales. Sin embargo se han elogiado mucho las ventajas que las franquicias provinciales y municipales significaban para el pueblo. Es cierto que en las regiones que conservaban sus Estados provinciales el impuesto real era menor, puesto que la oligarquía provincial, sabedora de que todo aumento de impuesto reducía los arriendos, resistía con todas sus fuerzas las exigencias del poder central. Pero al mismo tiempo, manejaba el presupuesto local de tal manera que todo el peso recaía sobre el pueblo a través de una serie de impuestos indirectos —que el mismo Taine juzgaba indignantes— como el derecho de molienda, el *piquet* (requisa) provenzal, o las tasas sobre el vino y la cerveza. Le mismo hacían muchas municipalidades que extraían sus recursos de los arbitrios y privilegios que aumentaban a su vez el costo de la vida. Por lo tanto, las rebelio-

nes del hambre se volcaban contra los impuestos: se negaban a pagarlos, se exigía la supresión de los fielatos, se proscribía sin piedad a los agentes de los arrendatarios generales. Como entonces las arcas públicas quedaban vacías, la consecuencia indirecta de los disturbios era que el rey ya no podía gobernar y que la máquina administrativa se volvía aun más pesada.

El movimiento también hacía tambalear el edificio social. El impuesto real hubiera sido menos pesado si los privilegiados hubieran pagado la parte que les correspondía, y hubiera sido menor aún si sus exigencias no hubieran obligado al rey a aumentar sus gastos. Hubiera parecido menos intolerable, si esos mismos privilegiados, para colmo, utilizando el diezmo y los derechos feudales, no hubieran sustraído al campesino una parte de sus ganancias: cuando se superponían el diezmo y el *champart*^[*] —lo que no ocurría siempre— perdía una sexta o una quinta parte de su cosecha. De este modo, los diezmeros y los señores se convertían en acaparadores natos, y se los atacaba por los mismos motivos que a los comerciantes. Se podría decir en su favor que sus trojes eran graneros de abundancia y constituían una preciosa reserva, pero nadie ignoraba que muchos de ellos esperaban el alza para vender. La misma administración lo reconocía, y en tiempos de crisis intervenía para incitarlos discretamente a moderar sus pretensiones y a proveer a los mercados. A todo esto se agregaba el hecho de que el señor tenía el monopolio de la molienda y la arrendaba, y que el molinero del molino del derecho señorial también realizaba pequeñas exacciones para aumentar su ganancia; engañaba en el peso, vendía el turno de favor, y percibía el censo en especie, así como su amo percibía el *champart* y los derechos de mercado. Por todo esto se originaba una irritante paradoja: cuanto más caro era el grano, más pesadas se volvían las cargas feudales. Y para colmo, hasta las palomas y la caza del señor vivían a expensas del campesino: en los alrededores de París y de Versalles, las capitanías^[*] del rey y de los príncipes sembra-

ban la desesperación. La caza, privilegio exclusivo de los gentileshombres, les permitía cometer mil abusos de los reglamentos, mientras el campesino sólo obtenía compensación luego de costosos e inciertos procesos.

Hasta ahora sólo hemos hecho referencia a los derechos feudales que afectaban directamente a la pobre pitanza del campesino, pero además de ellos pagaba muchos otros que constituían una inextricable maraña que sería absurdo tratar de desentrañar aquí. Basta con recordar que en tiempos de crisis parecían mucho más insoportables, tanto más por cuanto a fines del antiguo régimen, los señores, también empobrecidos a consecuencia del alza de las mercancías y los progresos del lujo, los cobraban con más exactitud y rigor que antes. Como no entendían mucho de eso, los arrendaban, y los derechohabientes se mostraban aun más exigentes que ellos. Se redactaban nuevos registros de derechos señoriales; se actualizaban derechos caídos en desuso y reclamaban pagos atrasados que eran exorbitantes, puesto que las rentas señoriales sólo prescribían a los treinta años. En muchas provincias los grandes propietarios habían conseguido que se les permitiera Cercar, lo que impedía al campesino hacer uso del derecho de pastos en común en esas tierras, mientras los propietarios hacían valer el suyo en las tierras de sus vasallos. También obtuvieron el reparto de las tierras comunales y se quedaron con la tercera parte; se esforzaron por suprimir el derecho de uso de los bosques, que entonces eran muy productivos pues el progreso de las forjas y fábricas de vidrio había hecho aumentar el precio de la leña.

Los campesinos, exasperados por el hambre, no tardaron en amenazar a la aristocracia con una terrible explosión. Pero la burguesía no estaba exenta de peligro: como les nobles, los burgueses tampoco pagaban impuestos, poseían muchos señoríos, desempeñaban las funciones de jueces e intendentes; y eran ellos quienes arrendaban la percepción de derechos feudales. Tanto como los diezmeros y los señoras, los grandes arrendatarios, los

agricultores acomodados y los comerciantes de granos se beneficiaban con la política agrícola del rey que restringía los derechos colectivos (que el campesino quería conservar) y que, al liberar el comercio, permitía aumentar el precio de los productos. El pueblo no quería morir de hambre y consideraba que no había razón para que el rico, sea quien fuera, no contribuyera para evitarlo. Los letrados, rentistas, negociantes, arrendatarios y propietarios agrí colas, los judíos en Alsacia, todos estaban tan amenazados como el clérigo y el noble. Llegado el momento, ellos también sentirían pánico.

Del mismo modo que los disturbios de la ciudad provocaban el pánico en el campo y viceversa, los campesinos sublevados se convertían en objeto de terror unos para los otros. Los que se rebelaban no admitían fácilmente que no se los siguiera y no vacilaban en obligar a los demás: exigían, la adhesión de las aldeas vecinas amenazándolas con saquearlas e incendiarlas si se negaban; cuando la banda se detenía en su camino para beber y comer, ningún pobre podía dejar de compartir su mendrugo con sus camaradas rebeldes. En Wassigny (Thiérache) en lo peor de las sublevaciones de mayo, se anunció la llegada de bandas que recorrían la campaña. Entonces los campesinos, que no estaban libres de culpa, tomaron las armas e iniciaron la lucha para impedirles la entrada a la aldea; hubo tiros de fusil, heridos y prisioneros. Así, toda rebelión despertaba en el campesino el deseo de imitarla, y al mismo tiempo lo asustaba. El pueblo creaba el pánico en sí mismo.

Sin embargo el viejo edificio feudal y monárquico había resistido muchas crisis de este tipo; durante los más gloriosos reinados no habían faltado las *lacqueries*. Pero el rey y los nobles habían conseguido siempre reimponer al humilde su servidumbre. En 1789, una novedad increíble había exaltado al campesino más allá de todo lo imaginable; el mismo Luis XVI, para sustraerlo

por fin a su milenaria sujeción, había convocada los Estados generales.

CAPÍTULO IV

LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN Y LAS PRIMERAS SUBLEVACIONES CAMPESINAS

Desde tiempo atrás, los más sensatos aconsejaban que se pusiera orden en las finanzas del reino. La repartición de los impuestos era un atentado contra la justicia y el sentido común; contra la justicia, porque menos se pagaba cuanto más rico se era; para el sentido común, porque el gobierno, para favorecer la prosperidad de la agricultura, agobiaba al campesino y le impedía ahorrar. Y sin ahorros no podía haber capital para las explotaciones y por supuesto, tampoco para mejorar los cultivos.

Aunque esos problemas no quitaban el sueño a la mayoría de los inspectores generales, había otro que a la fuerza debían tener en cuenta: encontrar el dinero necesario para subvenir a los gastos públicos, que crecían sin cesar. A medida que el poder real extendía sus atribuciones, debía ampliar su burocracia, su guardia pública y su policía; como además había una constante alza de precios, era inevitable que el presupuesto aumentara; y por último, Luis XVI había intervenido en la guerra de Norteamérica, que había costado mucho. Aun si todos los ministros hubieran sido austeros, no hubieran podido evitar que los gastos fueran cada vez mayores. Por desgracia para el régimen, los contemporáneos no querían creer nada de eso: criticaban el derroche de la corte, la multiplicación de los funcionarios y la avidez de la aristocracia. Por cierto, Luis XVI hubiera podido realizar economías: la corte insumía cantidades increíbles de dinero, las sinecuras eran incalculables y los oficiales del ejército costaban tanto como toda la tropa junta, pero era imposible reducir seriamente los gastos sin romper con la aristocracia, y en tal caso, la monarquía hubiera realizado una revolución. Los ministros que lo in-

tentaron fracasaron y los otros se limitaron a lanzar empréstitos o a inventar pequeñas exacciones fiscales. En 1787 el crédito se había agotado y Calonne comprendió que no había otro medio para salir adelante que crear un nuevo impuesto de gran rendimiento. Hasta el más lelo se hubiera dado cuenta de que el pueblo ya no podía dar más, y puesto que Calonne no era un tonto ni mucho menos, propuso que los privilegiados también pagaran el nuevo impuesto territorial. ¡Gran reforma! Por supuesto, los ricos pagarían más, pero también lo harían los pobres, y como el monto total se repartía en forma tan absurda como antes, sólo el tesoro se beneficiaría. Cuando se consultó a los privilegiados reunidos en una Asamblea de notables —cuyos miembros fueron sin embargo elegidos por el rey— les resultó muy fácil erigirse en defensores del “bien público”, con lo que provocaron la caída de Calonne. Cuando Brienne, sucesor de Calonne, retomó el proyecto, los Parlamentos le opusieron una resistencia invencible y reclamaron la reunión de los Estados generales que, según decían, eran los únicos autorizados para consentir el establecimiento de un nuevo impuesto. El rey capituló y por primera vez desde 1614 se convocó a los Estados generales. Simultáneamente se desató otro conflicto, esta vez con las Asambleas provinciales creadas por Brienne. En realidad, sólo eran provinciales de nombre, puesto que se habían instituido por *généralité* o departamento de intendencia, y su principal defecto consistía en que eran nombradas por el rey. Por lo tanto, la aristocracia reclamó el restablecimiento de los antiguos Estados provinciales, elegidos por los tres órdenes como los Estados generales. En el Delfinado se reunieron espontáneamente en julio de 1788, y también en esta ocasión el rey capituló; concedió los Estados al Deificado, al Franco Condado, a Provenza y a otras provincias. Esto permitió decir a Chateaubriand que los ataques más fuertes corara la antigua constitución del Estado provinieron de los gentileshombres.

Los patricios comenzaren la Revolución y los plebeyos la terminaron.”

Este primitivo impulso aristocrático de la Revolución, que tantos escritores han escamoteado, explica la violenta reacción del Tercer Estado, y dio origen a la idea del complot de los privilegiados, sí a la cual no se podría entender el gran pánico. ¿Qué quería en realidad la aristocracia? Retomar la dirección del Estado. Su conflicto con Luis XVI era sólo el epílogo de las luchas que la nobleza había sostenido contra la realeza desde el advenimiento de los Capetos. Hay quien dice que criticaba violentamente el despotismo y que quería obligar al rey a promulgar una constitución que impidiera que en lo sucesivo se votaran, leyes o se crearan impuestos sin consentimiento de los Estados generales. Eso es cierto, pero para la nobleza, los Estados generales debían continuar divididos en tres órdenes, cada uno con un voto, de tal modo, que la mayoría quedara asegurada para el clero y la nobleza. Algunos pretendían también que cada orden tuviera derecho de veto, para impedir cualquier intento de coalición entre el clero y el Tercer Estado contra la nobleza. Pero el Tercero, tal como lo concebían, no hubiera podido utilizar ese veto; se pretendía que los diputados fueran elegidos por los Estados provinciales, en los que el Tercero sólo estaba representado por los comisarios de las municipalidades privilegiadas, que habían comprado sus cargos y que a menudo se habían ennoblecido o aspiraban a ennoblarse. Como el rey no cedió ante esta exigencia, el alto clero y la nobleza de Bretaña: jamás fueron a Versalles, y por la misma razón, la mayor parte de la nobleza provenzal no participó en las elecciones. Si el rey los hubiera escuchado, la aristocracia hubiera designado a la gran mayoría de los diputados del Tercero, tal como ocurría en la Cámara de los Comunes en Inglaterra.

También se ha hablado mucho del ofrecimiento que clero y nobleza hicieron de contribuir a los gastos públicos, No hay que

exagerar: una pequeña parte estaba sinceramente dispuesta a hacerlo, pero otra minoría se sentía ofendida ante la idea de pagar como los no nobles: en Alençon, los privilegiados se negaron a inscribir en sus cuadernos toda renuncia a exenciones pecuniaras y no es esté un ejemplo aislado. Los otros se limitaron a ofrecer su cooperación para eliminar la deuda y suprimir el déficit, o especificaron que se fijarían impuestos a sí mismos y por separado. Los más generosos llegaron a aceptar que pagarían el impuesto pura y simplemente como las otras clases. En general se escandalizaban ante la idea de una nación donde todos los ciudadanos tendrían los mismos derechos y pretendían conservar sus prerrogativas honoríficas, reservarse los grados y —con mayor razón aún— perpetuar las servidumbres feudales. Si hubieran dominado el Estado, habrían inaugurado una formidable reacción aristocrática. En las correspondencias del último período del antiguo régimen pueden rastrearse muchos testimonios de esta manera de pensar. En 1767 el señor de Rohan-Chabot escribía a un habitante de su dominio de Jarnac, uno de cuyos abuelos —según se decía— era responsable de un movimiento dirigido contra el pago de la *banalité* (monopolio) del horno: “Vuestro abuelo nació vasallo de mis padres; ni siquiera vasallo, pues tal título corresponde sólo a la nobleza, sino terrazguero y villano[*] del dominio de Jarnac; sin autorización del rey, nuestro señor común, no puede sustraerse ni al más insignificante de los derechos que hace siglos le impusieron los antiguos poseedores de la tierra que sus padres roturaron. Debe saber que soy inflexible y que siendo tan fuerte como soy, será castigado, él y todos los que se le unieron”. En 1786 el jefe de la Cancillería del duque de Deux-Ponts en Ribauvillé decía: “Las comunidades son enemigas natas de sus señores en Alsacia... Hay que alimentarlas, pero es peligroso engordarlas”. Los ennoblecidos eran igualmente obstinados: Madame Duperré de l’Isle, esposa del lugarteniente del bailiazgo presidial[**] de Caen, para recordar a Camus cuál era

su papel en los Estados generales, le escribía el 9 de julio de 1789: “¡Qué locura decir que el Tercer Estado es todo, porque son veintitrés millones contra uno! ¿Se cuenta acaso a todos los asalariados, obreros, mendigos, criminales detenidos en prisiones o en casas de reclusión, a los jóvenes, mujeres y niños? Si se los descuenta, se verá a cuántos quedan reducidos esos veintitrés millones... Todo está en orden, cada cosa en su lugar, nada ha sido exaltado ni tampoco envilecido: tres potencias con los mismos derechos y la misma autoridad. ¿Qué francés honesto no se enfurecerá al ver que se quieren derogar leyes tan respetables?”. Y agregaba el 3 de agosto: “El pueblo ignorante y sometido no es la nación; abulta pero no tiene peso ni consistencia”.

Sin embargo la alta burguesía —financistas, grandes negociantes, los que “vivían noblemente” de sus rentas— no era hostil a la conciliación. En el Delfinado, donde la mayoría de la aristocracia parecía dispuesta a aceptar el voto por cabeza y la igualdad civil, burgueses y grandes señores hicieron causa común y redactaron los cuadernos de la provincia sin consultar a las comunidades rurales. Si este acuerdo se hubiera generalizado, la nobleza hubiera conservado sus prerrogativas honoríficas, sus bienes y hasta una posición preeminente en el Estado. Pero fueron muy pocos los bailiazgos —tales como Bourg y Longwy— donde aceptó redactar un cuaderno común con los otros dos órdenes. En Chateauroux se negó absolutamente a hacerlo.

La burguesía —sobre todo los letrados, que arrastraron a los comerciantes y artesanos— devolvió golpe por golpe, y un conflicto de clases se desencadenó, en todo el país. A fines de 1788 afluyeron innumerables peticiones solicitando al rey que se les otorgara tantos diputados como a los otros dos órdenes (lo que se llamó duplicación) y el voto por cabeza. Cuando el rey dispuso la duplicación, la lucha continuó en los Estados provinciales. El 6 de enero de 1789 los nobles del Franco Condado se alzaron contra la decisión de Luis XVI y se los llamó protestantes. Tam-

bién se opusieron los gentileshombres del Bajo Poitou, reunidos en Fontenay-le-Comte el 17 de febrero, por iniciativa del señor de La Lézardière. El choque fue muy violento en Aix, donde la potente voz de Mirabeau cubría de invectivas a la aristocracia que lo había repudiado, y en Bretaña, donde el 8 de enero los nobles rechazaron toda reforma de los Estados provinciales y se juramentaron para “no entrar jamás en ninguna administración pública que no fuera la de los Estados, formada y regida por la constitución actual”. El 27 de enero estalló la guerra civil en las calles de Rennes: los jóvenes burgueses habían realizado un pacto federativo y los de Nantes y Saint-Malo habían acudido en su auxilio; el 17 de abril los gentileshombres de Saint-Brienc se comprometieron por un nuevo juramento a no comparecer ante los Estados generales.

Hasta ese momento el pueblo —sobre todo el de las campañas— no se había conmovido. Las disputas entre el rey, los privilegiados y los burgueses no los afectaban; en muchos casos ni siquiera le enteraron de ellas. Pero todo cambió a partir del 29 de enero de 1789, cuando el rey decidió que los diputados del Tercer Estado serían elegidos en cada bailiazgo por los delegados de las comunidades, urbanas y rurales: entonces los habitantes de las aldeas fueron convocados para constituir las asambleas electorales. El derecho de sufragio era muy amplio, pues votaban todos los franceses de veinticinco años inscriptos en las listas de contribuciones. No sólo se les pedía que eligieran sus representantes, sino también que redactaran los cuadernos de quejas: el rey quería oír la voz de su pueblo conocer sus sufrimientos, sus necesidades y sus deseos para corregir los errores. ¡Qué novedad extraordinaria! La miseria desaparecería puesto que el rey, ungido por la Iglesia y lugarteniente de Dios, era todopoderoso. Pero al mismo tiempo que renacía la esperanza, se exacerbaba el odio contra el noble: convencidos de que contaban con el apoyo del príncipe, e incitados a expresar su opinión, los campesinos rezumaron

con creciente amargura sus quejas actuales y rescataron del fondo de sus memorias el adormecido recuerdo de las injurias pasadas.

En los cuadernos se evidencia esta confianza en el rey y este odio hacia el señor: “Gracias a Dios, no hay nobles en esta parroquia”, decían en Villaine-la-Juhel (Maine). “Tienen cuatro señores ocupados en chuparles la sangre”, declaraban los campesinos de Aillevans en el Franco Condado. “Los nobles y los señores del alto clero tratan a los bretones como esclavos”, observaban los habitantes de Pont-l’Abbé, en el bailiazgo de Quimper. Pero si nos limitáramos a los cuadernos, tendríamos una idea incompleta de la agitación provocada por la convocación de los Estados generales, pues los campesinos no siempre dijeron todo lo que pensaban. ¿Cómo no habrían de desconfiar si en general el juez del señor presidía la asamblea? Muchos que tenían derecho de participar no lo hicieron, y muchos más estaban excluidos —sirvientes, hijos “a cargo de sus padres”, jornaleros miserables. Otros documentos reproducen con más exactitud las esperanzas del pueblo. El 12 de julio, cuando recorría a pie las Islettas, Arthur Young encontró a una pobre mujer que le habló de su miseria: “Se decía que los grandes personajes harían algo para aliviar la situación de los pobres, pero ella no sabía quién ni cómo. ¡Con tal que Dios nos envíe tiempos mejores, pues estamos abromados por las tallas y los derechos!”. En los alrededores de París corrió la voz de que el rey autorizaba a matar los animales de caza; en Alsacia, de que no se debía pagar impuestos hasta que volvieran los diputados; por eso mismo, el 20 de mayo la comisión intermediaría tuvo que desmentir ese rumor. El 7 de julio, Imbert Colomès, alcalde de Lyon, explicó, las perturbaciones que agitaban a la ciudad debido a que la gente se había persuadido de “que los Estados generales abolirían todos los derechos de entrada...; los taberneros aprovecharon para insinuar al pueblo que se suprimirían los *fielatos*, y como el rey había concedido tres días de

franquicia de todos los derechos de entrada a París para celebrar la reunión de los tres órdenes [el 27 de junio], Lyon debía gozar de las mismas ventajas”. “Lo más molesto” —escribía Desrné de Dubuisson, lugarteniente general del bailiazgo de Saumur al celebrarse las elecciones— “es que la gran mayoría de estas asambleas electorales se creyeron investidas de autoridad soberana, y que los campesinos se retiraron convencidos de que ya no estaban sujetos al diezmo, a la prohibición de caza y al pago de derechos señoriales”. Idénticos comentarios se escucharon en Provenza después de las revueltas de marzo: X as clases más bajas del pueblo —decía un miembro del Parlamento de Aix— están persuadidas de que la convocación de los Estados generales, cuyo fin es la regeneración del reino, provocará un cambio total no sólo de las formas actuales sino también de las condiciones y las fortunas”. El señor de Caraman agregaba el 28 de marzo: “Se ha explicado al pueblo que el rey quiere que todos sean iguales, que no haya señor fes, ni obispos, ni rangos, ni diezmos, ni derechos señoriales. Esta es la forma en que esa gente perturbada cree ejercer sus derechos y respetar la voluntad del rey”. En el otro extremo del país, el subdelegado de Ploërmel daba la alarma el 4 de julio de 1789: “Los ánimos se han exaltado tanto, que las amenazas que he oído me hacen temer —lo mismo que a toda la gente sensata— sublevaciones y terribles consecuencias para la percepción de los diezmos... Todos los campesinos de este departamento y sus alrededores están decididos a negarse a entregar los granos al diezmero y dicen a voz en cuello que todo intento de cobro provocará una efusión de sangre. Esto ocurre porque, a pesar de lo que se les ha explicado, creen que el haber incluido en el cuaderno de quejas de este senescalato el pedido de abolición del diezmo, dicha abolición ya ha ocurrido”. En síntesis, como la convocatoria del rey los había convencido de que desaparecerían todas las cargas opresivas, los campesinos no veían ninguna razón para seguir soportándolas. La solidaridad de

clases frente a los privilegios se afirmaba ya en ese momento con tanta firmeza como lo baria después del 14 de julio. En Chatou, durante la sublevación contra el señor, se preguntó a un cerrajero “si pertenecía al Tercer Estado” y como respondiera que no, queriendo decir sin duda que no participaría del movimiento, se le respondió: “Dices que no eres del Tercer Estado, ya verás”. Con la elección de los delegados de las parroquias, surgieron los jefes del campesinado, que al ir a las asambleas del bailiazgo tomaron contacto con los burgueses revolucionarios y continuaron en relación con ellos. Orgullosos de su importancia —sobre todo si eran jóvenes—, desempeñaron gran papel en las sublevaciones agrarias. Más aún, como había escasez, el solo hecho de reunir a los campesinos en asambleas electorales creaba centros de rebelión.

En la primavera de 1789 las sublevaciones provocadas por el hambre se combinaron con as revueltas dirigidas contra la percepción de impuestos y los privilegiados. En ese sentido son muy característicos los levantamientos de Provenza. Se iniciaron por la escasez: el 14 de marzo la población de Manusque insultó y lapidó al obispo de Senez acusado de haber favorecido a los acaparadores. Pero la ocasión se presentó cuando se realizaron las asambleas electorales y las ciudades de Marsella y Tolón encabezaron el movimiento el 23 de marzo; en Marsella, no tuvo mayor trascendencia, pero en Tolón se desencadenó una verdadera insurrección, lo que no sorprendería a nadie pues hacía dos meses que los obreros del arsenal no percibían sus salarios. De Tolón se expandió hacia la zona circundante: hubo levantamientos en Solliès el 24 y en Hyères el 26, mientras en La Seyne la Asamblea electoral tuvo que disolverse. La imprudencia del primer cónsul, que desafió a los habitantes reunidos y se negó obstinadamente a abaratar el pan, provocó el 25 la revuelta de Aix, ante el local de la Asamblea. A partir del 26 la onda expansiva pasó por el sur y el oeste, llegó al centro de la provincia (Pevnier,

Saint-Maximin, Brignoles), luego al norte (Barjols, Salernes, Aups), donde alcanzó a Pertuis, del otro lado del Durance, Siguió avanzando hasta Riez —donde se saqueó el palacio del obispo— y Soleilhas, al este de Castellane. La tempestad fue violenta pero corta; a comienzos de abril llegaron las tropas y el pánico cambió de escenario.

Se buscaban los granos en todos lados y se saqueaban los, depósitos públicos, los almacenes de los comerciantes, y los graneros de los conventos y de los particulares. Se obligó a las municipalidades a bajar el precio del pan y la carne, a abolir los fielatos y el famoso *piquet* sobre la molienda. En algunos lugares el movimiento tomó un cariz político: en Marsella aparecieron el 21 de marzo carteles que convocaban a los obreros excluidos de las asambleas electorales a protestar por ello; “es justo que opinemos; si tenéis coraje demostradlo”; cuando se clausuró la asamblea electoral de Peynier se exigió la reunión de otra donde pudieran votar los amotinados “aunque en su mayoría fueran obreros de las manufacturas de jabón, desprovistos de bienes”, También se atacaba a la administración: en Barjols se obligó a los cónsules y jueces a convertirse en ordenanzas municipales, dado que el pueblo es el amo y se hará justicia por sí mismo; en Saint Maximin se nombraron nuevos cónsules y oficiales de justicia; en Aix se amenazó a los miembros del Parlamento. Pero los sublevados atacaron sobre todo a los privilegiados. Salvo en Salernes, los curas no fueron molestados, aunque no se escatimaron agresiones contra los obispos, los conventos y los señores, En Barjols se extorsione a las Ursulinas; en Tolón se saqueó el palacio episcopal; se exigió al obispo de Riez que entregara sus papeles; se devastaron los castillos de Solliès y de Besse, se destruyeron los molinos del derecho señorial de Pertuis, En todas partes los notarios y otros agentes señoriales debieron entregar sus archivos, restituir las multas cobradas, renunciar a todos los derechos de sus amos. Algunos nobles huyeron o fueron maltratados:

en Aups, el señor de Montferrat, que según se decía había tratado de resistir, fue masacrado el 26 de marzo. Cuando pasó la tormenta se restablecieron los arbitrios y los derechos de requisa — al menos en principio— pero no pudieron reimplantarse los diezmos ni los derechos feudales. “Se niegan a pagar los diezmos y los derechos señoriales”, decía Caraman el 27 de marzo; el 16 de agosto los canónigos de Saint-Víctor en Marsella aseveran que los campesinos no se echaron atrás: “Después de la insurrección de fines de marzo, el diezmo y los otros derechos feudales son considerados como obligaciones voluntarias de las que es posible liberarse... la mayoría de los pastores rehúsa entregar el diezmo [de los corderos]; en cuanto a los derechos de horno, casi todos los habitantes de las campañas se han liberado de él haciendo cocer su pan en los hornos particulares”. Por último, la insurrección también tuvo un aspecto propiamente agrario: se volvió a poner en vigor el ‘uso’ de los pastos en común y el ganado invadió las tierras de los señores e incluso de otros particulares, ya que ni la burguesía ni los campesinos acomodados escaparon a las consecuencias del movimiento; los amotinados exigieron que se los alimentara y a veces también que se les pagara —como ocurrió en la Seyne el 27—, pues si habían abandonado sus trabajos debían ganar algo en cambio.

Es imposible equivocarse al caracterizar estas perturbaciones. Taine llama bandidos a sus protagonistas. Puede ser, pero no con el sentido que Taine atribuye a esa palabra, sino con el que se le daba en esa época: un grupo de gente que perturbaba el orden. No eran ladrones de caminos o fugitivos de galeras; eran gente humilde del campo y las ciudades que, empujadas por el hambre y creyendo que obraban de acuerdo con el rey, atacaban al antiguo régimen.

Desde tiempo atrás la fermentación crecía en el Delfinado: ya el 13 de febrero el presidente de Vaulx había indicado a Necker que varios cantones se habían negado a pagar las rentas feudales.

Es probable que la agitación producida en Provenza se hubiera difundido en la zona y fuera en parte la causa de la insurrección que estalló el 18 de abril al este de Gap, en las tres aldeas del valle del Avance. Los habitantes de Avanzan no habían ocultado a su señor, el señor d'Espraux, consejero del Parlamento de Aix, que se consideraban liberados por los Estados generales de todos los derechos que debían pagar, y teniéndolo en cuenta, d'Espraux había ofrecido el rescate de esos derechos. Pero no tuvo éxito y por prudencia hizo transportar sus títulos a Grenoble. Fue un acierto, pues sus vasallos, acosados por la escasez, decidieron en abril apoderarse de los granos entregados en pago en 1788, y el movimiento degeneró rápidamente en una revuelta agraria que podríamos llamar clásica —hasta tal punto todas fueron del mismo tipo hasta 1792. El conflicto se preparó un domingo, día que durante todo el período fue siempre crítico —lo mismo que las fiestas votivas o *baladoires*^[*]— pues los campesinos se reunían para oír misa y luego acudían a las tabernas, lo que creaba condiciones ideales para exaltar los ánimos. El lunes 20 la gente de Avançon, armada y formando grupos, descendieron a Saint-Etienne y arrastraron a los habitantes hasta el castillo de Valse-res. D'Espraux no estaba, pero su residencia fue invadida y recorrida de arriba a abajo sin que se cometiera ningún destrozo ni robo, según sus propias palabras. Los sirvientes atemorizados ofrecieron bebidas a las amotinados, pero tuvieron que prometer que el 26 llevarían la renuncia de su amo a todos sus derechos, sin lo cual ocurriría una nueva incursión. La guardia pública acudió, aunque los habitantes no se intimidaron: expulsaron a los aparceros del señor y amenazaron con echar el ganado sobre el grano recién brotado. Se envió la caballería y la gente se refugió en los bosques. Cuando intervino la justicia prebostal, reconocieron sus culpas y ofrecieron reparaciones. Pero d'Espraux confesó que no había logrado percibir sus rentas: ningún ujier hubiera llevado las intimaciones sin escolta, Sin recurrir a la vio-

lencia, la aldea de Passage, el 13 de abril, y la de Paladru —mucho más al norte—, el 13 de mayo, acordaron que no pagarían más a sus señores si no se les daba el acta de concesión de las tierras gravadas con rentas, Luego imprimieron y distribuyeron sus decisiones y el 28 de junio los habitantes de la baronía de Thodure sostuvieron pretensiones análogas. Según el presidente d’Ornacieux, se contagiaron unos a otros; “Todos los días no se oye hablar más que de proyectos destructores de la nobleza y de que se llevarán antorchas a los castillos y se quemarán todos los títulos...; en los cantones en que la fermentación es menor, las comunidades deliberan diariamente para no pagar los censos u otros derechos señoriales, para establecer su rescate a precio módico y para disminuir el monto de los *lods*^[*] y toda idea igualmente hostil despierta el espíritu de igualdad y de independencia que es la moral: dominante en estos momentos”. A comienzos de junio en Cremieu se rumoreaba “que se debían quemar y saquear los castillos”.

La tercera hoguera no tardó en encenderse en el otro confín del reino: en Henao, Cambrésis y Picardía. Las asambleas electorales de las aldeas habían sido tumultuosas y el 30 de abril, día fijado para la Asamblea general del prebostado, los campesinos de Saint-Amand acudieron de todas partes para sitiar la abadía. Como en Cambrai la sublevación se había desatado el 6 y 7 de mayo a causa del precio del pan, la llanura circundante se adhirió al día siguiente, y, lo mismo que en Provenza, se buscaba trigo en las granjas o en las abadías de Vaucelles, de Walincourt, de Honne-court, de Mont-Saint Martin y de Oisy-le-Verger. Hasta el señor de Bécelaer, amo de Walincourt, tuvo que contribuir. El movimiento avanzó en la región de Thiérache, pasando por Catelet, Bohain y Nouvion, hasta llegar a Rozoy, para expandirse luego en el Vermandois, hasta los alrededores de Saint-Quentin: bandas de doscientos a quinientos campesinos obligaron a todos los que tenían trigo a entregárselo al precio que ellos mismos fi-

jaban. También hubo exacciones similares en la región de La Fère, y en junio se denunció un complot para invadir la cartuja de Noyon. También en estos casos la burguesía y los campesinos acomodados corrieron la misma suerte que los privilegiados, y del mismo modo que en las otras regiones, se discutieron los derechos señoriales: en Oisy-le-Verger, una decena de aldeas exterminaron los animales de caza y declararon que no pagarían más nada. A comienzos de julio cuando en Flandes, de acuerdo con la costumbre, se comenzó a arrendar la percepción del diezmo, también se agitó la campaña de Lila: se obligó a los canónigos de Saint-Pierre a prometer que entregarían a los pobres una parte de sus recaudaciones.

Desde temprano la región de Versalles y París constituyó una cuarta zona de perturbaciones casi permanentes, pues los reglamentos de las capitanías y la gran extensión de los bosques permitían que los animales de caza provocaran tales estragos que la situación era ya insoportable para los campesinos. El subdelegado de Enghien reconoció que la escasez había provocado “una especie de desesperación en los campesinos” y que ésta era la causa de la sublevación. En 1788 la rebelión había comenzado — desde Pontoise hasta l’Isle-Adam — en los cotos de caza del príncipe de Conti, y en los primeros meses de 1789 las bandas iniciaron la caza. En marzo, la gente de Pierrelaye, Herblay y Conflans se lanzó sobre las tierras del conde de Mercy-Argenteau, embajador de Austria; les de Genevillier sobre las del duque de Orleáns; el 28 de marzo dos guardias del príncipe de Condé fueron muertos a tiros de fusil; en mayo ocurrió algo semejante en Fontainebleau y en junio en los cotos de caza de la reina en Saint-Cloud. Como en el resto del país se devastaban los bosques, y el 11 de junio Besenvai testimonió los enormes daños causados a la abadía de Saint Denis hacia Vaujours y Villepinte: “muchos de los más ricos arrendatarios de los alrededores han adquirido coches de cuatro caballos comprándolos muy baratos a

los habitantes”. En esta región hubo pocos atentados propiamente dichos. El principal incidente ocurrió en Chatou: el 11 de mayo los habitantes reabrieron por la fuerza un camino público que atravesaba el parque del castillo y que el señor había clausurado.

En las otras provincias las revueltas del hambre y el movimiento antiseñorial no tuvieron una relación tan clara, pero este último se manifestó casi en todas partes. “La efervescencia de las ciudades se contagió al campo”, decía la Hoja semanal del Franco Condado el 5 de enero de 1789; “varios cantones han decidido negarse a pagar subsidios y rentas hasta que las cosas cambien por completo. Estamos en vísperas de una insurrección general”. “La animosidad de los campesinos contra sus señores es enorme en todas partes”, escribía el 7 de junio el señor de Tahure en Champaña; “los campesinos se han amotinado para cazar y destruir los animales de las tierras de caza que el duque de Mailly tiene en esta provincia”. “En la zona circundante”, escribe desde Lyon Imbert-Colomès el 7 de julio, “varias aldeas se niegan a pagar el diezmo y el campo no está más tranquilo que la ciudad”. A comienzos de junio el obispo de Uzès se dirigió al rey rogándole que ordenara a los campesinos que permitieran cobrar el diezmo como siempre. En Languedoc, el marqués de Portalis se quejaba a fines de mayo de los grupos que se organizaban en Cournon-Terral y el señor de Bagnols procuraba calmar a sus vasallos autorizándolos a rescatar los derechos feudales. Ya se han indicado las quejas del subdelegado de Ploërmel en Bretaña; en junio le tocaba alarmarse al intendente de Rennes, pues el Parlamento ya había denunciado que se multiplicaban los grupos, sobre todo en el obispado de Nantes. En Maine, la parroquia de Montfort anunciaba en mayo que ya no pagaría más los censos: “los pagan a ciegas desde hace demasiado tiempo y ya están cansados”. También en mayo el marqués de Aguisy (Poitou) se quejaba de numerosos delitos, A todo esto se agregaba que el contrabando crecía, los impuestos directos se cobraban con gran lentitud y

que en muchos lugares las revueltas frumentarias se combinaban con ataques contra las oficinas de impuestos, y, por ejemplo, en Limoux fueron devastadas durante las revueltas del 3 y 4 de mayo. A comienzos de junio, la comunidad de Biennet —en la circunscripción judicial del senescalado de Rivière-Verdun— decidió no pagar más impuestos y lo notificó al recaudador amenazándolo con matarlo si insistía.

Todo esto indica que las grandes revueltas d el mes de julio tuvieron prototipos desde comienzo de la primavera y fueron preparadas por una larga fermentación que sembró la inquietud en todas partes. Esto fue un nuevo motivo de terror que venza a agregarse a tantos otros, y sobre todo, una estupenda preparación para que germinara la idea de ese “complot aristocrático” imaginado para someter al yugo al campesino y que convirtió el gran pánico en un fenómeno nacional.

CAPÍTULO V

LOS COMIENZOS DEL ARMAMENTO POPULAR Y LOS PRIMEROS “PÁNICOS”

Muy pronto las autoridades se sintieron desbordadas por la creciente anarquía. Las innumerables jurisdicciones, celosas unas de otras e inconscientes del peligro, no supieron ponerse de acuerdo para acelerar la represión, que sólo fue esporádica; el ejército, fatigado y disperso, se sintió impotente ante la proliferación de los disturbios. Los oficiales subalternos y los de carrera estaban mal predispuestos hacia los nobles, a quienes los edictos de 1731 y de 1787 reservaban los grados, mientras los soldados, salidos del pueblo, se adherían paulatinamente a la causa de sus camaradas. El 19 de junio, Besenval daba la alarma: “La excelente medida de someter muchos casos a la justicia prebostal ha dado muy pocos resultados, pues el preboste sufre la interferencia y las demoras provocadas por el primer tribunal que quiera ocuparse del delito... No hay ejemplo posible; cada día aumenta la licencia; hay muchos motivos para temer que si a esto se agrega el hambre, las cosas lleguen a tal punto que las tropas nada puedan hacer y tengan que limitarse a defenderse”. Hubiera podido añadir que muy pronto las tropas ya no querían hacerlo.

En tales circunstancias, las municipalidades urbanas, de acuerdo con la burguesía, procuraron defenderse por sí mismas. Hay quien dice que se difundió sistemáticamente el gran pánico para que la gente de la provincia se viera obligada a armarse, pero ya veremos más adelante si esto es cierto. Sin embargo, podemos observar desde ahora que durante la primavera y los primeros días del verano, la inquietud general (cuyas causas hemos enumerado) había empezado a difundirse. Muchas ciudades que tenían milicias burguesas fueron eximidas de la talla[*] con la condición

de que cuidaran de sí mismas. Sí bien a fines del antiguo régimen esas tropas sólo existían de nombre y se reunían únicamente para las ceremonias oficiales, las sublevaciones o el temor que inspiraban los desocupados, y los hambrientos las pusieron de nuevo en actividad, y donde no existían se procuró organizarías. En abril de 1788 la municipalidad de Troves ordenó patrullas para intimidar a los obreros; en Provenza, durante los disturbios de marzo, las ciudades y los burgos tomaron las armas; en Gaillac, el 1.º de febrero, se decidió crear una milicia contra “el libertinaje de los malhechores”; Mortagne (Poitou) formó una patrulla voluntaria para resguardarse de los contrabandistas; el 7 de abril, Etampes restableció sus compañías burguesas, y lo mismo ocurrió en Caen el 25 de abril; en Orleáns, el 27 —cuando sucedió el saqueo de los almacenes del negociante Rime— y en Beaugency el 29. El 8 de mayo, siguiendo el ejemplo de las ciudades, el burgo de Neuilly-Saint-Front resolvió organizarías también; el 24 de junio Bar-Sur-Aube cerró sus puertas por las noches y estableció guardia y patrulla; el 15 de julio, como consecuencia de una reciente sublevación, Amiens resolvió armarse; y Sens, que había sufrido lo mismo, decretó el 13 el nombramiento de un “dictador militar”. Al aproximarse la cosecha, las comunidades rurales solicitaron con más urgencia la restitución de sus armas, y en Flandes se reactualizó en junio la obligación de hacer guardia.

Las autoridades provinciales vacilaron: Sommyèvre, que mandaba en Artois y Picardía, temía entregar las armas al pueblo. Las milicias de las ciudades estaban formadas casi exclusivamente por burgueses en los que se podía confiar —por lo menos mientras el conflicto político no los inclinara hacia la Asamblea Nacional contra el poder—, pero por ejemplo en Marsella, desde 1788, se habían formado compañías ciudadanas en las que participaban los jóvenes y la pequeña burguesía y cuya turbulencia había provocado su disolución el 11 de mayo de 1789. Era

mucho más peligroso todavía armar a los campesinos —y sin embargo hubo que afrontarlo—. D'Agay, intendente de Picardía, aterrorizado por los desórdenes que hemos mencionado, apeló contra Sommyèvrev Los bailiazgos de Douai (en junio) y de Lila (el 3 de julio) dictaron ordenanzas prescribiendo a las aldeas que pusieran guardias y tocaran a rebato en caso de alerta. ¡Excelente medio para amplificar el pánico más insignificante! Los comandante militares —d'Esparbés en Gascuña, el conde de Perigord en Languedoc— concedieron las autorizaciones pertinentes; en Henao, como consecuencia de las revueltas de Cambrésis, Esterhazy impuso guardia a todas las comunidades (el 12 de mayo) y ante el gobierno asumió la defensa del armamento general. Por lo tanto, no asombra que el duque de Orleáns, señor de Mortagne, aprobara las precauciones que allí se tomaron.

El resultado inmediato y más inesperado de las revueltas fue que acercaron a nobles y burgueses para realizar en común la defensa de sus propiedades contra el “cuarto estado”. En Caen, se pusieron de acuerdo para armarse en abril; en Etampes, los nobles se incorporaron a la milicia a fin de mes. La misma unión tuvo lugar en Provenza, y el 22 de abril, Caraman se alegraba de que así ocurriera: “Puesto que el ataque de los campesinos se dirigió contra todo lo que parecía dominar, el sector alto del Tercero, más cercano a ellos, ha sido también el más afectado. Por eso mismo esta clase, tan opuesta a la nobleza, se acercó a ella para luchar contra el enemigo común, y este vínculo, que perdurará a no ser que la nobleza lo rompa con inoportunas altanerías, formará una masa de dos clases que hasta ahora estaban alejadas. Esta masa será la de los propietarios y las personas de talento, y se podría asegurar que de esta unión surgirá la paz de la campaña”. Los acontecimientos de Versalles y de París influyeron desfavorablemente sobre este unión, que sin embargo sobrevivió al 14 de julio: durante los disturbios que ocurrieron posteriormen-

te, todavía se manifestó en las provincias, con más frecuencia de lo que se cree.

Ante los primeros soplos de tormenta, la magistratura urbana sintió vacilar el poder que detentaba por herencia, venalidad de los cargos, designación o aprobación del rey: era la revolución municipal que se anunciaba. En cada disturbio, el pueblo hablaba fácilmente de expulsarlos, y ya hemos mostrado un ejemplo con lo ocurrido en Provenza. Pero lo mismo pasaba en Agde en abril: “la audacia de estos insurrectos llegaba hasta pretender expulsamos de nuestros cargos y a creerse con derecho de nombrar nuevos cónsules, algunos de los cuales pertenecerían a su clase”. Sin embargo, era más peligroso el descontento de la burguesía, que exigía una reforma de la administración urbana y quería regenerarla recurriendo a las elecciones para apoderarse de ella. Al faltarle su apoyo, la municipalidad oligárquica, que tampoco podía contar con la autoridad superior, se sentía en peligro. Por ejemplo, en Châteaubriant, llegó a ser destituida por la Asamblea electoral. Por esto mismo comenzaron, a hacerse algunas concesiones; el 13 de abril se creó en Autun un comité de subsistencias que colaboraría con la Municipalidad; en junio en la Forté-Beraard apareció un comité permanente; en Tonnerre, el rey autorizó la creación de un “Consejo político” elegido; el gobierno se asombró ante la petición elevada por Saint-André-de-Valborgne —pequeño burgo de Cevennes— donde solicitaba la creación de ‘una asociación patriótica que entendería en los procesos de, los ciudadanos del lugar’.

Por supuesto, todas estas precauciones tomadas al azar no tranquilizaron a nadie, Al contrario, es de imaginar que aumentaron la ansiedad y dieron el espaldarazo oficial a los peligros con los que todos se sentían amenazados.

Pues cuando una asamblea, un ejército o poblaciones íntegras esperan la aparición del enemigo, es indudable que en algún momento se creará que ha llegado. Las personas más emotivas darán

la alarma, sobre todo si están aisladas o hacen de centinelas y se sienten muy expuestas o flaquean bajo el peso de sus responsabilidades. Basta con un individuo sospechoso o una nube de polvo, o con menos todavía —un ruido, una luz, una sombra—, y ya están seguras de que el peligro acecha. Más aún: interviene la autosugestión y creen ver y oír. Así se desencadena el pánico en los ejércitos, sobre todo de noche; así se declararon las alarmas que originaron el gran pánico, Pero en estas condiciones, llama la atención que se desencadenaran especialmente en la segunda quincena de julio, puesto que la inquietud general de la que proceden esos terrores individuales se había desarrollado ya progresivamente, durante los meses anteriores. En realidad, algunos incidentes que no podemos describir ni explicar en forma satisfactoria por falta de documentos detallados, muestran que ya a partir de mayo hubo “miedos” locales o comienzos de pánico.

El 12 de mayo de 1789 el librero Hardy escribía en su diario: “Cartas particulares de Montpellier anuncian que el conde de Périgord, comandante de esa ciudad por designación del rey, había ordenado que todo el mundo, salvo sacerdotes y monjes, tomara las armas para la defensa común, puesto que había llegado la desagradable noticia de que dos barcos con bandidos se acercaban al puerto de Cette y que sus propósitos eran incendiar dicho puerto”. Esta alerta de la que no tenemos más que esa mención, deba vincularse con los disturbios ocurridos en Agde, y si pareció probable la llegada de bandidos por mar, sin duda fue porque se recordaba la piratería de los bereberes —que por cierto todavía seguían en esa actividad, aunque lejos de allí, en el Mediterráneo—, A fines de mayo en Beaucaire corrió el rumor de que los malhechoras que vagabundeaban por la provincia irían a robar a los comerciantes en la feria: quizá se trataba del epílogo de las revueltas de Provenza que repercutían así en la orilla derecha del Ródano. Si debemos prestar crédito al historiador del burgo de Ribémont, la anarquía picarda, que afectaba a toda la gente

acomodada de la zona, habría provocado un “terror” muy característico a fines de junio. Algunos soldados entraron en la abadía de Saint-Nicolas, obligaron a los monjes a darles de beber y comenzaron a armar escándalo. Uno de los religiosos escapó hacia la ciudad gritando por las calles “¡Han llegado los bandidos!”. De inmediato los habitantes salieron en tropel, algunos armados con palos, otros con horquillas o guadañas y se precipitaron hacia la abadía, donde arrancaron a los monjes de manos de los soldados. También en Lyon, durante las sublevaciones del 1.º y 2 de julio, los habitantes se creyeron amenazados por una incursión de salteadores. Lo que se explica fácilmente, pues tal como surge de la correspondencia de Imbert-Colomès, los campesinos de los alrededores, convencidos de que se suspendería el fielato, acudieron en masa —unos para introducir sus vinos, los otros para comprar lo que les faltaba— y participaron en los ataques dirigidos contra las oficinas públicas, a las puertas de la ciudad. El 18 de julio, el librero Hardy analiza una carta escrita a su mujer por una lionesa, parienta suya: “Todos los jóvenes de la ciudad, que eran unos tres mil, se habían armado para impedir la entrada de los bandidos y salvaguardar la vida de los ciudadanos”; hubo trescientos muertos y heridos, “muy pocos de la misma Lyon, casi todos eran salteadores, a los que se reconocía porque habían sido azotados y marcados... se aseguraba que unos cuatro o cinco mil de ellos asolaban las ciudades vecinas”. Después de las insurrecciones posteriores al 14 de julio, encontraremos muchos ejemplos de esta manera de ver las cosas; las municipalidades procuraron preservar el buen nombre de sus conciudadanos asegurando que nada tenían que ver con los excesos que se cometían y que habían sido víctimas de malhechores extraños, o adujeron que armarse estaba justificado para precaverse de la amenaza que significaban numerosos malintencionados que pululaban por los alrededores. Lo hacían para ponerse a salvo en caso de que las autoridades reales les pidieran cuentas, pero no lograron

convencer ni a medias a los incrédulos de que los bandidos no eran un mito.

Poco después el terror se desató en Bourg; el 8 de julio el intendente y el primer síndico expusieron ante el Consejo reunido en asamblea extraordinaria “que la alarma cunde en nuestra ciudad ante la noticia difundida ayer de que un tropel de unas seiscientas personas, todas ellas vagabundos salidos del ducado de Saboya, realizan una incursión en Francia. Se sospecha que se han encaminado hacia la ciudad de Lyon, y es muy peligroso verlos llegar, a todos o parte de ellos, a nuestra ciudad, y cometer actos de violencia”. Probablemente las noticias llegadas desde Lyon habían predispuesto el ánimo de los habitantes de Bourg, pero el incidente inicial, que no conocemos, debió producirse en la frontera de Saboya, tal como ocurrirá algunas semanas más tarde, pues Conard» en su estudio sobre el pánico en el Delfinado, observa que en el mes de julio se temía en esa provincia una incursión de los saboyanos. Por lo tanto, aquí nos encontramos en presencia de una neta manifestación del gran pánico: probablemente el terror vino de la región de Pont-de-Beauvoisin y se propagó del Delfinado y Bugey hasta Bourg, desde donde se dirigió a Trevoux, que en julio puso guardia ante las puertas y las cerró. Es muy importante destacar que por primera vez se teme a los extranjeros, a no ser que el rumor que corría en Montpellier se refiriera a piratas extranjeros, lo que es muy posible. Pero pocas semanas después se hablaba ya de tropas auxiliares traídas por los príncipes emigrados. El rumor de comienzo de julio se explica fácilmente por la idea que todos tenían sobre Saboya: un país de monta ñas abruptas donde vivía una población miserable e inculta que echaba sobre Francia compactos enjambres de emigrantes hambrientos y sospechosos. Quizá no era la primera vez que circulaba el rumor de que llegarían en masa al Delfinado y Bugey: Saboya también conocía la mendicidad y el vagabundeo —como es de imaginar— y entre 1781 y 1784 se había organi-

zado una caza sistemática de los vagabundos. Los aldeanos registraban los bosques y los hospederos denunciaban a los desconocidos y a los que carecían de pasaporte. Es probable que al ser expulsados todos los que estaban en situación irregular, por lo menos algunos grupos refluieran hacia Francia.

Al yuxtaponerse pánicos de este estilo provocados por incidentes del mismo tipo o de distinto carácter, constituyeron el gran pánico. Pero la originalidad de este último consiste en el número de sus componentes y más todavía (pues después de todo el número no era muy considerable, como veremos) en su relativa simultaneidad y en su extraordinaria facultad de propagación. Sin duda alguna después del 14 de julio —cuando se multiplicaron las rebeliones de todo tipo, cuando la carestía estaba en su apogeo en vísperas de la cosecha— era natural que se exasperara la ansiedad y en consecuencia los “terrores” fueran más numerosos y se propagaran con mayor facilidad que antes. Sin embargo la desproporción es tan grande, que a todos los elementos de explicación que hemos enunciado habría que agregar otro que se aplicara en particular a la segunda quincena de julio. ¿Podríamos encontrarlo recurriendo al método comparativo? En efecto, en nuestra historia hubo otros pánicos —antes y después de la revolución— y los hubo también fuera de Francia. Quizá encontraríamos entre ellos algún rasgo común que aclarara el pánico de 1789.

En septiembre de 1703, durante la rebelión de los *Camisards* [protestantes de Cévennes], un grupo de ellos, integrado por ciento cincuenta hombres, penetró en la diócesis de Vabres y desde allí en la de Castres, quemando varias iglesias y viviendo del saqueo; avanzó, hasta los confines de la Montaña Negra y luego enfiló hacia la diócesis de Saint-Pons. Fue el comienzo de un pánico que atravesó los centenales y progresivamente llegó hasta Tam en el norte y Toulouse en el oeste, y quizá hasta mucho más lejos. Los relatos de la época muestran que sus caracteres

exteriores fueron idénticos a los del gran pánico: se toca a rebato, cada aldea envía emisarios a las aldeas vecinas para prevenirlas y pedirles socorro; los destacamentos que acuden en ayuda son tomados por los enemigos y sin esperar más se corre a anunciar que el mal está hecho. El 22 de septiembre la milicia de Cordes marchaba sobre Castres; “Al ver pasar tantos hombres en desorden y armados, los habitantes de Saint-Genest o La Poussié se asustaron y enviaron al hijo de Batigne, de La Poussié, que trabajaba en los campos, para que fuera lo más rápidamente posible a Réalmont a decir que se había visto a los fanáticos que quemaban la iglesia de Saint-Genest. Eran las seis o siete de la tarde y el muchacho sembró tal desorden en la ciudad que toda la población, salió armada con alabardas, picas, asadores, bastones, etcétera. En la plaza hubo una asamblea con la licia y los cónsules hicieron colocar maderos en las puertas para impedir la entrada, pero nada ocurrió”. El obispo de Castres huyó, pero el subdelegado conservó la serenidad y ordenó alistar las milicias, mientras el obispo de Saint-Pons prescribía a los habitantes que hicieran guardia. El 29 de septiembre, el mariscal de Montrevel escribía al ministro de Guerra diciéndole que todo se había tranquilizado, pero agregaba: “todo esto le indicará con cuánta facilidad se conmueve esta provincia”. ¿Por qué estaba tan sensibilizada? Porque estaba convencida de que los protestantes se habían armado no para defenderse sino para aplastar a los católicos y que estaban de acuerdo con el extranjero, que el año anterior había iniciado la guerra de sucesión de España contra Luís XIV. Por esta razón los relatos de esa época vieron en este pánico el efecto de un complot y deformaron sus rasgos con elementos legendarios. Según esta idea preconcebida, hubo alarma el mismo día”; “fue una falsa alarma, pero se difundió al mismo tiempo hasta París. Todo estaba en combustión”. Y así se conservó el recuerdo de este terror que se atribuyó a las maquinaciones de Guillermo III —que sin embargo había muerto en 1702—. Y no se lo había olvidado

aún en 1789. El 1.º de agosto, al hablar del pánico que acababa de sacudir a Lémossin, Giróndex, juez del ducado de Ventadour, escribía desde - Neuvic: “Me encantaría saber que todo esto fue nada más que un pánico semejante al que ocasionó el príncipe de Orange”; lo que de paso haría pensar que la alarma de 1703 había trascendido los límites de la Dordoña. Del mismo modo, en 1789 en Agen, Boudons de Saint-Amans decía que el gran pánico recordaba la *pâou des Higou-naous* —el terror de los hugonotes de 1690” (*sic*).

Saltemos un siglo y medio: estamos en 1848. París ha proclamado la república; se dice que los obreros desatan tumulto tras tumulto. Son los “*partageux*” [comunitarios], que quisieran quitar al campesino su tierra y sus cosechas. En abril, el terror estalló en Champaña, Luego ocurrieron las jornadas de junio, que agudizaron al máximo la ansiedad. A comienzos de julio, el terror sacudió a Calvados, la Mancha y el Ame hasta el Sena inferior. El estudio de Chiselle nos informa perfectamente sobre lo acontecido en este último lugar. Una vez más, parecería que se está en 1789.

El 4 de julio, hacia las ocho de la mañana, entre Burcy y Vire, una anciana que iba a su campo vio al borde del camino dos hombres y se asustó: uno, acostado boca abajo, tenía un aspecto fatigado e inquieto; el otro, que cada tanto iba y venía con paso lento, tenía el rostro desencajado. En eso pasó a caballo un joven del lugar, hijo de un administrador, y la vieja le contó sus temores: le parecía que eran bandidos. El joven estuvo de acuerdo y también tuvo miedo. Espoleó el caballo y se precipitó hacia Vire, anunciando de paso la próxima llegada de los malhechores: todos los que vieron pasar a los dos hombres no dudaron de que fueran peligrosos. El rumor circuló y aumentó con extrema rapidez: en Burcy se hablaba de dos bandidos; en Presles de diez, en Vassy de trescientos, en Vire de seiscientos; en Saint-Lô, Bayeux y Caen ya se decía que tres mil *partageux* reunidos en los

bosques de los alrededores de Vire se dedicaban a saquear, incendiar y masacrar. Los alcaldes, al pedir socorro a todos lados, lograron que la noticia tuviera visos de verdad: X a guardia nacional de Tinchebray” —escribía el alcalde de esta ciudad al de Domfront— “tiene sólo ciento cincuenta fusiles y no puede resistir a la fuerza imponente que se anuncia y que engrosa a cada instante con todos los individuos de mala catadura del país. Es urgente que la guardia nacional de Domfront venga aquí a marcha forzada, y con municiones de guerra”. En menos de siete horas sonó la alarma en veinticinco leguas a la redonda. En Caen las autoridades no vacilaron ni un segundo. El general Ordener, al mando de la guarnición y de la guardia nacional, se puso en movimiento, mientras de todos lados acudían más de treinta mil hombres. Cuando se comprobó que había sido una falsa alarma, se tranquilizó rápidamente al resto de Normandía que ya estaba dispuesta a movilizar sus fuerzas. Como se hizo una investigación, conocemos el origen del pánico: los dos hombres eran de la región, el hombre del rostro desencajado estaba loco y el otro, era su padre que lo vigilaba. La desproporción entre la causa y el efecto era tal, que al comienzo se creyó en una maniobra política. Con toda seguridad el partido del orden hubiera estado encantado de tener ocasión de incriminar a los rojos, y esto explica el celo de los investigadores. Sin embargo, como el pánico sólo podía ser provechoso para la reacción, los demócratas acusaron a sus adversarios. Y así en Champaña, el 17 de septiembre, Napias Piquet, aludiendo a la emoción de abril, decía de los campesinos: “Han visto claramente que se les había engañado; en ninguna parte han encontrado esos feroces obreros, esos asaltantes que según se les decía estaban en todas partes. Los agentes provocadores, autores de tantos rumores falsos... anhelan la guerra civil”. Pero para nosotros no cabe la menor duda: en el origen de esos terrores hay siempre el temor hacia un enemigo, el revolucionario de París, capaz de ir “a las zonas ricas para reclamar la comu-

nidad de bienes”, y si la “gente honesta” tiene cierta responsabilidad en todo esto, es porque al temer el advenimiento de un régimen democrático explotaron los acontecimientos, parisienses en su favor y trataron de convencer a las provincias de que estaban amenazadas con el pillaje. Bastó entonces que una anciana se inquietara para que todo el mundo creyera en la llegada de los bandidos.

Por tanto, en 1848 como en 1703, además del sentimiento de inseguridad que lógicamente despertaban la situación económica y las circunstancias políticas, hay en el origen de los pánicos la idea de que un partido o una clase social amenaza la vida y los bienes de la mayoría de la nación, a veces con ayuda del extranjero. Este temor universal y siempre idéntico da a las alarmas locales, cuya ocasión e importancia son variables, su valor emotivo y su expansión. Lo mismo ocurrió en Inglaterra a fines de 1688, cuando después de la caída de Jacobo II se pensó que los irlandeses, bárbaros y fanáticos, no tardarían en acudir para restablecerlo: así se desencadenó el pánico en todo el país durante “la noche irlandesa”. Lo mismo ocurría en 1789: creemos haber demostrado que las alarmas locales eran previsibles. Pero hubo elementos “multiplicadores”: el “complot aristocrático” —que amenazaba al Tercer Estado según éste lo creía— y la inquietud que provocó en las provincias la insurrección del 14 de julio.

2. El “complot aristocrático”

CAPÍTULO VI

PARÍS Y LA IDEA DE COMLOT

En cuanto los tres órdenes se reunieron en Versalles, entraron en conflicto sobre el voto por cabeza, y durante un mes y medio se encontraron en plena impotencia. Las sospechas nacieron de inmediato: si la nobleza y el alto clero rehusaban obstinadamente votar por cabeza, era porque se sentían incapaces de dominar los Estados y querían provocar su disolución. La corte era su cómplice: la reina y los príncipes cercaban al rey para conseguir que expulsara a Necker y desde el 15 de mayo se temía un golpe. Un observador, cuyos informes al señor de Montmorm, ministro de Asuntos Extranjeros, han sido conservados, relata los rumores que corrían: “Los resultados de la asamblea despiertan la inquietud general”, escribía el 15 de mayo. “Se observa con asombro que todos los días llegan nuevas tropas que se aproximan a París o a sus alrededores, y también se hace notar con cierta maldad que en su mayor parte son extranjeras”; “muchos temen la disolución de los Estados generales” (21 de mayo); “la opinión pública dice hoy que los Estados generales no se reunirán” (3 de junio); “el clero, la nobleza y el Parlamento se han reunido para lograr entre todos la pérdida de Necker” (13 de junio).

Cuando el Tercero se proclamó Asamblea Nacional el 17 de junio, todo el mundo pensó que los privilegiados no abandonarían la lucha: “Se espera que los nobles desenvainen”. El cierre momentáneo de la sala de sesiones del Tercero, que provocó el juramento del Juego de Pelota, y más tarde la sesión del 23 de junio, demostraron que el rey estaba decidido a sostenerlos. El desistimiento de Luis XVI y la aparente fusión de los tres órdenes no lograron calmar los ánimos; se sospechaba que los conju-

rados querían ganar tiempo y la mayoría de la nobleza, con su reserva y su actitud ante la Asamblea, convenció a todo el mundo que su sumisión no era sincera. El 2 de julio en París “se hablaba de un golpe de autoridad del que se supone que el gobierno se ocupa desde hace días y del que se acusa al mariscal de Broghe...; se espera que se forme un campamento en los alrededores de la ciudad. Se dice que llegarán muchas tropas extranjeras, y que se ha puesto guardia en los puentes de Sèvres y Saint-Cloud”. También comenzaba a hablarse de emigración y se decía que el conde de Artois “quiere refugiarse en España si no logra dominar los Estados”. De esto a pensar que volvería con un ejército extranjero no hay más que un paso y no se tardaría en darlo. Un diputado de la nobleza de Marsella es aún más explícito el 9 de julio: “los malintencionados propalan que la llegada de tropas es una maniobra de la aristocracia moribunda, ce la nobleza...; que esta nobleza proyecta una masacre da plebeyos”.

No cabe duda de que los gentileshombres se expresaban a veces en forma amenazadora. Montlosier cuenta que un día en Versalles, en la tenaza del castillo, oyó al conde de Autichamp y a varios otros reunidos, alegrarse por adelantado del placer, que les produciría tirar por la ventana a todos esos “presuntuosos” de los Estados generales: “han podido más que nosotros, pero esta vez hemos ¿filado nuestros cuchillos”. Otros, menos violentos, no ocultaban sus esperanzas: “No seréis colgado”, decía el señor de La Châtre al padre de Thibaudeau, “saldréis del paso como para retornar a Poitiers”. En verdad, el Tercer Estado atribuía a sus adversarios una habilidad y una firmeza de propósitos de los que en realidad carecían; cuando la corte cometió la torpeza de defenestrar a Necker el 11 de julio, carecía de todo plan, y aun si lo hubiera tenido, no había realizado preparativos necesarios. Pero estaba resuelta a actuar, y sin la insurrección parisienne, la Asamblea hubiera estado perdida. El pueblo no se engañaba en esto, y en lo que respecta a la explicación del gran pánico, lo que

tiene importancia no es la realidad sino la idea que ¿se tenía sobre los proyectos de la aristocracia y los medios de que disponía. Después del 14 de julio se explicó con lujo de detalles el plan que el mariscal de Broglie había elaborado para “guadañar a París” —de acuerdo a una expresión que se le atribuía— y los periódicos —por ejemplo el *Courrier* de Gorsas en sus números del 13 y del 17 de agosto— nos permiten conocerlo: la ciudad debía ser atacada en forma concéntrica, bombardeada desde Montmartre, ocupada y saqueada metódicamente mientras se reservaba el Palais Royal para los húsares, Como según partee el 12 de julio a las once de la mañana se había avisado a los habitantes de Franconville y de Sammois que “si llevaban víveres a París la noche del domingo no podía ofrecérseles ninguna garantía”, se llegó a la conclusión de que “el plan para destruimos está a punto”. Estas no son meras invenciones de periodistas malintencionados, pues ellos se limitaban a resumir los rumores que circulaban desde las jornadas del 13 y 14 de julio, y el 23 aparecen también en la correspondencia secreta publicada por el señor de Lescure. De manera que; podemos observar que los primeros pánicos surgidos del temor ante el complot aristocrático se declararon en el propio París y varios de ellos quedaron registrados en las actas de los electores. En la noche del 13, a las dos de la mañana, se anunció que quince mil hombres habían penetrado en el suburbio de Saint-Antoine; el 14 por la mañana el terror fue permanente: a las siete, el *Royal Allemand* estaba a la entrada del trono; poco después, los regimientos del *Royal Allemand* y del *Royal Cravattel*^[*] masacraron a los habitantes del barrio; luego el ejército de Saint-Denis avanzó hasta La Chapelle; a las ocho, a las diez, a las once, se repitió la alarma de que los húsares pe de Condé entrará realmente en París esta noche del 14 también fue muy agitada. La *Quinzaine mémorable* observaba que “se rumorea que el príncipe de Condé entrará realmente a París esta noche con cuarenta mil hombres para masacrar quizá cien mil almas”. Entre medi-

anoche y la una de la mañana, según les *Annales parisiennes*, “los húsares, que sin duda eran sólo una patrulla de observación, avanzaron hasta las barreras, con lo que aumentaron el miedo del pueblo que, presa de pánico, fue una decena de veces en tropel hasta la municipalidad, a dar aviso de un supuesto ataque”. En la calle Saint-Jacques, Hardy vio pasar entre quinientos y seiscientos guardias franceses que avanzaban a toda marcha para rechazarlo. El 15, a las once de la mañana, 3a asamblea de electores, una vez, más, cayó en la consternación a causa de un postillón —enviado a investigar por su distrito— que a toda velocidad fue a anunciar que había visto en Saint-Denis los preparativos para un asalto.

La victoria popular no tranquilizó los ánimos. El 15, después de media noche, varias personas fueron a advertir a los electores “que la actitud del rey no era sincera; que era una trampa de nuestros enemigos para hacernos deponer las armas y atacamos con mayor facilidad”. De manera que los rumores continuaron sin desmayo. Casi desde el comienzo se había creído que la sala de los Estados generales había sido minada, y cuando se supo que había ocurrido una explosión en el castillo de Quincey, cerca de Vesoul (de lo que hablaremos más adelante), ya no quedó la menor duda. De manera que en la noche del 2 de agosto se exigió que se revisaran oficialmente los subterráneos de las caballerizas del conde de Artois, pues se decía que de allí provenían las excavaciones hechas para alcanzar la sala. Como los guardias franceses se pasaron al pueblo se consideraron expuestos a la venganza de los aristócratas, y el 18 y 19 de julio se decía que se los había envenenado: uno de ellos, que sintió violentos dolores de estómago en plena calle, se creyó, perdido y amotinó a la gente. Así se explica la desconfianza del pueblo, los arrestos de sospechosos, el asesinato de Foulon y de Bertier y lo difícil que resultó salvar a Besenval. Por todo esto, tanto la Asamblea como el Comité de Electores consideraron indispensable para calmar los ánimos,

crear un comité de investigaciones encargado de la policía política.

La emigración pareció una prueba evidente de que el complot continuaba. El conde de Artois, el príncipe de Condé y su familia, los Polignac, el conde de Vaudreuil, el príncipe de Lambesc y el mariscal de Broglie habían huido, no se sabía a dónde. Se decía que el conde de Artois estaba en España o en Turín. De las provincias llegaban noticias que aumentaban la importancia de la emigración; en todas partes se arrestaba a los miembros del alto clero y de los parlamentos, a los nobles y a los diputados que alegaban que iban a pedir a sus electores nuevos poderes, pero de quienes se sospechaba que querían huir al extranjero. La imputación no siempre era inexacta, pues varios de estos personajes habían sido descubiertos en las cercanías de las fronteras, por ejemplo en Pontarlier; el 31 de julio se escribía desde Saint-Brieuc que gentileshombres bretones habían abandonado el país y se habían refugiado en las islas anglonormandas o en Inglaterra, ¿Era posible imaginar que los emigrados permanecían tranquilos? “Se piensa”, —explicaba, un diputado de la nobleza a la marquesa de Créquy— “que los príncipes no pueden emigrar de un reino que es su patria y su patrimonio sin cavilar proyectos de venganza, a los que están dispuestos a sacrificarlo todo. Se los cree también capaces de provocar el arribo de tropas extranjeras y de complotar con la nobleza para exterminar París y todo lo que se vincula con los Estados generales”. Si los emigrados se llevaban el oro del reino era para reclutar mercenarios. ¿Y cómo suponer que no lo lograrían? ¿Acaso el rey no tenía a su servicio regimientos extranjeros que eran precisamente los más temidos y detestados? ¿Acaso la historia no conservaba el recuerdo de los reitres, los lansquenets y otros veteranos que habían luchado en Francia al servicio de la aristocracia? En todas partes se podían conseguir (lo mismo que en Francia, y todavía en mayor cantidad) vagabundos dispuestos a todo. Desde el 8 de julio, si se da fe a la

Quinzaine mémorable, se hablaba “en todas partes de unos sesenta mil bandidos extranjeros que se cree que han venido desde Italia, Inglaterra y Alemania para aumentar el desorden y perturbar la actuación de los Estados generales”. Quizás éste era el eco de las noticias llegadas desde Montpellier y Bourg, de las que ya hemos hablado.

Por otro lado, era cierto que los emigrados encontrarían en el exterior quienes los escucharan. Inglaterra tenía evidentemente un gran interés en intervenir en los asuntos franceses. Cada vez que los excesos desprestigiaban la victoria de la nación, se los cargaba con gusto en la cuenta de la caballería de San Jorge. El 1.º de julio el agente de Montmorin decía que “públicamente se comenta que Inglaterra ha dado mucho dinero y paga a un número considerable de agentes para que exciten las perturbaciones. También existía el convencimiento de que los agentes de Pitt se habían puesto de acuerdo con algunos aristócratas para arruinar la marina y apoderarse de los puertos de guerra franceses. Se rumoreaba que una escuadra británica avanzaba por la Mancha y que se le entregaría Brest. Este asunto tuvo enorme repercusión a fines de julio, porque el duque de Dorset, embajador de Inglaterra, creyó oportuno protestar ante Montmorin el 26 y éste al día siguiente transmitió su carta a la Asamblea —pero es probable que el rumor fuera muy anterior—. Dorset recordaba que a comienzos de mayo algunos conspiradores —que por desgracia no nombra— habían tratado de ponerse en contacto con él para realizar una tentativa contra Brest, y que inmediatamente él había puesto sobreaviso a la corte de Versalles: quizá se habían producido algunas indiscreciones. Es posible también que desde Brest se hubiera anunciado el peligro pues allí existía una enorme desconfianza respecto de las autoridades marítimas. Sea como fuere, casi todo, el mundo creyó en el rumor. Pues si el pueblo recordaba, la burguesía también podía traer a colación casos similares que había aprendido en el colegio; ¿acaso no se

había visto antes a los príncipes entregar el Havre a los ingleses y París a los españoles?

Por último, ¿cómo admitir que la aristocracia europea y las monarquías despóticas permanecerían tranquilas ante el triunfo de la Revolución? Casi desde el comienzo, los mismos franceses estaban convencidos de que los otros pueblos seguirían su ejemplo, y durante el mes de agosto, falsas nuevas anunciaron que habían estallado movimientos en el extranjero. Por lo tanto, los reyes tendrían interés en ayudar a los emigrados y en facilitarles los medios adecuados para que de nuevo sometieran al yugo a los franceses. Y además había que tener en cuenta los lazos de familia: España y las Dos Sicilias pertenecían a los Borbones; el rey de Cerdeña era suegro de los dos hermanos de Luis XVI, el emperador y el elector de Colonia eran hermanos de la reina de Francia. En una denuncia que un abogado del Parlamento —de Mailly, hijo del lugarteniente general del bailiazgo de Laon— dirigió al Comité de electores el 26 de julio se encuentran rastros de razonamientos de este tipo. Decía que sus informaciones provenían de un diputado de su provincia, que a su vez las había recibido de gente vinculada con personas de la corte, quienes le habían anticipado en el momento de la expulsión de Necker que se preparaba un golpe y que él mismo corría peligro. “Me ha asegurado... que el partido aristocrático no creía de ningún modo haber perdido la partida; que sordamente meditaba un segundo complot tan odioso como el primero; que se proponía reunir sus fuerzas para realizar una nueva tentativa sobre París, lograr con dinero el apoyo de tropas extranjeras y traerlas de noche por rutas laterales, a través de los bosques, para aprovechar la excesiva confianza de los habitantes de la capital y ahogar en sangre, si es posible, la vergüenza de su primera derrota; y que con este fin debían reunirse el conde de Artois y el príncipe de Condé, el príncipe de Lambesc y el mariscal de Breuil”. Así, desde el mes de julio de 1789, se dio por segura la colusión entre la aristocra-

cia y el extranjero, que tanto peso tuvo en la historia de la Revolución Francesa.

Pero en la segunda quincena de julio, se realizó bruscamente una síntesis entre las innumerables causas de inseguridad que alarmaban al reino y el “complot aristocrático” y ésta fue la causa determinante del gran pánico.

En cuanto a la escasez y la carestía, los prolegómenos eran muy anteriores. Como todos creían que había acaparamiento y se imputaba tal crimen al gobierno, a sus agentes, a los diezmeros y a los nobles, cuando se agravó el conflicto político y social de inmediato se supuso que los conjurados procuraban someter al Tercer Estado por hambre. Desde el 13 de febrero el librero Hardy escribía que “se oía decir a algunas personas que los príncipes habían acaparado los granos a propósito, para lograr más fácilmente que se derribara a Necker...; otros suponían que el propio director general de Finanzas era el jefe y el principal acaparador, pues contaba con la aquiescencia del rey, y que favorecía con todos sus esfuerzos tal empresa para dar dinero a su majestad más rápidamente y en mayor cantidad y asegurar de este modo el pago de las rentas de la municipalidad de París”. El 6 de julio Hardy insistía: era “muy seguro” que el gobierno había acaparado todos los granos y que volvería a hacerlo durante la próxima cosecha, para procurarse el dinero que necesitaría “en caso de que las operaciones de los Estados generales no continuaran”. Por el contrario las *Vérités bonnes à dire* atribuyeron esta maquinación a los enemigos “del restaurador de la nación”; en el caso de que logran expulsarlo, “esta conjura proyectaba insistir en un primer momento sobre la enormidad y realidad de tal pérdida, abrir los graneros que mantiene cerrados y vender el pan a precio muy bajo. Los siglos no ofrecen otro ejemplo de conspiración tan sombría como la que de este modo piensa realizar contra la humanidad esta aristocracia moribunda”. Pero el pueblo llegaba más lejos todavía: acusaba a la aristocracia de preten-

der vengarse de él haciéndolo morir de hambre, y si bien la burguesía era más razonable, sospechaba sin embargo que el acaparamiento podía servir para provocar disturbios que alterarían al país y podían comprometer el éxito de la revolución al generalizar la anarquía.

Las mismas reflexiones surgían cuando se oía decir que los malhechores cortaban los trigos verdes y que se devastaría la cosecha. Las *Révolutions de Paris* se burlaban de la credulidad popular, pero no convencieron a nadie, por cuanto el peligro no era imaginario y hasta la administración creía en él —como ya hemos indicado—. Un diputado de la nobleza de Provenza escribía el 28 de julio: “No se sabe a quién atribuir esta infamia de cortar las espigas de oigo, el pueblo ve sólo un proyecto de la languideciente aristocracia, de los nobles y del clero que quieren vengarse de la capital y del golpe que ésta les ha asestado con energía, reduciéndola al hambre por la destrucción de las cosechas; otros temen que los bandidos sean tropas disfrazadas que procuran atraer a la milicia de París a una trampa donde será aniquilada. Sea como fuere, esos desastres se atribuyen a la conjura ministerial y aristocrática”.

Estamos pues en los umbrales del gran pánico: corre el rumor de que los tan temidos vagabundos se han enrolado al servicio de la aristocracia. Se sabía que muchos se habían refugiado en París; trabajaban en los talleres de caridad, sobre todo en los de Montmartre, y deambulaban por las calles y por el Pulais Royal; el mismo gobierno había asegurado públicamente que había muchos de ellos en los alrededores y había utilizado este dato como pretexto para justificar la concentración del ejército que amenazaba a la Asamblea. Sabemos que se trataba de obreros sin trabajo y de campesinos exasperados por la miseria, pero el rey y la burguesía —que no tenían para esa pobre gente más consideración que la demostrada por Taine— aplicaban a todos el epíteto de bandidos, como si hubieran sido malhechores profesionales. Es

evidente que se los pagaba para alimentar las revueltas, pero cada partido, tanto los privilegiados como el Tercero, acusaba al adversario de no tener escrúpulos en hacerlo, Y durante los tumultos del barrio Saint-Antoine se había buscado con mucha premura a los instigadores: la burguesía acusaba a la corte; la corte, al duque de Orleáns. Desde, el 12 de julio, cuando comenzaron los disturbios, se adjudicó, al “complot aristocrático” todos los excesos y se acusó a los conjurados de haber querido asociar a los bandidos a la operación que pensaban realizar, contra París. El 17 de julio, una vez más Hardy da testimonio del rumor: “existía un infernal complot que consistía en hacer entrar en la capital, el 14 por la noche, treinta mil hombres secundados por bandidos”. Los que esperaban que en los días siguientes llegaran los príncipes con los bandidos extranjeros pensaban naturalmente que también reclutarían a los malhechores del reino. Cuando Mailly anunciaba que tropas extranjeras avanzarían en secreto “a través de los bosques” no sólo preparaba al país para que acogiera sin discusión la noticia de que el conde de Artois arribaría a la cabeza de un gran ejército, tal como frecuentemente se había dicho durante el gran pánico, sino también lograba que todos los que tomaban sus acusaciones como moneda corriente, consideraran sostenedor de la aristocracia a cuanto pobre diablo erraba por los bosques. Y el propio presidente de la Asamblea Nacional, cuando leía el 23 de julio cartas recibidas “de diversas ciudades que piden ayuda para alejar las bandas de malhechores que, con pretexto de la escasez de granos infectan el país y causan sublevación”, confirmaba con toda su autoridad los recelos populares.

De este modo nació en París y en Versalles la idea matriz que generalizó el pánico, aunque sería un error suponer que la provincia fuera incapaz por sí misma de llegar a conclusiones semejantes. Pero todos los ojos estaban fijos en la Asamblea y en la capital; todos los oídos recogían ávidamente los anuncios que de ella provenían. De manera que los rumores que se propalaban

desde allí tenían una enorme importancia. Con mayor o menor rapidez todos se difundían a través del reino, ¿Por qué vías? Es lo que interesa saber.

CAPÍTULO VII

LA PROPAGACIÓN DE LAS NOTICIAS

Las grandes ciudades por donde pasaban las rutas de postas recibían noticias todos los días —Lila, Lyon, Marsella— o de unas tres a seis veces por semana, pues desde París partían cada semana seis postas hacia Estrasburgo, cinco hacia Nantes, cuatro hacia Burdeos y tres hacia Toulouse. A fines del antiguo régimen, por las grandes rutas circulaban los envíos en sillas de manos o en coches de postas. En las demás se continuaba cargándolas sobre un caballo, escoltado por un correo y un postillón. La silla recorría un promedio de diez a doce kilómetros por hora, por lo que desde París se tardaba unas diez horas para llegar a Orleáns, Sens, Beauvais, Chartres y Evreux, unas catorce para alcanzar Amiens, Ruán o Auxerre, quince para Châlons, veinte para Tours y Caen y veintidós para Nevers. Se necesitaban veintisiete horas para realizar el recorrido hasta Moulins, Poitiers, Rennes, Cherburgo y Nancy, veintinueve para Dijon, treinta y dos para Calais y cuarenta y una para Macôn. Dos días íntegros insumía el trayecto hasta Lyon (49 horas), Burdeos (53 horas) y Brest (60 horas); tres días el de Avión (77 horas), Marsella y Toulouse (90 horas}; cuatro días para Tolón y las ciudades pirenaicas. En las grandes ciudades comerciales los negociantes mantenían por su propia cuenta y pagaban en común correos regulares que probablemente eran más rápidos y frecuentes: el 17 de julio a las tres de la mañana llegó a El Havre con el correo comercial la noticia de los acontecimientos ocurridos en París el 14.

Salvo estos casos, no se podía estar informado con rapidez sino pagando correos especiales o estafetas a todo galope. De esta manera llegó a Lyon en treinta y seis horas la noticia de la reunión de los tres órdenes, pues se recorrieron unos trece kilóme-

tros y medio por hora incluyendo los relevos; un mensajero de este tipo podía recorrer la distancia hasta Brest en cincuenta y cuatro horas. Naturalmente estos plazos eran muy variables ya que de noche disminuía la velocidad. Por ejemplo en 1791, un correo que desde Meaux llegó a Châlons para anunciar la fuga del rey, partió de esta última ciudad el 21 de junio a las diez de la noche y sólo llegó a Bar-le-Duc el 22 a las ocho de la mañana, recorriendo, nada más que ocho kilómetros por hora. Y por el contrario, saliendo de Bar a las nueve y media, estaba en Toul a las dos de la tarde, lo que significa que recorrió un promedio de catorce kilómetros por hora. Era un medio más costoso y sólo se lo empleaba en circunstancias excepcionales. Los comerciantes de Lyon efectuaron una colecta para comunicar los acontecimientos, del 14 y 15 de julio a sus colegas que estaban en la feria, de Beaucaire y les rogaron que a su vez hicieran lo mismo para transmitirlos a Montpellier. Probablemente de este modo el padre de Cambon recibió la noticia el 21, lo mismo que Beziers, pero Nîmes la conoció ya el 20 a las ocho de la noche. También el gobierno tenía sus propios correos oficiales, pero sólo una vez —y esto ocurrió durante los primeros meses en que actuaron los Estados generales— el público fue informado por este medio el 15 de julio, cuando Luis XVI se presentó ante la Asamblea. El gobierno se apresuró a difundir la noticia, confiando en que de este modo evitaría, cualquier tumulto. Langeron, comandante del Franco Condado, la recibió en Besançon, el 17 a las seis de la tarde por un correo oficial; Rennes la recibió el mismo día, a las once de la mañana, y es probable que Dijon, Poitiers y Limoges la conocieran por idéntica vía durante el mismo diecisiete.

Pero las ciudades pequeñas recibían la información con una lentitud aun mayor. El correo era retransmitido hasta Bourg desde Mâcon; el 20 de julio, por ejemplo, se observó que como de costumbre el correo del sábado 18 había llegado sólo el lunes; por lo tanto, el teniente de la guardia pública propuso que a par-

tir de entonces se enviara a buscar las cartas el sábado. En Villefranche-sur-Saône, se recibió la noticia de los acontecimientos ocurridos, en París desde Lyon. Parece que en Puy normalmente transcurrían entre seis y siete días antes de que se recibiera un mensaje desde la capital. La carta en que el ministro Villedeuil relataba los acontecimientos del 15 de julio llegó a Verdun y Saint-Dié el 19; Louhans sólo estuvo informada a partir del 21, mientras que Perpignan y Foix la conocieron el 28. Cuando la ansiedad era muy grande, también se recurría a algunos ciudadanos de buena voluntad: así fue como Machecoul envió dos de sus habitantes hasta Nantes para que recogieran información; en nueve horas recorrieron cuarenta y seis kilómetros y como permanecieron en Nantes por lo menos una hora, resultó que habían viajado tan rápido como las estafetas de la posta. Los particulares utilizaban a sus sirvientes y éste fue el medio más común por el que se difundió el gran pánico.

En mayo y en junio la curiosidad general no tenía otro medio de información que algunas cartas llegadas por la posta, pues en verdad, los diarios de París tardaron bastante en realizar las transcripciones de las sesiones de la Asamblea, la *Gazette de France* no decía nada y el primer boletín que CggaCarat publicó en el *Journal de Paris* apareció el 20 de mayo. Es cierto que se crearon nuevas publicaciones de carácter netamente político, pero al comienzo el gobierno intentó prohibirlas y sólo en julio fueron bastante numerosas. En las provincias, la prensa parisiense estaba muy poco difundida, tanto que Young se asombra y se lamenta constantemente de ello. Según él, en Château-Thierry no había ni un solo diario y tampoco los había desde Estrasburgo hasta Besançon, mientras en la capital del Franco Condado sólo se podía conseguir la *Gazette de France*. En Dijon sólo encuentra un triste café sobre la plaza y un único periódico que pasa de mano en mano y que debe esperar una hora en Moulins antes hubiera podido conseguir un elefante que un diario con noticias” Te-

niendo en cuenta las circunstancias el seis de julio el consejo de la ciudad de Poitiers decidió comprar la colección de lo mejor que se hubiera escrito sobre los Estados generales. Pero costaba mucho, tanto que el diputado de Guerande alerta a sus electores sobre lo que gastarán y el 10 de julio les indica que el *Point du Jour* de Barère cuesta en Versalles seis libras por mes mientras en la provincia, con los gastos de traslado, costaría entre quince y dieciocho libras. En cuanto a los periódicos provinciales, demostraron una gran timidez para reproducir los de París. Los *Affiches du Poitou* empezaron a hablar de los Estados generales solo el 11 de junio y el 16 de julio todavía se estaban refiriendo a la sesión del 10 de junio. Tal como ocurría antes de la revolución, las noticias se conocían a través de las cartas privadas y de las conversaciones de los viajeros. En Saint-Pierre-le-Moûtier “una cantidad” de cartas particulares dieron la noticia de los acontecimientos acaecidos el 15 de julio; un orfebre parisiense llevó la noticia de la toma de la Bastilla a Chrleville y Sedan; algunos viajeros informaron el mismo día a Chateauroux; en Vitteaux (Auxois) un sastre que había nacido en la región caminó sin parar dos días y dos noches para informar a sus comprovincianos.

Durante las elecciones, las asambleas de bailiazgo, que procuraban vigilar a sus diputados y sabían de antemano que desde Versalles solo regresarían con noticias fragmentarias y tardías, afortunadamente habían tomado precauciones e indicaron a sus elegidos que debían mantenerlos informados. Algunos habían inscripto tal obligación en los cuadernos y por ejemplo esto ocurrió en Tout y en Bourg. A menudo con el pretexto de que los diputados quizá necesitarían consultar sus comitentes sobre algunos temas que no habían sido examinados en los cuadernos, los electores eligieron entre ellos mismos un comité permanente de correspondencia, y esto lo hicieron tanto la nobleza y el clero como el Tercero. Esos comités debían mantener relación epistolar con los diputados y a su vez transmitir al público toda noticia

que recibieran. Por cierto, algunos no llegaron a funcionar y la municipalidad de Saint-Jean D'Angêly se quejaba de que nunca habían recibido a los enviados del senescalato. Pero en general cumplieron su misión con mucho celo. Los provinciales actuaron espontáneamente en forma similar a las de los parisienses, cuyas asambleas de distrito y de electores no se consideraron disueltas después de las elecciones y continuaron reuniéndose con intermitencia. En Bretaña, la organización fue más perfecta que en cualquier otra provincia, lo que no llama la atención, pues ya en 1787 y 1788 la nobleza y los parlamentarios, en lucha con el poder real, habían creado en todas partes comités de correspondencia que eran al mismo tiempo comités de acción encargados de informar a la opinión y de organizar la resistencia, tal como lo demostró A. Cochin. Por lo tanto, el Tercero se limitó a imitar este ejemplo, aunque se debe reconocer que no siempre alcanzó la perfección lograda anteriormente y tampoco consiguió instituir comités en todas las circunscripciones. Sin embargo, en algunas ciudades demostraron su actividad e iniciativa, pues vigilaron a la municipalidad o intentaron reemplazarla. El Tercer Estado de Treguier logró sus fines; el de Saiot-Brietic tuvo menos éxito pero adquirió gran influencia. En Provenza, donde la lucha con la nobleza había sido muy violenta, el Tercero disponía de un órgano central: los comisarios de las comunas, que se reunían en Aix Donde no había comité, los diputados escribían a la municipalidad de la capital del bailiazgo, a los magistrados o a una persona de confianza; en Bourg el lugarteniente del bailiazgo, Du Plantier, ofreció sus buenos oficios, Pero a veces el público desconfiaba de estos corresponsales voluntarios. En Toul, François de Neufchâteau soliviantó a los electores, quienes reprocharon a Maillot que no les informara directamente y que dirigiera sus escritos de oficio a una municipalidad cuya supresión habían pedido en el cuaderno. Parecía más adecuado que los diputados escribieran a la Cámara Literaria —como ocurría en

Angers—, o al club de los *Terreaux*[*] —como sucedió en Lyon—. A estos informes casi oficiales se agregaban otros que tenían un valor similar. Thibaudeau padre, diputado de Poitou, que se moría de miedo, casi no escribía nunca; pero su hijo, el futuro convencional, no faltaba a ninguna sesión y lo decía: “Yo tomaba notas y con ellas redactaba una correspondencia que dirigía a uno de mis amigos en Poitiers para que fuera leída en una reunión de jóvenes patriotas”.

Generalmente la correspondencia de los diputados era leída a la población en la municipalidad o en la plaza. Despertaba extraordinaria curiosidad y se esperaba el correo con impaciencia. En Clermont todos se reunían en la plaza de España para verlo llegar y luego se precipitaban a la municipalidad; en Besançon, cuando Langeron recibió el 17 de julio el informe del gobierno, fue a la municipalidad y la encontró “repleta de gente”; también en Dôle, Mlle. de Mailly relataba que el domingo 19 “el correo llegó muy tarde; el pueblo —unos mil cien hombres— estaba en la calle central, y todos estaban muy agitados”. El 10 de julio, la municipalidad de Brest escribía a los diputados: “nos atormenta como condenados un público ávido de noticias que sospecha que le ocultamos las que podéis enviarnos”. En Rennes, el 13 de julio, el intendente observaba que “es tan grande la afluencia de gente cuando llegan los correos, que si bien la sala puede contener más de tres mil personas, no alcanza y hay que desalojarla a la fuerza ante el temor de que no resista el peso y los movimientos de todos los que acuden, entre los cuales se ve siempre a gran cantidad de soldados”. Cuando la municipalidad no se apresuraba a comunicar las noticias recibidas, se las reclamaban. En Laon, el 30 de junio, durante una asamblea de diputados de las corporaciones, varios de ellos pidieron, que se les informara los acontecimientos de Versalles y se obligó al intendente a leer las cartas que había recibido. A veces se autorizaba a quienes desearan hacerlo a sacar copia de ellas. Naturalmente, era mejor imprimirlas,

y esto hicieron los comités de Rennes, Brest, Nantes y Angers, cuyas colecciones son hoy tan valiosas aunque algo tardías, pues el primer número de la *Correspondance de Nantes* es del 24 de junio.

Pero en julio finalmente los administradores se alarmaron. El intendente de Poitiers prohibió que se leyera en público en el parque de Blossac las cartas que el constituyente Laurence envió a su hermano. En Tartas, el 23 de julio, el lugarteniente del senescal prohibió formalmente al abogado Chanton que leyera en público las noticias del día pues “teniendo en cuenta las desdichadas circunstancias que vive el reino, esta lectura no es adecuada y su único efecto será una exaltación de los ánimos que los impulse a seguir los malos ejemplos de insurrección y que quizás hasta conduzca al pueblo a la rebelión”; pero Chanton no tuvo en cuenta esta prohibición. El 9 de agosto, en Longwy, el procurador del rey protestó también porque el 23 se habían leído las cartas del diputado Claude: esa correspondencia era “viciosa” porque estaba dirigida a electores que “no son nada” y no a él, procurador del rey u otros magistrados. Pero en el momento en que se iniciaba esta resistencia ya habían ocurrido los acontecimientos decisivos.

Era mucho más difícil todavía informar al campo. Maillot, diputado de Toul, decía: “No creo posible que lleguen a conocer mis informes aunque, bastaría que supieran que están en la municipalidad, donde podrían leerlos o copiarlos; varias comunidades reunidas o un prebostado, pueden designar al síndico de una de ellas para que vaya a Toul a sacar copia o, lo que sería más expeditivo, a un procurador u otra persona de confianza que viviera en Toul para que enviara esta copia y la difundiera en toda la circunscripción”. Pero es muy poco probable que los campesinos se decidieran a realizar un gasto semejante. A pesar de todo, a veces enviaban boletines manuscritos y uno de ellos circuló en Bretaña. El 26 de octubre, el cura de Gagnac (en Quercy) escri-

bía: “Sólo vemos un miserable boletín que nos envía uno de los diputados locales y no dice gran cosa”. Sin embargo los campesinos continuaron informándose a través de la tradición oral, con todos los inconvenientes que esto implicaba: oían las noticias cuando iban al mercado, y probablemente en estos casos desempeñaron un papel muy importante aquellos diputados de las parroquias ante las asambleas de bailiazgo que habían conservado cierta vinculación con los de las ciudades. Cuando se anunciaban grandes acontecimientos, se podía pedir oficialmente que la ciudad próxima enviara algunos detalles, y por ejemplo, el 26 de julio, varias aldeas enviaron comisarios a la municipalidad de Brive para requerir mayores explicaciones.

Por lo tanto, si se exceptúa los debates de la Asamblea —de los que se podía obtener informes a través de la correspondencia de los diputados—, hasta agosto las noticias sólo llegaban por cartas privadas o vía oral. Más aún: hay que destacar que no todos los bailiazgos eran informados por sus mandatarios y que en los momentos más críticos éstos no escribían o sus cartas eran interceptadas. Por otra parte, con frecuencia el autor de tina misiva privada sólo contaba lo que había oído decir. El marqués de Roux nos ha permitido conocer una carta escrita desde Versalles el 13 de julio a un habitante de Poitiers: según ella, Mirabeau y Bailly se han fugado, los parisienses sublevados “acudieron en tropel al camino de Versalles, decididos a todo, Han sido detenidos por un cordón de treinta y cinco mil hombres, al mando del mariscal de Broglie y con apoyo de artillería. Se lucha desde la mañana. Se oyen descargas y cañoneo. A una legua de París hay matanza, sobre todo entre oficiales extranjeros y soldados las guardias, casi todos desertores...”. ¡El 13 de julio! ¿Y quién escribía así? Pues el abate Guyot, secretario de Barentin. ¿Cómo asombrarse que el pueblo exagerara la fuerza del ejército real e imaginara que París estuviera a sangre y fuego? Además, sólo unas pocas personas leían las cartas.

El acta de una asamblea de habitantes reunida en Charlieu (Forez) el 23 de julio de 1789 nos muestra claramente cómo circulaban las noticias. El posadero Rigollet anunció que había alojado a un comerciante que le había contado muchas fechorías de los bandidos. Cuando se lo trajo, se supo que era un vendedor de baratijas ambulante, que desde hacía veinte años rondaba por Charlieu y se llamaba Girolamo Nozeda. Contó que venía desde Luzy, y había pasado por Toulon-sur-Arroux. Charolles y La Clayette y que allí la población “estaba en armas”; que en Charolles se había detenido a un bandido que llevaba setecientos cuarenta luises —lo que era cierto—; que había oído decir que en Bourbon-Lancy otros ochenta habían exigido contribución a la ciudad —lo que era falso— y “que en todos lados sólo se habla de pillaje”. Al oírlo todas las lenguas se desataron. Un comerciante de Charlieu a dijo “que hace ocho días, cuando estaba en Digoin, vio que la burguesía hacía guardia en previsión de un ataque; que un hombre de Charolles que acababa de vender unos bueyes en Villefranche, fue atacado en la ruta; que un tiro de pistola hecho por los bandidos había roto la pata de su caballo y que le habían robado cien luises”. Otro comerciante agregó que “algunos extranjeros le habían contado el mismo hecho”. Muchos otros asistentes comentaron también “varios actos de bandolerismo” y sobre todo que seiscientos hombres habían atacado a Saint-Étienne pero que habían sido rechazados por la guarnición y la milicia.

El despotismo no era el único responsable de esta situación —el estado material y moral del país también lo era—. La gran mayoría de los franceses sólo tenían acceso a la tradición oral. ¿Para qué les hubieran servido los periódicos? No sabían leer, y unos cinco o seis millones ni siquiera conocían la lengua nacional.

Pero para el gobierno y la aristocracia, esa forma de transmisión era más peligrosa que la libertad de prensa; no sólo favorecía la multiplicación de noticias falsas, la deformación y el abul-

tamiento de los hechos y la germinación de leyendas, sino que hasta impresionaba a la gente más ponderada puesto que se carecía de todo medio de control. En el gran silencio que reinaba en las provincias, el menor relato tenía una extraordinaria resonancia y se convertía en el Evangelio. Finalmente, el rumor llegaba a oídos de un periodista que al imprimirlo le confería nueva fuerza. La *Quinzaine mémorable* anunciaba que en Essommes se había dado muerte a madame de Polignac; las *Vérités bonnes à dire*, que el pueblo de Clermont-Ferrand había masacrado a un regimiento; la *Correspondance de Nantes*, que el mariscal de Mailly había sido decapitado en su castillo.

Y en verdad ¿qué es el gran pánico sino una gigantesca “noticia falsa”? El objeto de este libro es explicar por qué pareció digna de crédito.

CAPÍTULO VIII

LA REACCIÓN DE LA PROVINCIA CONTRA EL “COMLOT”

I. Las ciudades

Las noticias de Versalles y París encontraron en provincias oyentes complacientes y dispuestos a creer en el “complot aristocrático”. Era natural que la población de las grandes ciudades razonara como los parisienses y manifestara idéntica propensión a la sospecha. Un “escrito” que el Châtelet de Orleáns condenó el 20 de mayo, acusaba a “los príncipes, vinculados por sus intereses con los de la nobleza, el clero y todos los parlamentos” de haber “acaparado todo el trigo del reino”; “sus abominables intenciones consisten en impedir que se reúnan los Estados generales y provocar hambrunas en Francia para que una parte del pueblo perezca de hambre y la otra se levante contra su rey”. Quizás en las pequeñas ciudades se sintiera con mayor fuerza el poder de los nobles. Allí se los podía ver desde más cerca y observar abiertamente su altivo sentimiento de superioridad y su obstinación en conservar las prerrogativas honoríficas que marcaban las distancias y era difícil creer que se resignarían sin resistencia a la pérdida de sus privilegios. Tal como ocurría en Versalles, muchos comentarios de los nobles despertaron la desconfianza de los burgueses del mismo modo que los de éstos irritaron a los gentileshombres. Se comentaba en Lons-le-Saunier que un consejero del Parlamento había dicho: “Si se colgara a la mitad de los habitantes se podría perdonar al resto”; y el 3 de julio en Sarreguemines un teniente de Cazadores de Flandes gritaba: “Todos los Tercer Estado son unos...; yo mismo mataría unos doce y colgaría a Necker”; el 9, en Châlons, Young conversó con un oficial de un regimiento que marchaba sobre París y que

sabía que iba a poner en vereda a la Asamblea, por lo que estaba muy contento: “Era necesario; el Tercer Estado estaba adquiriendo demasiada fuerza y merecía, un buen escarmiento”. La idea del complot estaba en germen o ya había brotado cuando llegaron a París las noticias que la precisaron y fortificaron.

Sin embargo desde un comienzo se atribuyó su paternidad a los diputados. El 15 de junio el informador de Montmorin echaba la culpa a la correspondencia que enviaban a sus provincias: “Estoy informado y sé de buena fuente que varios diputados de los Estados generales —en especial los curas— rinden cuenta exacta de sus acciones, que mantienen correspondencia peligrosa y que procuran sublevar al pueblo contra la nobleza, y el alto clero; todavía sería posible impedir su circulación y creo que sería prudente ocuparse de ello. Es cierto que algunas diputaciones han tomado, la precaución de expedir correos, pero los particulares, para evitar este gasto, se sirven simplemente de la posta ordinaria”. De hecho, cuando la corte comenzó a preparar el golpe de Estado, las cartas de los diputados fueron interceptadas, al menos en parte. En las correspondencias que se han conservado hay lagunas durante el mes de julio; en Bourg no se recibió ninguna carta entre el 28 de junio y el 26 de julio y el diputado Populus lo atribuía a la censura postal. Pero ya era tarde, y el 13 de julio el intendente de Rennes se quejaba con discreción: “Sería muy agradable que se enviaran, a la provincia sólo boletines medidos y que contribuyan a mantener la tranquilidad; por el contrario, hasta ahora el espíritu de facción predominaba en todos los que se enviaron desde Versalles y también emanaba de las cartas dictadas por la mayor imprudencia, cartas llenas de peligrosos errores que han sido leídas en la municipalidad de Reúnes en presencia de la multitud”. ¿Qué errores? Después del 14 de julio la aristocracia vencida pregonaba que los diputados se habían puesto de acuerdo para incitar al pueblo a que se subleva y esta afirmación tuvo bastante eco. Así como en 1789 el Tercer

Estado estaba convencido de la existencia de un complot urdido contra él, en el siglo XIX y aún en nuestros días, hay toda una literatura que asegura la existencia del complot plebeyo. Esto tiene mucha importancia, pues las revueltas urbanas desempeñaron un papel destacado en la preparación del gran pánico, y para colmo, una vez lanzados por este camino, no se vaciló en atribuir el propio pánico a las maniobras de los conspiradores.

En realidad ninguna de las correspondencias que se han conservado incita a la sublevación. Quizá se pueda objetar que las cartas comprometedoras fueron destruidas, pero sería extraño que alguna no se hubiera salvado y que ni siquiera se la mencionara. De todos modos, no se puede tener en cuenta una hipótesis puramente gratuita que contradice el carácter, las ideas y la técnica política de los diputados del Tercero, que eran hombres de la burguesía, a menudo maduros, que consideraban las revueltas callejeras peligrosas para su clase y para su causa, que podía resultar comprometida por los excesos populares. Esperaban triunfar por la vía pacífica, explotando las dificultades financieras del gobierno y gracias a la presión de la opinión pública, —del mismo modo que los parlamentos habían triunfado el año anterior. Hasta el 14 de julio, ni siquiera preconizaban el armamento defensivo. Sus cartas tenían un tono moderado, aunque se elevaba poco a poco a medida que la lucha se volvía más ardiente. Por ejemplo Maupetit, diputado de Laval, criticaba “las pretensiones ridículas de la mayoría de los cuadernos” y la intransigencia de los bretones: “no se tiene la menor idea de la vehemencia y de la pasión de los habitantes de esta provincia”. Inclusive hay veces en que los comitentes recomiendan a los diputados firmeza y audacia. El 19 de julio, al hablar del voto por orden, la municipalidad de Brest escribía: “Os daréis cuenta hasta qué punto esta, forma de deliberación tiende a mantener a la aristocracia, que desde hace mucho pesa sobre el Tercer Estado, y sin duda os opondréis con toda vuestra conocida energía a la propagación de

la aristocracia”; y agregaba el 24: “Todos nuestros compatriotas desean que vuestra asamblea emita una resolución por la cual se dé a publicidad el nombre de los que desertan de la buena causa para hacer la corte a los privilegiados”. Legendre, uno de los diputados a quienes se exhortó de este modo, encontró muy mal que el comité de correspondencia hubiera dado a conocer al público sus cartas *in extenso*: “Los hechos son y continúan siendo exactos, pero las reflexiones —igualmente verdaderas— que los acompañan, a veces tienen una libertad que no puede ser transmitida al público sino con circunspección y después, de haberse realizado una selección de los materiales que yo os transmito en bruto, pues no tengo tiempo de pulirlos, reunirlos y ni siquiera leer mis cartas”. Legendre temblaba de miedo ante la idea de verse comprometido y una recomendación como la que hemos transcripto excluye toda idea de correspondencia secreta y sediciosa.

Pero por moderados que fueran los diputados del Tercero, no estaban dispuestos a capitular respecto del voto por cabeza, y precisamente porque pensaban apoyarse en la fuerza de la opinión pública, debían informar a sus electores sobre la importancia del asunto, y así, por ejemplo Maillot, diputado de Toul, escribía el 3 de junio: “Con la correspondencia que se ha establecido en todas las provincias entre diputados y comitentes, se formará el espíritu público que se impondrá al gobierno”. Por lo tanto insistían en que el alto clero y la nobleza se habían unido para mantener su dominio. Maillot continuaba: “En las actuales circunstancias, cuando todas las grandezas del cielo y de la tierra —quiero decir, los prelados y los nobles— se unen y conspiran para que la servidumbre y la opresión del pueblo sean eternas, tenemos necesidad de ese apoyo”. Y el 22 de mayo, el mismo Maupetit admitía que “no se podría contar con nada estable si se sancionara la división de los órdenes”. Bazoché, diputado de Barle-Duc, cuando el 3 de junio anunciaba que muy pronto el

Tercero se constituiría en Asamblea nacional, agregaba: “Por cierto se trata de una circunstancia crítica, pero si admitiéramos que se opine por orden, estaríamos aceptando que se remacharan nuestras cadenas, nos someteríamos para siempre a una aristocracia opresiva, nos expondríamos a sancionar nuestra antigua servidumbre”. ¿Errores funestos? Sí, por supuesto, para un intendente y para todos los contrarrevolucionarios, pero verdades evidentes para el Tercer Estado. ¿Juicios y expresiones poco medidas? Es posible: son palabras de lucha. De todos modos es seguro que contribuyeron a hacer fructificar la idea del “complot aristocrático”, y esto es lo que nos interesa en este análisis. ¿Pero dónde está el maquiavelismo? Los diputados escribían lo que pensaban —y en el fondo tenían razón.

A partir del 20 de junio, ante la amenaza de disolución o de algo peor, pidieron a sus comitentes que les dieran apoyo en forma concreta. Pero tampoco en esta oportunidad se trata de recurrir a la fuerza: sólo les pedían que enviaran peticiones a la Asamblea, las que se harían públicas y serían presentadas ante el rey. Y en efecto llegaron muchas, de las que todavía no se ha hecho una estadística. Hemos leído trescientas que podemos dividir en cuatro series: la primera se refiere a la sesión real del 23 de junio y manifiesta la adhesión del pueblo a la resolución del 17 que constituía al Tercero en Asamblea Nacional. Las peticiones están fechadas entre el 25 de junio y el 7 de julio. La segunda (del 29 de junio al 13 de julio) toma nota de la reunión de los órdenes y se alegra de ello; la tercera —del 15 al 20 de julio— expresa los apasionados sentimientos que despertó la caída de Necker y la amenaza del golpe de Estado militar; la cuarta, vinculada con la toma de la Bastilla y la capitulación del rey, comienza el 18 de julio y se prolonga hasta más allá del 10 de agosto: envía a la Asamblea, al pueblo de París y a Luis XVI las felicitaciones y agradecimientos de la provincia.

Esos documentos, que emanan principalmente de las ciudades y los burgos, aunque no exclusivamente, testimonian un movimiento más extenso que las súplicas presentadas al rey a fines de 1788 para pedirle la “duplicación” y el voto por cabeza, e iniciadas por las municipalidades; si bien es cierto que a veces éstas habían intentado monopolizar las peticiones. Por ejemplo en Angers, la municipalidad se negó a reunir a los habitantes —evidentemente porque temía que su autoridad fuera discutida y resultara debilitada— y por lo tanto redactó sola la petición del 8 de julio; lo que no impidió sin embargo que la asamblea prohibida se reuniera el 7, y que el 16, en una nueva sesión, declarara que la petición de los oficiales municipales carecía de valor y que la única legal era la suya. Casi siempre la municipalidad, sintiéndose obligada a hacer un sacrificio, incorporó a algunos notables que ella misma había elegido, pero sólo hubo, unas treinta y seis deliberaciones emanadas de cuerpos municipales reforzados de este modo. Catorce provienen de electores de bailiazgo reunidos espontáneamente, ciento cuarenta y cuatro de los “tres órdenes” de la localidad, ciento seis de los “ciudadanos”: en total, unos 250 sobre 300 expresan la opinión de la gran mayoría de los habitantes. En casi todas las ciudades hubo enorme, afluencia. El 19 de julio en Lons-le-Saunier se reunieron 3.260 habitantes de los cuales firmaron 1.842. Y la comprobación anterior no queda invalidada por el hecho de que las pequeñas ciudades, burgos y aldeas a veces retomaran los términos de las solicitudes cuya copia les habían enviado las grandes ciudades (por ejemplo Grenoble y Lyon).

Por otra parte, la profunda impresión que causó el cierre de la sala del Tercero el 20 de junio y la sesión real del 23 refuerza lo que hemos dicho. Como el gobierno había enviado a los intendentes el discurso del rey y las dos declaraciones que había hecho leer para que fueran difundidas en el púlpito y publicadas en las parroquias, las autoridades locales se alarmaron. El intendente de

Moulins dejó pasar el tiempo; el procurador del rey en Meulan protestó contra la distribución de los impresos y aconsejó que no se los utilizara para evitar así que aumentara la exaltación de los ánimos; en Grenville, donde se fijaron los carteles, se arrancó uno de ellos, La reacción fue muy violenta en Bretaña, donde las peticiones recurrieron a un lenguaje aun más agresivo que el de la Asamblea. Las comunas, de Pointivy “han recibido con la mayor consternación la noticia de que la autoridad real ha empleado la fuerza armada para dispersar a la Asamblea Nacional e impedirle la entrada al templo de la patria” (28 de junio); Dinan declaró que “esto pudo ocurrir sólo por una criminal influencia y porque se ha sorprendido a Su Majestad”. En Lannión se llegó todavía más lejos: el 27 de junio, la municipalidad, los nobles, burgueses y habitantes, “después del silencio que expresó su dolor y su consternación, declararon traidores a la patria a los cobardes impostores que guiados por sus viles intereses personales intentaron engañar a la religión y la justicia de un rey bondadoso”.

La reunión los órdenes fue acogida con alegría y significó cierto alivio, pero la cólera se acentuó cuando llegaron nuevas noticias. Desde el 7 de julio en Thiaucourt (Lorena) se temía “que las tropas que se reúnen entre París y Versalles puedan trabar la libertad de la Asamblea”. Todos los documentos aseveran que hubo una “alarma y consternación general cuando se supo que Necker había caído. Lo mismo que en París, se consideró que la fusión de los órdenes había sido sólo una maniobra, y el 27 de julio se lo dice en Pont-à-Mousson: “una supuesta reunión de los aristócratas con los patriotas ha sido el vil medio” empleado para adormecer a la nación.

La reacción fue vigorosa e inmediata y esta vez era imposible responsabilizar por ello a, los diputados o a los periódicos parisienses. Por cierto, la Asamblea sintió gran emoción y sorpresa. Males, diputado de Brive, decía: “El sábado pasado, 11 de julio,

cuando os escribía, estaba lejos de pensar en todos los males que nos acechaban: los grandes movimientos de la conjura, protectora de los abusos, y las reuniones frecuentes de la fracción Polignac que, hacían temer algunas novedades frustrantes; pero nunca imaginé un?, tramoya tan fatídica como la que se estaba gestando desde hace unas tres semanas y que de golpe surgió a plena luz. El sábado por la tarde, sin que nadie sospechara nada, Necker desapareció y sólo el domingo por la mañana nos enteramos de que se había visto obligado a refugiarse en el extranjero. El mismo día circuló el rumor de que corríamos peligro y el pueblo nos miraba como víctimas predestinadas al calabozo o a la muerte”. Los diputados afrontaron con firmeza el peligro, pero no había razón alguna para echarse en la boca del lobo: si bien es posible que algunos hubieran ido a París para ponerse de acuerdo con los patriotas para preparar la resistencia armada, de ningún modo se arriesgaron a confiar a la administración de postas o a los correos privados una incitación a armarse. Por otro lado, los acontecimientos ocurrieron con tanta rapidez que ni siquiera había tiempo para escribir (por ejemplo la carta de Malès es del 18), y para colmo se suspendieron los envíos de correspondencia. Populus, diputado de Bourg, decía a este respecto: “Quizá sea mejor así, las cartas hubieran sembrado el terror y la desesperación en las provincias” —lo que nos sirve al menos para estar seguros de que no tuvo nada que ver con la vigorosa acción de sus compatriotas—. Los diputados pudieron enviar instrucciones a sus amigos sólo el 15, después que el rey visitara a la Asamblea y cuando la crisis ya se había desatado. Durante los tres o cuatro días que transcurrieron entre el momento en que se conoció la caída de Necker y la fecha en que llegaron las noticias de lo ocurrido el 14, la provincia quedó completamente abandonada a sí misma. Sin embargo —y esto es un hecho esencial que vale la pena destacar— muchas ciudades adoptaron algunas medidas características para resistir al golpe de Estado y acudir en apoyo de

la Asamblea. En general se dice que la revolución “municipal” comenzó cuando las provincias conocieron la noticia de la toma de la Bastilla, En realidad, su acción, aunque por cierto menos eficaz que la de los parisienses, comenzó simultáneamente y sin que hubiera sido posible realizar ninguna coordinación.

En primer lugar, se dirigió a Versalles una tercera serie de peticiones que ya son netamente revolucionarias. En Lyon, la Asamblea de los tres órdenes, convocada el 16, declaró el 17 que los ministros y consejeros del rey “de cualquier rango, estado o función que fuera” eran personalmente responsables de los males presentes y por venir y que si los Estados eran disueltos cesaría la percepción de impuestos. El 20, en Nîmes, los ciudadanos reunidos en asamblea consideraron “infames y traidores a la patria a todos los agentes del despotismo y a los instigadores al servicio de la aristocracia, a todos los generales, oficiales y soldados, extranjeros y nacionales, que se atrevan a utilizar contra los franceses las armas que han recibido sólo para defender al Estado”; y ordenaron a todos los jóvenes de Nîmes “que están en el ejército, que desobedezcan las atroces órdenes de verter la sangre de sus conciudadanos, si acaso recibieran órdenes semejantes”. Los pequeños burgos demostraban idéntica violencia: el 19, los habitantes de Orgelet (en el Jura) decían que estaban “listos para marchar ante la primera señal” en defensa de la Asamblea, para “sacrificar su descanso, su fortuna, todo, hasta la última gota de su sangre” y someter a los culpables a “una venganza aleccionadora... sobre, sus personas y sobre sus bienes”.

Pero no podemos guiarnos por lo que se escribía; hay que juzgar por los actos. El primer movimiento consistió en despojar a las autoridades de todo aquello que les permitiría ayudar al gobierno. Por lo tanto en Nantes, Bourg y Château-Gontier se confiscaron las cajas públicas; sobre todo se abrieron los polvorines y los arsenales, y en Lyon se intentó expulsar a la guarnición, pero no se lo hizo porque ésta juró fidelidad a la nación. El 16, el

pueblo del Havre se opuso absolutamente a que se enviaran granos o harina a París “por temor de que sirvieran para alimentar a las tropas, que, según creen, todavía están acampadas en los alrededores de París”; y el 15, como se decía que los húsares embarcarían en Honfleur e irían al Havre para llevarse los granos, se expulsó del puerto a la guarnición, y al presentarse un barco que según se creía estaba cargado de soldados, se abrió fuego contra él y se lo obligó a alejarse del puerto. También se crearon milicias y se adjuntaron a las municipalidades poco seguras —cuando no se las reemplazó por ellos— comités que desde entonces ejercieron el poder: esto ocurrió en Mantauban, Lyon, Bourg y Laval. El 19, las columnas de las parroquias de Machecoul eligieron un comité ejecutivo y decidieron organizar una milicia que estuviera lista “para tomar las armas ante la primera circunstancia que así lo exigiera”; desde el 14 se creó en Château-Gontier una milicia “para que acudiera rápidamente en auxilio de la nación oprimidas”. Simultáneamente comenzaban a esbozarse algunos pactos federativos: desde Château-Gontier se escribió a los “hermanos” de Angers, Laval y Craon para determinar “el instante en que los habitantes de Château-Gontier se reunirían para ir a socorrer a los diputados que están en Versalles y para defender a la nación”; en Machecoul se designó inmediatamente algunos representantes para que se pusieran de acuerdo con los “hermanos de Nantes”; el comité de Bourg hizo imprimir un llamado dirigido a las parroquias de la campaña, por el que se les pedía que enviaran sus contingentes en cuanto se los solicitaran.

Los incidentes más graves se produjeron en Rennes y Dijon. El 15 de julio, cuando el comandante militar de Rennes, Langeon, se enteró de la caída de Necker, duplicó la guardia y pidió refuerzos a Vitré y Fougères. El 16 los habitantes se reunieron, crearon una milicia, se apoderaron de las cajas públicas y suspendieron el pago de impuestos. Muchos soldados se les unieron, saquearon entonces el depósito de armas y se apoderaron de los ca-

ñones. Cuando llegaron las noticias de París (el 17) Langeron cedió y prometió no desplazar la guarnición, renunciar al pedido de refuerzos y perdonar a los soldados. El 19, cuando se invadió el arsenal y la tropa hizo defección, Langeron abandonó la ciudad. En Dijon ocurrió algo peor; cuándo el 15 llegó la noticia de la caída de Necker, el pueblo se apoderó del castillo y las municiones, estableció una milicia, puso prisionero al, comandante militar, el señor de Gouvernet, y mantuvo vigilancia ante la casa de los nobles y los sacerdotes. En otros lugares, como en Besançon, los despachos del 15 de julio llegaron justo a tiempo para impedir que se desataran las sublevaciones: los jóvenes “anunciaban a toda voz que durante la noche aniquilarían a todos los miembros del parlamento”.

Por supuesto, lo más frecuente era que triunfara la prudencia; y con el olvido iba debilitándose la influencia “electrizante” de la toma de la Bastilla. Cuando Young se enteró en Nancy (el 15 de julio) de la caída del ministro popular, pudo comprobar que en efecto había sido “considerable”, pero cuando preguntó qué se pensaba hacer se le contestó: “Veremos lo que hace París”. Del mismo modo los ciudadanos de Abbeville esperaron hasta saber qué pasaba, en París, para poder anunciar a los parisienses que también ellos se habían sentido alarmados y que “hubieran deseado compartir su audacia patriótica”. El procurador síndico de Châtillon-sur-Seine reunió a los habitantes el 21 para informarlos sobre los acontecimientos, y en esa oportunidad dijo con toda ingenuidad: “Como el éxito de los Estados generales era dudoso... los señores oficiales municipales temían comunicaros las ansiedades que los desgarraban y que vosotros compartiríais demasiado; por lo tanto se limitaban a expresar los más ardientes votos en favor de la conservación de la patria”. Cuando se hubo superado la exaltación de los primeros momentos, con cierta frecuencia los comités responsables comenzaron a esbozar un movimiento de retroceso. Al saberse en Château-Gontier que el rey

se había reconciliado con la Asamblea se desautorizó la requisita de las cajas y los términos demasiado explícitos de las deliberaciones; en Bourg, al ver que empezaban las revueltas agrarias, se anunció con toda premura a las comunidades rurales que su ayuda no era necesaria y que debían permanecer tranquilas. Pero además, hubo también algunas resistencias, aun después que se supo que se había tomado la Bastilla. Un ejemplo de todo esto es lo que ocurrió el 22 en Isle-Bouchard (Turena): Charles Prévost de Saint-Cyr, capitán de caballería y alcalde de Villaine, pidió a los diputados de las parroquias que adoptaran dos proyectos de petición dirigidos al rey y a la Asamblea que él había redactado, así como que formaran una milicia asegurándoles —según parece— que había recibido “ordenes” de los Estados generales. Los diputados de la parroquia de Saint-Gilés se negaron a hacerlo y lo denunciaron a Versalles. Sin embargo los ejemplos que hemos citado demuestran fehacientemente que se trataba de un movimiento nacional.

Este movimiento se había anticipado a la toma de la Bastilla, pero la acción parisiense aseguró su éxito y su expansión. Puesto que el rey había sancionado la victoria del Tercero, los enemigos del pueblo lo eran también del rey y ahora se podía legalmente perseguir a todos los partidarios de la contrarrevolución. Tal como ocurría en París, se continuaba creyendo que eran peligrosos y que estaban listos para intentar un regreso ofensivo. Si conseguían dominar una provincia, podían convertirla en base de operaciones para un ataque contra la capital, siempre que logran atraer al rey. En ese caso se facilitaría enormemente la entrada de los emigrados y las tropas extranjeras, por lo tanto había que desconfiar. El 22 de julio un miembro del comité de Machecoul exhortaba a la asamblea de habitantes: “No nos dejemos engañar por las apariencias de paz y tranquilidad; que el momentáneo restablecimiento del orden no nos deslumbre. Una conjura infernal ha jurado la pérdida de Francia y es tanto más peligrosa

por cuanto rodea al trono. Dejémonos llevar por la alegría, pero no olvidemos que si aunque sea un instante dejamos triunfar a los enemigos del pueblo, jamás asistiremos a la regeneración de Francia; estemos siempre en guardia frente a la triple autocracia de los ministros, la nobleza y el alto clero”.

Entonces se enardecieron los diputados, que ya dominaban la situación. Algunos —como Populus cuando escribía a la ciudad de Bourg— se limitaron a aprobar las precauciones que se habían tomado; pero otros, preocupados por completar la derrota de la aristocracia y mantener el orden, dieron consejos y recomendaron dos medios: enviar notas de adhesión a la Asamblea y formar milicias. Por ejemplo Barneve, el 15 de julio decía a sus amigos de Grenoble: “¿Qué hay que hacer? Dos cosas: enviar múltiples peticiones a la Asamblea Nacional y crear milicias burguesas listas para avanzar... Los ricos son los que mayor interés tienen en el bienestar general. La milicia de París está integrada en su mayor parte por buenos burgueses y este hecho la convierte en algo tan seguro para el orden público como formidable para la tiranía. Hay que apresurarse en hacer circular estas ideas en toda la provincia... Cuento totalmente con la energía de vuestra ciudad, a quien corresponde iniciar el movimiento. Lo mismo ocurrirá en todas las provincias, puesto que desde aquí se ha organizado todo”. Boullé, diputado de Pontivy, escribía algo semejante al contestar una carta del 20: “Estoy orgulloso de que mis queridos conciudadanos se muestren tan dignos de la libertad y tan dispuestos a defenderla, sin olvidar ni un instante que la licencia es el abuso más funesto de la libertad. Continúad prohibiéndoo toda violencia, pero haced respetar vuestros derechos. Y si lo consideráis necesario para vuestra seguridad, perfeccionad el establecimiento de una milicia burguesa. Ya todas las ciudades se apresuran a constituir con sus propios hombres tropas nacionales, ¿y quién podría no sentirse honrado al convertirse en soldado de la patria...? Si la patria así lo exige, estaréis listos para acu-

dir. Todavía la amenazan peligros de todo tipo... Hay traidores en nuestro seno... Continúa en comunicación con las otras ciudades de la provincia; sólo con vuestra unión y vuestro mutuo apoyo lograréis alejar todos esos males". Bastó con que no se tuviera en cuenta la fecha, en que fueron escritas estas cartas —en especial la de Barnave— para que se llegara a la conclusión de que los diputados patriotas eran los únicos responsables del movimiento de las provincias. Pero en verdad, en ese momento se limitaban a fomentarlo —y no lo ocultaban—, Por eso, el 18 de julio, Martineau propuso a la Asamblea que se generalizara la institución de las milicias, y pocos días después, Mirabeau aconsejaba que se reorganizaran las municipalidades. La Asamblea no adoptó tales iniciativas, pero Mortier, diputado del Cambrésis, escribió a sus conciudadanos de Cateau como si se lo hubiera hecho: "Se ha decidido que tengamos en todo el reino una milicia nacional compuesta por todos los ciudadanos honestos; por supuesto no se trata de desarmar a los campesinos ni de molestarlos de cualquier modo que fuera: se trata de una libertad de la que deben gozar todos los ciudadanos... Que todas las personas que se han armado contra la aristocracia conserven sus armas y su valor para la nación y para el rey".

En Alsacia, los diputados de la aristocracia, el barón de Turckheim y el de Flaxlanden pretendieron que algunos de sus colegas habían aconsejado en términos muy claros que se tomara la ofensiva. Turckheim aseguró que había leído cartas "por las que se intimaba a los síndicos de nuestra provincia a que combatieran con todas sus fuerzas a los señores y a los sacerdotes pues si así no fuera todo se perdería". Más tarde la propia Comisión intermedia echó la culpa a las cartas que habían escrito Lavié y Guettard, diputados de Belfort. Pero sí se recuerdan las famosas palabras que Barnave pronunció en plena Asamblea después del asesinato de Foulon y de Bertier —"¿Acaso esa sangre es tan pura que haya que lamentarse tanto por haberla derramado?"—; si se

ha leído la carta que madame Roland escribió a Bosc— “Si la Asamblea nacional no procesa a las dos cabezas ilustres o los generales Decius no las abate estaréis todos j...; entonces se podrá leer sin sorpresa en la correspondencia de los diputados expresiones aún más audaces que las que Turckheim reprodujo. Si creemos a Young, él estaba presente en todas las circunstancias para reproducir los relatos más imaginativos que pudieron hacerse acerca de la conspiración. Cuando comía en una hostería en Colmar, si 24 de julio, oyó decir “que la reina había organizado un complot que estaba a pinato de estallar, y que consistía en hacer explotar una mina en la Asamblea Nacional, y de inmediato enviar un ejército contra París para que masacrara a los habitantes”. Y como un oficial demostrara su escepticismo ante la noticia, “muchas voces” se elevaron para decir “que lo había escrito un diputado; que se había visto su carta y que por lo tanto no cabía la menor duda”.

Muchos incidentes crearon desconfianza o la acentuaron —lo mismo que en París. Todos observaban con gran inquietud los movimientos de las tropas que refluían desde los alrededores de París hacia sus guarniciones, y algunas ciudades les cerraron las puertas en la narices, mientras otras se negaban a darles víveres, los injuriaban o apedreaban. Por esto mismo el *Royal Allemand* fue mal recibido en Châlons el 23, y el 26, en Dun, como se creyó reconocer en su convoy, el equipaje de Lambese, se lo retuvo bajo secuestro hasta que la Asamblea decidiera algo al respecto. Cuando el mariscal de Broglie llegó a Sedan, el 17, estalló una sublevación que lo obligó a abandonar la ciudad. Las provincias vieron pasar a muchos nobles y eclesiásticos que huían de París, cambiaban de domicilio o emigraban. Pero se sospechaba sobre todo de los diputados que abandonaban Versalles: se creía que desertaban de la Asamblea para eludir las consecuencias de la fusión de los órdenes y poder aducir posteriormente que los decretos estaban viciados de nulidad. Por esto se detuvo en Poronne al

abad Maury el 26 de julio; al abad de Calonne en Nogent-sur-Seine el 27; al obispo de Noyon en Dôle el 29; al duque de La Vauguyon —uno de los ministros del 11 de julio— en El Havre, el 30. Si París creó la gran inquietud que reinaba en las provincias, éstas por su parte contribuyeron bastante para confirmar los temores de la capital. Y esta observación vale especialmente para todo lo que se refiere a la connivencia entre la aristocracia y el extranjero. El 1.º de agosto el *Patriote français* publicó una carta de Burdeos fechada el 25 de julio y que decía: “Nos amenazan con la llegada de treinta mil españoles, pero estamos dispuestos a recibirlos”. También De Briançon, uno de los comisarios de las comunas, escribía al presidente de la Asamblea nacional: “Conocemos todas las desdichas y las revoluciones ocurridas en Versalles y París, y el evidente peligro a que están expuestas la Asamblea Nacional y la capital. Pero todavía no se han disipado nuestros temores y nuestra alarma. Por lo tanto, he creído conveniente, Monseñor, realizar algunas investigaciones, e informarme la situación actual, y si lo que se me ha dicho es cierto, creo que unos veinte mil piamonteses que los ex ministros de Su Majestad solicitaron al rey de Cerdeña les han sido concedidos por el consejo reunido para considerar tal petición, aunque le haya costado lágrimas, quizá de pena. Vivimos en una permanente zozobra; hay un mayor que manda en esta plaza y que según creemos ha participado en esta iniciativa, así como en las desgracias que nos amenazan”. Como ya hemos dicho, es muy posible que el rumor que hablaba de una conspiración que entregaría Brest a los ingleses hubiera llegado desde Bretaña. El 31 de julio, la *Correspondance de Nantes* anunció que un hombre llamado de Serrent había sido arrestado en Vitré y que “tenía la intención de incendiar Saint-Malo; hemos interceptado la correspondencia que mantiene el gobernador de esta ciudad con nuestros enemigos”.

Los nobles protestaron con gran indignación contra estas acusaciones de traición, (sobre todo en Bretaña) y con frecuencia — lo mismo que el clero— desautorizaron abiertamente los intentos realizados por la corte contra la Asamblea, participaron en las reuniones donde se redactaban las notas de adhesión a los decretos y pusieron su firmar en “medio de las de los campesinos. Esto realizó el señor d’Elbée en Beaupréau. Algunos se cegaron a solidarizarse con su clase: por ejemplo en Nantes, el mariscal de campo, vizconde de La Bourdonnaye-Boishulin (que por eso mismo fue elegido poco después coronel de la milicia), y en Rennes, du Plessis de Grénédan, consejero del Parlamento, cuya carta fue publicada por la *Correspondance de Nantes*: “Jamás estuve de acuerdo con los principios que tan justamente se reprocha a la nobleza, y al contrario, siempre los he combatido con toda mi fuerza”, por lo cual las comunas lo recibieron aceptando su arrepentimiento y perdonando su falta; lo honraron “con una corona cívica”. En casi todas las provincias las revueltas urbanas y agrarias lograron que la alta burguesía acogiera de buen grado a sus hijos pródigos y los admitiera en los comités permanentes: muy a menudo se les confiaba el mando de la milicia —tal como ocurrió en Nantes—. Por esto mismo, el acercamiento —que con tanta satisfacción Caraman había observado en Provenza en el mes de marzo— se notó bastante a fines de julio y comienzos de agosto. Pero en Bretaña había menos espíritu de conciliación: se exigió que los nobles se retractaran de los juramentos que habían realizado en enero y en abril, y mientras tanto, se los ponía bajo la protección de las autoridades pero “como extranjeros a la nación” y realizando “una absoluta escisión con ellos”, como pasó en Josselin y en Machecoul. Por lo demás, la pequeña burguesía, el artesanado y el pueblo no aprobaron en ninguna parte la condescendencia de la burguesía acomodada. En Nantes, después que se hubo admitido a varios nobles en el comité (el 18 de julio) las protestas de las comunas obligaron a que se los excluye-

ra, y en Fougères y en Bourg hubo que hacer lo mismo. Durante los meses siguientes, uno de los rasgos característicos de la vida municipal fue el esfuerzo realizado por la clase popular —con mayor o menor éxito y con mayor o menor constancia— para que se eliminara a los nobles de todas las funciones.

Por todas estas razones, después del 14 de julio muchas ciudades imitaron a las que ya se habían pronunciado en el momento más agudo de la crisis. Así en Angers, el 20, se confiscaron las cajas públicas y se ocupó, el castillo; en Saumur y en Caen se tomó el castillo el 21; desde Lyon se envió una guarnición hasta Pierre-Encize; en Brest y Lorient se vigiló de cerca a las autoridades marítimas y se puso guardia en el arsenal. El 26, las comunas de Foix rehusaron su obediencia a los Estados provinciales y sólo reconocieron “las leyes vetadas por la Asamblea nacional”, y en todos lados las milicias visitaban y desarmaban los castillos —tal como hacía la de París en los alrededores de la ciudad—. Los representantes del rey no opusieron una resistencia considerable, pero como todo ocurría en medio de incidentes tumultuosos, muchos estuvieron expuestos a gran peligro. El 19 en Mans, por muy poco no se masacró al teniente de la guardia pública que había prohibido que se enarbolara la escarapela; el 21 llegó a Aix una banda de marseleses conducida por el abad de Beausset, canónigo de Saint-Victor, que liberó a los que habían sido puestos en prisión durante las revueltas de marzo. Como consecuencia de ello, el intendente tuvo que huir.

Puesto que se había suprimido o reducido a la impotencia a la autoridad superior, las mismas municipalidades del antiguo régimen se sintieron desbordadas. Hubieran querido conservar sus milicias burguesas y dar armas sólo a los individuos de posición acomodada —tal como lo recomendara Barnave— pero tuvieron que reclutar a todo el mundo. Su poder de policía se volvió puramente nominal: la milicia y la muchedumbre se la atribuyeron a sí mismas. Francia se cubrió de una red de prietas mallas de

comités, milicias e investigadores sin mandato, que durante varias semanas dificultaron la circulación del mismo modo que ocurrió en el año II bajo la mirada de los comités de vigilancia. De todo esto surgieron los arrestos de los que se ha hablado. En Saint-Brieuc se allanaron las casas de los sospechosos y se disolvió la Cámara literaria porque se la consideró contrarrevolucionaria. Una estrecha solidaridad de clase unió a los miembros del Tercero. Se impuso como obligación llevar la escarapela, pero se la prohibió en Nantes a los “no nobles desertores de la causa del pueblo”. Con cierta ingenuidad se preguntaba a todos los desconocidos: “¿Estáis con el Tercer Estado?” y faltó muy poco para que la pregunta resultara fatal para una familia noble cuando se la hicieron en Savigné (de paso para Mans) el 19. Una mucama que se asomó a la portezuela respondió aturdidamente que no; por cierto, la pobre muchacha no estaba al corriente de lo que pasaba y quizá ni siquiera sabía lo que podía ser ese “tercero”. Comparot de Longsols tuvo mayor éxito en Nogent-sur-Seine, donde entró el 19 por la tarde. Al oír el tumulto, preguntó al postillón qué pasaba y éste le explicó sin ambages: “La milicia armada nos preguntará ‘¿Quién vive?’. Si no respondéis ‘¡Tercer Estado!’ nos tirarán al río”. Comparot, que era un hombre sensato, no desdeñó tan amistosa información y al poco tiempo Young hizo lo mismo. Ni uno ni otro tomaron a la tremenda ese disgusto, pues si bien el pueblo era muy desconfiado en 1789, no se mostraba demasiado exigente sobre las demostraciones de conformismo que pedía, de manera que se podía pasar por “patriota” sin excesiva dificultad.

Aunque las municipalidades aceptaran todo eso, no se les perdonaba que no hubieran sido designadas por los habitantes; por lo tanto, se les exigía que la dirección y la organización de las milicias se confiaran a comités elegidos. Hay muy pocos ejemplos similares de Béziêrs, donde la municipalidad pudo prescindir durante mucho tiempo de unas y otros. Y al contrario, en

muchas ciudades las rebeliones las destituyeron: esto pasó en Cherburgo, el 21 de julio; en Lila el 22 y en Maubeuge el 27. En estos casos el comité “permanente” heredó todos sus poderes —pero se trataba de casos extremos—. Aunque todavía no podamos realizar una estadística, se puede asegurar que la gran mayoría de las municipalidades siguieron actuando: algunas sobrevivieron a pesar de las rebeliones (como la de Valenciennes y la de Valence); otras lograron impedirías, ya sea porque cedieran ante las manifestaciones —Clermont, Burdeos—, ya sea porque las evitaron disminuyendo el precio del pan (como ocurrió en Flandes marítimo). Pero tarde o temprano, casi siempre tuvieron que compartir su autoridad y ceder paulatinamente.

La gran mayoría de esas sublevaciones fueron provocadas por la carestía del pan, pues nunca fueron tan numerosas las sublevaciones frumentarias como en la segunda quincena de julio. Las hubo en casi todas las ciudades de Flandes, Henao y Cambrésis; cerca de Amiens, la noche del 22, la escolta de un convoy tuvo que librar una batalla campal. El 18 hubo tumultos en Nogent y Troyes (Champaña); el 19 en Orleáns y Beaugency (provincia de Orleáns); el 17 en Auxerre y el 19 en Auxonne (Borgoña); el 20 en Saint-Jean-de-Losne. En algunas se cometieron homicidio: en Tours, el 21, se mató al comerciante Girard; en Bar-le-Duc a otro comerciante llamado Pellicier (el 27). Las zonas próximas a París fueron las más agitadas: el 17, un molinero de Poissy fue llevado a Saint-Germain y asesinado; el 18, una diputación de la Asamblea tuvo grandes dificultades para salvar a un arrendatario de Puiseaux (también en Saint Germain). El 17 hubo levantamientos en Chevreuse; el 20 en Dreux y Crécy-en-Brie; el 22 en Houdan; el 23 en Breteuil y Chartres; el 25 en Rambouillet, el 26 en Meaux, y en Melun el 28 por la noche. Pero el mediodía no estaba más tranquilo: como consecuencia de una sublevación de este tipo, Toulouse organizó su milicia el 27 de julio. El pueblo pedía que se rebajara el precio del pan, pero también mani-

festaba otra pretensión que ya se había hecho sentir en Provenza durante las sublevaciones de marzo: la abolición de los fielatos y la no percepción de gabelas, subsidios, impuestos de sellado y derechos de tráfico. “Desde hace quince días estamos en continua alarma. Se amenaza con incendiar las oficinas de correos y los perceptores que las habitan han sacado de ellas sus muebles para llevarlos a lugar seguro y no se atreven a dormir en sus casas”, escribía el 24 de julio el director de los Subsidios de Reims.

Esta “revolución municipal” tiene relaciones evidentes — aunque no siempre directas— con el gran pánico. Por un lado, la insurrección parisién y las revueltas urbanas alarmaron a las campañas; por el otro, incitaron a los campesinos a sublevarse, mientras que, por su lado, las revueltas agrarias se convirtieron también en una causa de pánico.

CAPÍTULO IX

LA REACCIÓN DE LA PROVINCIA CONTRA EL “COMLOT”

2. Las campañas

Desde la ciudad la noticia del “complot aristocrático” se difundió por la campana a través de las vías que ya conocemos, pero de lo que se decía y pensaba en las aldeas, no sabemos mucho, ya que el campesinado casi no escribía. Las reflexiones que algunos curas han consignado en sus registros parroquiales muestran que éstos compartían las opiniones de los habitantes de la ciudad y permiten suponer que sus fieles pensaban del mismo modo. En el Mame, los curas eran particularmente explícitos; “Los aristócratas, el alto clero y la alta nobleza”, escribía el cura de Aillières, “han empleado, todos los medios posibles, entre, los más indignos, sin conseguir que fracasaran los proyectos de reforma de una cantidad de abusos indignantes y opresores”, y el cura de Soullignésous-Ballon arremetía contra “muchos de los grandes señores y otros que detentan altos cargos del Estado, y que procuran sacar secretamente todos los granos del reino para llevarlos al extranjero, para de este modo hacer pasar hambre al reino, indisponerlo contra la asamblea de los Estados generales, desunir a la asamblea e impedir su triunfo”. El cura de Brûlon (quien más tarde se negó a jurar la Constitución civil del clero) resumía el 2 de enero de 1790 los acontecimientos del año precedente, señalando, a propósito de la caída de Necker, “una conspiración infernal destinada a masacrar a los diputados más devotos de la nueva constitución y a encerrar a los otros para contener a las provincias en caso de insurrección. La reina, el conde de Artois y otros príncipes, juntamente con la casa de Polignac y otros grandes señores, que preveían los cambios que tendrían lugar... toda

esa gente, digo yo, y mil otros desean el fracaso de la Asamblea Nacional”. Un habitante de Bugey, en un manuscrito que se ha conservado en los archivos de Ain, señalaba también que la reina, según se decía, deseaba la muerte de todo el Tercer Estado: “ha escrito una carta a su hermano el emperador, a Viena, en Austria, para conseguir cincuenta mil hombres y así destruir al Tercer Estado que nos sostenía, y al pie de la carta le pedía a su hermano que diera muerte al correo... Por suerte, el pobre correo fue detenido en Grenoble por el Tercer Estado que le secuestró la carta”. El mismo cronista reproduce una carta cuyas copias circulaban en Valromey y que se decía que había sido secuestrada “en el bolsillo de un tal Fléchet, jefe del partido de la juventud de París, y que le había sido dirigida por el conde de Artois” el 14 de julio: “Cuento con vos para la ejecución del proyecto que hemos convenido y que esta noche, entre las once y las doce, debe llevarse a cabo. Como jefe de la juventud, podréis conducir su marcha sobre Versalles hasta la hora indicada, en la cual podréis estar seguro de que llegaré con treinta mil hombres absolutamente fieles a mi causa y que os librarán de los doscientos mil que sobran en París. Y si, contra lo que espero, el resto no se aviene a una obediencia ciega, los pasaré a cuchillo”. Esta fantasía no hace más que confirmar las versiones relativas al complot que publicaron los diarios, y en ella se percibe un eco del mensaje de Bésenval a de Launey, y de la muerte de Flesselles. No conocemos ningún otro ejemplo de algo semejante, pero puede suponerse con bastante certeza que muchos rumores del mismo tipo fueron transmitidos oralmente.

Al tomar las armas, las ciudades y los burgos confirmaron la existencia oficial de un complot urdido contra el Tercer Estado. En Bourg, el 18 de julio, se decidió pedir ayuda a las parroquias, y en los días siguientes muchas acudieron para ofrecer sus contingentes. En el bailiazgo de Bar-sur-Seine, los electores se reunieron el 24 de julio, se constituyeron en comité y decidieron

crear una milicia en cada aldea, en lo que fueron inmediatamente obedecidos. El 1.º de agosto los del bailiazgo de Bayeux también intentaron formar un comité opuesto al que la municipalidad de la capital del lugar había establecido el 25 de julio. En el Delfinado la iniciativa provino de algunos amigos de Barnave que pusieron en movimiento la comisión intermedia de los Estados; el 8 de agosto, el procurador general del parlamento escribía a propósito de la revuelta agraria: “El 19 del mes pasado, se ordenó a las comunas de las ciudades, burgos y comunidades de la provincia que tomaran las armas... Este es el *genuit* de todas nuestras desgracias: en todos lados la gente se ha armado y se ha establecido una guardia burguesa en cada lugar”. En Aix, el 25 de julio, los comisarios de las comunas, alegando la confusión que reinaba en Provenza, incitaron también a las veguerías^[*] para que formaran milicias.

Pero diversos incidentes demuestran claramente que los campesinos no tuvieron necesidad de ser exhortados para cooperar con los burgueses de las ciudades: por su propia iniciativa detuvieron al duque de Coigny en Ver-sur-Mer (Calvados) el 24 de julio, y a Besenval en Villenauxe el 26. Las aldeas fronterizas también ejercían estrecha vigilancia. Del mismo modo, los aldeanos de Savigné, cerca de Mans, interrumpieron el 18 el viaje de los señores de Montesson y de Vassé —diputados de la nobleza— y arrojaron el coche al río. Numerosas anécdotas muestran a los campesinos alertas y al acecho del paso de los sospechosos. Esta actitud explica que Young fuera arrestado dos veces cerca de Isle-sur-le-Doubs, el 26 de julio; luego en Royat, el 13 de agosto, y en Thueys, el 19. Cerca de Isle, se lo obligó a ponerse la escarapela. “Se me dijo que era una orden del Tercer Estado y que si yo no era un señor, tendría que obedecer. Pero, supongamos que yo fuese un señor, ¿qué sucedería entonces, amigos míos? ‘¿Qué sucedería?’ —replicaron con aire severo—; ‘Seríais

colgado, pues es probable que lo merecierais”’. Pero esto no era más que una balandronada, pues no colgaron a nadie.

Sería un error suponer que si en todas las campañas se creía en el complot aristocrático, esto se debía a las noticias llegadas desde Versalles y París. Instintivamente y desde el mismo momento en que se habían convocado los Estados generales, los campesinos estaban temiendo que el complot se organizara, pues habían interpretado el llamado del rey como el preanuncio de la liberación, y en ningún instante supusieron que los señores se resignarían a ello: de haber sido así hubieran actuado contra su propia naturaleza. Si el pueblo conocía mal su historia, por lo menos tenía de ella una noción legendaria; si había conservado el vago recuerdo de los “bandoleros”, tampoco-había podido olvidar que cada revuelta de los *jacques, croquants, va-nu-pieds*[*] y otros miserables contra los señores siempre había terminado ahogada en sangre. Así como la gente del arrabal de Saint-Antoine temblaba de miedo y de rabia a la sombra de la Bastilla, del mismo modo el campesino percibía en el horizonte el castillo que, desde siempre, había inspirado a sus antepasados más temor que odio. Es cierto que algunas veces su silueta parecía menos severa, que sus cañones estaban mudos desde hacía mucho tiempo, que las armas se habían oxidado y ya no se veían soldados sino lacayos. Sin embargo, el castillo continuaba existiendo y nada se podía saber de lo que ocurría allí dentro. ¿Acaso el terror y la muerte no podrían resurgir? Ante el menor indicio se suponía que se estaban realizando preparativos y reuniones para aplastar al Tercer Estado, y en el Este estos temores se confirmaron. En Lorena, el mariscal de Broglie ordenó el desarme de las comunidades; el intendente de Metz transmitió la orden, el 16 de julio, y cuando el mariscal fugitivo llegó a Sedan (el 17), de inmediato la hizo ejecutar en los alrededores. Es probable que dicha medida hubiera sido concebida en la época de la caída de Necker, y si bien no hay la menor seguridad de que estuviera vinculada con el pro-

yecto del golpe de Estado, era difícil que no se la contemplara como tal. En el Franco-Condado fue todavía más grave lo que ocurrió en el castillo de Quincey. El domingo 19 de julio, luego de los festejos con los que se había celebrado en Vesoul la noticia de la toma de la Bastilla, algunos soldados de la guarnición, mezclados con habitantes del lugar, se trasladaron por la tarde hasta el castillo del señor de Mesmay; allí dijeron que habían sido invitados a celebrar los recientes acontecimientos. Los domésticos los recibieron bien y les dieron de beber. Hacia la medianoche se retiraron. Cuando atravesaban el jardín, explotó en un depósito un barril de pólvora y el edificio estalló. Murieron cinco hombres y muchos otros resultaron heridos. Sólo había sido un accidente, pues es probable que los bebedores, medio borrachos, al buscar vino o quizá dinero escondido, hubieran entrado en el recinto con una antorcha. Pero todos dijeron lo mismo: que se había preparado una emboscada para el Tercer Estado. Y tanto en París como en la misma Asamblea Nacional en cuanto se tuvo noticias de lo ocurrido nadie dudó de que así fuera, por lo que el asunto tuvo una repercusión extraordinaria en toda Francia. Y en el mismo Franco-Condado fue la chispa que encendió la hoguera de la revuelta agraria que a su vez engendró el gran pánico del Este y el Sudeste. Aunque en general los historiadores casi no se ocuparon de este incidente, fue uno de los acontecimientos importantes del mes de julio de 1789.

Persuadidos de que los aristócratas se habían conjurado para liquidar al Tercer Estado, los campesinos no se limitaron a apoyar a los burgueses de las ciudades sino que recurrieron a un medio seguro para ejercer una venganza aleccionadora sobre sus enemigos. Puesto que se quería mantener el régimen feudal, se negaron a pagar los censos y en varias provincias se sublevaron y exigieron su supresión al mismo tiempo que quemaron los archivos o los castillos. Al hacerlo creían proceder según los deseos del rey y de la Asamblea. Como ya hemos visto, de la misma

convocación de los Estados generales habían sacado la conclusión de que el rey quería mejorar su situación y que sus pedidos estaban resueltos favorablemente por adelantado. Aunque la conspiración había evitado que las intenciones del soberano y de la Asamblea Nacional se realizaran, las autoridades legales habían anunciado que el 15 de julio Luis XVI se había reconciliado con los diputados y que el 17 había aprobado la revolución parisienne, y que por consiguiente había condenado a los conjurados. Por lo tanto, al liquidar la autoridad de los conjurados, procedían de acuerdo a los deseos del rey, quien había ordenado que se hiciera justicia a su pueblo. Por cierto, estas órdenes todavía no se habían cumplido porque no se las había publicado y porque los curas se negaban a leerlas en el púlpito, pero esto no era sino una manifestación más del complot. Todos los campesinos insurgentes expresaban convicciones semejantes. En el Delfinado, a mediados de julio, se murmuraba contra las autoridades que “ocultaban las órdenes del rey” y se decía que éste había dado permiso para que se incendiaran los castillos. En Alsacia corría el “sordo rumor” de que el soberano había autorizado a los campesinos a perseguir a los judíos y a recuperar, los derechos de los que habían sido despojados por la aristocracia. En Laizé (Mâconnais), “la partida decía que avanzaba porque había recibido tal orden y que sólo contaba con ocho días para saquear todos los castillos, ya que intempestivamente habían dejado pasar las dos primeras semanas de las tres que se les habían otorgado para hacerlo”. A veces los campesinos se expresaban con giros de una sabrosa ingenuidad: en Saint-Oyen, se lamentaban ante un burgués “de la mucha tarea que falta por hacer” y en Saint-Jean-le-Prinche un charlatán les demostró que no debían demorarse “pues todavía les falta mucho trabajo por hacer hasta saquear todos los castillos hasta Lyon”. En el límite entre Lorena y el Franco-Condado, el barón de Tricomot trató de sacar de su error a un grupo que había encontrado: “Señor, me dijeron esos exalta-

dos, tenemos órdenes del rey; están impresas. Pero nada tenéis que temer, no estáis en nuestra lista y si necesitáis nuestra ayuda estamos a vuestro servicio”. En el castillo de Rânes, en el *Bocage* normando, pidieron disculpas por verse obligados a violentar a su amo: “Se mostraban muy acongojados ante un señor tan bueno de que órdenes imperiosas los forzaran a hacerlo, pero tenían la seguridad de que Su Majestad así lo quería”.

Es muy fácil comprender que los campesinos hubieran sospechado que los aristócratas ocultaban las órdenes del rey que les eran desfavorables. ¿Pero cómo se pasó de la sospecha a la afirmación? Algunos indicios nos llevan a pensar que se debió a algunos individuos más audaces, que a veces poseían cierta autoridad oficial —síndicos, perceptores de impuestos y guardas de campo— o semioficial —tales como los diputados de la asamblea del bailiazgo—, cuya ambición o cuyo temperamento los convirtieron en líderes. Y así, por ejemplo, en el Mâconnais, varios inculpadados declararon que habían obedecido a las indicaciones de los síndicos y los perceptores; un viñatero de Lugny aseguró que Dufour, de Peronne, le había ordenado que avanzara, diciéndole que tenía órdenes en ese sentido y exhibiendo un papel impreso. Al mismo tiempo lo había amenazado con hacerlo arrestar si no obedecía. En Revigny (Barrois) los disturbios del 29 de julio fueron iniciados por dos sargentos de policía que, según resultó del juicio de la corte prebostal, habían “abusado de sus funciones” pregonando al son de tambores que, por voluntad del rey y, de acuerdo con las órdenes que tenían, procederían a vender al precio oficial el trigo perteneciente a diversos propietarios. En Saint-Maurice, en el valle del Mosela, un condenado fue declarado convicto de haber “anunciado al pueblo que en algunas cartas que él había recibido se lo había autorizado a hacer lo que quisiera”. En Ais a cía, una banda tenía como jefe a un obrero tejedor, al que se había condecorado con la cinta azul, para hacerlo pasar por hermano del rey. Más aún, en Sarreguemini-

nes, un soldado de la guardia pública de Sarrelouis fue acusado por el intendente y por diversos testigos de haber afirmado “que existía una disposición que permitía que en el término de seis semanas cada uno recuperara las propiedades que le habían sido usurpadas”; que sólo la persona física del arrendatario debía ser respetada, pero que sus bienes “podían ser saqueados por completo”. ¿Estos líderes se habían autosugestionado? ¿Interpretaron equivocadamente una frase escuchada al azar? ¿Actuaban todos de mala fe? Es imposible determinarlo. Probablemente, una u otra de estas explicaciones es válida según el caso, y con mayor probabilidad aún, tocad son válidas simultáneamente para cada uno de ellos.

Para apoyar sus afirmaciones, era irresistible la tentación de mostrar a los campesinos que no sabían leer algún cartel impreso o algún manuscrito, y muchos cedieron a ella. En Mâconnais, se encontraron en poder de un viñatero de Blany, que fue colgado, las resoluciones del Consejo de 1718 y de 1719. Se creía que las había robado al realizar un saqueo y que las había mostrado a la muchedumbre para convencerla. En Savigny-sur-Grosne, un viñatero presentó a un arrendatario un libro robado en un castillo afirmando que “contenía órdenes del rey”. “El deponente tuvo la curiosidad de abrirlo y vio que se trataba simplemente de un folleto relativo a un proceso de la casa de la Baume-Montrevel, por lo que dijo al tal Soligny que, si no tenía mejores órdenes que éstas, debía mantenerse en regla”. Se aseguraba que en todas las regiones convulsionadas circulaban falsos edictos atribuidos al rey, y los ejemplos citados explican cómo surgió un rumor semejante. Sin embargo, no cabe duda que ciertos líderes redactaron o hicieron redactar carteles manuscritos. En Mâconnais, el cura de Peronne declaró que había leído “un papel escrito a mano con grandes caracteres...: Por orden del rey, todos los campesinos pueden ir a los castillos de Mâconnais a pedir los registros de derechos señoriales y en caso de que se los negaran, están

autorizados a saquearlos, quemarlos y pillarlos; ningún castigo les corresponderá por ello”. Según el notario de Lugny, lo había llevado un tal Mazillier, vendedor de sal y tabaco en Saint-Genouxde-Scissé, que fue colgado en Gluny, Las autoridades de Cluny y las de Mâcon se reclamaron mutuamente un ejemplar del cartel incriminado. El señor de Gouvernet, comandante militar de la Bourgogne, oyó hablar del asunto y hasta el mismo gobierno fue informado. Pero no se pudo encontrar el cartel, Por azar encontramos otro similar, cuyo texto reproducimos en el apéndice. En algún momento que no podemos precisar — muy probablemente en el transcurso de las revueltas agrarias de julio y agosto, o quizás antes, ya que está fechado el 28 de abril de 1789—, se lo había pegado en la puerta de la iglesia de Baurepaire y en las, parroquias vecinas, en Bresse, en los alrededores de Louhans. El acusado, un tal Gaillard, obrero en las salinas de Lonsle-Saunier, que ya anteriormente había sido despedido por robar sal, se negó a confesar el nombre del que había escrito el cartel. Pero su ortografía deficiente y el hecho de que está groseramente realizado demuestran que fue la obra de un escribiente de aldea o del mismo Gaillard.

Los rumores relativos a los carteles progresaron y sufrieron deformaciones al igual que todos los otros. El notario de Lugny afirmaba que el cartel que se había mostrado al cura de Peronne estaba impreso; el señor de Gouvernet decía que había sido traído por un notario. Probablemente se trataba de Giraud, notario de Clessé, que había tomado el mando de los sublevados. Todo esto permitió al partido aristocrático vincular las revueltas agrarias al complot que poco después adjudicó a sus adversarios. Pero en verdad es insostenible que la Asamblea Nacional y la burguesía de las ciudades hubieran organizado *jacqueries*. Para ello basta con recordar que la Asamblea se decidió sólo después de muchas vacilaciones a asestar un golpe al régimen feudal, y que la burguesía, qué a menudo detentaba derechos señoriales, co-

operó activamente en la represión y muchas veces fue implacable. Pero no es imposible que algunos burgueses aislados hubieran excitado a los campesinos. El ataque realizado contra la abadía de Cluny pudo haber sido recomendado por algunos habitantes de Mâcon, y Chevrier, que estudió la historia de la revolución en Ain, reproduce un libelo que había circulado después del 14 de julio y que incitaba a los campesinos a rebelarse: “A los señores del Tercer Estado. Seréis sorprendidos por la nobleza si no os apuráis a devastar e incendiar sus castillos y a pasar a cuchillo a esos traidores que nos asesinarán a todos”. En Montignac (Périgord) el señor de La Bermondie acusó al médico Lacoste, futuro convencional, de que el 19 de julio había subido al púlpito de la iglesia y desde allí se había expresado en esta forma: “Os leeré algunos papeles que han llegado de la capital y que nos anuncian qué la mayoría de la nobleza planea una conspiración que la deshonorará para siempre, Y ahora que todos somos iguales, en nombre de la nación os puedo asegurar que las víctimas que el pueblo de París; ha inmolado con tanta justicia nos garantizan que con toda decisión podemos imitar a esos maestros insignes que condenaron a muerte a los aristócratas Bertier, Foulon, de Launay, etcétera”. Otros habrían leído al pueblo una carta falsa “en la cual se calumnia al monarca diciendo que puso precio a la cabeza de su augusta esposa en cien mil francos”.

Pero la acusación tenía ciertos visos de verdad porque algunos burgueses campesinos se pusieron al frente de los amotinados. Tal fue el caso de Johannot, director de la manufactura de Weserling en el valle de Saint-Amarin, que más tarde fue designado presidente del directorio del Alto Rin; del ex oficial de infantería La Rochette en Nanteuil, cerca de Ruffec; y de Gibault, *sieur* de Champeaux, en Mesnil, cerca de Briouze, en el *Bocage* normando. Hubo también algunos nobles, tales como Desars-Dorimont, señor de Verchain-Maugré en Hainault, que condujo a sus campesinos hasta la abadía de Vicoigne. Todos estos personajes

que se habían comprometido con las sublevaciones alegaron que habían sido arrastrados por la fuerza, y quizá fuera cierto en la mayoría de los casos. Sin embargo, la actitud de algunos de ellos es dudosa, sin que podamos dilucidar hasta qué punto estaban de acuerdo. En La Sauvagère, en el *Bocage* normando, un maestro herrero, llamado La Rigaudière, miembro de la municipalidad, y su hijo, abogado en La Ferté-Macé, parecen haber desempeñado con bastante ardor su papel de jefes improvisados. El cura acusó al padre de haber dicho “que se quemaría el archivo de La Coulonche y que si no se lo encontraba, se quemaría el castillo, el de Vaugsois y tal vez también los presbiterios”. Cuando se arrestó a La Rigaudière, su mujer hizo tocar a rebato para, reunir a los campesinos y liberarlo.

No sería extraño que este personaje hubiera sentido cierta animosidad hacia su señor. Y no sería el único, pues aunque no llegaron a encontrarse en situación tan desfavorable, muchas personas fueron acusadas de haber echado leña al fuego para satisfacer sus enemistades personales. En la misma región, en Saint-Hilaire-le-Gérard, el intendente acusó a los dos hermanos Davoust, uno de los cuales era clérigo, de ser los responsables de los desórdenes: según él, estaban celosos de su prima germana, una señora del lugar, que a pesar de ser menos rica que ellos, gozaba en la parroquia de algunas prerrogativas honoríficas. En Lixheim (Lorena alemana) un oficial municipal acusó al teniente general del bailiazgo de que después de haber leído una carta que relataba las muertes cometidas en París habría dicho “que si los burgueses de Lixheim hubieran tenido coraje, habrían hecho lo mismo” con tres miembros de la municipalidad que designó en ese momento. Y al contrario, en Alsacia, en Guebwiller, el bailiazgo acusó al magistrado y al capítulo con los cuales se daban ciertos conflictos de jurisdicción. En el Franco-Condado los concesionarios de la fundición de Bétaucourt dijeron que la usina había sido destruida a causa de los celos de varios burgueses de Jussey.

El cura de Vonnas, en Bresse, fue acusado por el señor Béost de haber incitado al saqueo del castillo. En Châtillon-sur-Loing, el señor denunció que un regidor “se había vuelto muy popular entre el bajo pueblo” para perjudicarlo. El director de los arriendos de Baignes, en Saintonge, atribuyó la sublevación que lo había afectado a los curtidores de la zona y al agente que el duque de La Vaugyon había encargado de explotar su bosque de Saint Mégrin; según él, habrían querido vengarse de las acusaciones de dolo que se les había hecho.

Pero nada de esto permite suponer que se actuara de común acuerdo. Por cierto, es fácil comprender que después de la toma de la Bastilla se hubieran pronunciado algunas palabras desconsideradas. Y en todas las *jacqueries* qué conocemos —tanto las de 1358 en Francia como las de 1387 en Inglaterra y las de 1525 en Alsacia, Suavia y Franconia—, que corresponden a distintas épocas, hemos visto que los burgueses y hasta algunos nobles y muchos clérigos se pusieron de parte de los campesinos por los más variados motivos, cuya misma diversidad excluye toda idea de acuerdo previo. En el caso de las revueltas agrarias de julio de 1789, estas adhesiones sólo pudieron tener una influencia episódica. En verdad, para intervenir en las sublevaciones, los campesinos tenían sus propias razones, que eran ampliamente suficientes.

CAPÍTULO X

LAS SUBLEVACIONES CAMPELINAS

Estos levantamientos no fueron muy diferentes de los ocurridos durante 3a primavera: si bien el 14 de julio alimentó y precipitó la avalancha, no le dio el impulso inicial. El origen de estas sublevaciones se encuentra —como en todos los demás casos pero más todavía— en la miseria engendrada por la escasez y la desocupación. Los movimientos más violentos estallaron en las montañas de Mâcon, en el *Bocage* normando, en las mesetas del Franco-Condado, en la zona de pastos del Sambre —“mala región” o al menos con poca abundancia de granos—. Del mismo modo que en las sublevaciones que tuvieron lugar en la primavera, los insurrectos se levantaron contra los impuestos y los agentes del rey o contra los privilegiados, y más comúnmente, contra unos y otros. En la región del Eure se trata de conseguir que el precio del pan sea de dos centavos o de dos centavos y medio la media libra y de que se suspenda la recaudación de ayudas. En las pendientes orientales de Perche, el movimiento fue iniciado por la población de los bosques, leñadores y herreros, que estaban permanentemente agitados desde el invierno. Por eso cundió la rebelión en Laigle a partir del 15 de julio y desde allí continuó hacia el este: el 19 fueron asaltadas las oficinas de recaudaciones de Verneuil y el 20 hubo algunos disturbios en los mercados de la zona, mientras que el 22 y el 23 ocurrió lo mismo en Nonancourt. Algo semejante pasó en Picardía: desde los desórdenes de mayo no había cesado el ataque a los convoyes y a los almacenes y a partir de julio esta actividad resurgió con mayor fuerza, tanto, que fueron asaltadas las oficinas de recaudaciones y los depósitos de sal y de tabaco, mientras se suspendía el pago de arance-

les en toda la frontera aduanera entre Artois y Picardía. El caso de las Ardenas es muy similar, pues allí el ejemplo partió de las pequeñas aldeas del vallé del Mosa. Pero en esas comarcas no se asaltan los castillos, aunque tampoco se pagan puntualmente los diezmos ni los derechos feudales. Es bastante diferente lo que ocurrió en Maine, donde los violentos movimientos contra la gabela y los subsidios se volvieron también contra, los señores; en Henao, donde los campesinos, impulsados por la escasez, se echan contra las abadías, y en el Franco-Condado, Alsacia y el Mâconnais, donde las sublevaciones son esencialmente antif feudales.

Esta acentuación del carácter antiseñorial —provocada evidentemente por influencia del complot aristocrático y de la insurrección parisiense— distingue al movimiento de julio de los disturbios de la primavera. Si bien debe atribuirse el primer impulso a las convulsiones que agitaban a las ciudades —lo mismo que en los casos anteriores—, no cabe duda de que en muchas aldeas surgieron hombres bastante audaces como para predicar la rebelión contra la aristocracia y ponerse a la cabeza del movimiento. Sin embargo, la Asamblea no había deliberado aún sobre el diezmo y los derechos feudales, y la burguesía nunca había hablado de suprimirlos por la fuerza, y mucho menos sin indemnizaciones. En verdad, la población campesina decidió por sí misma defender su propia causa.

Además conviene recordar que en este aspecto no es posible trazar una línea demarcatoria demasiado neta entre las regiones de *jacquerie* y las otras; la hostilidad contra los censos se manifestó en todos lados, y donde los campesinos no se sublevaron por lo menos practicaron la resistencia pasiva y arruinaron al antiguo régimen al negarse a pagarlos. El 29 de julio el obispo de Léon anunció que sus parroquianos se habían puesto de acuerdo para no pagar el diezmo, o por lo menos, para no pagar la tasa habitual. El ministro le respondió: “Desgraciadamente, esta insurrec-

ción no está limitada a vuestra diócesis, pues se ha manifestado también en otros lugares”. Provenza, el Delfinado, Bretaña, Picardía, el Flandes valón y Cambrésis persistieron en la actitud negativa que habían adoptado ya mucho antes del 14 de julio. Los artesianos rechazaron diezmos y terrazgos —como consta en un decreto del Consejo de Artois del 19 de agosto—. Lo mismo ocurrió en Champaña: “Ya se consideran liberados”, escribía el comendador de Thuisy el 23 de julio, “y muchas parroquias planean acudir todas juntas para asegurarse por la fuerza de que ya no pagarán nunca más”. El 21 y el 22, el marqués de Rennepont fue obligado por los señoríos de Roches y Betraincourt (ubicados cerca de Joinville) a firmar una renuncia a todos sus derechos; la abadía de Saint-Urbain-lez-Saint-Dizier fue invadida hacia fines de julio, y en Hans, cerca de Sainte-Menehould, el conde de Dampierre —quien más tarde, en los disturbios de Varennes, resultó muerto por los campesinos— fue amenazado con el incendio de su castillo. En la región parisienne los señores y sus agentes tuvieron muchos motivos de queja. Desde el 19 el bailío y el intendente de Brie-Comte-Robert pidieron auxilio a la Asamblea de Electores y al día siguiente tuvo que huir el bailío de Crécy-en-Brie. El 27 el señor de Juvisy protestó contra las vejaciones que le habían sido infligidas por instigación del procurador fiscal de Viry y de Savigny-sur-Orge; el 17, el señor de Epinay-sur-Orge ordenó que se mataran todas sus palomas para tranquilizar los ánimos. En Beauce —según decía el cura de Moreille el 28 de julio— “gracias al rumor de que todo iba a cambiar” los habitantes no quisieron pagar el diezmo ni el *champart*, “pues según dicen la nueva ley que se dictará los autorizará a no hacerlo”.

Pero para estudiar la historia del gran pánico interesan especialmente las sublevaciones a mano armada que ocurrieron en el *Bocage* normando, en el Franco-Condado, en Alsacia, en Henao y el Mâconnais, pues tanto por su amplitud como por su violen-

cia, esos movimientos tuvieran mayor importancia que las otras rebeliones. Como siempre, los que intervinieron en ellas recibieron el epíteto de “bandidos”, lo que contribuyó en gran medida a que la alarma tuviera mayor difusión. Pero también es cierto que las revueltas del Franco-Condado y de Mâconnais fueron una de las causas directas de los pánicos.

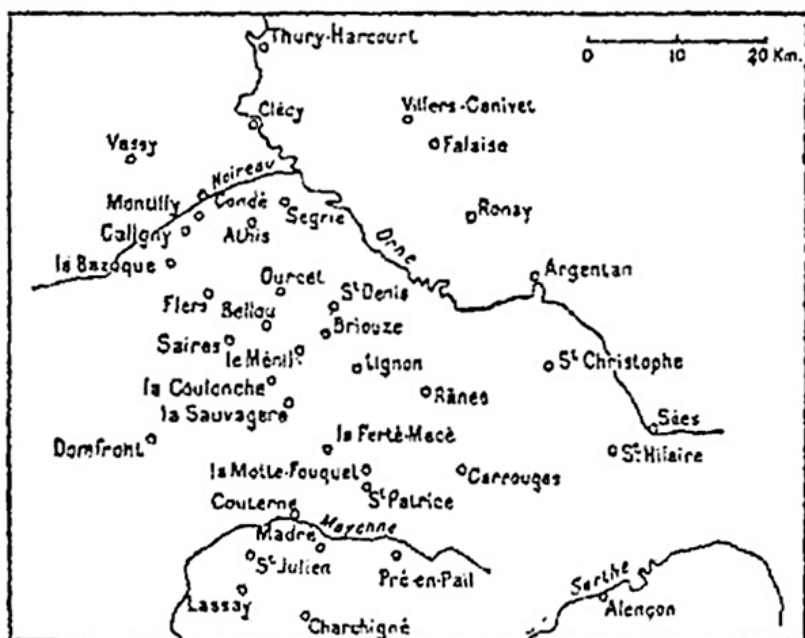


FIG. 1: Sublevación del *Bocage* normando.

La insurrección del *Bocage* tuvo como antecedente los levantamientos de las ciudades que se multiplicaron en Perche occidental y en la planicie normanda a partir del momento en que se conoció la noticia de la toma de la Bastilla. Así en Caen (el 20) se gravó el trigo que estaba en el mercado, y el 21, al mismo tiempo que caía el castillo, se tomaron las recaudaciones de la gabela y de los subsidios, Revueltas parecidas se produjeron en Mortagne, en Mammers (el 21 y el 22) y en Argentan. Pero al parecer Falaise se había adelantado a las otras ciudades y el 17 y el 18 impulsó al *Bocage*. Cuando el 19 fue atacado el conde de Vassy, que

regresaba de Versalles por haberse enterado de que sus propiedades corrían peligro, toda la región se puso en movimiento. Sin embargo, al este del Orne no ocurrió ningún incidente grave; si bien hubo una amenaza de que se saquearía la abadía de Villers-Canivet, la milicia de Falaise pudo salvarla; en Romay, el 27 y el 28, los campesinos entraron al castillo, quemaron algunos papeles y clausuraron el palomar, pero no causaron mayores daños. Al oeste del Orne los acontecimientos tomaron un carácter más serio. El marqués de Segrie fue obligado a huir por sus vasallos y se refugió en Falaise, donde el 22 de julio pudo salvar su castillo firmando una renuncia a todos sus derechos; el conde de Vassy, que se había instalado en Clécy, fue atacado el 22 y el 23; sus archivos fueron destruidos el 27 y también tuvo que renunciar a sus derechos. En Thury, el castillo del duque de Harcourt fue parcialmente saqueado. El 24 y el 25 en el valle de Noireau (Caligny) el marqués de Oillamson vio cómo su castillo era saqueado y quemados sus archivos. Si bien el movimiento no llegó mucho más lejos hacia el oeste, progresó bastante hacia el sur. Desde el 23 hasta el 25 la mayoría de los castillos situados entre el Orne, Flers y La Ferté-Macé fueron asaltados: Durcet, Saint-Denis, Briouze, Saires, Lignon, Rânes; por lo general se pedía que se entregaran los archivos sin cometer demasiados desmanes. Pero la revuelta adquirió mayor violencia al oeste y al sur de La Ferté-Macé. El 24 y 25, leñadores y herreros del bosque de Andame fueron a La Coulonche a reclamar los títulos [de los derechos señoriales] y recorrieron el castillo sin ningún éxito. El domingo 26, el conde de Montreuil hizo que los curas de La Coulonche y La Sauvagère anunciaran desde el púlpito que él renunciaba a todas sus prerrogativas, pero fue en vano. Tuvo que entregar el archivo de La Coulonche y sólo pudo conseguir que no se lo destruyera y se lo guardara bajo sello; el 27, se saqueó el castillo de Vaugeois (en La Sauvagère), el conde tuvo que pagar rescate y los papeles fueron quemados. El mismo día los habitantes de las

dos aldeas bajaron hasta Couternes, donde se les reunió el resto de la población. Ceno resultado de esto, el marqués de Frotté tuvo que entregar sus titules y firmar una renuncia. Lo que ocurrió en La Motte-Fouquet el 27 y el 28 fue todavía peor: el marqués de Falconar, que había comprado esas tierras algunos años antes, se había hecho odiar al apoderarse de tierras de uso en común y al prohibir la entrada a los bosques. No contentos con incendiar los papeles y exigir la habitual renuncia, los campesinos mortificaron al viejo conde y a sus huéspedes y se lo acercó tanto al fuego que sufrió algunas quemaduras. La revuelta llegó hasta Sées: en Carrouges y en Sainte-Marie-la-Robert, Leveneur salió del paso abandonando sus derechos; pero la quema de títulos continuó el 29 en Saint-Christophe-le-Jajolet y el 2 de agosto en Saint-Hilaire-la-Gérard. El movimiento continuó, atravesó el Mayenne y penetró en el *Bocage* de Mans hasta llegar a Coévrans: el 23 la banda de Couterne renovó sus estragos en Madré y en Saint-Julien-du-Terroux; el 30, varias aldeas llegaron hasta el castillo de Hauteville en Charchigné para que se les restituyeran las multas y se les entregaran los archivos: más tarde se dijo que ése era el noveno archivo destruido en la región de Lassay —por lo que podemos deducir que no conocemos todos los destrozos que causaron. El último incidente parece datar del 3 de agosto: ese día el preboste de Mayenne, La Raitrie, llegó justo a tiempo para salvar al castigo de Bois-Thibault, cerca de Lassay. Pero los depósitos de sal continuaron muy amenazados: el 3 de agosto los leñadores de Fontaine-Daniel fueron a saquear el de Mayenne y en la noche del 5 los campesinos de los alrededores de Lassay penetraron en el burgo e intentaron apoderarse de la sal. No cabe duda de que fuera del centro mismo de la *jacquerie* también hubo muchos disturbios. Una carta enviada desde Domfront a un diario parisiense anunciaba que “todos los campesinos de este lugar están armados”, y observaba de paso que habían autorizado a Mortain y a Tinchebray a percibir los derechos que debían pa-

garse al duque de Orleáns. Hacia el este, madame de Grieu d'Enneval tuvo que acceder a pagar a la parroquia de Sap —ante una amenaza de que su morada sería saqueada— tres mil libras de gastos por un proceso que ella había ganado a propósito del derecho de tener un banco en la iglesia, y hasta en la campaña de Caen el *sieur* de Avenel, que ss había hecho atribuir la propiedad del pantano de Ranville, vio el 28 de julio cómo su casa era parcialmente devastada y en los días siguientes cómo se apropiaban de lo que hasta entonces había sido tierra comunal. Fuera de esto, aun las aldeas que no cometieron ninguna violencia afirmaron su decisión de no pagar más los censos o de pagarlos según lo que ellas mismas determinarán. El 27, el cura de Sainte-Marie-la-Robert, que había ayudado a Leveneur a salvar su castillo, decía; “Algunas parroquias han realizado asambleas en las que han decidido pagar por el diezmo una cifra arbitraria, y hasta han llegado a firmar sus deliberaciones. Otras están absolutamente resueltas a no pagar ningún tipo de diezmo”. Y lo mismo ocurría en el alto Maine: en los alrededores de Mans los arrendatarios se pusieron de acuerdo para sustraerse a los derechos señoriales; el 22, en Téloché, ya antes de que el pánico se enseñoreara al llegar la noche, una banda se presentó ante el castillo con intenciones amenazadoras. Sin embargo, a pesar de todo esto, la *jacquerie* del *Bocage* fue menos grave que algunas desatadas en el este, ya que al menos los castillos no fueron quemados.

Tal como dijimos antes, la agitación fue más violenta en el Franco-Condado a partir de 1788, porque la nobleza y los parlamentarios protestaron con tanta obstinación como ostentación contra las pretensiones del Tercero y contra la “duplicación” que el rey les había concedido, y porque el régimen feudal era allí demasiado pesado: existían más de cien aldeas sometidas al derecho de mano muerta^[*] en el bailiazgo de Amont, que fue el centro de la insurrección, y el Parlamento de Besançon había puesto todo su empeño en favorecer las exigencias de la aristocracia y su

dominio sobre las tierras comunales y los bosques. La aldea de Vôte, que sufría una cruel hambruna, fue una de las primeras en rebelarse y quizá sus primeras incursiones hacia el sur fueron muy anteriores al 14 de julio; sea como fuere, cuando los leñadores de Fougerolles conocieron la toma de la Bastilla (el 19), descendieron a Luxeuil y saquearon las oficinas de impuestos; el pueblo presionó al intendente para que expulsara a los nobles que se hallaban en tratamiento de cura en aguas termales y que les dijera que debían abandonar la ciudad dentro de las veinticuatro horas. En Vesoul los ánimos estaban tan caldeados como en Besançon: el 16, insultaron a los gentileshombres que acudían para asistir a la asamblea convocada para el día siguiente, y en la que debían otorgar nuevos poderes a sus diputados; en las puertas mismas de la ciudad se molestó a de Mesmay, señor de Quincey, consejero del Parlamento y “protestante” notorio, y como se hablaba constantemente de devastar su castillo, éste se consideró perdido, y huyó la tarde del 17. Por cierto, la situación era muy peligrosa, pero pasaron dos días sin que ocurriera el menor incidente y quizás allí también el régimen feudal hubiera desaparecido sin graves sacudidas, como había ocurrido en la mayor parte de Francia. Pero el 19, hacia la medianoche, los habitantes de Vesoul y de las aldeas vecinas fueron despertados por la explosión del castillo de Quincey de la que ya hablamos antes. Una hora más tarde ardía el castillo, y durante todo el día 20, todo el mundo se encarnizó con las propiedades del señor de Mesmay, que perdió doscientas mil libras. El 21 toda la región estaba convulsionada.

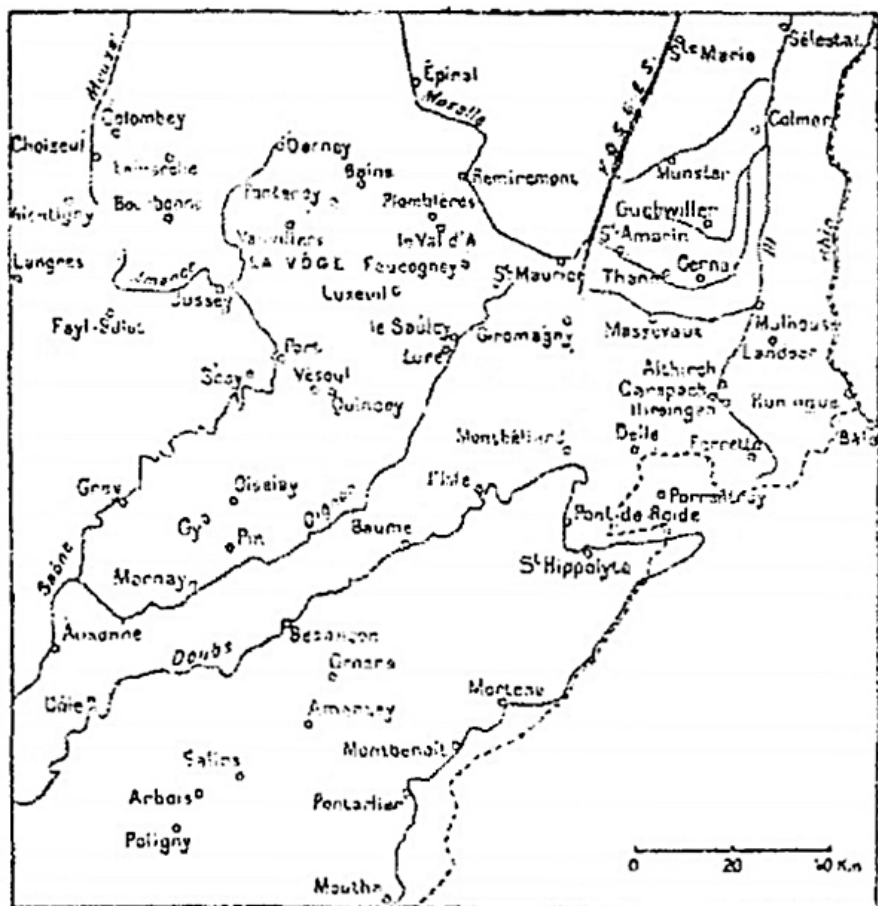


FIG. 2: Sublevaciones del Franco-Condado y Alsacia.

No se ha efectuado ningún estudio metódico sobre la sublevación del Franco-Condado y es posible que jamás se pueda trazar un cuadro adecuado de lo que allí pasó, pues nunca se realizó — al contrario de lo que ocurrió en Mâconnais y el Delfinado — una investigación judicial o administrativa. Las informaciones que hemos recogido son fragmentarias y en general d o están fechadas. Por lo tanto, no podemos seguir paso a paso la propagación del movimiento. Pero no cabe duda que se expandió en todas las direcciones alrededor de Vesoul. El incidente de mayor repercusión tuvo lugar al este: según parece, el 21 fue incendiado el castillo de Sauicy, que fue el único que corrió la misma

suerte que el de Quincey; el 21 y 22, fue devastada la abadía de Lure, ante la mirada asombrada de los habitantes de la ciudad que sólo reaccionaron el 23, cuando consideraron que ellos mismos corrían peligro. También la abadía de Bithaine fue sometida a idéntica acción, mientras que los castillos de Saulx, Montjustin, Mollans, Genevrevuille, Francheville y Châtenois fueron testigos de escenas más o menos violentas el 3 de agosto. Hacia ese lado la expansión no superó el Oignon: fue contenida por la guarnición de Belfort, cuyo jefe, el conde de Lau, fue enviado rápidamente por Rochambeau; llegó el 23, y su destacamento de caballería se apresuró a detener a las aldeas. Pero hacia el norte toda la región hasta el Saona y el Coney resultó afectada. Fue arrasado el castillo de Charmoille y devastados los de Vauvilliers (donde residía madame de Clermont-Tonnerre), Sainte-Marie y Mailleroncourt: la abadía de Luxeuil fue saqueada el 21, y fueron dañadas y obligadas a pagar rescate las abadías de Clairefontaine y de Faverney así como el priorato de Fontency-le-Château. En Fontenoy-le-Château saquearon el archivo judicial. Desde Vôgue la rebelión amenazó la Lorena: en el Val d'Ajol, el 23 asaltaron el archivo judicial y destruyeron el aserradero del señor y el mismo día invadieron el priorato de Hérival. Los habitantes de las aldeas decidieron exigir a las canonisas de Remiremont el abandono de todos sus derechos, pero la ciudad decidió defenderse y pidió tropas a Epinal. A pesar de esto los campesinos lograron penetrar aunque no cometieron ningún atentado. Esto marcó el fin de las devastaciones en la zona. Más allá de Coney, en las fuentes del Saona, el archivo judicial de Darney y las abadías de Flabécourt y de Morizécourt escaparon al saqueo en parte gracias a los burgueses de Lamarche, y las violencias no siguieron avanzando. Pero hacia el oeste parece ser que las conmociones tuvieron mayor alcance. Fue devastado el castillo de Scey-sur-Saône, propiedad de la princesa de Bauffremont; entre el Saona y el Cignon, también fueron atacados la abadía de Cha-

rité y el castillo de Frasnes. Las revueltas avanzaran hasta la abadía de Cherlieu y el valle del Amanee, donde los Beaulieu, cerca de Fayl-Billot, tuvieron que abandonar los procesos en curso y renunciar al derecho de los pastos en común; esto ocurría ya a las puertas de Langres. En dirección de Dijon, nuestros informes, muy sucintos, no señalan ninguna devastación. Pero la milicia y la guarnición de Gray debieron circular permanentemente por la campaña para impedirlos: la abadía de Corneux y la señora de Bigny les pidieron socorro. Young, luego de cenar en Dijon con dos señores que habían huido de sus castillos, resume así la conversación que mantuvieron; “La descripción que hicieron sobre el estado de esa parte de la provincia de la que ellos vienen, ubicada en la ruta de Langres a Cray, es terrible; el número de castillos incendiados no es excesivo, pero en cambio tres de cada cinco castillos fueron saqueados”. Finalmente, en el sur, en el valle del Oignon, el castillo de Avilley fue devastado, y más allá, las aldeas que dependían de la abadía de Trois-Rois (cerca de Isle-sur-le-Doubs) la saquearon. Con todo esto se habían acercado al Doubs y no tardaron en atravesarlo entre Lisie y Baume-les-Dames. Desde el 26 hasta el 29, las abadías de Lieu-Croissant y de Grâce-Dieu, los prioratos de Chaux y de Lanthenans, vieron desfilar a las parroquias que venían a reclamar sus títulos, pero en todas partes pudieron salvarse sin consecuencias demasiado graves. A través de la meseta de Ornans, la rebelión avanzó hacia el sudeste para expirar en el alto valle del Doubs, donde Pontarlier, que el 21 se había rebelado contra los arbitrios y privilegios, se convirtió en un centro de agitación. Desde el 23 hubo desórdenes en Vuillafans; el 25 fueron robados y destruidos los papeles del señorío de Valdahon, que se había intentado salvar llevándolos a Besançon, y a renglón, seguido fue saqueado el castillo de Mamirolle. Estos dos dominios pertenecían a madame de Valdahon, quien había gozado de cierta celebridad gracias a sus amores con un mosquetero que luego se convirtió en su marido

y a sus problemas con su padre, el marqués de Monnier. El 28 y el 29 le tocó el turno de ser asaltada a la abadía de Mouthier-Hautepierre; finalmente, el 29, seis mil montañeses descendieron sobre Viullafans y Chantrans donde fueron sus víctimas los notarios encargados de custodiar los archivos de diversos señorios. Mientras tanto, la noche del 27 fue invadido el priorato de Mouthe, situado en las cercanías de las fuentes del Doubs y se amenazó seriamente a la abadía de Sainte-Marie, ubicada, en el norte; por fin el 31, los vasallos de la abadía de Montbenoît llegaron a Postarlier a reclamar los títulos que allí estaban depositados.

Las rebeliones del Franco-Condado fueron más variadas que las del *Bocage*: no sólo exigieron a los señores y a sus notarios que entregaran sus registros, sino que también destruyeron los papeles de los archivos, es decir, de las justicias señoriales. A menudo también atacaron los talleres, forjas y aserraderos que los señores hablan autorizado en gran número y que devastaban los bosques perjudicando los derechos tradicionales de uso; por eso fueron aniquilados el aserradero de Val-d'Ajol, el horno de Bétaucourt y la toma de agua de la forja de Conflandey. Pero sobre todo se caracterizan porque las violencias fueron más graves y hubo ataques más frecuentes contra las personas. Los nobles fugitivos encontraron muchas dificultades para escalar a través de una región que estaba íntegramente levantada en armas. En las cartas o en las memorias del marqués de Courtivron, pariente de Clermont-Tonnerre, y en las de madame Gauthier así como en una “carta a los comitentes”, escrita por Lally-Tollendal —quien había sido informado por sus parientes y amigos—, se describe de manera conmovedora y quizás exagerada las vejaciones que debieron soportar los fugitivos.

En especial la exposición de Lally-Tollendal abunda en relatos dramáticos: madame de Listenay huyendo con sus hijas del castillo de Soulcly incendiado; el caballero de Ambly arrastrado por

un estercolero con los cabellos y las cejas arrancadas; el señor y la señora de Montessu arrestados a la salida de Luxeuil y maltratados por la muchedumbre que intenta tirarlos a un estanque; el señor de Montjustin suspendido sobre un pozo mientras se discute si se lo deja caer o no. Salvo en el caso de la fuga de madame de Listenay, los documentos encontrados no nos permiten controlar dichos relatos. No se puede dudar de la veracidad de Lally, pero no fue testigo ocular y tampoco estamos seguros de que lo fueran sus corresponsales. Menos trágica fue la suerte de la duquesa de Clermont-Tonnerre, a quien la revuelta sorprendió en Vauvilliers: se escondió en un granero de heno y fue liberada por un destacamento de cazadores que mató o hirió a unos veinte campesinos. Courtivron asegura que sé la estaba buscando “para matarla pero no estamos muy seguros de que así fuera pues en realidad sí bien hubo muchas vejaciones, no hubo en cambio ningún asesinato. Somos bastante escépticos respecto de roí incidente escandaloso que habría ocurrido en Plombières y que apareció relatado en un folleto de esa época y en un artículo del *Journal de la Ville*: tres señoras de quienes se sabía que habían celebrado la caída de Necker habrían sido sorprendidas mientras se bañaban, por lo cual se las habría llevado desnudas a la plaza donde se las habría, obligado a bailar.

Como ya hemos dicho, la guarnición de Belfort que había logrado mantener el orden en la ciudad consiguió también dominar la campaña desde el Doubs hasta los Vosgos y sus destacamentos estuvieron en Delle (al sur) y Giromagny (al norte). Llegaron hasta el Doller y tranquilizaron Massevaux, cuya abadesa había huido a Belfort; también ocuparon el castillo de Schweighausen en Morschmiller, propiedad del señor de Waldner, padre de la baronesa de Oberkirch. Pero quien más pudo alegrarse por la actividad del conde de Lau fue el príncipe Federico Eugenio, regente de Montbeliard en reemplazo del duque de Wurtemberg. Estaba muerto de miedo en su castillo de Etupes junto

con su mujer Dorotea de Prusia; y tenía razón para estarlo pues los aldeanos de sus dominios estaban dispuestos a imitar a los del Franco-Condado. Por consiguiente, el 23 devastaron la salina de Saulnot. En Montbeliard se vivía en permanente alarma, por lo que se instaló allí una guarnición francesa. A pesar de esto la infiltración revolucionaria venció todos los obstáculos. Una vez saqueado el castillo de Saint-Maurice (en Pont-de-Roide), recorriendo la frontera de la región de Porrentruy se llegó hasta el Ajoie. Al norte, a través de la montaña, se amenazó al valle del Thur. El 26 de julio el director de recaudaciones de Thann estaba “desde hace tres días pasando por unos trances terribles”: “hay una banda de salteadores de Vôge que según se dice está compuesta por novecientos hombres dispuestos a saquear, violar, incendiar, y atacar, todo lo que sea convento y agentes fiscales, los asesinan, etcétera”. De este modo el ejemplo del Franco Condado contribuyó a desencadenar las rebeliones de alta Alsacia a pesar de la diferencia de lenguas. De todos modos, también Alsacia estaba madura para la insurrección, y como los disturbios comenzaron en baja Alsacia y progresaron de norte a sur se puede creer que las noticias provenientes de la provincia vecina sólo actuaron como catalizador.

Después del edicto de 1787, que había creado la Asamblea provincial y había concedido a las comunidades el derecho de elegir sus municipalidades —que hasta entonces eran nombradas por los señores o las minorías privilegiadas—, las ciudades alsacianas estaban muy agitadas. La nobleza y las oligarquías municipales habían opuesto una poderosa resistencia a la reforma, y el 3 de junio de 1789 el rey decidió conservar sin cambio alguno la administración de las ciudades imperiales y de todos los lugares donde la burocracia municipal surgía de una elección, por nominal que fuera. Dondequiera que se instalara una nueva municipalidad siempre hallaba la oposición del *gericht* o *magistrat* compuesta de funcionarios señoriales que pretendían conservar

juntamente con la administración de la justicia, una serie de atribuciones administrativas entre las cuales el antiguo régimen no había realizado una clara distinción. Después del 14 de julio la burguesía, apoyándose más o menos abiertamente en el pueblo, resolvió el conflicto de acuerdo a su conveniencia. Una terrible sublevación de Estrasburgo {ocurrida el 21 de julio) dio el impulso y el 25 ya hubo manifestaciones en Colmar y luego siguieron las pequeñas ciudades: Saverne y Haguenau, Bar y Obernai, Kaysersberg, Munster (cuyo magistrado huyó el 25), Brisach y Huningue. Aparentemente la escasez no fue muy cruel en la campaña, pero eso no impidió que se elevaran quejas contra la carestía y el impuesto real. Como el resto del país, el campesino no quería seguir pagando el diezmo y sentía gran animosidad contra el señor, sus subalternos y sus guardas, especialmente en la montaña, donde le discutían el uso de los bosques y la situación era muy tensa. Como hemos indicado anteriormente, ya en la primavera se había notado una efervescencia creciente que inspiraba muchos temores, tanto, que el mariscal de Stainville, comandante militar, había prohibido las asambleas y las reuniones. Pero al morir, Rochambeau llegó a reemplazarlo sólo en el mes de julio. Las sublevaciones urbanas terminaron de desorganizar la resistencia y fueron como una señal del comienzo de la sublevación.

Ya el 25, Dietrich —que en Estrasburgo era jefe de la burguesía revolucionaria, pero que en el valle de Bruche poseía desde 1771 el señorío de Ban-de-la-Roche, compuesto de ocho comunidades— había sido informado de que su castillo de Rothau corría serio peligro. El mismo día los habitantes de los valles de Sainte-Marie-aux-Mines y de Orbey descendieron a Ribeauvillé, donde estaba la sede de la cancillería del duque de Deux-Ponts, conde de Ribeaupierre. También fueron asaltadas el 26 y el 28 las religiosas de Saint-Jean-des-Choux, ubicado cerca de Saverne. Poco después hubo disturbios en, Bauxwiller, en la Pe-

tite-Pierre y en los alrededores de Haguenau, donde hubo que proteger a la abadía de Neubourg. Más al sur también pidieron ayuda las abadías de Andlau, Marbach y Marmoutiers, En toda esa región no hubo devastaciones. El 28 Dietrich cedió a las reclamaciones de sus vasallos. La oficina intermediaria de Colmar intervino en muchos lugares y tramitó algunas conciliaciones: el duque de Deux-Ponts concedió todo lo que se le pidió pero no ocurrió lo mismo en la alta Alsacia meridional. Ya el valle de Fecht estaba mucho más agitado, tanto, que desde el 25 hasta el 29 hubo en Munster tumultuosas manifestaciones que repercutieron en el valle (por ejemplo en Wihr-au-Val el 27). Una verdadera insurrección se produjo en el valle de Saint-Amarin y en Sundgau. El domingo 26, en Malmerspach, un habitante explicó en la iglesia, después de la misa, los acontecimientos de París, y de inmediato la gente fue a atacar la abadía de Murbach, las casas de los guardas y las oficinas de recaudaciones. El 27, el alto valle del Lauch atacó al capítulo de Lauterbach y estalló una rebelión en Thann, donde la burguesía, en lugar de sostener al magistrado, se puso en contra de él, Entonces la gente de los valles descendió hacia Guebwiiler: el capítulo huyó y sus agentes firmaron todas las convenciones que los campesinos les impusieron. Luego le tocó el turno a Sundgau. Pareciera que la iniciativa provino de las aldeas de los alrededores de Huningue: el 27 y el 28, cuando se llevaban a esta ciudad los archivos de diversos señores, Besingen y Ranspach trataron de detenerlos, y en la noche del 27, Blotzheim saqueó las casas de los judíos. Los hechos más graves ocurrieron el 29 y el 30 en el valle del 111, al sur de Altkirch: fueron completamente devastados los castillos de Hirsingen (perteneciente al conde de Montjoie), de Carspach y de Hirzbach (este último, posesión del barón de Reinach). El 29 por la tarde, en Ferrette, incendiaron la casa del bailío Gérard; en el valle de Saint-Amarin y en Sundgau los privilegiados no fueron las únicas víctimas; a lo largo de todo el camino los insurrectos per-

judicaron a los judíos, destruyendo sus moradas y expulsándolos de sus aldeas sin olvidar de exigirles la anulación de todo lo que les debían —y éste es el rasgo original de la sublevación alsaciana—. Con toda rapidez las tropas de Rochambeau y la justicia prebostal liquidaron esta nueva “guerra de los campesinos”, pero ya no se pudo restaurar el régimen feudal ni lograr que se pagaran los censos, ni mucho menos proteger los bosques.

Las revueltas de Henao son menos famosas pero fueron igualmente graves. A las puertas mismas de Mortagne, la abadía del castillo fue asaltada desde todos lados y tuvo que ceder a todas las exigencias. Lo mismo ocurrió en el valle de Scarpe con las abadías de Marchiennes, Flines y Vicoigne: Al sur del Sambre (el 29) fue saqueada la abadía de Maroilles y faltó muy poco para que las de Liessies y Hautmont corrieran la misma suerte. Pero como el Cambrésis estaba ocupado militarmente desde el mes de mayo no pudo sublevarse y el área de la insurrección quedó así delimitada. Sin embargo, tampoco allí pudo exigirse el pago del diezmo y el *champart*.

En cuanto al Mâconnais, superó todavía al Franco-Condado en cuanto a excesos se refiere. Gracias a algunos documentos judiciales conocemos muy bien este caso, que es muy complejo. Aquí se nota claramente la influencia que ejercieron tanto las elecciones realizadas para enviar representantes ante los Estados generales como las artimañas de la burguesía revolucionaria. La región había conservado una especie de Estados provinciales presididos por el obispo, donde el Tercero estaba representado sólo por los diputados de Mâcon, de Cluny y de Saint-Gengoux-le-Royal. Desde enero de 1789 la burguesía pedía que se lo renovara siguiendo el modelo del Delfinado. Pero algunos de sus miembros defendieron los intereses aristocráticos y pretendieron postergar toda exigencia hasta que los tres órdenes, convocados al modo tradicional, se hubieran puesto de acuerdo. En esto la mayoría de las regidores de Mâcon estuvieron de acuerdo con

Pollet, procurador del rey, quien disentía con Merle, intendente recientemente nombrado y que aspiraba a ser designado diputado. Las discusiones fueron muy vivas, y cuando se realizaron las elecciones en las parroquias, los dos partidos procuraron asegurarse la mayoría. El pueblo de Mâcon se puso de parte del alcalde, y el 18 de marzo, cuando se realizó elección del bailiazgo, rodeó a la Asamblea, y quiso masacrar a Pollet. Finalmente Merle fue elegido. No cabe duda de que de este modo nacieron una serie de vínculos bastante estrechos entre la burguesía revolucionaria de las ciudades y los diputados de las parroquias. Pollet no fue para los campesinos más que un chivo emisario y cuando las revueltas se multiplicaron en las ciudades (después del 14 de julio) los campesinos ya estaban muy bien preparados para reproducirlas. El 19 se inauguró un comité en Mâcon; el 20 el pueblo confiscó el trigo que pasaba por el lugar; el 23 se reunió de nuevo para ir hasta Flacé a devastar la casa de Dangy, el ex intendente. Desde el 19 al 21 hubo continuos tumultos en Pont-de-Vaux, cuando los campesinos fueron a pedir que se suprimieran los fie-latos, y por la misma razón hubo rebeliones el 20 en Chalon.

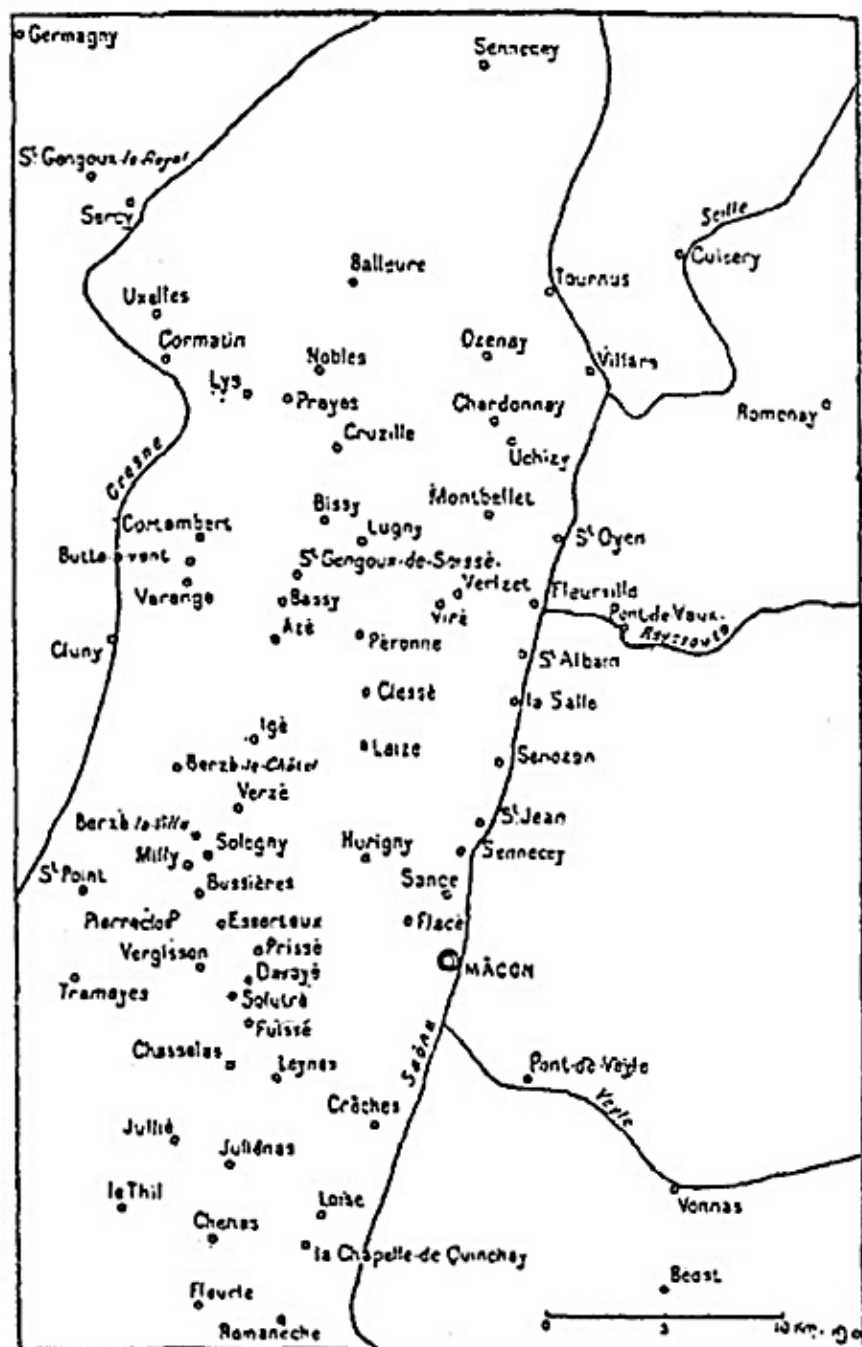


FIG. 3: Sublevación del Mâconnais.

Toda la región —la costa vitivinícola y los herbazales de la montaña— sufría escasez. El 26, Dezoteaux, señor de Cormatin, reunió a los alcaldes de las aldeas del dominio de Huxelles y junto con ellos tomó disposiciones para reglamentar y limitar la circulación de los granos y sobre todo su salida de la región. El 27, entre Mâcon y Lyon, a la entrada de Villefranche, el castillo de Mongré fue saqueado luego de una requisa durante la cual descubrieron granos echados a perder. Desde muy temprano la irritación también se volcó contra el diezmo. Durante la instrucción judicial, el cura de Clessé declaró que estaba “persuadido de que la insurrección de todas las parroquias vecinas de la suya tenía como causa principal el deseo de liberarse de los diezmos”; unos días antes de la explosión, uno de los fieles se había negado a entregárselos y había declarado ante testigos “que él tenía entendido que no debía pagarlos más, pues había una rebelión general contra el diezmo para librarse de él y que si quería obligarlo a pagarlo, lo quemaría en su curato”. El 21, el comité de Mâcon redactó una proclama en la que se recordaba a los campesinos que hasta tanto la Asamblea adoptara alguna decisión no debían negarse a pagar el diezmo y los derechos feudales, tal como lo estaban haciendo. Algunos curas diezmeros eran muy mal vistos, hasta el punto de que un tonelero de Azé se permitió repetir en varios lugares durante los tumultos “que no hacían falta curas”. Sin embargo estas expresiones no fueron muy frecuentes y parece que “muchos de su partida se sintieron escandalizados”. También eran atacados los derechos feudales. El señor de Montrevel, diputado de la nobleza, era odiado a causa de sus equipos de caza, mientras que en varias parroquias una de las quejas más importantes era que los señores acaparaban las tierras comunales. Inclusive fue un conflicto de este tipo el que dio comienzo a 3a insurrección.

Por otro lado, es probable que los campesinos de la zona de Mâcon se decidieran a actuar siguiendo el ejemplo de sus veci-

nos, quizás el de los habitantes del Franco-Condado o quizá — con mayor seguridad— el de los habitantes de Bresse, El 18 los campesinos de Bourg y sus alrededores amenazaron el castillo de Challes, que tuvo que ser protegido por la milicia de Bourg; el 20 el obispo de Mâcon se vio obligado a conceder a los jornaleros más pobres de la parroquia de Romenay (Bresse), donde tenía un castillo, la remisión de las prestaciones personales. Pero esto no bastó para calmar la agnación y si 23 tuvo que hacer nuevas concesiones.

Por ultimo, el gran pánico se había apoderado ya del sur del Franco-Condado y de Bresse: desde Bourg llegó a Mâcon (el 26) y franqueó el Saona; el 27 por la tarde se puso guardia en las parroquias ubicadas a las orillas del río, para impedir que los bandidos entraran en la provincia; en Senozan, el administrador del señor de Talleyrand, hermano del obispo de Autun, reunió a los campesinos y los mantuvo allí toda la noche. A la mañana siguiente, cuando se supo que bajaban los montañeses, corrió a Mâcon a pedir ayuda y los vasallos se dispersaron puesto que se dieron cuenta que sólo serían atacados los castillos y no tardaron en hacer causa común con los recién llegados. El 28 y el 29 como la voz de que había que bajar hasta el Saona con armas para impedir que pasaran los bandidos y para invitar u obligar a los campesinos recalcitrantes a que se unieran a los sublevados, Con todo esto la región de Mâcon preanuncia las revueltas agrarias que serán una consecuencia del gran pánico y, sobre todo, las que ocurrirán en el Delfinado. Pero la sublevación es anterior al pánico y comenzó el domingo 23 antes que se hubiera oído hablar de él en Igé.

Desde el 21 los campesinos del lugar habían pedido al señor que les devolviera una fuente que él había hecho amurallar. Como se obstinara en negarse, pasaron a los hechos, y el 26, después de la misa, demolieron los muros y un granero que lindaba con ellos. La gente de Verzé, a la que habían ido a buscar muy

temprano, fueron a ayudarlos. La encuesta reveló los nombres de varios de los jefes; el vendedor de aguardiente Païn, el ex guarda Prolat y en particular un tal Courtois y su yerno. Courtois era un ex picapedrero de Berzé-le-Chatel; muy poco instruido y cuya ortografía era fonética, pero que tenía cierto dinero. Por algunas alusiones sabemos que había estado en prisión como consecuencia de un altercado con un personaje importante y sin duda esto lo había amargado. Por la tarde el grupo llegó hasta el castillo para presentar al señor nuevas exigencias, pero como el señor había huido, saquearon el castillo. El mismo día, en Domange, el castillo de los monjes de Cluny corrió la misma suerte.

Al día siguiente toda la montaña se puso en movimiento, Los habitantes de Verzé, Igé y Azé, luego de devastar los castillos del señor de La Forestille en Vaux-sur-Verzé y en Vaux-sur-Aynes y el del señor de Vallin en Saint-Maurice, avanzaron hacia el norte. Un grupo descendió hacia Peronne, que a su vez se convirtió en un centro de desórdenes, mientras que el resto iba a devastar los arriendos de los monjes de Bassy y entraba en Saint-Gengoux de Scissé; por la tarde todos corrieron a Lugny, donde incendiaron el castillo del señor de Montrevel. Después siguieron hasta Viré, donde llegaron a las nueve de la noche bajo una lluvia incesante: los registros de derechos depositados en la notaría fueron quemados, se invadió el prebisterio y se golpeó y robó al cura.

El 28 los montañeses descendieron hacia el viñedo y las márgenes del Saona, mientras que el movimiento se extendía hacia el norte, Al sur, los habitantes de Viré, después de haber causado grandes daños en los castillos de su parroquia, avanzaron sobre Fleurville y Saint-Albain donde continuaron con sus excesos; antes que amaneciera, los de Cíessé se presentaron en La Salle donde maltrataron al cura y saquearon el presbiterio; los de Igé y sus alrededores pasaron, por Laizé, donde devastaron el castillo de Givry. Finalmente se reunieron en Senozan: el magnífico castillo de los Talleyrand se convirtió muy pronto en una hoguera

gigantesca que se podía ver desde Mâcon. Al norte, las bandas de Lugny llegaron a Montbellet, devastaron el castillo de Mercey y quemaron el de Malfontaine; algunos siguieron su camino muy temprano y llegaron hasta Uchizy donde también incendiaron el castillo de los Ecuyers; después, marcharon sobre Farges, donde se prendió fuego a la torre del obispo, y sobre Villars, donde ocurrió lo mismo con la tierra arrendada de Saint-Philibert-de-Tournus. La ciudad de Tournus, que estaba aterrorizada, ya estaba sobre aviso, por lo tanto se torció el rumbo hacia el oeste hasta llegar a Ozenay, cuyo castillo fue saqueado. Al caer la noche la banda se dispersó en la montaña, por el norte, hacia el castillo de Balleure, al sur, hasta el castillo de Cruzilie, al centro, hacia Nobles, Prayes y Lys. Todos comían y bebían sin causar grandes daños hasta que el alcanzaron Comartin.

Faltó poco para que ese día la insurrección alcanzara una enorme amplitud, pues los que habían quemado Senozan se pusieron en ruta hacia Cluny, ya que la abadía era la mayor propietaria en toda la región. Al parecer la idea nació entre la gente de Viré y Saint-Aibain. Durante la encuesta, las dos aldeas se acusaron mutuamente y cada una pretendía que la otra la había obligado a lanzarse al campo. Corrieron los rumores más extraordinarios: que la gente de Mâcon avanzaba sobre Cluny para defender al Tercer Estado contra tropas extranjeras; que se había presentado el preboste Cortambert con un cañón y había ordenado a todas las aldeas que acudieran. Como la gente de Viré aducía que había recibido la orden de Boirot, jefe del correo de Saint-Albain, no es imposible que algunas sugerencias hubieran provenido de Mâcon. Por supuesto, los campesinos pensaron de inmediato en “hacer su agosto” y en librarse de los monjes y hasta los más moderados querían por lo menos “comer una tortilla en el refectorio”. Por esto, varios miles de hombres avanzaron en desorden a través de los bosques hacia el valle del Grosne, pero descubrieron que la resistencia ya se había organizado. Por un lado,

la milicia de Tournus avanzaba hasta Ozenay; por el otro, en Cormatin, al caer la noche, cuando ya había distribuido todo su vino y su dinero a las bandas que se sucedían desde la mañana, Dezoteux, que había sido amenazado con incendio, recurrió a la fuerza (probablemente porque tenía el apoyo de los burgueses de Tournus) y ordenó que se abriera fuego contra los campesinos, que huyeron derrotados. También en Cluny la municipalidad organizó una milicia que cortó el camino a los revoltosos y abrió fuego contra ellos. El desbande fue terrible y se tomaron muchísimos prisioneros. A pesar de esto, todavía los más obstinados realizaron algunas incursiones durante la noche del 29: los de Cluny se dirigieron a los castillos de Varrange y de Boute-à-Vent; los de Cormatin a Savigny, donde atravesaron el Grosne, y a Sercy, donde su presencia provocó gran alarma en Saint-Genoux-le-Royal a la una de la mañana. La milicia los acosó y consiguió que se dispersaran, pero su intención era avanzar hasta Sennecey y si lo hubieran logrado no cabe duda de que toda la región hasta Chalon se hubiera sublevado.

Durante ese período, el área de la revuelta se extendió hacia el Mâconnais meridional y el Beaujolais. El 26, cuando se celebraba la *vogue* o fiesta votiva de Crêches, hubo conciliábulos inquietantes; el mismo día en Leynes se devastó un ex campo comunal arrendado por Denamps, teniente general del bailiazgo, ejemplo que fue imitado en Pierreclos el 27; el 28 los insurrectos de Verzé dieron el impulso decisivo: a las once de la noche devastaron la casa de Pollet en Collonges y el 59 avanzaron más todavía arrastrando consigo a la gente de la región. Saquearon el castillo de Essertaux y en Vsrgrisson el dominio del burgués Reverchon, Estos actos señalaron el comienzo; después de ellos, Solutré incendió los edificios en que vivían sus monjes. Hacia el oeste el movimiento alcanzó Berzé-le-Châtel y Pierreclos, donde devastaron los dos castillos del señor de Pierreclos. El 30 se avanzó en los dos sentidos: por un lado se dañaron los castillos de Saint

Pont, por el otro los de Pouilly y Fuissé. El 31 continuó: los castillos de Jullié y de Chassignole fueron arruinados y quemado el de Thil. Eh Mâconnais, cuando en Pierreclos se difundió el rumor de que los salteadores estaban en Tramayes todo el mundo acudió allí. Probablemente se trataba del mero reflujo, de la noticia sobre los acontecimientos ocurridos en Cormatin y Cluny, pero es un ejemplo de cómo los rebeldes despertaron el terror en otros rebeldes. Sin embargo aprovecharon la ocasión para poner todo patas para arriba en el burgo que habían ido a socorrer: devastaron las oficinas vinícolas de Mâconnais, impusieron contribuciones al cura y a los notables, y echaron abajo las veletas. Fue el último episodio, ya la milicia y la guardia pública recorría la región en todas direcciones.

Ya fuera de inmediato o algunos meses después muchos campesinos fueron arrestados en todas las provincias, y en todos lados la alta burguesía, que en los comités actuaba de común acuerdo con los privilegiados, dirigió o cooperó con entusiasmo en la represión. En Henao, Alsacia y Franco-Condado actuó sobre todo el ejército; en el *Bocage* normando y el Mâconnais intervinieron las milicias de las ciudades. Pero la acción judicial fue desigual: en Henao, el Bocage y el Franco-Condado parece que no hubo demasiadas condenas. Los juicios se dilataron y la Asamblea finalmente suspendió la actividad de la justicia prebostal. Pero en Alsacia el preboste hizo colgar inmediatamente o envió a galeras a muchísimos campesinos, y en él Mâconnais la misma burguesía se encargó de castigar al “cuarto estado”; en Mâcon, Tournus y Cluny improvisó tribunales, y luego de un juicio sumario hizo colgar a veintiséis campesinos. Los prebostes de Chalón y Mâcon condenaron a muerte a otros siete. El pueblo de las ciudades manifestó vivo resentimiento contra estas medidas tan rigurosas: es muy sabido que a fines de julio los guardias nacionales de Lyon que volvían de su operativo contra los rebeldes del Delfinado fueron recibidos con una sublevación

en La Guillotière, mientras que los archivos de Mâcon han conservado también el recuerdo de protestas populares que, sin llegar a la insurrección, fueron sin embargo muy violentas. La pequeña burguesía, el artesanado y los obreros urbanos no aceptaron que la alta burguesía rompiera la unidad del Tercer Estado ante la aristocracia, con el solo fin de continuar manteniendo sometidos a los campesinos, ya que esto la beneficiaba. Y no tardarían en tomarse la revancha.

Cada una de estas sublevaciones tiene rasgos originales, pero entre todas ellas hay más caracteres comunes que diferencias. Lo mismo que los rebeldes de la primavera, los de julio son “bandidos”, según el vocabulario de la época. Pero si bien entre los vagabundos que se unieron naturalmente a ellos hay individuos sospechosos, desterrados o marcados al hierro, la gran mayoría no son malhechores. Conocemos muy bien a los de Mâconnais, pues se arrestó a muchos de ellos: son domésticos, peones de viñedos o graneros, medieros, artesanos y pequeños comerciantes; tampoco faltan los labradores, arrendatarios, molineros y vendedores de aguardiente y hasta algunos propietarios. Entre la gente comprometida figura un maestro de escuela, ujieres, guardas señoriales, dos administradores de castillos y el archivero de Lugny, hermano del notario de Azé. Los síndicos, recaudadores y diputados del bailiazgo a menudo figuran entre los primeros en acudir y no siempre por temor, ni mucho menos. Los actos de bandolerismo propiamente dicho no son frecuentes: en el Mâconnais sólo fueron detenidos dos vehículos cuyos ocupantes debieron pagar contribución. Por supuesto que en los castillos que se saquean, no todos resisten a la tentación de llevarse algún objeto, que no siempre tiene valor. A menudo se exige dinero porque se trabaja para el rey y no se puede perder el día y gastar los zapatos sin obtener alguna compensación. Pero sobre todo se come y se bebe, porque no se puede vivir del aire. Sin embargo, los

campesinos no se han reunido para robar: han venido para destruir y lo hacen a conciencia.

Aunque los campesinos estuvieron convencidos de que existían órdenes —ya hemos explicado por qué— no se puede hablar de complot. Las revueltas tienen un carácter evidentemente anárquico; no hay plan ni jefe. Por cierto existían algunos líderes locales, sin los cuales no es posible concebir un movimiento colectivo, pero su autoridad, que sólo dependía de las circunstancias, era muy mediocre. Cuando se toma como base los interrogatorios realizados en Mâconnais y se dibuja sobre el mapa el itinerario de los acusados, se comprueba que se dispersan en todas direcciones y que la región fue recorrida por una multiplicidad de pequeñas partidas que erraban al azar y sólo se reunían alrededor de algunos castillos cuya fama los atraía. La única excepción” la constituye la marcha sobre Cluny, pero ¿cómo se hubiera podido pensar que la gran abadía escaparía al ataque? Algunos contemporáneos, que conocieron muy pronto la leyenda de las “órdenes” y que procuraron descifrar el misterio no se engañaron al respecto; “Por suerte entre esta muchedumbre no hay un solo hombre instruido ni bastante inteligente como para dirigir la realización de un proyecto nacido a las apuradas”, dice un relato que sin duda alguna ha sido escrito por Dezoteux. Y el teniente del crimen del bailiazgo de Chalón, que tuvo que juzgar a veinticuatro prisioneros, dice: “Ninguno tenía otro motivo que el saqueo y la licencia, a los que parecían autorizados por la exaltación de sus pretendidos derechos. Todos se habían reunidos como si fuera de común acuerdo con la intención de devastar casas y castillos y de liberarse de los impuestos quemando los registros de derechos; además, se podría agregar que también los excitaba el odio que siempre sienten los pobres contra los ricos, exacerbados esta vez por la general fermentación de los ánimos; pero ninguno nos ha parecido, que estuviera, guiado por ese impulso secreto que en estos momentos la investigación de la respetable

Asamblea trata de desentrañar”. Creemos que ésta es una opinión llena de sentido común.

Para los campesinos se trata de liberarse de cargas abrumadoras: el impuesto indirecto, el diezmo, los derechos feudales. Como su importe no era el mismo en todas las provincias o de una parroquia a otra, como el régimen feudal implica infinitas variantes, también las exigencias de los sublevados son muy distintas. No las examinaremos en detalle, pues en última instancia el fin es siempre el mismo. Algunos considerarán quizá que era bastante ingenuo suponer que se suprimirían la gabela y los subsidios porque se hubieran quemado las oficinas de recaudación y expulsado a los archiveros y a los recaudadores; y que se eliminaría el diezmo y los derechos feudales porque se había arrancado por la fuerza una renuncia a ellos o se habían quemado los papeles. Pero los acontecimientos demostraron que los campesinos no andaban demasiado descaminados en sus cálculos pues no es siempre fácil restablecer lo destruido. Además, es evidente que muy a menudo el deseo de vengar las injurias pasadas los empujó tanto o más que aquellas reflexiones. Por eso exigían la restitución de las multas y de las costas de los procesos, destruían los archivos de la justicia, perseguían y expulsaban a los guardas y oficiales señoriales. Y es cierto también que pretendieron castigar la resistencia que los privilegiados habían opuesto al Tercer Estado, pues atacaron exclusivamente las viviendas de aquéllos: tiraban los muebles por las ventanas, luego de haberlos roto y quemado; rompieron puertas y ventanas y se dedicaron metódicamente a arrancar los techos. Sabían que el fuego destruye más rápido y con menor esfuerzo, pero vacilaban en recurrir a él pues temían que el incendio llegara hasta la aldea. No se trata — como se cree tan a menudo — de actos de locura colectiva: el pueblo hace justicia a su manera. Todavía en 1792, como un guarda señorial había matado a un minero de Littry, sus camaradas fueron en orden hasta la casa y tierras arrendadas del señor y

las devastaron o incendiaron sistemáticamente, una tras otra, pero cuidando siempre de evacuar previamente todo lo que pertenecía a los arrendatarios y domésticos para que los inocentes no resultaran perjudicados. Y lo mismo hicieron todas las rebeliones campesinas. Más aún: hasta fines de la Edad Media, los burgueses de Flandes habían gozado del derecho de *arsin*, que consistía en castigar incendiándole su casa a quien había ofendido a uno de ellos y había atacado sus privilegios.

Sin embargo, no sólo el odie animaba a los campesinos. Entre los testimonios conservados en Mâconnais y que tienen un sabor muy popular, a veces se observa entre los insurrectos la ingenua alegría de gozar del buen tiempo y una irónica simplicidad que se traduce en groseras bromas. Se nota que dejan con mucho gusto la pala o el martillo para tomarse un día feriado e irse en banda como si fueran al mercado o a la fiesta *baladoire*. Era una distracción poco común ir a ver qué pasaba. Toda la aldea se conmovía, el síndico iba a la cabeza, conduciendo a los notables y a veces a tambor batiente; pocos fusiles, pero muchos instrumentos Agrícolas y bastones a guisa de armas; eran muy numerosos los jóvenes, que siempre desempeñaron un gran papel en los movimientos revolucionarios. Gritaban hasta desgañitarse ¡Viva el Tercer Estado! Al llegar al curato o al castillo siempre comenzaban pidiendo de comer y de beber; se sacaba un tonel del sótano, se lo llevaba al patio y allí se le quitaba la tapa para que todo el mundo pudiera servirse fácilmente. A veces iban al sótano a buscar los vinos finos, pero en general no se mostraban muy refinados; les bastaba con pan y vino. Los más exigentes pedían una tortilla o jamón, o asaban las palomas después de haber hecho una hecatombe en el palomar. Cuando el señor estaba presente y accedía a renunciar a sus derechos, podía librarse sin demasiado daño. Pero si estaba ausente las cosas se ponían más difíciles, sobre todo cuando era ya un poco tarde y la gente estaba algo bebida. Sin embargo, aun en tales casos era posible ganar

tiempo diciendo que se iba a buscar la firma del amo. Las risas se mezclaban con violencias. En Collonges la gente de Mâconnais que iba a la casa de campo de Pollet, se estimulaban unos a otros diciéndose que iban “a freír ese pollo”; también se disfrazaban como niños: se fabricaban un cinturón con una sábana, un cordón de cortina o de campanilla; se inventaban una escarapela con un cartón de lotería. No hubo la menor depravación: en ninguna parte se denunció algún atentado contra las mujeres. Ni tampoco se hizo correr sangre. El mono sanguinario y lúbrico del que habla Taine no aparece por ningún lado.

Si bien esas revueltas agrarias tienen mayor interés para la historia de la abolición de los derechos feudales y del diezmo, que constituían las piezas principales de la armadura del antiguo régimen, no podemos evitar el describirlas, pues están en relación íntima con el rumor del “complot aristocrático” sin el cual el gran pánico no podría concebirse. Por otro lado, en muchas regiones fueron la causa inmediata de este pánico: en el Este y el Sudeste, y en parte del Macizo central, el gran pánico provino del Franco-Condado y del Mâconnais. Por último, hay que fijar con toda seguridad las fechas en que ocurrieron para que el pánico recupere su fisonomía exacta: en verdad no hacía falta que se desatara el terror para que el campesino se sublevara; cuando llegó ya éste estaba en marcha.

CAPÍTULO XI

EL TEMOR ANTE LOS SAQUEADORES

El rumor de que existía un “complot aristocrático” había creado una gran alarma que no se había calmado con la victoria popular pues se seguía esperando una respuesta. La reacción del Tercer Estado contra el complot había provocado grandes perturbaciones tanto en las ciudades como en el campo, y a su vez estas perturbaciones habían aumentado la inseguridad general. Por un lado, porque multiplicaron las posibilidades de que estallaran pánicos locales en el momento mismo en que se aproximaba la cosecha —época en que el temor que inspiraban los vagabundos alcanzaba su paroxismo— y por otro lado, porque generalizaron y precisaron el temor a los saqueadores y la convicción —habitual en París— de que actuaban de común acuerdo con la aristocracia.

No cabe duda de que las trágicas escenas que hablan tenido como escenario tanto a la capital como a muchas ciudades y a varias grandes provincias habían echado a volar la imaginación de todos y predispuesto los ánimos para, qué sintieran temor. Y a todo esto venían a agregarse las cartas privadas —a veces reproducidas en los periódicos— que; exageraban el horror de estos hechos así como los relatos orales que causaban todavía un daño mayor. “Es imposible describir el furor que anida en los corazones”, escribía el 15 de julio un negociante de París en una carta que la *Correspondance de Nantes* publicó el 18. “Necesitamos veinte cabezas y las tendremos. Amigos nanteses, hemos jurado vengamos, y, más afortunados que vosotros, lo lograremos”. “Más de cien agentes de ese infame garito han sido sacrificados a la furia del pueblo; unos fueron colgados de las cuerdas de los faroles, otros han sido decapitados sobre los mojones o los esca-

nes de sus residencias y sus cadáveres han sido arrastrados por las calles, despedazados, y tirados al río o a los basurales”, decía otra carta publicada por el mismo periódico el 23. Y por fin en Val-romey, Bellod observaba que “el 14 de julio el Tercer Estado mató muchos nobles en París y arrastró sus cabezas por todas las calles y plazas de París y Versalles”. A la matanza habría que agregar el saqueo e incendio de los castillos. En las regiones que se habían conservado relativamente en calma, aun la gente más favorable a la Revolución temía que algún día tuviera que contemplar excesos semejantes. Durante el período del gran pánico, muchas alarmas locales no tuvieron otro origen que el temor de que en cualquier momento llagaran los amotinados de la región próxima y los campesinos sublevados de les alrededores. En algunos lugares se murmuraba que los patriotas de las provincias vecinas acudían para colaborar en la persecución de los aristócratas, tal como los bretones lo habían hecho en Rennes en 1788 y los marseleses en Aix después del 14 de julio. Esta noticia alegraba a algunos pero aterrorizaba a la gran mayoría, y por eso el 24 de julio cundía el temor en Douai pues se decía que llegaban; los bretones. El 17 escribían al *Courrier* de Gorsas desde Ruán: “Se dice que unos cinco o seis mil picardos armados con bastones de hierro^[*] y picas vienen a ayudarnos”. El 26 se formó una milicia en Montbard “contra los saqueadores que se sienten autorizados por la marcha misma de los asuntos del Estado y que se levantan con el pretexto de sostener al Tercer Estado”. En el *Bocage* normando la insurrección campesina provocó gran inquietud; el temor que cundió en el Este y en el Sudeste fue engendrado por las revueltas del Franco-Condado y de Forez así como por los levantamientos de Mâconnais. Hay que repetirlo una vez más; el pueblo se provocaba a sí mismo.

Las ciudades procuraban mantener o restablecer el orden dentro de sus muros y en la campaña vecina, pero como estaban libradas a sí mismas, se ponían de acuerdo entre ellas o con las al-

deas que pertenecían a su circunscripción. Pero había algo sobre lo que no era muy fácil ponerse de acuerdo: el problema de las subsistencias, que en esos momentos se volvía más imperioso que nunca. Como la autoridad superior había desaparecido o se había vuelto impotente y no podía ya imponer su arbitraje, estallaron conflictos que a veces corrían el riesgo de degenerar en guerra civil y que contribuyeron a aumentar aun más el temor. Esto ocurrió particularmente en los alrededores de París, donde la penuria de productos alimentarios creó grandes dificultades. Los electores enviaron comisarios para que compraran en los mercados y aceleraran los envíos: Nicolás de Bonneville fue enviado a la ruta de Ruán el 16 de julio; el mismo día otros dos acudieron a Senlis, Saint-Denis, Creil y Font-Sainte-Maxence; el 21, Santerre realizaba la misma¹ gestión en Vexin, y otra misión acudió a Brie-Comte-Robert el 25. Como se tenía la seguridad de que las poblaciones manifestarían su hostilidad ante el paso de los convoyes, hubo que enviar la milicia parisiense para escoltarlos. Otros destacamentos fueron a los castillos donde se sabía que existía trigo almacenado así como para proteger los molinos y los almacenes: el 19 se presentaron en Corbeil y en los castillos de Choisy-le-Roi y de Chamarande; el 27 acudieron a Limours, al dominio de la condesa de Brienne, y a Axpajon, a lo de la condesa de Briche. Como se había recibido una denuncia de que en Pontoise se había escondido una gran cantidad de granos, el 18 fueron allí algunos comisarios con una escolta. Cuando los habitantes conocieron la noticia, se conmovieron violentamente y decidieron defenderse, por lo que hubo bastante dificultad para conseguir que se permitiera realizar las requisiciones. Y mucho peor fue lo que ocurrió en Etampes el 21: tres días antes había llegado un comisario parisién que quería intercambiar trigo contra harina, y al mismo tiempo unos viajeros anunciaron que un destacamento engrosado con una muchedumbre de campesinos avanzaba hacia la ciudad. Esto bastó para que se desencadenara

denara un verdadero pánico: se tocó a rebato, los habitantes tomaron las armas, resueltos a “defender valerosamente sus hogares” y sus granos, pero se calmaron cuando se enteraron que la milicia parisién sólo se proponía escoltar el convoy esperado. Pero como en realidad no fue así, sino que se limitó a exigir que se le entregaran pura y simplemente unas doscientas bolsas, el tumulto recomenzó cuando se anunció que el 27 llegaría un nuevo cuerpo de tropas.

De manera semejante los asaltos realizados por los habitantes de Saint-Germain provocaron el primer pánico en Pontoise, Como su propio mercado estaba vacío, el 15 se apoderaron de algunos carros con trigo que venían desde Poissy, y el 16 fueron hasta la ciudad y confiscaron unas cuarenta carretas. Simultáneamente se presentaron en los almacenes y depósitos de los comerciantes y molineros y el 17 uno de éstos fue asesinado en Saint-Germain —el mismo día que se asaltaba a un agricultor de Luisseaux—. Las bandas avanzaron en el sur del Vexin hasta Meulan y Pontoise. El 17 el pánico se enseñoreó en esta última ciudad cuando se anunció que venían unos quinientos o seiscientos hombres y que “exigirían cabezas” en Fontoise. “Todos los habitantes, aterrorizados han pasado la noche en vela en sus casas”. El 18 la llegada de los comisarios parisienses aumentó aun más la alarma, aunque el oportuno paso del regimiento de Salis bastó para calmarla esta vez. Pero en casi todas las regiones este tipo de expediciones —ya fueran en toda regla o tumultuosas— provocaron intensa emoción en las campañas. Los tumultos que estallaron hacia el 20 en los mercados de las aldeas situados al sur de Nogent, de Pont y de Romilly parecen ser el origen del gran pánico en Champaña. Y a la inversa, la llegada de los campesinos al mercado ponía sobre alerta a las ciudades. En Chaource, el 26, se adoptaron las medidas de seguridad que anunciaban el gran pánico luego de las “amenazas que habían proferido algunas aldeas vecinas a causa de la escasez de granos”.

Veamos ahora la consecuencia más importante de las sublevaciones urbanas: inmediatamente después del 14 de julio se decía que ante las medidas de seguridad adoptadas por las municipalidades, los saqueadores —a quienes se imputaban todos los excesos cometidos— huirían para escapar a la represión y se diseminarían por las provincias. Aunque este rumor no se limitaba a considerar a París como único centro de difusión sino que en el sudoeste se atribuía a Burdeos un papel semejante, era natural que la capital gozara de mayor fama que las otras ciudades. Para la generación del gran pánico este rumor tuvo enorme importancia, y por lo tanto, los que lo atribuyeron a una maquinación, aseguraron —aunque no ofrecieron ninguna prueba para apoyar lo que decían— que la salida de los bandidos había sido anunciada a propósito.

Como ya lo hemos indicado, era una idea muy difundida afirmar que había “saqueadores” en París y en sus alrededores. El mismo rey la había acreditado para justificar la llegada de tropas, así como la burguesía lo había hecho para legitimar la formación de la milicia. Sabemos que esos bandidos —cuya peligrosidad se invocaba por razones políticas— eran la población flotante de París, integrada, fundamentalmente por obreros sin trabajo. También se trataba de los obreros de los talleres de caridad de Montmartre, del pueblo bajo de las parroquias vecinas (que aprovechaban las circunstancias para dedicarse al contrabando) y por fin, de los vagabundos que recorrían aislados o en grupos los alrededores de la gran ciudad. El 24 de julio los electores ordenaron una batida de las canteras donde se decía que se habían refugiado muchos de ellos; el 30 se arrestó una banda en las canteras de Ménilmontant; el 31 se persiguió a un grupo de obreros de Montmartre en la llanura de Monceaux. El 21, la *Quinzaine mémorable* observaba que “corre el rumor de que en París hay mucha gente mal intencionada y hasta bandidos, y que en el suburbio de Saint-Antoine se han tomado prisioneros a muchos ladro-

nes". Y los *Annales parisiennes* del 27-30 de julio decían que "una enorme cantidad de vagabundos que se encontraban armados en el momento de la Revolución, por las noches organizaban patrullas de contrabandistas y bandidos que deambulaban alrededor de los muros de la ciudad para favorecer la entrada de productos prohibidos, y que infestan los suburbios". ¿Además del contrabando cometieron algunos otros delitos de derecho común? Sí; los sumarios de la guardia pública indican algunos. El 14 de julio, a las diez de la mañana, en Basse Courtille, Dufresne, oficial de policía, fue desvalijado por algunas personas que también exigieron dinero a otras; el 16, un abogado de Melun que iba a París en cabriolet, fue detenido y asaltado; la tarde del 21, un vicario de Saint-Denis fue atacado y desvalijado por cuatro hombres que se habían ocultado en un depósito de trigo; por otra parte, en una carta dirigida a la municipalidad de Evreux sobre la que volveremos más adelante, los electores afirmaron que habían circulado falsas patrullas cuyos designios no eran muy claros. Por lo demás, estamos seguros de que se nos han escapado muchos incidentes del mismo tipo. Si no hay ningún motivo real para exagerrar la inseguridad general, no cabe duda de que los disturbios que ocurrían en las calles de París contribuyeron a aumentarla, y mucho más todavía los que tenían lugar en los alrededores de la gran ciudad, donde estaban acantonadas las tropas reales y había un número considerable de desertores. Los agricultores estaban muy alarmados por los tumultos que estallaban en los mercados y por las incursiones del tipo de las de los habitantes de Saint-Germain, de tal modo que en la quincena posterior al 14 de julio se decía que todas las parroquias de los alrededores estaban infectadas de individuos sospechosos salidos de la capital. Y éste es casi siempre el único motivo que invocan para armarse; esto mismo dijeron la ciudad de Sceaux, después del 14 de julio, Suresnes el 16, Gonesse y Santeny-en-Brie el 19, Chevilly y Hay el 21; Marcoussis la tarde del 22. La deliberación de esta última al-

dea es muy interesante: “Se dice que, desde el momento mismo en que la milicia burguesa se estableció en la ciudad de París para oponerse a las bandas organizadas en esa capital, un número bastante considerable de sujetos sospechosos de abrigar malas intenciones se alejaron de la ciudad y se dispersaron por los campos circundantes; con el fin de oponerse a sus incursiones y de prevenir los desórdenes y el bandolerismo que esos sujetos podrían permitirse, las parroquias —sobre todo las ubicadas sobre el camino principal que va desde París hasta Montlhéry— acaban de establecer milicias burguesas para proteger a sus habitantes”. Aunque Marcoussis, situada a unos veinte kilómetros de París no había sufrido los desmanes de los bandidos que se decía que habían salido de París, manifestaba, sin embargo, una alarma tremenda el 22 por la tarde. Esto se explica fácilmente: las aldeas del valle del Orge estaban muy agitadas y esa misma mañana se había arrancado a Foulon de su retiro de Viry para llevarla a París donde se lo había masacrado.

En algunas partes esos temores ya habían provocado verdaderas alarmas. En Bougival, la provocó el propio señor del lugar, el marqués de Mesmes. El conserje de su castillo lo había puesto sobre aviso al recibir una amenaza de que sería asaltado y que al mismo tiempo las parroquias vecinas temían que fueran devastadas sus casas y sus cosechas “a causa de los bandidos que según se dice vagan por los campos”. El 15 de julio volvió desde Versalles y pidió al bedel que a las cinco de la tarde tocara a rebato para reunir a los habitantes. El cura del lugar, que había tenido ciertas disidencias con la justicia señorial, se opuso abiertamente diciendo que era “indigno de un teniente general de los ejércitos del rey venir a sublevar a los tranquilos habitantes”. De Mesmes se sintió intimidado y se limitó a exponer a la población qué estaba ya congregada que era “posible” que algunos malhechores escapasen y se dispersaran por el campo, por lo que había que vigilar a los extraños. El mismo día se arrestó en Sceaux a un hombre

que había pedido limosna “con diversos pretextos de que había perturbado y aterrorizado a la parroquia”. En realidad se trataba de un mercero de Marville (Lorena), ex desertor, que tenía un pasaporte del 28 de abril. Llevaba “colgando sobre el estómago un pedazo de sarga blanca sobre la cual había una cruz semejante a la que llevan los religiosos de la Merced” y pedía limosna diciendo “que él y algunos otros habían sido encargados de pedir limosna para que pudieran sobrevivir unos setecientos u ochocientos, bretones que andaban por los campos...; que venían del parque de Saint-Cloud donde habían detenido a la reina más o menos a las ocho de la mañana; que por su parte, él había ayudado bastante y que la reina estaba segura; agregando que tenía consigo unas pistolas;... y aseguraba que volvería al día siguiente”. Se disculpó diciendo que había querido despertar compasión, pero de todos modos ya había trastornado a toda la ciudad. El 25, en Villers-le-Sec, al norte de París, en la región donde dos días después se desencadenaría el gran pánico, hubo un estallido de terror cuya causa inmediata desconocemos: un ex dispensero domiciliado en París, en la calle de Cinq-Diamants, corrió a la municipalidad para anunciar que esta parroquia: estaba “amenazada por bandidos” y que le habían encargado que solicitara una guardia de veinte hombres que los habitantes se comprometían a mantener. Los electores, que veían llegar sucesivamente las delegaciones que pedían ayuda o autorización para armarse, trataron el 27 por la mañana de tranquilizar a los suburbios “después de haberse requerido informes más positivos” —pero al mismo tiempo se destacaba el gran pánico.

De aldea en aldea el rumor llegó rápidamente a las provincias vecinas de la Ile-de-France. El 17 estaba ya en Bar-sur-Seine, el 20 en Font-sur-Seine; el 21 en Bar-Sur-Aube; el 22 en Tornerre; el 26 en Pont-sur-Yonne, Ervy, Chaource y Saint-Florentin. Ya el 20 se lo conocía en Evreux. Y tal como había ocurrido en los alrededores de París, fue reforzado por los disturbios locales,

porque las autoridades estaban encantadas de poder disculpar a sus administrados imputando todos los desmanes a gente extraña. En síntesis, era lo mismo que ya se había hecho en París, y de la misma manera, el 21 de julio, una delegación de la municipalidad de Saint-Germain exponía ante la Asamblea Nacional que el asesinato de Sauvage se había debido a “extranjeros que habían acudido armados”. También así explicó Chartres la sublevación del 23. Y los intendentes^[*] aceptaron esas versiones sin pestañear y contribuyeron a difundirlas. El 26, el intendente residente en Orleáns escribía refiriéndose a Chartres: “Una horda de bandidos expulsados de París ha sublevado al populacho” y agregaba que la elección de Dourdan había sido “agitada, sublevada y trastornada por hordas de bandidos que se han alejado de la capital por temor al castigo”. El de Amiens explicaba el 24 que el pueblo de Picardía había sido “convulsionado por bandidos expulsados de París” y el día anterior el director de gabelas había expresado su temor de que “los bandidos que expulsáis de París” provocaran nuevas perturbaciones. El 27, el intendente y la oficina intermediaria de Troyes denunciaron —sin plantearse la menor duda al respecto— al intendente y la comisión intermediaria de Châlons la existencia de bandidos. No se habían molestado en controlar en el mismo lugar los rumores que circulaban y se habían limitado a pedir explicaciones a los electores parisienses. Se les contestó, pero Chaudron, que estudió el gran pánico en Champaña, no encontró la respuesta, y supone que esta nota sería una prueba de que existía una maquinación: habría sido la propia municipalidad de París la que, de acuerdo con los diputados patriotas, habría anunciado la partida de los bandidos para que los provincianos se decidieran a armarse —tal como efectivamente hicieron en muchos casos a medida que fueron conociendo tal noticia—. Pero no sólo los habitantes de la Champaña pidieron información, también lo hizo la municipalidad de Evreux, y Dubreuil ha publicado la respuesta que reci-

bió el 24 de julio. La carta de los electores resume simplemente los hechos que hemos expuesto y se limita a expresar los temores que eran comunes en toda la región parisién: “Como sabéis, esta capital está siempre llena de vagabundos, ansiosos por ocultarse de sus vecinos de la provincia. Son estos hombres los que ante el primer temor han corrido a tomar las armas, se han apoderado de ellas por todos los medios y han logrado que el pánico se vuelva aun más considerable. Durante los primeros días, en todos los distritos, nuestras divisiones no pudieron evitar verse mezcladas con aquellos que no tenían estado ni domicilio. Pero pronto se sintió la necesidad de incluir en las listas de los distritos sólo a los que estaban verdaderamente domiciliados en ellos y de retirar las armas, paulatinamente y con ciertas precauciones, a aquellas personas que las poseían para aprovecharse de ellas. Hemos cumplido con este proyecto sólo en la medida en que era posible hacerlo en una ciudad tan grande y tan poblada, pero es necesario que lo llevemos a cabo por completo. Todavía existen falsas patrullas, y en cuanto ocurre el menor acontecimiento nuestras plazas se llenan de grupos que sin duda no están compuestos sólo por ciudadanos registrados. La masa de vagabundos que pudo salir de París no tardará en dividirse y esperamos que por eso mismo sea menos temible para las provincias”. La conclusión lógica era que las ciudades harían bien en organizar ellas también una milicia burguesa, pero además de que no hay la menor referencia a las aldeas, es evidente que si tales hombres hubieran querido sembrar el pánico hubieran hablado de otro modo.

Es probable que en las provincias más alejadas de la Ile-de-France, la contaminación se produjera por obra de los viajeros, las correspondencias privadas y oficiales y los periódicos. En la misma Champaña, en Villeneuve-sur-Yonne, el 18 de julio, el procurador de la municipalidad, mientras describía las sublevaciones de la capital —de las cuales había sido testigo— se encar-

gó de indicar que un gran peligro podía provenir de la mera existencia de esos “vagabundos”, y ya hemos explicado cómo el miedo a los salteadores fue difundido en Charlieu por algunos viajeros. El 25 la *Correspondance de Nantes* publicó un extracto de una carta que atribuía los desórdenes de París a los ingleses y a los que estaban en connivencia con ellos para “incendiar los más hermosos monumentos... Esos ingleses y sus innumerables cómplices han huido a la campaña para realizar allí sus horribles devastaciones. En Saint-Germain-en-Laye, en Poissy, han inmolido a su furia a irreprochables ciudadanos, a los que acusaron de haber acaparado granos”. También en este caso las autoridades tuvieron cierta responsabilidad. Según el comité de Château-Gontier, el pánico del Maine habría sido provocado por los intendentes de Chartres y de Mans: el primero habría informado al segundo “que numerosos bandidos habían abandonado París y se dirigían a las provincias”; y el segundo se habría apresurado a transmitirlo a los curas de la zona. En algunas regiones el paso de ciertos individuos sospechosos habría contribuido a confirmar estas versiones. El 22 fueron arrestados cinco de ellos en Evreux, uno de los cuales era un plomero de baja Normandía que volvía de París. El 5 de agosto, una señora de los alrededores de Gisors escribía: “Os creo libres de los bandidos de Montmartre; ya han pasado por aquí pero algunos han sido arrestados y puestos en prisión”. Uno de ellos había dicho a un caballero de Saint-Louis “que eran unos quinientos, enviados por el señor de Mirabeau a algunas provincias para informarse de lo que pasaba”. En Charolles el incidente fue más grave; el 26 fue arrestado un cochero que el 13 había participado en el saqueo de SaintLazare, donde había robado unos setecientos luises y de inmediato había huido.

Sin embargo, estamos seguros de que las sublevaciones que estallaban en todas partes hicieron nacer espontáneamente en las provincias temores análogos a los que reinaban en París y gracias a un proceso semejante. Ya el 9 de julio los regidores de Lyon

decían en una proclama: “Hemos visto nuestra ciudad asaltada por bandidos que, habiendo sido expulsados de diferentes partes del reino donde trataban de iniciar las sediciones, llegaron a esta ciudad para ejecutar en ella sus criminales proyectos”. ¡Suponemos que no se llegará hasta creer que Imbert-Colomès obedecía una orden revolucionaria! Si bien en Toul el 29 y en Forcalquier el 30 se hablaba de bandidos salidos de París, a medida que uno se aleja de la capital se observa que su procedencia se indica cada vez con menor frecuencia. En Lons-le-Saunier el 19 se dice que han sido “expulsados *de las capitales*”; en Saint-Germain-Laval (Forez) el 20 se aclara que “se dispersaron por las provincias”, mientras que el 30 en Nevers se habla de que “vienen de todas partes” y en Toul se especifica que llegan de París “y otros lugares”. Pero todavía podemos agregar otra prueba más: el 22, los habitantes de Semur se reunieron a causa de las noticias que se han difundido sobre, los desórdenes cometidos en la provincia por bandidos reunidos en grupo”, aquí no se habla de París, pues las novedades provenían de Dijon y de Autun y eran el resultado de los tumultos que habían tenido lugar en Auxonne y Saint-Jean-de-Losne el 19 y el 20 de julio. Se decía que a medida que avanzaban los bandidos eran reforzados por los presos liberados. Y en realidad, era cierto que en algunos lugares se habían abierto las prisiones: en Luxeuil, en Pierre-Encize, en Aix —sin contar los calabozos de la Bastilla—, El 29 la municipalidad de Toul escribía a la de Blénod: “Debéis saber que un gran número de bandidos se ha evadido de las prisiones de París y de otros lugares”. Esto explica que durante el gran pánico se hablara de bandas de condenados a galeras que se habían escapado. Por último, también se hablaba de regimientos extranjeros que atravesaban las provincias: eran los que el rey había reunido en los alrededores de París y que después habían sido enviados de vuelta a sus guarniciones, Pero el pueblo los veía recorrer el mismo camino que

los bandidos y entre ellos y las tropas que los déspotas habrían cedido al conde de Artois no podían ver grandes diferencias.

Una vez que se anunciaba la llegada de los bandidos, de inmediato todo el mundo creía verlos aparecer en un lado y en otro (como ocurrió en los alrededores de París) y se desataba un pánico local. En Verneuil, el 20 —después de la sublevación de Laigla— se decía que avanzaban unos seiscientos amotinados armados y que estaban sólo a una legua de distancia. En Gyé-sur-Seine (el 26) la presencia de algunos extranjeros bastó para “inspirar terror”. En Glamecy, algunas horas antes de que la oleada del gran pánico sumergiera a la región, ya se hablaba de granjas quemadas por los bandidos (era el 29 por la mañana) en el valle de Aillant, aunque probablemente se tratara de un incendio accidental. El 28, el síndico de Château-Chinon decía “que una cantidad de bandidos y vagabundos han escapado de las casas de, reclusión o de algunas ciudades del reino; y que inclusive se han visto tropas que escapaban de los bosques que rodean a esta ciudad”. En Brive —el 22— al mismo tiempo que se informaba a los habitantes sobre los acontecimientos de París, la municipalidad decía que han “aparecido bandidos del lado de Saint-Céré y Beaulieu”, es decir, hacia el sur y no hacia el norte, como habría ocurrido si París hubiera sido la fuente única del rumor.

Puesto que el rumor se explica sin que haya necesidad de suponer que los revolucionarios se habían puesto de acuerdo para difundirlo, no se puede afirmar que los oradores que preconizaban el armamento de las ciudades por razones políticas hayan contribuido a propagarlo. En realidad creían de buena fe en la existencia de los bandidos, pero además tal noticia favorecía sus fines y la utilizaron más o menos conscientemente: ésta es toda la verdad que se puede deducir de las acusaciones que se les han dirigido. En primer lugar, algunos que ignoraban el giro que finalmente tomarían los acontecimientos, invocaron con toda habilidad ese peligro para justificar la toma de armas. La municipa-

lidad de Bourg utilizó este argumento el 17 para explicar al señor de Gouvernet, comandante de la provincia, las graves medidas que los habitantes le habían impuesto el día anterior. De la misma manera el comité de Château-Gontier aprovechará el gran pánico para legitimar el 24 su radical resolución del 18. Por otro lado, al proponer la formación de las milicias, no sólo se proyectaba resistir a la aristocracia, sino también —como se pensaba en París— imponer respeto al bajo pueblo. Era difícil decirlo claramente porque la gente estaba presente o podía informarse de tal resolución. Por lo tanto, los “bandidos” aparecían muy oportunamente para que se adoptaran medidas de seguridad que permitirían mantener al pueblo en estricta obediencia. Y por último, es muy posible que hayan servido como un pretexto que se utilizaría ante las autoridades superiores así como ante aquellos indecisos que hubieran vacilado en tomar las armas sin permiso del rey. En las deliberaciones donde se discute la creación de las milicias los dirigentes dosifican en proporciones muy variables esas diversas consideraciones según sus temperamentos. El 19 en Lonsle-Saunier, un miembro de la asamblea no hizo la menor referencia a los bandidos: mucho más culpables y peligrosos le parecían los nobles a los que denunció con extrema virulencia. Y al contrario el 23, en Autun, se tenía miedo sobre todo de la sedición popular; por lo tanto se dijo que “la prudencia exige que nos constituyamos en milicia de tal modo que estemos listos para rechazar a los enemigos comunes y más aún para aplastar los brotes de sedición si existieran, mostrando a los anti-patriotas y a los perturbadores del orden las armas que los reducirán a silencio”. En Saint-Denis-de-l’Hôtel, aldea del valle de Orléans, el síndico puso en el mismo nivel a todas las razones que existían para armarse y su exposición expresa, según nos parece, la opinión media de la alta y pequeña burguesía de las ciudades y de las campañas. El 31 declaraba que “después de la revolución de 13 de este mes que tuvo lugar en la capital, los ciuda-

danos se creían amenazados tanto en sus personas como en sus bienes; que los motivos que alarman a los ciudadanos son: 1.º, los informes, verdaderos o falsos, pero públicos, que circulan desde que se desató esa furiosa tormenta que casi hubiera aplastado el mismo día a la capital si no fuera porque el patriotismo de los ciudadanos de esta gran ciudad hizo que adoptaran severas medidas para disiparla —tormenta cuyas violentas sacudidas se han sentido en toda Francia—; 2.º, la evasión de la capital de una enorme cantidad de bandidos, lo que difundió la alarma en las diferentes provincias, donde obligan a pagar contribuciones a las poblaciones; 3.º, la escasez de granos que soportamos ya desde hace demasiado tiempo y que origina rumores y emociones populares siempre peligrosas cuando no son ahogados en su misma fuente”.

Sea como fuere, el miedo que despertaban los aristócratas así como el que se sentía ante los bandidos, siempre aparecían asociados en el espíritu del pueblo, por lo que a toda prisa se realizaba la síntesis —ya efectuada en París— entre el complot aristocrático y el miedo a los bandidos. Es notable la similitud que existe entre estos miedos y los pánicos de 1848: puesto que en todo el país se temía la llegada de amotinados que amenazaban la vida y las propiedades de los provincianos, el menor indicio logrará exacerbar los ánimos ya exaltados y la alarma se propagará sin obstáculos porque toco el mundo la espera. Sin embargo en 1789 la emoción es mucho más profunda y está mucho más extendida. Todo el Tercer Estado se consideraba amenazado porque los amotinados estaban al servicio de la aristocracia conjurada y porque se le agregaban los regimientos extranjeros al servicio del rey y las tropas de los soberanos que sostenían a los emigrados; y porque venían no sólo de París sino de todas las grandes ciudades. Por otra parte, las circunstancias económicas y sociales, la escasez y el gran número de vagabundos favorecían mucho más en 1789 que en 1848 los pánicos locales cuya propaga-

ción constituye el gran pánico. De esta manera se explica que el fenómeno, al tomar una extensión extraordinaria, se convirtiera en un acontecimiento nacional.

3. El gran pánico

CAPÍTULO XII

LOS CARACTERES DEL GRAN PÁNICO

El miedo a las bandidos que comenzó a fines del Invierno alcanzó su paroxismo en la segunda quincena de junio y se extendió a casi toda Francia. Si bien engendró el *gran pánico* en realidad se distingue muy bien de él, pues el *gran pánico* tiene algunos caracteres propios que enumeraremos a continuación. Hasta ese momento la llegada de los bandidos era posible y se la temía, pero ahora se había convertido en una certidumbre: estaban presentes, se los veía y se los oía. En general esta situación podía engendrar un pánico, pero esto no siempre ocurría y muchas veces las poblaciones se limitaban a adoptar algunas medidas de defensa o a alistar las milicias que se habían organizado para realizar esta defensa o para combatir a los aristócratas. Sin embargo tales alarmas no constituían un hecho totalmente nuevo, pues ya hemos hecho referencia a muchas de ellas. La característica propia del gran pánico reside en que esas alarmas se propagaron hasta muy lejos y con gran rapidez en lugar de seguir siendo locales. Y a medida que avanzaban, engendraban nuevas pruebas de la existencia de bandidos y también de tumultos que reforzaban la corriente o la alimentaban y le servían de intermediario. Esta propagación se explica también por el miedo a los bandidos: era muy fácil creer que llegaban porque se los estaba esperando. Aunque las corrientes del pánico no fueron muy numerosas, recubrieron la mayor parte del reino, de ahí que causaran la impresión de que el gran pánico fue universal. Además, como su marcha fue muy rápida dieron la impresión de que el gran pánico estalló simultáneamente en todos lados “casi a la misma hora”. Estos son dos grandes errores en los que cayeron los propios contemporáneos y que los demás se limitaron a reproducir. Como se

había admitido que el pánico se había declarado en todas partes al mismo tiempo, se dedujo naturalmente que había sido provocado por algunos agentes y que era el resultado de una conspiración.

Los revolucionarios vieron en él una nueva prueba de la autenticidad del complot aristocrático: pensaban que se había aterrorizado a las poblaciones para volverlas a someter al antiguo régimen o para provocar el desorden. Y lo que Maupetit escribía el 31 confirma lo que decimos; “Las alarmas que se han difundido casi el mismo día en todo el reino parecen ser la prolongación del complot organizado y el complemento de los desastrosos proyectos destinados a perturbar a toda Francia. Pues es imposible comprender que el mismo día y en el mismo momento casi en todos lados se haya tocado a rebato, si no fuera porque algunas personas enviadas a propósito no lo hubieran provocado”. Y el 8 de agosto por la tarde cuando se informó a la Asamblea Nacional de que en Burdeos se había arrestado a un correo que según se decía acababa de recorrer Poitou, Angoumois y Guyena, anunciando la llegada de los bandidos, un miembro de ese cuerpo dijo: “La infernal confederación no se ha extinguido por completo; si bien los jefes están dispersos, todavía puede renacer de sus cenizas. Sabemos que habían intervenido en ella una cantidad de eclesiásticos y de gentileshombres; por lo tanto, las comunas de Francia no pueden bajar su guardia”. El 28 de julio la Asamblea instituyó un comité de investigaciones que inició una encuesta, y que el 18 de septiembre, refiriéndose al pánico de Massiac y las perturbaciones que habían derivado de él, escribía al bailazgo de Saint-Flour: “Al parecer, casi al mismo tiempo en todas las provincias se ha dado un impulso semejante, lo que permite suponer que existe un complot organizado cuyo centro ignoramos dónde está, pero que es imprescindible descubrir para la salvación del Estado”. La proclama del 10 difundió al respecto la siguiente versión oficial: “Puesto que los enemigos de la na-

ción han perdido toda esperanza de impedir por la violencia y el despotismo la regeneración pública y el establecimiento de la libertad, parecen haber concebido el criminal proyecto de alcanzar el mismo fin a través del desorden y la anarquía; y además de recurrir a otros métodos, han procedido a hacer difundir, en la misma época y casi el mismo día, falsas alarmas en las diferentes provincias del reino, y al anunciar incursiones y asaltos que no existían han provocado excesos y crímenes que afectaron por igual a los bienes y a las personas”. Los revolucionarios no se imaginaban que al denunciar el complot aristocrático ellos mismos estaban preparando inconscientemente el gran pánico.

Pero en verdad, los hechos se volvieron contra la aristocracia pues el gran pánico aceleró el armamento del pueblo y provocó nuevas revueltas agrarias, *Is fecit cui prodest*. Por consiguiente, los contrarrevolucionarios echaron toda la responsabilidad sobre sus adversarios. El 25 de septiembre, mientras comía en una posada en Turín, Arthur Young oyó a unos emigrados que describían los tumultos y cuando les preguntó “quién había cometido tales atrocidades, si habían sido los campesinos o los bandidos, le contestaron que seguramente eran los campesinos, pero que el origen de todas esas calamidades estaba en un plan que habían concebido algunos dirigentes de la Asamblea Nacional que contaban con el dinero de un gran personaje”, es decir, del duque de Orleáns. “Cuando la Asamblea Nacional rechazó la moción del conde de Mirabeau de que se hiciera una solicitud al rey pidiendo que se formara una milicia burguesa, habían sido enviados a todos los rincones del reino algunos correos encargados de provocar la alarma universal hablando de grupos de bandidos que avanzaban, saqueando y robando todo por instigación de los aristócratas, y aconsejando al pueblo que se armara de inmediato para su propia defensa; las noticias llegadas desde diferentes partes del reino habían demostrado que esos correos debían haber partido al mismo tiempo de París (y A. Young agregaba que en

París había obtenido la confirmación de ese hecho); que también se habían enviado falsas órdenes del rey y de su consejo que incitaban al pueblo a quemar los castillos del partido aristocrático, y así, por una especie de magia, toda Francia se había armado simultáneamente y los campesinos se habían puesto en condiciones de cometer las atrocidades que habían deshonorado al reino”. Esta versión aparece incorporada casi de inmediato a los documentos de la época, El 24 de enero de 1790 el cura de Tulette (Drôme) escribía en su registro parroquial: “Las alarmas generales que el 29 de julio se difundieron el mismo día y a la misma hora en todo el reino, fueron diseminadas por emisarios pagados por la Asamblea que quería que el pueblo se armara”. Y Lally-Tollendal la adoptó en su *Segunda carta a mis electores*. De allí pasó a las historias de la revolución escritas por los contrarrevolucionarios —como Beaulieu y Montgaillard— y a algunas memorias, de donde se la extraje y se la transmitió de generación en generación sin tener la menor prueba que la confirmara. Beugnot cuenta en sus memorias que él intentó “remontarse hasta la causa” pero que al interrogar al campesino de Colombey que había difundido el pánico en Choiseul comprobó que este hombre había recibido la noticia de un habitante de Montigny, y suponiendo que éste a su vez le contestaría de igual forma, abandonó la partida para limitarse al presunto complot. En efecto, hubiera tenido que ir de aldea en aldea hasta llegar al Franco-Condado. Y sólo el gobierno hubiera podido aclarar, el asunto recurriendo a una encuesta metódica, tal como se hizo en 1848. Pero no lo hizo, no porque río hubiera estado alerta ante las posibles artimañas de sus adversarios, pues ya en mayo y junio había recibido algunas indicaciones sobre la conspiración y cada vez se había esforzado por aclarar el asunto. Tanto, que el 8 de mayo fue arrestado en Meaux un individuo que había llegado desde París por considerárselo “muy sospechoso y por haber expresado intenciones escandalosas y sediciosas”. Y el 21, el ministro de Puysé-

gur escribía al respecto al teniente de policía: “Es posible que este hombre no sea más que un vagabundo que no merezca demasiada atención, pero es posible también que haya sido enviado por algunos instigadores que permanecen ocultos”. Por lo que ordenó que se enviara a Meaux un policía experimentado para interrogarlo. El prisionero fue transferido al Châtelet y el 10 de junio el ministro admitió “que de lo expresado por este individuo no se pueden sacar las consecuencias que se había previsto”. Por lo tanto vemos que se ha exagerado la despreocupación del gobierno. También durante las revueltas agrarias y el gran pánico se interrogó a los que propalaban noticias falsas y transmitían supuestas órdenes (como ya lo hemos indicado a propósito de los disturbios de Mâconnais) pero los resultados fueron negativos. Por esto mismo estamos seguros que la encuesta fue fragmentaria, y si bien es más difícil realizarla en nuestros días podemos sin embargo lograr nuestros fines, porque estamos en condiciones de reunir y comparar una masa de documentos con los que las autoridades de la época —abrumadas por los acontecimientos que se sucedían con tanta rapidez— no pudieron constituir un expediente. Hoy podemos —por lo menos para algunas regiones — remontarnos hasta el incidente que dio origen al pánico, desentrañar cómo se propagó y trazar su marcha.

Ya en 1789 se dijo —y se siguió repitiendo hasta hoy— que el pánico fue universal, porque se lo confundió con el temor a los bandidos. Pero una cosa es admitir que los bandidos existían y podían aparecer y otra imaginarse que ya habían llegado. Por cierto era muy fácil pasar del primer estadio al segundo pues de otro modo no se explicaría el gran pánico, pero no era obligatorio, y si bien toda Francia creyó en los bandidos, el gran pánico no se produjo en todo el reino. No existió ni en Flandes ni en Henao, ni en Cambrésis ni en las Ardenas; Lorena apenas fue contaminada; la mayor parte de Normandía no lo experimentó y hay muy pocos rastros de él en Bretaña; Medoc, las Landas y el

país vasco, así como el Bajo Languedoc y el Rosellón permanecieron indemnes; en las regiones donde cundió la revuelta agraria —Franco-Condado y Alsacia, *Bocage* normando, Mâconnais — no hubo gran pánico, y a lo sumo se registraron algunas alarmas locales. Sin embargo, esta confusión tradicional está tan profundamente arraigada en los espíritus que muchos buenos autores que se esforzaron por estudiar objetivamente el fenómeno no pudieran evitarla, de modo que sus investigaciones tomaron un camino equivocado y sus tentativas de explicación resultaron caducas. Como el temor de los bandidos se originó en gran medida en la capital —aunque no sólo allí, como ya hemos indicado— se llegó a la conclusión de que el gran pánico provenía también de allí y nadie se preocupó por buscar el incidente local que lo había engendrado. Esto es lo que le pasó a Chaudron al estudiar la Champaña meridional, cuando la mera comparación de fechas obliga a pensar que el centro de conmoción se encontraba en la misma provincia. A esto se debe también que muchos autores imaginen el gran pánico como una onda que se expande concéntricamente a partir de París, cuando en realidad tiene varios puntos de origen, su marcha es a veces caprichosa y algunos pánicos refluyeron hacia París, como ocurrió con los de Clermontois y Soissonnais que vinieron desde el norte, y con el del Gâtinais, que llegó desde el sur (y que a su vez fue una prolongación del pánico de Champaña).

Por lo tanto, es muy difícil aceptar que hoy todavía se diga que el gran pánico estalló en todas partes simultáneamente. Que lo hayan hecho los propios contemporáneos es comprensible pues estaban mal informados, pero nosotros poseemos ya una documentación lo bastante numerosa y precisa como para que no quepa la menor duda. El gran pánico de Mauges y Poitou empezó en Nantes el 20; el del Maine al este de esta provincia, el 20 o el 21; el del Franco-Condado, que abarcó el este y el sudeste el 22; en Champaña meridional apareció el 24; en Clermon-

tois y Soissonnais el 26; en el sudoeste partió de Ruffec el 28, llegó a Barjols (en Provenza) el 4 de agosto y a Lourdes (al pie de los Pirineos) el 6 de ese mes.

Por otro lado, la tesis del complot no resiste un estudio atento del origen y el mecanismo de propagación del pánico. Muchos documentos citan los nombres de quienes lo llevaron: no tienen nada de misterioso y no se puede dudar de su buena fe. Puede alegarse —como lo hace Beugnot— que no fueron más que instrumentos y que las pruebas de la intriga se deben buscar en el mismo punto de partida —pero justamente, jamás se llega a esos puntos de partida—. Y al descubrirlos se ve que no son más de diez y que están diseminados arbitrariamente. Por lo tanto, ¿a qué queda reducida la leyenda de los correos expedidos metódicamente?

Por último, el argumento básico que en el fondo inspiró la idea del complot es, para algunos, que el gran pánico debía favorecer la contrarrevolución, mientras para otros debía provocar el armamento y los disturbios agrarios. Es evidente que no favoreció a la aristocracia, pero también es cierto que, si bien favoreció los progresos del armamento y provocó nuevas revueltas agrarias, no fue indispensable para que esto ocurriera. Creemos haber probado que el armamento empezó desde el momento mismo en que cundió el temor a los vagabundos y se aceleró cuando se creyó en la existencia del complot aristocrático —mucho antes de que se desatara el gran pánico— y por cierto, no entraba en los planes de la burguesía concederle a los campesinos. En cuanto a las revueltas agrarias, las del *Bocage* normando, Henao, Franco Condado, Alsacia y aun la del Mâconnais son anteriores al gran pánico y la única que podemos atribuirle es la del Delfinado. Hay tan poca vinculación entre la revuelta agraria y el gran pánico, que éste no aparece en la misma área que la primera, salvo el Delfinado. Y al contrario, la revuelta del Franco Condado engendró el pánico en el Este, mientras que las sublevaciones del

Bocage, Henao y Alsacia no provocaron ningún pánico, Y más todavía: habría que demostrar que la burguesía revolucionaria deseaba una revuelta campesina, cuando todo parece indicar lo contrario.

Por lo tanto, el temor ante los bandidos y los aristócratas, la revuelta campesina, el armamento y el gran pánico son cuatro hechos distintos, aunque haya entre ellos conexiones evidentes y para estudiar el último esta noción fundamental debe determinar el método que se seguirá.

CAPÍTULO XIII

LOS PÁNICOS PRIMITIVOS

Hemos podido distinguir cinco corrientes de pánico, una de las cuales (la de Clermontois) tendría que ser subdividida. Conocemos bien el origen de tres de ellas, pero para las otras dos carecemos de documentos suficientemente explícitos, aunque estamos en condiciones de imaginar con bastante certeza qué los ocasionó. En cuanto al pánico del Maine, el estado actual de la documentación sólo nos permite localizar aproximadamente su punto de partida.

Dos de los pánicos primitivos tienen una estrecha relación con las reacciones populares contra el complot aristocrático y por eso mismo se vinculan con la situación política de Francia. No cabe la menor duda de que en el Este el pánico nació de la revuelta de los campesinos del Franco-Condado; por lo tanto a este respecto, todo el interés se concentra en el mecanismo de su propagación. En cambio, el caso es más complejo en Mauges y Poitou. Como ya hemos visto, la ciudad de Nantes se sublevó en cuanto recibió la noticia de la caída de Necker, y el 20 de junio, hacia el mediodía, repentinamente cundió el rumor de que por la ruta de Montaigu llegaban los dragones para hacer entrar en razones a los nanteses. No sabemos de dónde partió tal noticia, pero no podemos asombrarnos de que esto ocurriera por cuanto conocemos las alarmas del mismo tipo que se habían desatado en París el 13 y el 14 de julio. De inmediato los habitantes tomaron las armas y obligaron a los armeros a que les entregaran todas las que tuvieran en sus negocios mientras se ponía guardia en el puente de Pirmil y la caballería burguesa recorrió toda la zona hasta el lago de Grandlieu. Tal como lo atestigua la *Correspondance de Nantes* del 25 de julio, esos movimientos engendraron el

pánico: “Sabemos que algunos malintencionados desnaturalizaron el objetivo de los preparativos militares realizados en Nantes y difundieron en las aldeas vecinas un enorme terror. Hay que sentir una cruel complacencia frente a las desgracias de la patria para concebir la idea de calumniar con tanta audacia a los habitantes de una ciudad opulenta que quedaría expuesta a las mayores desdichas si sus campañas fueran devastadas”. Desgraciadamente, como la *Correspondance* imputaba a los aristócratas el error en que habían caído los campesinos, omitió decirnos por qué se confundió a los nanteses con los bandidos. Es muy probable que se hubieran alarmado simplemente al ver las tropas que marchaban a lo lejos, ya que muchos pánicos locales nacieron de este modo (y más adelante daremos algunos ejemplos de ello), pero tampoco es imposible que temieran que los nanteses llegaran para apoderarse de los trigos todavía disponibles, puesto que había antecedentes en tal sentido. En efecto, el 19 un destacamento había ido a Paimboeuf para apoderarse de algunos lanchones cargados con grano así como de la pólvora que había llevado el botín a Nantes el 20. De este modo la escasez y la rivalidad entre ciudades y campaña se habrían combinado con las crisis políticas para engendrar el pánico en el Oeste.

En otras regiones el origen de los pánicos está en la situación económica y en el temor a los vagabundos. El de Clermontois nació de la inquietud que se sentía respecto de la cosecha y de un conflicto entre cazadores furtivos y guardas, cuyo tumultuoso enfrentamiento, al ser percibido desde lejos, espantó a los habitantes de Estrées-Saint-Denis. El 26 de julio, el preboste de la guardia pública escribía al intendente diciéndole: “El domingo por la tarde algunos cazadores furtivos tuvieron una querella bastante viva con algunos guardas en el dominio de Estrées-Saint-Denis, situado a cuatro leguas de aquí. Los habitantes de esta parroquia que, lo mismo que los de la campaña, tienen la idea fija de que vendrán a segar sus trigos, al ver de lejos el tu-

multo provocado por los cazadores y los guardas, se imaginaron que se trataba de gente malintencionada que venía a devastar sus tierras. Tocarón la alarma y reunieron a todos los habitantes, y lo mismo hicieron las parroquias vecinas”. Es posible que al descender el valle del Oise, la corriente así creada fuera reforzada por otro incidente pues el 28 se informó a los electores parisienses que el saqueo de dos barcos cargados con granos había causado una intensa emoción en Beaumont. En este caso reaparece la escasez. La alarma llegó a Montmorency, donde algunos hechos nuevos la agravaron. Según el *Journal de la Ville* uno de ellos fue “la agrimensura que precede a la cosecha. Se plantan jalones para dividir las parcelas de tierra que se entregarán a los jornaleros para que las sieguen”, pero al verlos de lejos, se habría tomado a éstos por salteadores. Más digna de fe parece la versión de la *Feuille politique* de Le Scène-Des-maisons: “Un grupo de jornaleros había ofrecido sus servicios a un arrendatario cuyos granos estaban listos para ser cosechados. Como éste se negó a pagarles el precio que pedían, el espíritu de anarquía los llevó hasta la amenaza. Dijeron que aunque se opusiera cortarían el trigo y arruinarían su cosecha. El hombre, asustado, corrió a pedir ayuda, La noticia se difundió muy aumentada. La alarma sonó en todas las parroquias adyacentes”. Una explicación análoga nos llega del tenor de Soissonnais, que se originó en la llanura de Béthisy, entre Verberie y Crépy-en-Valois. En verdad, es probable que sólo fuera una rama de la corriente nacida en Clermontois y que lo que ocurrió en Béthisy hiciera de amplificador, pero el duque de Gesvres, cuando escribió al duque de La Rochefoucauld-Liancourt, presidente de la Asamblea Nacional, el 28 por la tarde, la presentó como autónoma. Sea como fuere, su causa es del mismo tipo: esos rumores tuvieron como origen algunas palabras pronunciadas —según se afirma— por cinco o seis extranjeros algo bebidos que estaban echados cerca de los trigos, y que decían que iban a cortarlos porque un arrendatario les había rehu-

sado lo que ellos pedían. También la municipalidad de Crépy-en-Valois explicó el pánico de ese lugar atribuyéndolo a la disputa de doce campesinos que habían reñido en medio de granos todavía no segados. La de Meaux informó que algunos segadores “habían cortado el centeno perteneciente a algunos arrendatarios contra la voluntad de éstos porque se habían negado a darles alimento”. En Roye, el incidente de los cazadores furtivos con los guardas de caza del rey “en el bosque de Compiègne” fue vinculado con el de los segadores, pero este último fue atribuido a un arrendatario “expulsado”, es decir, que había sido rechazado en favor de un competidor que había aceptado condiciones más onerosas y que se había vengado de su sucesor haciendo que le cortaran dos jornadas de trigo verde. Estas explicaciones concuerdan perfectamente con lo que sabemos sobre los conflictos entre agricultores y segadores, endémicos en toda esta región, así como del “derecho de mercado”, tan popular en Picardía, y que, a pesar de los edictos, impedía que se tomara en arriendo un campo o “mercado” sin previo acuerdo del arrendatario saliente.

Según el *Journal de Troyes* del 28 —confirmado por una carta del subdelegado—, el 24 de julio nació el pánico de la Champaña meridional en Maizières-la-Grande-Paroisse, Origny y “otras adyacencias”, ubicadas al sur de Romilly. Corrían rumores de que los bandidos estaban en el cantón, pues se decía que se los había visto entrar en los bosques. “Se toca a rebato y tres mil hombres se reúnen para ir a la casca de los presuntos bandidos... pero los tales bandidos no eran más que un hato de vacas”. Quizá podríamos aceptar esta explicación, pues hay muchos ejemplos de casos semejantes, y algunas alarmas nacieron porque a la vera de un bosque alguien oyó el zumbido misterioso de animales que pastaban, o vio a lo lejos la polvareda levantada por el paso de un rebaño. Pero si así fuera, el pánico de Champaña hubiera tenido como origen la causa más insignificante de todas. Sin embargo podemos suponer que este caso era semejante al del pánico

nantés, y que en algo influyeron las expediciones de los habitantes de la ciudad en búsqueda de subsistencias, pues el 18 hubo un tumulto en Nogent y el 20 en Pont, mientras Romilly no debía estar mejor provista que ellas.

El pánico de Ruffec que se difundió en Poitou, la meseta central y toda Aquitania, se vincula con el temor a los vagabundos y nos recuerda la conmoción de Sceaux, de la que ya hemos hablado. Lefebvre, secretario de la intendencia de Limoges, nos relata la causa en una carta escrita por el subdelegado; según él, fue provocada por la aparición de cuatro o cinco hombres disfrazados de religiosos de la Merced que pedían limosna para la redención de los cautivos. Se presentaron en diferentes casas donde no siempre fueron bien recibidos. Descontentos con la suma recaudada, abandonaron la ciudad amenazando con volver muy pronto y en mayor número, pero no se los había vuelto a ver; sólo se habían retirado a un bosque próximo. Ese pequeño hecho, que con gran exageración fue transmitido hasta mucho, más lejos, causó el terror”. Por otro lado, sabemos que el 28 fue arrestado un hombre que había anunciado “la existencia de bandidos y húsares en el bosque vecino”. Alterado por todo lo que había oído contar sobre los bandidos, había creído verlos. Con su terror amplificó la noticia que había originado la alarma, y su relato se propagó. Así por ejemplo, en Angulema, ya no se hablaba de mendigos disfrazados sino de bandidos, reunidos en los bosques. Si creyéramos al cura de Vançais, otra versión corría al oeste de Ruffec: “una banda de contrabandistas y ladrones hambrientos, escondidos en los bosques de Aulnay, de Chef-Boutonne y de Chizé, habían realizado incursiones sobre las aldeas vecinas para buscar pan”. A través de estos relatos vemos que junto con el miedo que se sentía frente a los vagabundos aparece otro elemento esencial: la aprensión que inspira el bosque. Pero un detalle —la mención de los húsares— permite descubrir que también se creía en el complot aristocrático.

En cuanto al pánico del Maine, no podemos decir qué incidente lo provocó, pero debió producirse en los alrededores de La-Ferté-Bernard: muy cerca de allí se encuentra Montmirall, cuyo bosque alimentaba una fábrica de vidrio y que entre 1789 y 1792 fue un centro permanente de perturbaciones, cada vez que encarecía el pan. Es muy probable que el pánico naciera como consecuencia de una incursión de los obreros, o de circunstancias semejantes a las de Ruffec.

De este modo, los pánicos primitivos o que dieron origen al gran pánico, tuvieron la misma causa que las alarmas anteriores y las más activas de estas causas fueron de orden económico-social. Las mismas que siempre habían alarmado a las campañas y que la crisis de 1789 sólo había logrado exasperar. ¿Pero por qué esta vez el pánico en lugar de localizarse se propagó? ¿Por qué la parroquia que se alarmaba se apresuraba tanto a pedir socorro? Porque a fines de julio la inseguridad parecía más amenazadora que nunca y porque en vísperas de la cosecha los ánimos estaban más inquietos que en cualquier otra época. Y también porque el complot aristocrático y la noticia de que los bandidos habían salido de París y de las grandes ciudades adjudicaban una significación mucho más terrible a la aparición del más inofensivo vagabundo. Por último, porque los saqueadores se habían convertido en los instrumentos de los enemigos del Tercer Estado y pareció muy natural apelar a la solidaridad nacional y a esa federación que ya se esbozaba entre ciudades y burgos. Y por las mismas razones, aquellos cuyo auxilio se pedía no dudaron ni un instante de que la noticia fuera verdadera, de modo que a su vez ellos mismos la propagaron.

CAPÍTULO XIV

LA PROPAGACIÓN DE LOS PÁNICOS

Es evidente que muy a menudo, ciertos individuos que carecían de toda atribución de mando se encargaron de propagar el pánico. Algunos creían cumplir con un deber cívico al solicitar el envío de socorros; otros querían poner sobre aviso a parientes o amigos; los viajeros contaban lo que habían visto u oído, y sobre todo, machos fugitivos se dedicaron a exagerar el peligro para no ser acusados de cobardía. Los relatos de la época reproducen numerosos incidentes pintorescos. En Confalens, un molinero que venía de Saint-Michel, al entrar al barrio de Saint-Barthélemy, se adelantó a un tal Sauvage, aserrador. Este último iba corriendo hacia su casa y pedía ayuda, pues se había enterado que la guardia pública estaba en Saint-Georges, que distaba sólo un kilómetro del lugar. Al ver al molinero, le gritó que espoleara a sus caballos y diera la alerta a la ciudad. El otro le respondió: “No os preocupéis, vendrán todos”. Sauvage llegó a su casa, tomó su fusil y corrió a enfrentar a los bandidos, mientras el molinero recorría las calles a los gritos incitando a la gente a armarse. Pero estos buenos patriotas no fueron recompensados por su celo: cuando el pánico se calmó, el comité los puso presos. El 29 por la mañana en Rochechouart, el señor Longeáudes Bruyères, de Oradour-sur-Vayres, llegó a caballo por la ruta de Chabanis. Gritaba que “él huía, que él venía de Champagne-Mouton donde había visto degollar a viejos, mujeres y niños; que es horrible, espantoso; que todo ha sido pasado a sangre y fuego; que corre a su casa para poner en seguridad a su gente. ¡Resistid! ¡Ayudadnos! ¡Adiós, adiós! ¡Quizá sea la última vez!”. Y desapareció al galope. Quienes introdujeron el pánico en Limoges fueron: primero, un canónigo de la orden de Santa Genoveva (de la abadía

de Lesterp, cerca de Conmalens) que se había asustado mucho durante la noche que había pasado en Rochechouart al oír, hacia las dos de la mañana, algunos “gritos y lamentos”, por lo cual había montado inmediatamente a caballo; después, un ex guardia de corps al que se le había dicho que llegaban los bandidos mientras estaba cazando, por lo cual había corrido a prevenir al intendente, y, por último, un arquitecto que volvía de viaje y que en el camino había recogido la noticia la tarde del día anterior. En Castenau-Montratier (Quercy) apareció de golpe el director de las mensajerías de Cahors, montado en un mulo que le habían prestado los capuchinos, “excitado solamente por la alarma y los horribles tumultos de la ciudad”. En Samer, en el Boulonnais, el pánico fue provocado por “algunos viajeros”; en Saulieu, en Auxois, por el médico del pueblo que volvía de Montsauche; a lo largo de la orilla izquierda del Sena, desde Fontainebleau hasta Villeneuve-le-Roi, el pánico fue difundido por los hermanos Gaudon, comerciantes en vino de Boignes (en Gâtinais). Y “una persona que llegaba en la posta y que fue testigo de los excesos que se permite esta canalla” confirmó a un diputado de la nobleza —cuyas cartas a la marquesa de Créquy poseemos— el robo de las cosechas de Montmorency.

Pero también se encargaron de propagar el pánico —quizá no deliberadamente pero sí con método— algunas personas que gozaban de crédito y hasta las mismas autoridades. En general los curas consideraron que era su obligación prevenir a sus colegas y a sus amigos nobles, tanto, que en el Maine aquéllos figuran en primer plano por haber sido prevenidos por una carta del intendente de Mans. En Vendôme, el cura de Mazangé avisó a la municipalidad; en Lubersac (Périgord) el vicario de Saint-Cyr-les-Champagne se precipitó a anunciar que su aldea era presa de los bandidos; y un cura corrió a todo lo que daba a Sarlot para contar que Limeuil había sido incendiada durante la noche. En el Bourbonnais, el cura de Culant escribió al de Verdun, quien a su

vez envió un mensaje a su colega de Maillet. Los gentileshombres y sus administradores actuaron del mismo modo. En el Delphinado, quienes primero hablaron de la alarma que cundía en Aosta fueron el abad de Leyssens, la *dame* de Aosta, el caballero de Murinais y el agente de la condesa de Valin, que a su vez acudió a La Tour-du-Pin. En el Poitou, el administrador del castillo de Maulevrier envió mensajeros a todas partes pidiendo a los curas que armaran a sus fieles lo mejor posible y acudieran en auxilio de Cholet. También cerca de Neuvic, en Périgord, curas y nobles transportaron la noticia: la señora de Plaigne mandó un correo al barón de Bellinay para que a su vez advirtiera al barón de Drohuet, Este había recibido también otros avisos enviados por nobles y eclesiásticos —entre otros el prior de Saint-Angel— y se encargó de escribir al mismo barón de Bellinay y al cura de Chillac. Son incontables los hechos del mismo tipo que ocurrieron en todas partes. Los nobles enviaban a sus criados que, al atravesar a caballo las aldeas, difundían la alarma. Como los campesinos muchas veces no los conocían, surgen en los relatos muchos correos desconocidos o misteriosos.

Pero seguramente quienes, desempeñaren el papel más curioso fueron las autoridades. Hoy en día, primero procurarían informarse por teléfono antes de prevenir a la población, y por cierto, también entonces procuraron asegurarse enviando algunos informantes, o encargando a la caballería o a la guardia pública que revisaran la campaña. Pero sabían que pasaría mucho tiempo antes que se aclararan las cosas; por lo tanto, consideraron prudente tomar de inmediato algunas precauciones, informar a las parroquias y pedirles ayuda. Por lo tanto, las municipalidades y los comités expidieron correos y hasta redactaron algunas circulares en este sentido. Esto hicieron, por ejemplo, los comités de Confolens, Uzerche y Lon-le-Saunier. El de Evreux previno a los burgos de los alrededores el 22 y 23 de julio y el 24 envió una circular impresa a ciento diez parroquias del campo. Algunos je-

fes de milicia se arrogaron el mismo derecho: el de Bellème dio la alerta a Mortagne; el 28 de julio en Colmar, el coronel de la milicia —que era uno de los presidentes del Consejo soberano— incitó a las comunidades rurales a armarse. Pero tampoco se quedaron atrás las autoridades del antiguo régimen, sobre todo los jueces reales y los subdelegados: una carta del juez de Lubersac alarmó a Uzarche; y el procurador de justicia de Viliefranche-de-Belvez contribuyó muchísimo con sus cartas a que el pánico llegara desde Périgord a Quercy. El subdelegado de la Châtaigneraie lo difundió en toda su circunscripción y en especial en Secondigny. Algo mejor hizo el de Moissac: indicó a los curas que tocaran a rebato. Las comisiones intermediarias de las Asambleas provinciales intervinieron con menos frecuencia, pero podemos citar a la de la *généralité* de Soissons —o por lo menos a su procurador síndico—, cuyo aviso alertó a la ciudad de Guisa, y a la del distrito de Neufchâteau, que comprometió a las aldeas a tomar las armas y a estar listas “a la primera alarma”. El 31 de julio, los comisarios de las comunas de Provenza reiteraron a las parroquias el consejo de organizar milicias para rechazar a los bandidos que habían sido anunciados. El 1.º de agosto, cuando ocurrió la primera alarma en Toulouse, el parlamento dio una resolución autorizando a todas las comunidades a armarse y tocar a rebato.

Pero aun más característica es la conducta de algunas autoridades militares. La guardia pública de Bar-sur-Seine llevó el pánico a Landreville y la de Dun lo confirmó en Guéret; lo mismo hizo en Poye el marqués de Bains, inspector de la guardia. En cuanto llegó a Belfort el comandante del lugar, conde da Lau, advirtió a las parroquias circundantes que llegarían los bandidos y que debían estar prontas a defenderse. Por último, el marqués de Langeron, que mandaba las tropas en el Franco-Condado, contribuyó más que ningún otro a difundir el terror en su zona. En una circular que el 16 de julio llegó a Morez y a Saint-Claude (y que por lo tanto no podía ser posterior al 14) anunció que en

la provincia había entrado una banda de doscientos habitantes del Vêge —como sobre este hecho no existe ningún otro testimonio, probablemente su existencia había sido aseverada sólo por un pánico local—. En cuanto comenzó la devastación de los castillos, se apresuró a atribuirlos a los bandidos mediante una circular del 23; mientras que el 24 una tercera circular indicaba que otro grupo venía desde Borgoña y avanzaba a través de la región. Por todo esto, Vernier de Bians, teniente de la guardia pública de Salios, quien redactó un informe sobre las revueltas del Franco-Condado, no vaciló en responsabilizar de ellas a Langeron y en acusarlo de actuar así a propósito. Cronistas de Clamecy decían lo mismo de Delarue, subdelegado, juez de la castellanía y más tarde presidente del departamento. Aunque en realidad éste se había enterado de la llegada de los bandidos por una carta que el bailío de Coulanges había entregado a un maestro de danza de Clamecy que iba a dar lecciones y luego volvía, había leído la carta en pleno mercado y había hecho difundir la noticia por un soldado de la guardia pública.

También se ha sospechado con insistencia del papel que en todo esto desempeñaron los correos y los postillones de la administración postal. Aunque se ha exagerado mucho sobre esto, los documentos dan fe de su intervención. Por ejemplo: un correo de la posta de Conchy-les-Pots contribuyó a difundir el pánico en Roye; un jefe de posta de Saint-Jenien fue el primero que llevó noticias del pánico a Limoges; el preboste de Soissonnais detuvo en Clermont al correo que el jefe de posta de Saint-Just había enviado para que anunciara que el país estaba pasado a sangre y fuego; en Angulema un postillón de Churet transmitió el pánico de Ruffec: dos jueces de la elección contaron que “un campesino” había dicho “que el bosque había una banda de bandidos y ladrones”. La propagación del pánico por obra de los correos se nota en particular en la zona comprendida entre Valence y Aviñón: pues allí se transmitió de posta a posta y por consiguiente

con gran rapidez. Pero todo esto es muy lógico: si tantos viajeros hicieron circular la noticia de que se aproximaban los bandidos, ¿por qué no habrían de hacer lo mismo los que los conducían? Y si las mismas autoridades se preocupaban por hacerla conocer oficialmente, ¿qué otro medio existía sino el de confiarla al correo? El 29 a las cinco de la tarde, la municipalidad de Angulema recibió un correo enviado por la de Burdeos para requerir mayores precisiones sobre el pánico de Ruffec, del que ya se tenían noticias. Dicho correo llevaba una carta sin sellar y se le había recomendado que, si la alarma no era confirmada, lo dijera en todos los lugares por donde pasara. Es probable que en el viaje de ida hubiera mostrado y comentado la carta que se le había confiado, y éste es el correo del que se ocupó la Asamblea Nacional en su sesión del 8 de agosto.

Sin embargo, de todo esto no debemos concluir que tantos personajes importantes carecieran de todo sentido crítico, pues en verdad hubo muchos incrédulos. En Gimont (Lomagne) el barón de Montesquieu se negó a creer en la existencia de bandidos; el conde de Polastron prohibió que se tocara la alarma — aunque no obtuvo el menor éxito —; un oficial que estaba de permiso en Saint-Clair, cuando se le dijo que cuatro mil bandidos acudían a Lauzerta, escribió irónicamente: “Estoy seguro de que no los han contado”. A través de la descripción del pánico de los alrededores de Saint-Girons que hace el conde de Terssac en sus memorias, él era igualmente escéptico. Algunos personajes de menor importancia se opusieron también con gran audacia a la propagación del miedo: en Saint-Privat-des-Prés, cerca de Ribérac, un administrador llamado Gouand detuvo la alarma a pesar de la oposición del comité y como se lo injurió y amenazó, hizo poner en prisión a tres habitantes. El cura de Cástelnau-Montratier preguntó a sus fieles si “los enemigos habían llegado en globo” y detuvo la alarma, mientras el cura de Vers, en Âgenais, no permitió que se la tocara. En Frayssinet-le-Gélat, el abo-

gado Delord, luego de haber revisado los periódicos llegó a la conclusión que él pánico carecía de todo fundamento ‘porque si los ingleses o los españoles hubieran penetrado en Francia no hubieran podido introducirse en el corazón mismo, de la provincia de Guyena sin que lo hubiéramos sabido de inmediato y en cambio fueron los ejercicios de tiro de algunas ciudades de estas provincias las que hicieron creer que habían entrado los enemigos’. El subdelegado de Moissac expresó la misma opinión pero eso no le impidió tomar todas las medidas destinadas no sólo a rechazar a los bandidos sino también a convencer a todo el mundo de que efectivamente éstos existían.

Esto sé debe en primer lugar al hecho de que el temor estaba tan generalizado (el mismo Bonald, futuro oráculo de la contrarrevolución y para ese entonces intendente de Millau, no opuso la menor objeción a la noticia de su llegada) que un administrador consciente de sus responsabilidades y desprovisto de todo medio rápido de información no podía evitar que tal novedad lo impresionara a pesar de las más sensatas reflexiones. Dom Mauduit, prior de Saint-Angel, expresó muy bien este estado de ánimo en su carta al barón de Drouhet: “Sobre todo, no hay ninguna seguridad de que los relatos sobre los bandidos sean verídicos... Pero como no hay fuego sin humo y como después de todo lo que pasó en París es bastante probable que; se haya formado tal confederación, todo el mundo, se reúne para montar guardia de día y de noche. Por eso mismo convendría que vos nos imitarais/

Por otro lado la incredulidad también era peligrosa. ¿Acaso no se podía sospechar que los que hacían gala de ella y se negaban a tomar medidas de defensa no intentaban adormecer al pueblo? Si así fuera, eran cómplices de los bandidos y en consecuencia también de los aristócratas, y esto podía costarles bastante caro, El prior de Nueil-sous-les-Aubiers (Poitou) tranquilizó a sus campesinos diciéndoles que era imposible que, tal como se contaba,

veinticinco mil bandidos hubieran caído sorpresivamente sobre Nantes, y que aun si esto hubiera ocurrido una ciudad de ochenta mil habitantes se hubiera defendido adecuadamente. Pero mientras tanto, como unos cuatro o cinco mil hombres ya habían acudido a Aubiers y murmuraban contra él porque no había llevado a su parroquia, tuvo que ir a dar explicaciones. El peligro nacía con mayor facilidad porque quienes habían llevado la noticia se sentían heridos en su amor propio cuando no se los tomaba en serio y no cesaban de hablar mal de quien había tenido el desparpajo de actuar de tal modo. Para corroborar lo que decimos hay que leer el relato del pánico de Limoges que realizó el secretario de intendencia cuyo nombre ya hemos citado. Ante la primera noticia, el intendente d'Ablois envió la información y no pensó más en ello. Un canónigo de la orden de Santa Genoveva fue a Rochechouart y anunció que eran mil cien hombres. “Señor prior”, respondió riendo d'Ablois, “parece que los bandidos se reclutan muy rápido pues esta mañana sólo se hablaba de unos quinientos”. “Señor”, respondió el interlocutor algo picado, “informo lo que he visto y oído; vos haréis lo que os plazca; yo me retiro”. Pero todo fue muy distinto al mediodía cuando llegó al galope y fusil al hombro el guardia de *corps* Malduit. D'Ablois estaba almorzando. “Yo no creía que un guardia se asustará con tanta facilidad; creedme; tranquilizaos, sentaos a la mesa y comed una costilla; los bandidos os darán tiempo para ello”. El otro lo tomó a mal: “Señor, yo no tengo miedo, simplemente, cumplo con una misión muy importante; si vos no me creéis otros prestarán mayor atención a la advertencia que acabo de haceros”. Muy pronto circuló en toda la ciudad el rumor de que d'Ablois quería entregar la ciudad a los que trabajaban para la aristocracia y sus mismos secretarios tuvieron que intervenir para que se decidiera a ser más prudente y a actuar de otra manera. Sin embargo, recibió del mismo modo al día siguiente al arquitecto Jacquet, cuando éste vino a anunciarle la llegada de cuaren-

ta mil españoles: “Hasta este momento, señor Jacquet, os había creído un hombre razonable; ahora temo que os hayáis vuelto loco. ¿Cómo habéis podido creer una historia semejante? ¡Cuarenta mil españoles! ¡Id a descansar y no habléis con nadie de esto, pues se burlarán de vos!”. Pero al contrario, Jacquet, muy ofendido, se lo contó a todo el mundo y todo el mundo le creyó. Y el asunto hubiera terminado muy mal si el pánico no se hubiera calmado al recibir informaciones más precisas.

Con todo hay un dato que permite suponer que las autoridades constituidas, desafiando tales riesgos, se abstuvieron de propagar el pánico y hasta lograron detener su marcha: es el hecho de que algunas regiones no padecieron el gran pánico. Por cierto, es posible que no llegaran a experimentarlo porque el alejamiento, la dificultad de las comunicaciones, la diferencia de idioma y su poca población contribuyeron a preservarlas. Pero estos factores también influían en ciertas zonas donde hubo pánico y es más probable que algunas autoridades hayan logrado imponerse por su sangre fría y por el ascendiente que ejercían sobre la población. Este debió ser el caso de las municipalidades de Bretaña cuya conducta después de 1788 inspiró gran confianza y que mucho antes que todas las otras, supieron tomar las medidas adecuadas para contener tanto a la aristocracia como al bajo pueblo. Al menos ésta es la opinión del corresponsal de la *Gazette de Leyde* que el 7 de agosto escribía: “Se temía más por Bretaña y sin embargo es la provincia más tranquila gracias a la buena política de los burgueses que se armaron desde el primer momento”. Lejos de engendrar el desorden, medidas tales como la revolución municipal y el armamento popular tranquilizaban al Tercer Estado, e imponían la calma —y esto ya lo decían los revolucionarios—. Pero cuando se desató el pánico, ambas disposiciones sólo comenzaban a aplicarse y en la mayoría de los casos nadie osaba oponerse al torrente.

A pesar de todo el pánico no se propagó tan rápido como se ha hecho creer. Desde Clermont en Beativais hasta el Sena, que sólo distan unos cincuenta kilómetros, necesitó unas doce horas diurnas; desde Ruffec hasta Lourdes recorrió unos quinientos kilómetros en nueve días completos; la velocidad que empleó en este caso fue sólo la mitad de la que utilizó en el otro, pero hay que tener en cuenta que de noche debió avanzar menos rápidamente. Se puede admitir que durante el día recorría unos cuatro kilómetros por hora. Desde Livron llegó a Arles (ciento cincuenta kilómetros) en cuarenta horas, lo que significa que en promedio —tanto de día como de noche— hizo cuatro kilómetros por hora; pero en esta oportunidad fue transmitido por los correos de la posta cuya velocidad era inferior a la de los correos extraordinarios de los que ya hemos hablado. Si como nosotros pensamos esta difusión fue espontánea, tal marcha parece bastante rápida, pero aquellos que la atribuían a correos enviados expresamente por los conspiradores debían considerarla muy lenta.

CAPÍTULO XV

LOS PÁNICOS DEL ANUNCIO

En general —aunque no, siempre— la mera noticia de que los bandidos estaban a la vista originaba un pánico. En estos casos parece que las circulares de las autoridades tuvieron menos potencia emotiva que la propagación oral o las cartas particulares. Por ejemplo, la mayoría de las parroquias a las que llegó la circular del comité de Evreux no parecen haberse preocupado demasiado. Tampoco las de Langeron provocaron movimientos convulsivos pues las aldeas se limitaron a ponerse a la defensiva. En estos casos en especial es muy importante no confundir el temor a los bandidos con el gran pánico. Sin embargo una tal sangre fría puede considerarse verdaderamente excepcional: de cada uno de los pánicos primitivos —que no fueron muy numerosos— derivaron otros, en increíble cantidad, que podemos llamar los pánicos del anuncio.

Estos han sido descriptos muchas veces y el gran pánico es su rasgo más conocido, o aun el único que conocemos. Se empieza por tocar la alarma que muy pronto resuena durante horas en cantones íntegros. Las mujeres, que ya se ven violadas y masacradas con sus hijos en medio de las aldeas en llamas, lloran y se lamentan, huyen hacia los bosques o por los caminos, llevando algunas provisiones y ropas juntadas al azar. Muchas veces los hombres las siguen, después de enterrar lo que más aprecian y de dejar a los animales sueltos por el campo. Pero con mayor frecuencia todavía, ya sea por respeto humano, coraje, o temor a la autoridad tradicional, acuden al llamado del síndico, el cura o el señor. Entonces comienzan los preparativos para la defensa, bajo la dirección del señor mismo o de un ex militar. Todos se arman como pueden; se colocan centinelas y barricadas a la entrada de

la aldea o el puente y se envían algunos destacamentos a los alrededores. Al caer la noche circulan algunas patrullas y todo el mundo permanece alerta. En las ciudades se realiza una verdadera movilización y podría creerse que se está en una plaza sitiada; se requisan los víveres, se reúne la pólvora y las municiones, se reparan las murallas y se pone la artillería en posición. En medio de esta terrible confusión ocurren toda clase de incidentes conmovedores, cómicos o trágicos. En Yervins saltó un barril de pólvora y hubo algunas víctimas. En Magnac-Laval, se escaparon los alumnos del colegio y el director desesperado interpeló a todas las autoridades vecinas. Algunas veces los campesinos empiezan por poner en orden sus cuentas con Dios y por ejemplo el prior de Nueil-sous-les-Aubiers (Poitou) y los curas de Capinghem y de Ennetières (en Flandes) les dieron la absolución general. En Rochejean, en el Jura, el informe, probablemente redactado por el cura, destaca tan buenas disposiciones y dice que los habitantes, despertados en plena noche, “comenzaron por implorar la misericordia divina y la intercesión de la Santa Virgen y de San Bautista, patrón de la parroquia. Para ello, a las cuatro de la mañana, se reunieron para asistir a una misa solemne en la que hubo exposición y bendición del Santo Sacramento. También se hicieron las oraciones públicas habituales en caso de calamidad. Luego prometieron a Dios enmendar su conducta, cesar toda división, reparar los daños si los hubiera y una sincera renovación de su piedad”. Pero debemos confesar que a menudo las escenas son menos edificantes. Pocos relatos son tan pintorescos como el de Jean-Louis Barge, secretario de la parroquia de La valla (ubicada cerca de Saint-Etienne) y ex soldado. Desde el comienzo de la alerta se apresuraron a atribuirle el mando de los habitantes que irían a enfrentar a los enemigos. “Los hombres que tenía bajo mis órdenes eran menos que los que habían enloquecido y huido... Champallier, uno de los que integraban la tropa, se despidió de su mujer y de sus hijos diciéndoles: “¡No os volveré a

ver!”. La noche trajo de vuelta a los cobardes, pero al día siguiente, después que el cura hubo absuelto al ejército aldeano, Barge quiso prevenir un segundo desbande y dio la orden de partida “so pena de ser fusilado de inmediato”. Los adioses fueron patéticos. “Dije adiós a mi mujer que tenía los ojos secos como yesca y a mi madre que estaba como muerta y con los ojos llenos de lágrimas; me dio un puñado de piezas de doce y veinticuatro sueldos, me dijo un adiós eterno y de inmediato se puso a orar”. Estaban por partir “bien provistos de vino y guiso”, con un pífano y un tambor a la cabeza de la columna, cuando llegó un hombre de una aldea vecina gritando que el enemigo se acercaba. Todo recomenzó: “El terror y la desesperación se apoderaron de todo el mundo. Sólo se oían los gritos y los lamentos de las mujeres, los niños y los viejos. Era el más triste espectáculo que uno podía ver. Marie Pacher, la mujer de Martin Matricou, temblaba tanto que tiró toda la sopa de la escudilla que tenía en la mano mientras gritaba a todo lo que daba: ‘Ay, pobres hijos míos, que van a ser degollados’, y cosas por el estilo. Su marido, aunque fornido, era bastante miedoso y quería tranquilizarla diciendo: ‘¡Te agarras a este cagón de Fonterive; Marion, no tengas miedo!’. Y mientras le decía eso con tono inseguro, se lo veía temblar... Nunca quiso ir con nosotros”. Desapareció una parte del batallón y se inició la búsqueda de los soldados que se habían ocultado mezclándose con los otros fugitivos. “La Clémence, joven y bonita sirvienta del cura, y la mujer de Tardy, llamada Chorel, fueron encontradas casi ahogadas, con la cabeza metida en el heno y el resto al aire”. Cuando por fin Barge pudo conducir a su gente hasta Saint-Chamond el pánico ya había terminado. Se los elogió, se los festejó y se los mandó de vuelta: “al llegar a Lavalla ya no vi más tristeza; las tabernas estaban llenas”.

Sí creemos en este relato, pleno de la maliciosa simplicidad del campesino francés, los habitantes de Lavalla tuvieron cierta dificultad para vencer sus aprensiones, pero finalmente lo lograron y

acudieron en auxilio de la ciudad vecina. En todas partes¹ encontramos la misma reacción contra el pánico y con frecuencia fue más rápida. En el fondo es muy inadecuado designar tales acontecimientos con el nombre de gran pánico, porque no lo fue el ardor guerrero que de inmediato despertó en los franceses el mismo peligro que los amenazaba, ni tampoco lo fue el caluroso sentimiento que desde el primer momento los hizo acudir en auxilio recíproco. Complejo sentimiento en el que intervenía en mayor grado la solidaridad de clase que enfrentaba al Tercer Estado con la aristocracia, pero en el que también se podía descubrir la prueba de que la unidad nacional estaba ya muy avanzada por cuanto los curas y los señores no vacilaron en muchas oportunidades en ponerse a la vanguardia de los grupos. Las ciudades fueron invadidas por enormes bandas a las que no podían alimentar y por lo tanto decidieron —aunque les costó hacerlo— mandarlas de vuelta a sus hogares. En las orillas del Dordoña y del Lot los grupos reunidos parecían ejércitos en campaña. Cuando el 30 los puertos de Limeuil, Tunel y Linde pidieron ayuda a Montpazier, la alarma sonó veinticuatro horas en toda la región y se presentaron más de seis mil hombres. Catorce curas condujeron ellos mismos a sus fieles. Al llegar en plena noche a la orilla, del río “la muchedumbre se asombró al ver que al otro lado había más de mil fuegos encendidos”, cuenta el notario de Montaigut. Eran los campesinos, de Périgord, que también habían acudido y que habían acampado al corte del Dordoña. Entonces se empezó a retroceder para alcanzar a los refuerzos. Al día siguiente, cuando pudieron entrar en contacto, ya habla cuarsrta mil hombres. Al mismo tiempo treinta mil hombres encabezados por los señores de la región se habían reunido también a orillas del Lot, en Libes y Fumel. Tales cifras despiertan nuestro escepticismo y nos recuerdan las habituales exageraciones de los cronistas de la Edad Media.

Sin embargo la imaginación popular quedó profundamente impresionada y el recuerdo del pánico se conservó hasta muy avanzado el siglo XIX. Durante mucho tiempo para los campesinos de Aquitania 1789 fue *l'anno de la paou*, pero fueron los historiadores quienes generalizaron el nombre de *gran pánico*. En muchas regiones, y en especial en Champaña, se decía solamente el miedo, el terror pánico, la alarma, el pavor:

Mientras ocurrían estos acontecimientos, circulaban muchos rumores que reproducían la opinión popular sobre la fulminante propagación del terror. Mientras los pánicos primitivos se vinculan principalmente con las circunstancias económicas y sociales que habían generalizado la inseguridad, estos rumores se refieren casi siempre a las circunstancias políticas de la época, a la huida de los bandidos de las ciudades sublevadas y a los manejos de los aristócratas. En Vendôme, Mauges y Poitou se hablaba de bandas de bretones —lo que se explica, sin duda alguna, por la profunda impresión que habían provocado las revueltas de Bretaña y la actuación de sus diputados en los Estados generales—. En Baigues, Saintonge y Dozulé (en el país de Auge) se acusaba a los agentes fiscales, que habían quedado sin trabajo. Pero en el resto del reino se aludía siempre a los bandidos, ladrones y condenados a galera, y a menudo se agregaba que venían de París o de las otras grandes ciudades. Minuto a minuto aumentaba su número en cada lugar: en Champniers (Périgord) primero eran dos mil, después seis, catorce, dieciocho y, de golpe, cien mil. Al norte de París se decía que atacaban los sembrados y cortaban los granos verdes; lo mismo pensaban en algunos puntos de Aquitania meridional —Montastruc-la-Conseillère y Saint-Girons— aunque allí agregaban que además envenenaban las fuentes y los pozos. También en Gramat (Quercy) se hablaba de un individuo que había sido detenido en Figeac con ocho libras de veneno. Pero en general se les atribuye simultáneamente saqueos, incendios y

masacres y, en los alrededores de Uzerche, se llega hasta hablar de individuos que llevaban mechas de azufre.

A los bandidos se agregaban las tropas reales o extranjeras. Al sur de París y en Picardía se indicaba la presencia de húsares. El ejército alemán del que se hablaba en Limagne seguramente se vinculaba con la reputación del *Royal Allemand*, al mando del príncipe de Lámbese. El emperador aparecía en Forges (en el país de Caux), en Tulle, donde se decía que estaba en Lyon y en Caylus (en el Quercy). Su intervención se explica por su parentesco con la reina, pues en Forges se confundió a *madame* de La Tour du Pin-Gouvernet con María Antonieta. En toda Aquitania, en el Poitou y hasta en Cheverny (cerca de Blois) llegan los ingleses; en Aquitania y Lemosín los españoles. En el Delfinado se trata de piamonteses, y esta versión avanza junto con el pánico hasta Figeac, Mende y Milliau; en Malzieu (Lozère) se dice que han desembarcado en la costa del Languedoc, lo que quizá fuera un eco de la alarma desencadenada en Montpellier en el mes de mayo. En Mauges y el Poitou se teme a los polacos, que llegarían por mar, Es evidente que la situación, geográfica orientó la imaginación popular, pues al norte del Loira y en los alrededores de París casi nunca se menciona a los extranjeros. Pero también, influyeron las lecturas, los recuerdos de los ex soldados y la tradición oral. En Aquitania todavía se hablaba a veces de húngaros y moros; si los polacos entran en escena, esto se debe sin duda a que Luis XV había sido suegro de Estanislao y tampoco es difícil comprender por qué se descubren bandidos genoveses al norte de Tolón, Pero tales explicaciones sólo valen para las variaciones locales; lo esencial, es decir, la llegada de extranjeros, se vincula con el complot aristocrático y las supuestas maquinaciones de los emigrados.

En efecto, a menudo se coloca a los príncipes a la cabeza de tales bandidos e invasores. En Artois se decía que llegaba el príncipe de Condé con cuarenta mil hombres —pero con mayor fre-

cuencia todavía se aludía al conde de Artois—. En Uzerche, venía de Burdeos con dieciséis mil hombres: “su intención era disolver y dispersar la asamblea nacional, expulsar a todos sus miembros y restablecer a su hermano con todos sus derechos y prerrogativas”. Célarié, agricultor de Bégoux (muy próximo a Cahors), es más locuaz y mezcla sus recuerdos clásicos con los relatos populares: “El conde de Artois viene con cuarenta mil hombres; todos son bandidos que trajo del reino de Suecia y otros países del Norte. Han reclutado a todos los forzados que han encontrado en las galeras del rey que están en los puertos de Francia y a otros criminales que estaban en las prisiones para formar y aumentar la tropa; se dice que el tal conde, hermano del rey, hace todo lo posible para reunir a todos los fugitivos y vagabundos del reino de Francia, como hicieron los vándalos en el año 406, Y que con este temible ejército quería saquear a Francia y domar al Tercer Estado, así como quiere que el clero y los nobles contribuyan al pago de las recaudaciones reales”.

Con los príncipes aparecía asociada toda 3a aristocracia. El comité de Mas-d’Azil escribía que se había anunciado la llegada de “algunos miles de bandidos, resto odioso de los asesinos de la capital, esos execrados instrumentos de la tiranía y de la infernal conspiración”. En Puisaye se decía que varios malintencionados “han propalado que la nobleza y el clero enviaban esas huestes de bandidos para aplastar al Tercero”, Y en Saint-Girons: “Esa tropa está pagada por sacerdotes y nobles, que al ver abortar sus proyectos en París y Versalles, resolvieron sembrar el hambre en las provincias”. “La mera suposición de que el clero y la nobleza proyectan aplastar a los habitantes de las aldeas, aunque esté totalmente desprovista de toda veracidad, es muy peligrosa”, escribía el conde de Peységar al comandante de Languedoc, quien le había comunicado que tal convicción estaba muy difundida en su distrito. El cura de Touget, en Armagnac, también creía en “esta empresa escandalosa” y con sólo ver al prior del lugar que

permanecía tranquilo en medio del pánico llegó a la siguiente conclusión: “O el tal monje no se desconcierta jamás, o forma parte del complot *nobilium*”. Tampoco el hecho de que los señores participaran con gran celo en la defensa común contribuyó a modificar aquella opinión: se decía qué lo hacían para disimular y se los consideraba como rehenes. Los que permanecieron indiferentes fueron mal mirados y cuando se descubrió que los bandidos no existían se pensó que los nobles habían querido vengarse de los campesinos jugándoles una mala pasada y haciéndoles perder su jornada. De aquí surgieron nuevas perturbaciones, a veces muy graves, de las que hablaremos más adelante. Por consiguiente el principal resultado del gran pánico fue profundizar el odio que ya se sentía contra la aristocracia y fortificar el movimiento revolucionario.

CAPÍTULO XVI

LOS RELEVOS

A pesar de que existieron circunstancias tan favorables para su difusión, el gran pánico no hubiera recorrido tantas distancias — desde Ruffec hasta los Pirineos, del Franco-Condado hasta el Mediterráneo— si los nuevos pánicos que se multiplicaron a lo largo del camino y le sirvieron de relevo no hubieran renovado su poder expansivo. Para distinguirlos de los pánicos originales y de los pánicos del anuncio, proponemos llamar a aquéllos pánicos secundarios o pánicos de relevo.

Muchos de ellos fueron sólo una consecuencia más o menos directa de los pánicos del anuncio. En primer lugar, podía ocurrir que en cuanto llegara un mensajero trayendo la noticia de que se aproximaban los bandidos, otros aparecieran de inmediato, desde distintas direcciones. Por ejemplo en La Châtre; un notario de Aigurande —que a su vez había sido avisado por el cura de Lourdoueix-Saint-Michel— dio la primera alarma, pero al día siguiente (el 30) a las dos de la mañana, un correo de Chateauroux, que ignoraba que La Châtre ya estaba sobre alerta, atravesó el barrio gritando que se armaran —con lo que provocó la segunda alarma—. También podía ocurrir que las medidas que se adoptaban para la defensa en lugar de tranquilizar a la gente la asustaran más todavía. Muchas veces los campesinos que avanzaban, contra el enemigo fueron confundidos con los bandidos. Esto produjo el segundo pánico en Clermonte (en Beauvaisis), y quizá también en Loriol, al sur de Valence. Al parecer, el pánico de Tallard (al norte de Sisteron) tuvo el mismo origen. Cuando los habitantes de Taulignan y Valréas se dirigían a Dieu-le-Fût sembraron el terror entre los aldeanos de Montjoyer y La Touche que los vieron pasar a lo lejos. Por ejemplo, el jardinero de la

Trappe d'Aiguebelette corrió aterrorizado hasta Tulette; de allí la noticia se difundió hasta Pierrelatte (sobre el Ródano), Bollène y Saint-Paul-Trois-Châteaux, donde engendró un terrible tumulto el día 30 a las seis de la tarde. Lo mismo pasó en Orange y este pánico avanzó hasta llegar a Arles. Una vez allí, Tarascón se encargó de difundir que Orange había sido incendiada. En la madrugada del 1.º de agosto, fueron víctimas del mismo error algunos destacamentos organizados en los alrededores de Saint-Jean-de-Gardonnenque (Cevenes) que acudían a defender la ciudad. La tremenda alarma que se desató entonces recorrió toda la montaña y de ella descendieron tres mil hombres que así lograron que el pánico llegara hasta Millau. Como es natural, la oscuridad de la noche favorecía tales equivocaciones. En Clamecy, después de la primera alarma llegada desde el norte el 29 a las dos de la tarde, y de la segunda —provocada por la inexacta información de una patrulla que anunció que Villiers, situada al sur de la ciudad, estaba envuelta en llamas—, hubo todavía una tercera alarma a medianoche. Los centinelas se asustaron y gritaron al ver a los obreros del canal de Nivernais que venían desde Tannay; pero al volver, los mismos obreros infundieron miedo a Amazy, donde se oyó en el silencio de la noche el ruido de una muchedumbre que marchaba. Por lo tanto, los aldeanos aterrorizados corrieron a Clamecy y despertaron a todos los habitantes, que así sufrieron un nuevo sobresalto a las dos de la mañana. Muchas veces las milicias urbanas —que tenían más fusiles que los campesinos— desencadenaron también muchas alertas al abrir fuego sin razón. Al amanecer del día 23, la milicia de Lons-le-Saunier que regresaba del castillo de Visargent, creyó conveniente tirar al blanco para descargar los fusiles antes de entrar en la ciudad. “Al oír las detonaciones, inhabituales a tal hora, algunos segadores que estaban cortando las mieses en las cercanías del bosque, levantaron las cabezas y vieron uniformes rojos y armas brillantes. El miedo se apoderó de ellos y se dispersaron gritan-

do: ‘¡Huyamos, los bandidos han llegado!’”. Y esto bastó para que todo el Vignoble se alterara. Con mucha frecuencia, los mismos centinelas tiraban intempestivamente y en tal caso, las alertas que desencadenaban eran muy similares a los pánicos desatados por los ejércitos. Se decía que en Agenais y Quercy occidental la causa inmediata del pánico había sido el tiroteo iniciado en el castillo de Fumel, donde el comandante de la Guyenne había enviado cincuenta hombres para defender su propiedad. En Viviers y en Maurs se debió a algunas patrullas o guardias que tiraban sobre los merodeadores, En Saint-Félix cerca de Saint-Afrique, durante una boda, algunos jóvenes hicieron tiros de fusil o de pistola en honor de los recién casados y provocaron la alarma en Vabrais.

Las sublevaciones que acompañaron al gran pánico constituyeron naturalmente relevos mucho más eficaces. Gracias a la rebelión del Mâconnais la comente nacida de la insurrección del Franco-Condado llegó al valle del Loira. Al sublevar al Delfinado la misma corriente ganó nuevas fuerzas para trastornar a Forez y Vivarais y alcanzar Provenza y la región de Nîmes. En Saintonge, la rebelión de Baignes provocó la segunda alarma en Montendre y la corriente originada en Ruffec parece haber recibido refuerzos en los alrededores del Dordoña gracias a algunos incidentes que no conocemos muy bien. El que ocurrió en el castillo de La Roche-Chalais (situado sobre el Dronne al norte de Coutras) aparece mencionado en muchos lugares en la zona comprendida entre el Dordoña y Toulouse como punto de partida del pánico: se decía que allí se habían reunido seiscientos nobles para evitar que se les obligara a ponerse la escarapela. El Tercer Estado había enviado una delegación y ellos habían estrangulado a los emisarios, por lo tanto el pueblo había incendiado el castillo y todos habían muerto quemados. Esta historia hizo enorme impresión, pero sobre su origen no tenemos más información que la eme aparece, en dos cartas de aquella época: una,

ce la municipalidad de Sainte-Foy-la-Grande en la cual se dice que “no existe otra causa que algunas disputas entre algunos miembros de la nobleza y el Tercero”; y otra de la municipalidad de Cahuzac, donde se dice que había sido informada de que “en la víspera (el 29) hubo una revuelta en Sainte-Foy y en La Roche-Chalais, por problemas de la cosecha”. No cabe duda que si hubiera ocurrido una sublevación en Sainte-Foy, la municipalidad no hubiera dejado de mencionarla en su carta, pero quizá sí la hubo en La Roche-Chalais. En Domme la causa del tumulto se atribuyó a la sublevación de cuatro parroquias de los alrededores de Limeuil “que arrasaron el castillo del señor de Vassal, situado entre Limeuil y Le Bug”. Este rumor se difundió hasta Cahors, pero no existe nada que lo confirme e ignoramos su fuente. Tampoco sabemos mucho sobre otros rumores no confirmados: el que corrió en Lauzerte sobre la toma de los castillos de Biron y de Monségur en Agenais, y el que nos ha transmitido Durand, secretario del senescal de Castelmoron, en Gensac: “Acabamos de enterarnos que unos quinientos jóvenes de Angulema llegaron tranquilamente hasta el castillo de Saint-Simon y lo quemaron. Una vez terminado su cometido se retiraron también tranquilamente. Esta es la causa de nuestra alarma”. También algunos actos de pillaje originaron las alarmas locales. En Tannay, en Nivernais, después de una segunda alerta cuya causa desconocemos, el 30 a las nueve de la noche llegaron los habitantes de Asnoix y provocaron la tercera: “más de novecientos hombres escapados de las obras del canal, de Châtillon saquearon las casas para comer, pues decían que tenían hambre”.

Otra categoría de hechos nos retrotrae a las causas que ya hemos atribuido a los pánicos originales. En Loches, luego de que llegara la noticia transmitida desde Tours de que se aproximaban los bandidos (el 27), y antes que llegara desde el sur la corriente iniciada en Ruffec, el 29 se declaró un pánico local: venía remontando el Indre y al parecer tenía su origen en los tumultos

desencadenados en Azay-le-Rideau y Montbazou a causa del robo de granos, pero se había amplificado porque simultáneamente la milicia de Isle-Bouchard sembraba la inquietud en los alrededores de ese burgo al requisar los granos de los ladrones. Del mismo modo en Clamecy una alarma tardía se desencadenó a comienzos de agosto. Lo mismo que en Soissonnais y Montmorency, tuvo su origen en una querrela ocurrida entre un arrendatario y sus peones por cuestiones de salarios. Varias aldeas se asustaron y tocaron la alarma. En las proximidades de los bosques era más frecuente el miedo a los vagabundos. Una tercera alarma se desató en La Châtre porque una patrulla había arrestado a un sirviente sin trabajo que merodeaba por allí, sin dinero ni papeles y que —lo que pareció mucho más sospechoso aún— llevaba una larga barba. En Limoges una de las tantas alarmas que allí ocurrieron se debió a unos leñadores del bosque de Aixe que huyeron al ver algunos extranjeros que por la mañana temprano daban vueltas por allí y “observaban los senderos”. Otro pánico en La Queuille (al pie de los Dômes) se produjo porque se encontró seis mendigos escondidos en un bosque, y en Forcalquier, porque había tres familias en el bosque de Voix. La tarde del seis de agosto los montañeses avanzaban sobre Lourdes para socorrerla cuando algunos pastores, que vieron a lo lejos unos contrabandistas, enviaron un emisario para avisarles que los bandidos estaban en los valles. El mensajero seguía hasta Lourdes a terminar su tarea. Naturalmente, desencadenó la cuarta alarma del 6 de agosto. La circular del comité de Uzerche, fechada el 16 de agosto, que informa a los campesinos sobre los resultados de una investigación respecto de las causas del pánico y los previene contra los temores injustificados, cita algunos ejemplos interesantes. En Chavagnac “al ver de lejos al guarda y al pescador del conde de Saint-Marsault que tenían cada uno su fusil” y que iban a comprar tabaco, un muchacho de dieciséis años que estaba trabajando en el campo los tomó por bandidos. El 12 de agosto,

cuando la comisión de encuesta estaba llegando a la misma aldea, una mujer que la vio salió huyendo. Al alcanzarla, confesó que iba a dar la alarma. El mismo día en Saignes algunos niños desataron una alarma porque habían visto que la sirvienta y el sobriño del cura de Chamberet entraron en un granero para descansar. El 13, un habitante de Saint-Ybard, sorprendido por la lluvia en la noche cerrada, llamó a la puerta de un campesino de Sainte-Eulalie para pedir asilo: de inmediato comenzaron a pedir socorro.

Finalmente, podemos agrupar en una última serie los hechos que derivan de la autosugestión. El ganado suelto por los bosques o que levantaba una polvareda en los caminos o barbechos provocó muchos pánicos. En Châtillon-sur-Seine ocurrió así gracias a un vicario de la parroquia de Saint-Jean; en Rochecouart, por obra de un postillón; en Limoges, por intermedio de un tesorero de Francia que había partido hacia Aix para descubrir a los bandidos. El resplandor de los hornos de cal, el humo de las hierbas que se quemaban en los campos, el reflejo del sol poniente en los vidrios de un castillo bastaban para que muchos se convencieran de que los bandidos habían iniciado los incendios: esto pasó en Saint-Omer, en Beaucaire —donde el 30 se vio el castillo del rey René en llamas, al otro lado del Ródano— y en Saint-Félix (Vabrais). Poco a poco se llega hasta los incidentes más insignificantes. En Villefranche-de-Rouergue, un centinela se asustó al paso de una carroza que avanzaba de noche; en Choiseul, Bognot vio llegar a un labrador que creía haber visto a los bandidos en los bosques, “a la incierta luz de la luna”. El 2 de agosto, cuando entraba en la zona brumosa de los alrededores de Saint-Girons, el señor de Terssac encontró a un muletero que avanzaba a todo galope gritando: “¡Los enemigos! ¡Los enemigos!”. “El oía tambores y trompetas pero yo no oía nada”. Terssac bajó de su caballo y trató de averiguar qué le había causado tanto miedo. “Eran algunos segadores que cantaban

mientras trabajaban al borde del camino... No vi ni oí ninguna otra cosa. Sin embargo, la noche estaba calma y el tiempo sereno”.

Agreguemos que el 27 de julio, un mozo de cordel declaró ante el comité de Besançon que el día anterior al volver de Vesoul los bandidos lo habían arrastrado hasta un bosque “donde habían matado a un guarda, quemado leña y cocido dos tiras de tocino”, mientras hablaban de las incursiones que pensaban hacer contra una abadía y algunos castillos. El mismo se ofreció como guía para llevarlos allí, pero todas las búsquedas fracasaron. Finalmente confesó que había inventado ese cuento y fue condenado a ser engrillado. Aunque se ha hablado tanto de ellos, éste es el único transmisor de falsas alarmas —consciente por supuesto— que hemos encontrado.

CAPÍTULO XVII

LAS CORRIENTES DEL GRAN PÁNICO

Si se imagina que el gran pánico se propagó desde París hacia las provincias en ondas concéntricas, se supone también, como es lógico, que siguió las grandes rutas naturales que la configuración del suelo trazó en Francia. Y por ejemplo, se diría que desde París a Burdeos siguió el valle del Loira, aprovechando la apertura del Poitou, o que desde París a Marsella siguió el cauce del Saona y el Ródano.

Pero la realidad es muy distinta: sólo dos corrientes afectaron a la capital y en lugar de salir de ella se dirigieron hacia ella. Lo que ocurrió normalmente fue que el valle del Loira, en lugar de ofrecer cauce para que corriera el pánico, fue abordado por él, ya viniera de Gâtinais (desde más arriba de Orleáns) o del Maine (Bois o Tours). La brecha del Poitou lo vio pasar, pero yendo del sudoeste al noreste, de Ruffec hacia Turena. Y no avanzó desde el Franco-Condado hacia el sur por el Saona, sino a lo largo del Jura. Por su parte, el Valle del Garona no tuvo la menor intervención en su propagación.

Al contrario de lo que se podría suponer, las montañas no fueron polos de repulsa. El pánico de Ruffec atravesó el Macizo Central para llagar a Auvernia; desde Mâconnais y Lyonnais alcanzó directamente Limagne franqueando crestas y valles; desde las orillas del Ródano penetró en Lozère y Causses. Es cierto que para llegar desde el Delfinado hasta Provenza siguió el curso del río, pero también llegó a esta provincia deslizándose a través de los Alpes. También cabría esperar alguna diferencia entre las regiones de hábitat disperso y aquellas que tenían sus aldeas concentradas, pero no fue así: el pánico se propagó en el bajo Maine

y en Mauge de la misma manera que en Picardía o en la Champaña árida.



FIG. 4: Las corrientes del gran pánico.

Esas anomalías se explican por el origen de los pánicos y la forma en que se propagaron. Como nacieron a causa de incidentes locales que se produjeron al azar y de inmediato se propagaron en los alrededores, en general no encontraron a su disposición las rutas naturales que hubiéramos esperado que tomaran.

La población que se alarmaba pedía ayuda a la ciudad más próxima o creía que su deber consistía en advertir a la región limítrofe; por lo tanto, los obstáculos no la detenían fácilmente y era más factible que un río sin puente limitara su impulso y no que lo hiciera la montaña. Además, su propagación fue discontinua: se hizo de una municipalidad a otra, de cura a cura, de señor a señor, y no de manera continua, de casa en casa. Cuando la autoridad tocaba a rebato los habitantes de una parroquia de Mauges se reunían tan rápido como los de una aldea picarda.

Sin embargo, no hay que exagerar esta indiferencia geográfica. Cuando pudo hacerlo, el pánico tomó por los valles —por ejemplo el de Champaña y el del Ródano de Valence a Arles— o las otras rutas tradicionales, como por ejemplo la transversal que siempre unió Poitou con Berry a lo largo del Macizo Central, la que une Limoges a Toulouse a través del Perigord y Quercy o la que va de Coutras al Béarn pasando por Agenais y Armagnac. Por otro lado, si bien la montaña no detuvo su propagación, esto ocurrió sólo si no se trataba de un monte demasiado desolado o abrupto. Por ejemplo, la meseta de Millevaches, los altos macizos alpestres o los del Diois fueron simplemente contorneados, del mismo modo que el alto Vivarais y los Cevennes fueron abordados, no franqueados. En otras ocasiones pareciera que el pánico se ahoga al subir las pendientes; esto pasó en Champaña cuando subió a la Côte-d'Or. Por último, las regiones desiertas o muy poco habitadas permanecieron indemnes, lo que parece bastante lógico, pues de ellas no se podía recibir ayuda, y esto pasó con Salogne, Landes y Dombes. La zona de Double parece haber desempeñado un papel muy importante a este respecto: desde Angulema el pánico se deslizó hacia Périgord y no hacia el país girondino, y sólo franqueando el Dordoña más arriba de su confluencia de Isle pudo alcanzar el Agenais.

Es imposible seguir aquí paso a paso las diferentes corrientes del gran pánico sin cansar al lector con enumeraciones fastidio-

sas, sin contar con que su marcha —expresada en el mapa— tiene aun muchas lagunas debido al estado actual de la documentación. Sin embargo es importante dar una idea de su trayecto e indicar algunos de los problemas que plantean para que los mediten e investiguen los estudiosos locales.



El pánico de Mauges y del *Bocage* potevino fue el primero cronológicamente hablando, pero es aquel del que menos conocemos, y como los archivos fueron destruidos en gran parte durante la guerra de la Vendée, es de suponer que nunca se pueda saber mucho más de él. Fue el contragolpe del pánico de Nantes, que se desató el 20. Como al norte del Loira no se habla de él, es probable que haya nacido al sur, en toda la zona comprendida entre el Sèvre y el lago de Grandlieu, el 20 a la tarde o en la mañana del 21. La primera mención que encontramos se refiere a su paso por Crisson. Desde allí ascendió los valles de Sèvre y Moine, llegó a Cholet el 21 después del mediodía y un mensaje privado enviado desde Baissay así como los mismos diputados de Cholet llevaron la noticia a Mortagne esa misma tarde. Desde esta ciudad se irradió en toda la región de Mauges: lo encontramos en Saint-Lambert-de-Lattay el 22 (venía de Cremillé); llegó a Maulvrier el 21 por la tarde y al día siguiente todo el país estaba en ascuas, hasta Thouars, Airvault, Bressuire y Parthenay. También se expandió hasta el sur del Sèvre, donde Châtaigneraie lo recibió el 22. Ese día el pánico alcanzó el máximo y durante mucho tiempo su recuerdo quedó asociado con la fiesta de Santa Magdalena que se celebra el mismo día. Pero el 23 siguió su camino hacia el sudeste. A la madrugada tocó Secondigny y provocó los tumultos a los que Taine dio tanto renombre. Según parece, el mismo día llegó el eco de estos sucesos desde Parthenay a Poitiers y a Saint-Maixent. Es posible que también resultara afectado el centro del *Bocage* pues en Herbiers se contaba que los ban-

didados habían quemado Légé y Montaigu. La noticia llegó también a Fontenay-le-Comte pero según parece en la región marítima de Bourgneuf aux Sables y Fontenay sólo se temía a los bandidos y no sufrieron el pánico. Hacia el este el área de propagación quedó limitada por el Layon y el Thouet: gracias a la cual la llanura potevina permaneció indemne. Lo mismo ocurrió hacia el sur: si la agitación del *Bocage* hubiera aterrorizado a la llanura se lo hubiera encontrado natural. En realidad, todo sucedió como si la oposición existente entre las dos regiones hubiera impedido la contaminación de la “buena” región.

El pánico del Maine nació casi al mismo tiempo —probablemente el 21 por la mañana— pues la primera mención que encontramos lo muestra entrando a Bonnétable ese mismo día a las tres de la tarde. Venía desde La Ferté-Bernard y Nogent, quizá de Nogent-le-Bernard, al noreste de Bonnétable. No conocemos su punto de partida pero es casi seguro que su antecedente inmediato fueron las noticias que circulaban sobre, las continuas revueltas que se desataban en los mercados del Eure y del Avre, Chartres, Dreux, Nonancourt y Verneuil y también en Laigle. Ya hemos hablado de la carta del intendente de Chartres; pues bien, en Mamers llegó otra (el 24) en la que se anunciaba que en Dreux y Verneuil habían pasado más de dos mil bandidos que habían causado muchos daños y “que se habían destruido más de cuatro mil”. Desde Bonnétable el pánico siguió hacia el norte atravesando el Perche por Bellême, Mortagne, Moulins-la-Marche y Laigle y el 23 ya se lo conocía en Evreux. Pero se propagó sobre todo hacia el oeste. El 22 avanzó hacia el Sarthe: apareció en Mamers y Ballon a las nueve de la noche, en Mans a la tarde; un correo lo llevó desde esta ciudad hasta La Flèche la noche del 22. El jueves 23, “el jueves loco”, toda la región desde Alençon hasta Mans estaba agitada mientras al mismo tiempo la corriente atravesaba el bajo Maine desde el Sarthe a Mayenne, donde se difundió en todas partes (Lassay, Mayenne, Laval y Château-Gon-

tier) al final de ese mismo; el cura de Brûlon conservó muy bien el recuerdo de su paso. Hasta entonces el alto Maine había permanecido indemne. Pero el 23 ocurrió en Ballon, un incidente muy grave: los campesinos masacraron a Cureau, lugarteniente del alcalde de Mans, y a de Montesson, su yerno. Esos asesinatos parecen haber engendrado una segunda ola de pánico, de tal modo que después del “jueves loco” hubo un “viernes loco”. En Mortagne todas las características del pánico aparecieron el 24, y esta vez todo el Maine se sacudió mientras el valle del Loir fue alcanzado desde Château-du-Loir hasta Vendôme pasando por Saint-Calais, la noche del 23.

A través de Craon el pánico del Maine, salido de Château-Gontier, alcanzó el oeste del Mayenne; el 24, por caminos diversos, salió de Laval y Mayenne hacia las forjas de Port-Brillet y La Gravelle donde los agentes fiscales alertaron al comité de Vitré. También hacia el sur se expandió hasta más del Loir. El pánico alcanzó Tours el 24 atravesando Neuvy-le-Roy; el 27 llegó de nuevo desde Vendôme por la ruta de Châteaurenault; y desde Vendôme también se dirigió a Blois. Al parecer Tours fue el punto de partida de una corriente secundaria que remontó el valle del Loira por la margen izquierda; pasó por Ambroise el 25 y el mismo día se difundió en el Blésois meridional —sus efectos fueron descritos por el señor de Cheverny en sus Memorias— y ganó el valle del Cher a la altura de Saint-Aignan. Desde Tours hasta Angers es posible que la noticia fuera llevada a los habitantes de Val por intermedio de Sablé y de La Flèche pero por el momento carecemos de documentos que informan su repercusión. Al contrario de lo que se podría esperar, nada indica que una corriente hubiera descendido el Loira desde Tours pues el 25 Langeais pidió informaciones sin mencionar el pánico. Pero desde Tours el movimiento llegó hasta el valle del Indre y culminó en Loches el 27. Hacia el noreste, luego de atravesar el Perche el pánico recibió nuevas fuerzas al descender el valle del Iton por

Breteuil y Damville. En la llanura de Saint-André y en la región de Ouche sólo se oía hablar de tumultos que ocurrían en las zonas circunvecinas. La insurrección de Ruán (del 12 al 14 de julio) fue atribuida por el comité de Evreux a los bandidos llegados de París y despertó grandes temores. Lo mismo pasó en Louviers, en donde el 22 se pidieron cañones a Evreux para proteger las manufacturas. A lo largo del Sena los convoyes con granos estaban permanentemente amenazados y algunos días después (entre el 26 y el 28) el saqueo de un barco en el dique de Poses casi provocó la guerra civil entre los habitantes de Louviers y los de El-beuf que habían tratado de impedirlo. Desde el 18 al 23 hubo tumultos casi constantes en Laigle, Verneuil, Nonancourt y Dreux. También hubo sacudidas violentas el 24 en Evreux y sus alrededores. Estas llegaron hasta Pont-Audemer pasando por Le Neubourg y el comité de Evreux prolongó su duración al enviar la circular que ya hemos citado. Desde el nacimiento del Rille, la alarma se propagó también en el Lieuvin y por Orbec alcanzó Lisieux el 24, y luego Pont-l'Évêque. También descendió el valle del Avre: el 27, Nonancourt informó que cundía el pánico en todos lados desde el 23; corren rumores de que la ciudad iba a ser incendiada y que unos seiscientos o setecientos hombres vendrían a abrir las prisiones y pasar todo a sangre y fuego. Recorrió también el Thimerais y de Châteauneuf llega a Dreux, el 24 al mediodía.

Sin embargo sabemos que no franqueó el Eure y no penetró en Mantois. Es difícil que no llegara a Perche Gouët, pero se nos ha dicho que en los archivos de La Ferté-Bernard, Nogent-le-Rotrou y Châteaudun no hay datos para este período. Ni la región orleanesa ni Sologne resultaron afectados, y Loches es el límite extremo de su expansión hacia el sur. Por el oeste no superó el valle del Auge y ni el *Bocage* normando ni el bretón resultaron afectados y se detuvo en Vitré; según parece en La Guerche y Châteaubriant oyeron hablar del pánico, pero nada más.

Por consiguiente el gran pánico, tal como lo hemos definido, no se produjo ni en Bretaña ni en Baja Normandía, aunque, por supuesto, también allí se tenía miedo a los bandidos. En Bretaña la alarma de Vitré hizo mucho ruido, tal como lo atestigua el discurso que el lugarteniente del alcalde pronunció ante la asamblea de habitantes de Lesneven el 29 de julio: “Se urden tramas, se forman complots, aprovechando los tumultos, bandas de malvados intentan saquear las pequeñas ciudades. Hay algunas cartas privadas que indican que sobre todo La Gravelle y Vitré han estado a punto de ser saqueadas”. Es probable que provinieran de la misma fuente las observaciones que se hicieron el 3 de agosto en la asamblea de la parroquia de Baud —situada entre Pontivy y Lorient— sobre “las alarmas que provocan en los alrededores las tropas de bandidos, que son tan numerosas que más de doscientos hombres tuvieron que reunirse estos últimos días para darles caza. Pero al ser alejados de las ciudades, es de temer que esos desdichados se echen sobre las campañas”. También en la asamblea de Paimpol (reunida el 6 de agosto) se contaba que una tropa de malhechores salidos de París se había diseminado por las provincias. Sin embargo, es posible que en Baud se hubiera tenido noticia de una alarma que al parecer se desató en la ciudad de Vannes cuando se supo que algunas tropas habían sido avisadas en la región de Sarzeau y Theix, por lo cual se habían pedido a Lorient dos mil fusiles y se los obtuvo. Pero se produjo a fines de julio, no tiene relación directa con los pánicos del oeste y probablemente se explique por los rumores relativos al complot de Brest.

En el *Bocage* sublevado, sólo hubo conmociones locales en La-Ferté-Macé y Lassay. La revuelta agraria produjo gran sensación en Baja-Normandía. En Cairon, cerca de Caen se organizaron patrullas para el caso en que “los bandidos vinieran del *Bocage* hacia la llanura”; en Sap se creó una milicia el 22 de julio; el 24 los nobles de Vire invocaron “las alarmas” para no acudir a la asam-

blea de su orden convocada en Caen; los habitantes de Littry, dirigidos por el director de las minas de carbón, vigilaron de cerca el bosque de Cérisy, donde se decía que había bandidos. Los burgueses de Bayeux esbozaron un movimiento de pánico al anunciar a Caen (el 24) y a Carentan (el 26) que los bandidos rondaban las ciudades, y no se sabe si lo hicieron porque los habían alarmado las noticias llegadas de Littry, o porque todavía actuaban bajo la impresión causada por la revuelta que en su propia ciudad se había desatado como consecuencia del arresto del duque de Coigny, a quien el teniente del bailiazgo había autorizado a embarcarse. Pero no hubo pánico y tampoco se propagó. Por fin el 27 hubo una alarma local en Cherburgo, cuando se anunció que había bandidos en la ruta de Valogne. Fue bastante aguda pero no tuvo mayores consecuencias. Como ya hemos dicho, el hecho de que Bretaña resultara tan escasamente afectada fue atribuido a la organización anterior, y por lo tanto más sólida, de la burguesía a partir de las sublevaciones de 1788, pero es más difícil de comprender que la revuelta del *Bocage* no hubiera originado una corriente de pánico a través de Baja Normandía.



Los pánicos del este y el sudeste se vinculan siempre con la revuelta del Franco-Condado pero la filiación es más o menos sólida según los casos y la propagación no tuvo el mismo éxito en todas las direcciones.

En el interior mismo de la zona insurrecta, al norte del Doubs, no hubo pánico. Hacia el oeste, más allá de la ruta de Gray a Langres, se menciona un solo ejemplo, que tuvo lugar en Chazeuil (al este de Is-sur-Tille), pero no hay detalles ni fecha precisa y ni siquiera un indicio que nos permitieran pensar que se hubiera propagado. Lo único que se dice es que existía el temor a los bandidos. Probablemente este rumor se extendió hasta Dijon

y por eso el 26 de julio se hablaba allí de masacrar a los privilegiados. La misma inquietud aparece en las pendientes laderas de la Côte-d'Or y en la meseta de Langres: en Montbard el 25 de julio se denunciaron los asaltos provocados “con el pretexto de sostener al Tercer Estado”; más al sur, en Arnay-le-Duc, las noticias del Franco-Condado debieron combinarse con las del Mâconnais pues el 26 se organizaron milicias al correr el rumor de que en diferentes provincias los bandidos “atacaban los castillos y los quemaban y obligaban a pagar contribuciones a las personas más acomodadas”. También la alarma que se declaró el 25 a las tres de la tarde en Châtillon-sur-Seine puede relacionarse con la del Franco-Condado, pero ésta tampoco se propagó. Por lo tanto hacia este lado no hubo gran pánico propiamente dicho. Es probable que ocurriera lo mismo en Bassigny, y también Langres debió haber sentido fuertes conmociones, pero sus archivos han desaparecido y no sabemos nada de lo que pasó entre esta ciudad y Chaumont. Sólo hemos comprobado que esta última también oyó hablar de los bandidos.

Hacia el norte Beugnot señaló una sola alarma en Choiseul (alto valle del Mosa) y su autor fue un habitante de Colombey que creyó ver los bandidos a la luz de la luna —como ya lo hemos relatado— y acudió anunciando que se aproximaban. Beugnot la ubica en los primeros días de agosto, pero sabemos que el 2 se desató una alarma en Sérécourt y Morizécourt, donde dos abadías habían sido amenazadas, y que la milicia de Lamarche había acudido a socorrerlas. Cabe suponer entonces que de allí partió el rumor que se difundió en Colombey. Es cierto que Beugnot indica que el hombre había recibido la información de un habitante de Montigny, pero quizá se trata de un error o de un defecto de impresión, pues sería más adecuado decir Martigny ya que esta aldea está cerca de Lamarche. Si se trata realmente de Montigny-le-Roi, el rumor se vincularía con las sublevaciones del valle del Amance. Sea como fuere, Beugnot no hace la

menor alusión a la propagación del pánico de Choiseul, ya fuera hacia Neufchâteau o hacia Chaumont, por lo cual podemos estar casi seguros de que el pánico se extinguió en el lugar de origen. Gracias a la firmeza de la municipalidad de Remiremont —o al menos así podemos suponerlo— la incursión que realizaron los habitantes de Vôge no dio origen a una nueva corriente de pánico aunque Lorena estuvo muy inquieta: en algunos lugares estallaron revueltas agrarias y corrió el rumor de que Remiremont y Plombières habían sido saqueadas. La municipalidad de Blénod-lès-Toul recibió una carta en que así lo decía pero no conocemos su origen. De todos modos allí tampoco hubo gran pánico en sentido específico. El Barrois estuvo aun más convulsionado por las revueltas frumentarias de Bar-le-Duc, Revigny y Ligny y por las sublevaciones agrarias de Waly (al norte de Triaucourt) y de Tréveray (sobre el alto Orain). Pero, lo mismo que en Lorena, todo parece haberse limitado al temor a los bandidos y a las medidas de seguridad adoptadas corrientemente. Según las Memorias del lugarteniente del bailiazgo de Varennes, Carré de Malberg, a comienzos de agosto hubo gran inquietud en Argonne y Verdunois pero no se vinculaba con la del Franco-Condado pues se decía que “grupos de bandidos que venían del extranjero se habían echado sobre Francia hacia el Mosa inferior”. En efecto, la municipalidad de Ivoy-Carignan informó algo después que “algunas personas malintencionadas se habían dedicado a difundir el rumor de que se habían reunido más de cuatrocientos bandidos que amenazaban con infectar esta frontera y especialmente esta ciudad... de inmediato se dedujo que los agentes fiscales que habían sido expulsados quemarían las cosechas”. En este relato reaparece el eco de las revueltas de la región de las Ardenas y puesto que repercutió hasta Argonne, es posible que hubiera existido el pánico, pero las menciones que acabamos de citar no bastan para asegurarlo. Por otro lado, sería bastante inverosímil que se hubiera producido sin que su contragolpe no se hubiera

sentido en Vedun y en Metz, y da la casualidad que estas dos ciudades no muestran el menor rastro del pánico.

De esto se puede sacar la conclusión de que la onda nacida en el Franco-Condado se rompió contra el talud que Lorena y la cuenca parisiense dibujan por encima de la llanura de Saona, mientras que en cambio pudo expandirse con mayor libertad hacia el sur y por la puerta de Borgoña. En efecto, al este, el pánico se manifestó en Belfort, Montbéliard y el Sundgau. El 24 de julio sonó la alarma desde Belfort hasta Altkirch y los campesinos corrieron a socorrer a Belfort, donde una nueva alarma se produjo el 26 a la mañana. También hubo varias en Montbéliard. El pánico de Sundgau preparó la rebelión del 28, pero no se propagó en alta Alsacia. En esta zona las revueltas agrarias sólo provocaron algunas alertas locales como la que ocurrió en Colmar el 24 y en Mulhouse el 31. Tampoco aparecieron en baja Alsacia, por lo que parece que el terror de Sundgau se expandió de preferencia hacia el obispado de Basilea. Por ejemplo, sabemos que en Porrentruy se tomaron medidas de seguridad y se cerró la frontera y que en Basilea se desencadenó la alarma ante los pedidos de ayuda enviados por el príncipe regente de Montbéliard, que venían a reforzar un rumor desatado el 1.º de agosto gracias a una carta de Pierre Ochs en la que se decía que los campesinos de Brisgau habían adherido a la sublevación y declarado que ya no pagarían impuestos ni aceptarían el reclutamiento.

El gran poder de conmoción de la revuelta del Franco-Condado se manifestó especialmente hacia el sur, aunque no parece muy seguro que el gran pánico haya nacido por su impulso directo. Es cierto que el 26 de julio se declaró un pánico en Marnay sobre el Ognon y que el cronista Laviron relata que también se desató en Besançon (aunque no indica la fecha), pero las aldeas situadas al norte de Marnay permanecieron bastante tranquilas. Pin se limitó a enviar algunos emisarios para requerir informaciones (el 26) y poseemos las respuestas que recibieron; Gy y

Frétingney habían tomado las armas pero no mencionan ninguna alarma, y en Oiselay reinaba la calma. Además en Gy y Frasnés dijeron que los tan mentados bandidos no eran más que campesinos de la zona que sólo atacaban a los señores. Tampoco al sur del Marnay aparece el menor rastro de pánico. Pero todo fue muy distinto al sudeste de Besançon, pues en la meseta de Ornans la revuelta agraria fue provocada por un pánico que obligó a los habitantes a descender de la montaña.

El gran pánico se desató sobre todo a causa de las advertencias enviadas por las autoridades y de algunos incidentes locales que parecieron justificarlas. La primera en adoptar esa actitud fue la municipalidad de Vesoul que, apenas ocurrido el incidente de Quincey, supuso que el señor de Mesmay se había refugiado en casa de su suegra, en el castillo de Visargent, en Bresse, un poco al norte de Louhans. Se apresuró a informarlo a la municipalidad de Lons-le-Saunier, la cual a su vez expidió el 22 un fuerte destacamento. La pesquisa no tuvo ningún resultado y en la madrugada del 23 el grupo retornó a su ciudad. Al aproximarse a Nancy los soldados improvisados sembraron el pánico al disparar algunos tiros de fusil a la entrada de un bosque. Inmediatamente se desató un terrible pánico en todos los alrededores: cinco mil hombres acudieron a Bletterans y tres mil a Commenailles; ascendió por el valle del Seille hasta llegar a Lons-le-Saunier, donde se decía que diez mil hombres se habían reunido al anochecer y desde allí se difundió por todo el Vignoble. Podemos seguir muy bien su marcha hacia el noreste, pues pasó por Mantry y Poligny y llegó el 23 a la una de la tarde a Arbois y Salins. También se dirigió hacia Dôle, que había sido puesta sobre aviso por el señor de Deschaux. Allí, como la noticia venía de Bresse, se pensó que los bandidos debían haber salido de Borgoña y así lo contaron en Langeron. A su vez Besançon envió ciento cincuenta hombres a Dôle y es muy posible que el pánico señalado por Laviron tuviera ese origen. También es posible que el pánico de

la meseta de Ornans no haya sido otra cosa que la prolongación del de Visargent, llegado desde Salins a la montaña, lenta pero directamente, o utilizando a Besançon como intermediario.

Pero las circulares de Langeron de las que ya hemos hablado, tuvieron efectos aun más notables. Las sublevaciones agrarias del alto valle del Dcubs les sirvieron de confirmación y a su vez explican algunas alarmas locales, tales como las de Rochejean y Morez, que son inseparables de ellas. También los suizos sufrieron idénticas conmociones, tanto más por cuanto Berna recibió un pedido de ayuda del regente de Montbéliard y Saint-Claude rogó a Ginebra que le enviara armas. Por lo tanto hicieron algunas batidas en el bosque a todo lo largo de la frontera.

También la municipalidad de Bourg explicó el pánico que la afligió el 25 por la mañana por las circulares de Langeron: “venía de la frontera de Bresse, del lado del Levante”, más precisamente del valle del Ain; “al recibir esta advertencia las parroquias hicieron sonar la alarma y el terror se difundió de aldea en aldea”. Los rumores que circularon en Bresse indican que el centro de dispersión fue la parroquia de Pont-d’Ain, punto neurálgico donde desemboca la quebrada de Ambérieu por donde pasa la ruta de Saboya, a lo que se agregaba el hecho de que desde comienzos de mes se hablaba de una invasión de los saboyanos. Sin embargo la contaminación señalada por la municipalidad de Bourg también pudo venir del norte. En efecto, parece difícil que el pánico del Vignoble no encontrara ningún eco hacia el sur. Entre las comunas saqueadas se cita a veces la de Toirette, ubicada más al norte, cerca de la confluencia con el Bienne. Por lo tanto el pánico debió avanzar desde Lons-le-Saunier a lo largo del Revermont, pasando por Orgelet y Arinthod, lo que no excluye la existencia de algún incidente local que hubiera convertido a Pont-d’Ain o a d’Ambérieu en un centro de vibración.

Desde Pont-d’Ain el pánico se desplegó en abanico hacia el oeste: el 25 a las tres de la mañana estuvo en Simandre (al nores-

te), desde allí siguió hasta Trefort el 26 por la mañana, y hasta Coligny durante ese día; el mismo 25 fue desde Bourg a Pont-de-Vaux y a Mâcon, desde donde penetró en el Mâconnais; por fin descendió el Ain y llegó a Meximieux, Montluel y Miribel. Meximieux pidió auxilio a Lyon, que le envió algunos dragones. Hacia el este llegó hasta la parroquia de Saint-Rambert y de ese modo entró en Bugey: Belley lo sintió el 28 de julio y desde allí la corriente remontó el Ródano por Seyssel hasta el Michaille (en la desembocadura del Valserine), luego tomó por Valromey, desde donde el pánico llegó a Gex: a medida que rehace el camino hacia el norte parece atenuarse y convertirse en un simple temor a los bandidos. Contornea las altas cadenas del Jura meridional —allí Nantua no lo menciona— y sus movimientos degenerarán en acciones antiseñoriales.

Desde Ambérieu y Saint-Rambert también se difundió hasta Lagnieu (el 25), que queda hacia el sur y sólo dista algunos kilómetros. Allí franqueó el Ródano y en el Delfinado encontró un relevo de gran importancia.

Al comienzo allí no se desató el pánico; simplemente, entre el Ródano y el Bourbre se difundió el 25 y 26 la noticia de la proximidad de los bandidos, pero allí llegó hasta el valle del Guir, situado en la frontera con Saboya, y que por lo tanto tenía una sensibilidad especial para tales novedades. Hacia ese lado se produjo (el 27 por la mañana) el incidente que significó para el gran pánico la iniciación de una nueva y exitosa carrera. Según el informe del procurador general del Parlamento de Grenoble, “sólo existieron algunos tiros de fusil intercambiados entre ocho o diez contrabandistas y algunos agentes fiscales que los rechazaron”; y la misma versión aparece en las cartas de la municipalidad de Lyon. Sin embargo no conocemos el lugar en que ocurrió ese incidente. Algunos recaudadores de gabela fueron hasta Morestel y anunciaron que Lagnieu había sido saqueada. Desde allí el pánico se trasladó a Aosta y Pont-de-Beauvoisin, lo que nos

inclinaría a opinar que su fuente estaba en el norte. Pero fue desde Pont-de-Beauvoisin que se difundió hacia el oeste y refluyó sobre Morestel bajo la forma en que tuvo mayor éxito, es decir, como el rumor de que los saboyanos —que pronto se transformaría en ejército piamontés— acababan de penetrar en Francia. El 27 a las tres se dio aviso a La Tour-du-Pin, a las cinco a Bourgoin, Virieur, la llanura de Bièvre y la Côte-Saint-André. Por todos los valles del Bajo Delfinado el pánico descendió hacia el valle del Ródano, desde Lyon hasta Saint-Vallier. Hacia el sur por la ruta de Voiron, llegó al Isère a la altura de Moirans, y mientras por un lado llegaba hasta Grenoble a las once de la noche, por el otro descendía por el valle hasta Saint-Marcellin —adonde llegó a medianoche— y hasta Romans —a las tres de la mañana del 28—. Desde allí llegó a Tain y después a Valence: allí ya su fortuna estaba asegurada, pues el mismo día comenzaron a arder los castillos del Bajo Delfinado.

Tanto la rebelión del Mâconnais —que como ya dijimos fue anterior al pánico pero lo favoreció— como la del Delfinado, que fue su consecuencia más grave, constituyeron excelentes amplificadores. La primera contribuyó a difundir en Chalonnais, y por consiguiente en el viñedo borgoñón, si no el gran pánico al menos una gran inquietud (aunque Nuits habla del “terror”); por lo tanto, Dijon fue atacada también desde el sur. Lo mismo pasó en Charolais: si bien no hay pánico en la llanura —Charolles, Paray y Digoin—, sí existió en el reborde montañoso del valle del Grosne, tal como lo atestiguan los incidentes ocurridos en Saint-Point y Tramayes. Allí se dijo el 31 que llegaban los bandidos, y el rumor los ubicaba en Germagny, situado muy lejos hacia el norte, o en Aigueperse, que está al sureste, a mitad de camino de La Clayette. Más hacia el sur, en la montaña de Beaujolais, el pánico llegó desde el Mâconnais meridional, pasando por Beaujeu y la garganta de Echarmaux, aunque es probable que también llegara desde Villefranche, donde el 27 había sido

saqueado el castillo de Mongré. El 28 ya se había expandido por todas partes y alcanzó el máximo, el 29 en Chauffailles, desde donde llegó a las siete de la mañana a La Clayette y Charlieu. Allí se contaba que se habían quemado las cosechas en Thil y Cublize, que mil trescientos bandidos habían acampado “en las alturas del Beaujolais” que Beaujeu y Villefranche se habían armado y que más de cuarenta mil campesinos estaban listos para defenderse entre el Saona y el Loira. Por este lado pareciera que el pánico no franqueó el Loira pues no se lo sintió en Roanne. Pero no ocurrió lo mismo en Forez. El impulso que había partido del Delfinado y pasado por Lyon y Givors llegó el 28 a los montes del Lyonnais, y se manifestó en Tarare y Saint-Symphorien, el 29 conmovió a Feurs y a toda la llanura de Boën, Saint-Germain-Laval y Montbrison. Desde Boën franqueó la montaña por la garganta de Noirétable, luego descendió hasta Limagne (el 30 y el 31) y alcanzó Thiers, Riom y Clermont. Por otra parte, como el 28 había franqueado el Ródano entre Tain y Tournon, llegó el mismo día a Annonay, y a través de Pilat y Bourg-Argentat, pudo penetrar en Lavalla a las cuatro y media de la tarde. También la depresión de Saint-Etienne fue abordada por el norte y por el sur, mientras que otra corriente que había partido de Vienne y Condrieu la remontaba el 28 al mediodía a través de Rive-de-Gier y Saint-Chamond. El tumulto fue muy violento en Saint-Etienne a partir de las cinco y media. El 29 a las diez de la mañana el pánico estaba ya en Saint-Bonnet, del otro lado del Loira; también allí franqueó la montaña y alcanzó Arlanc el 30. Desde allí descendió hacia Ambert (al norte) el 31 y el mismo día siguió subiendo hasta La Chaise-Dieu, cuyo abad se apresuró a pedir ayuda a Brioude, que a pesar de ello no se conmovió.

Mientras tanto a partir de Valence, el gran pánico corrió de aldea en aldea a lo largo de la orilla izquierda del Ródano; el 28, entre las cuatro y las cinco de la tarde ya estaba en Libron y Loriol y hacia las seis en Montélimar; el 29 a la una de la mañana

despertó a Pierrelatte y a las cuatro a Saint-Paul-Trois-Châteaux; alcanzó Orange a las ocho y media y poco después a Aviñón. El 30 muy temprano estaba en Tarascon y Arles y por la tarde ya había atravesado el Crau y reinaba en Saint-Chamas. De esta corriente principal derivaban una cantidad de corrientes secundarias que se expandieron hacia el oeste y el este. En la región alpestre contornearon los macizos. La más importante remontó el Drôme el 28; una rama se abrió camino desde Crest hacia el sur por Dieu-le-Fit; el 29 a las cinco de la mañana había llegado a Taulignan y ese mismo día a Valréas y Nyons. Más arriba de Crest el camino estaba trazado por Saillans, Die, Châtillon y Luc, que ya se habían conmovido a causa de los rumores infiltrados a través de Vercors: la garganta de Cabre conducía hasta Veynes, que el 29 se convirtió a su vez en un centro de dispersión. Hacia el este el pánico estalló con gran violencia el 29 y el 30 en Gap. Gap es también un nudo de caminos: hacia el norte, la garganta de Bayard conduce a Champsaus. Por lo tanto la alarma descendió el Drac por Saint-Bonnet y Corps el 30, la Mure el 31 y volvió a entrar en Grenoble dejando indemne a Oisans. Hacia el este remontó el Durance (apareció el 30 en Embrun, y el 30 y el 31 en Briançon) y el Ubaye por lo menos hasta Barcelonnette, aunque de acuerdo a lo que sabemos, en todas esas ciudades no estalló el pánico. Y al contrario, se prolongó hacia el sur —desde Veynes a través de Serre y desde Gap por Tallard— hasta el Durance y más allá todavía, en dos corrientes paralelas a la de Dieu-le-Fit y que fueron canalizadas por un lado por los macizos de la Roche-Courbe, Chabre y Lure, y por la otra por los del Cheval-Blanc. En el centro fueron también canalizados por los macizos que separan el Durance del Bléone. Por el Durance llegaron a Sisteron el 30 por la tarde y a Forcalquier el 31; por Turriers, el pánico de Tallard, que recibió nuevo impulso el 1.º de agosto, alcanzó Seynes el 31 a las cuatro de la mañana y desde allí se expandió hasta Digne a través del cuello de

Maure. El 31 por la tarde ya tenían aviso del pánico Riez y Moustiers al sudoeste y, a través de Barrême y Senez, Castellane, situado sobre el Verdon. El 1.º de agosto, a través de la montaña, la infiltración siguió desde Castellane hasta Roquesteron, Bouyon y Vence. Así se alcanzó el valle del Var que servía de límite al reino. Pero el de Verdon no parece haber desbordado hacia el sur. El rey de Cerdeña hizo custodiar su frontera desde Saboya hasta el Var y el 31 envió un desmentido oficial sobre las intenciones que le atribuían los rumores que corrían en Pont-de-Beauvoisin. Desde Montélimar se desgajó un ramal que corrió hacia Grignan y Taulignan y desde Pierrelatte otro más vigoroso que se dirigió hacia Saint-Paul-Trois-Châteaux y el valle del Aygues; allí se unieron con el de Dieu-le-Fit y contornearon el monte Venntoux, atravesando Vaison el 29 y Bédoin y Sault el 30. Desde Orange, otra rama se dirigió hacia Carpentras, Apt y Cadenet sobre el Durance, que también fue remontado a partir de Aviñón. Entre los montes de Lure y de Léberon, esas oleadas chocaron con la que bajaba desde Forcalquier y provocaron confusos tumultos entre Manosque y Banon. El 30 a la tarde el Durance fue franqueado a la altura de Cadenet y Pertuis, de modo que el pánico avanzó sobre Aix antes de que llegara desde Salon y Saint-Chamas. Durante los días siguientes se propagó con gran lentitud hacia el este, a través de las mesetas que separan el Durance de Brignoles y Draguignan. Por lo tanto, estuvo en Saint-Maximin el 2 de agosto y el 4 en Barjols y Salernes. No hay el menor rastro de su paso al sur de Argens y la costa provenzal así como tampoco aparece en el Crau meridional y la Camargue.

Hacia el este los puntos de inserción de las corrientes laterales de la orilla derecha son Pouzin, Rechemauve y Teil, Bourg-Saint-Andéol y Beaucoire, donde Loriol, Montélimar, Pierrelatte y Tarascon transmitieron el pánico en cuanto lo recibieron. También cabe citar en este caso a Arles. Tanto en Loriol como en Pouzin hubo dos alertas el 28 a la tarde y el 29 a mediodía,

que se comunicaron a Privas, que acudió a auxiliarlas. Durante la tarde del 29 hubo una tal aglomeración de gente en Pouzin que el señor de Arbalestrier fue masacrado. Desde Privas el pánico se difundió al noroeste hacia el Alto Vivarais, llegando a Cheylard el 30 a las cinco de la tarde y también a Saint-Agrève. Es probable que Yssengeaux y Le Puy recibieran un eco de estos tumultos, pero en verdad el pánico no franqueó las crestas. También desde Privas llegó al sur, en Coirons. El 29 por la tarde recibió aviso Aubenas. El macizo de Coirons también fue abordado por el sur desde Teil y Villeneuve-de-Berg. El 30 Antraigues y Vals descendieron hasta Aubenas. Tanargue, situado al oeste del Archèche, fue arrastrado por Aubenas, por Villeneuve-de-Berg, que previno a Largentière el 29 a la siesta, y por la corriente nacida en Bourg-Saint-Andéol el 29 al alba, la que a su vez había ascendido por Vallon hasta Louyeuse y Vans. Aquí nos encontramos en el umbral de la brecha de Villeford, por donde el pánico llegó hasta Mende el 30. Ese mismo día corrió a lo largo del Ródano hasta el sur de Bourg-Saint-Andéol, llegando a Pont-Saint-Esprit y Bangols. A partir de allí perdemos el rastro. Marchó mucho más rápido a lo largo de los Cévennes, donde la noche del 29 llegó desde Vans a Saint-Florent y Alais y alcanzó Saint-Jean-de-Gardonnenque. Allí una segunda alarma le dio tal impulso que el 1.º de agosto franqueó la montaña y alcanzó Vallesraugue y Saint-André-de-Valborgne. Desde allí, y atravesando Meyrueis, repercutió el mismo día hasta Mende y Millau. Mende, afectada por partida doble, la retransmitió hacia el norte. Así llegó a Malzieu el 1.º de agosto y de allí el rumor se expandió hasta Saint Flour y Laissac a la entrada de Rourgue, donde llegó el 3 a la tarde y desde donde refluyó hacia Millau. Millau, Saint-Affrique y Vabre, que ya estaban en contacto con el gran pánico del sudoeste, tuvieron que soportar violentas sacudidas debidas a las alarmas locales hasta el 3 de agosto. La noticia fue enviada a Lodève y de allí tomó la ruta de Montpellier el 2 de agosto. El

pánico de Saint-Jean-de-Gardonnenque también había alcanzado los eriales de Lédignan y Sauve, mientras se advertía a Montpellier. Por último, el 30 había progresado desde Arles hasta Saint-Gilles y Vauvert y el 31 desde Beaucaire hacia Nîmes. También la capital del Bajo Languedoc había recibido tales avisos, pero no perdió su sangre fría y ningún documento encontrado desde allí hasta los Pirineos orientales relata nada relacionado con el gran pánico. Sin embargo el movimiento nacido en el Franco-Condado, ayudado por numerosos relevos, había logrado alcanzar el Mediterráneo y penetrar con bastante profundidad en el Macizo Central.



La historia del pánico de Clermontois es más simple y su área de difusión menos amplia. Como ya lo hemos dicho, comenzó el domingo 26 de julio por la tarde, en Estrées-Saint-Denis y durante la noche progresó botante, pues llegó a Clermont el 27 a las siete mientras ya se había instalado en Sacy-le-Grand, Nointel y Lieuvilliers, ubicado en la ruta de Saint-Just. Rápidamente, alcanzó gran amplitud y se difundió en todas direcciones con el mismo ímpetu. Abordó de frente el valle del Oise por debajo de Compiègne —en Verberie— por la mañana muy temprano, y, luego de pasar por Pont-Sainte-Maxence y Creil, llegó hasta Beaumont atravesando Chamby, para dominar plenamente aquella ciudad a las once. Desde Beaumont fue llevado a Pontoise a las doce y media de la mañana y desde allí se difundió en el Vexin meridional alcanzando Triel a las ocho de la noche y Meulan a las diez. El 28 los campesinos de los alrededores acudieron a Meulan, pero el movimiento no parece haberse prolongado hacia el valle, hacia Mantes y Vernon. Tampoco franqueó el Sena, y, lo mismo que el pánico del oeste, no se difundió en Mantois. Por el contrario, sí fue atravesado el valle del Oise y de ese lado el pánico dio más que hablar porque avanzó hacia París

y su eco llegó hasta la misma Asamblea Nacional. Nada sabemos sobre su marcha a partir de Beaumont, Isle-Adam y Pontoise, pero sin duda pasó lo mismo que en la región de Verberie: siguió las rutas que confluían hacia Saint-Denis hasta que, hacia la media tarde, encontró en Montmorency el relevo de que hemos hablado. A partir de ese momento y durante toda la tarde agitó los alrededores de París y los electores enviaron un pequeño ejército armado con artillería que avanzó por lo menos hasta Ecoeu. Mientras tanto, el pánico había aprovechado para expandirse desde Verberie, en la llanura de Béthisy, donde muy temprano encontró otro relevo que lo llevó rápidamente a Valois y Soissonnais. A las ocho y media de la mañana ya estaba en Crépy; a la una y media en Soissons, cuya municipalidad escribía la carta que el 28 fue leída en la Asamblea. Desde el Soissonnais fue anunciado en Maon, pero ningún indicio nos permite decir que hubiera remontado el Aisne o atravesado la desolada región de Sissonne. Es posible que se lo conociera en Reims, pero no sabemos nada de los efectos que causó en esta ciudad. En cambio tenemos datos sobre su marcha hacia el sur. Desde Crépy y Villers-Cotterets ganó Dammartin y Meaux el 27 y el 28. La Ferté-sous-Jouarre y Château-Thierry. Ese mismo día remontó el Marne por Epernay y Châlons, pero no sabemos nada más. No es probable que se difundiera en Vitry pues no se lo conoció en el Barrois. Inclusive hubo una alarma en Saint-Dizier y Joinville, pero parece ser del 28 y de origen puramente local, pudiendo relacionársela con los tumultos de esa región y del Barrois. Es posible que hubiera franqueado el Marne para llegar hasta los dos Morins, pero no hay rastros de pánico ni en Coulommiers ni en La Ferté-Gaucher. Pareciera que sus progresos fueron poco favorecidos por la Champaña árida, pero tampoco la zona de Brie le resultó acogedora y no hemos podido encontrar su rastro.

Al noroeste remontó el valle del Thérain, pues Beauvais envió su milicia para socorrer a Clermont. Desde Saint-Just también se

dirigió a la región de Grandvilliers y la trastornó. Atravesando Thérain, llegó a Forges el 28, y desde allí a la región de Bray, pero no sabemos si alcanzó a Dieppe; desde Grandvilliers se encaminó hacia Aumale y descendió el valle del Bresle pasando por Blangy y Eu. Al parecer no resultaron afectados ni Ponthieu al norte ni el Vexin normando, la región de Caux y el bajo valle del Sena al oeste.

Hacia el norte el pánico desbordó en grandes oleadas sobre la llanura picarda. El 27 a las nueve de la mañana estaba ya en Montdidier, desde donde tomó hacia Amiens por el valle del Avre; a las diez entró en Roye creando perturbaciones en toda la región; siguiendo con este impulso llegó el mismo día hasta Corbie, Bray, Ham y Peronne. También ascendió el valle del Oise por Ribécourt y Noyon y en esta zona debió progresar con gran rapidez pues una encuesta realizada a causa de la invasión del castillo de Frétoy manifiesta su presencia en Muirancourt, al norte de Noyon, el 27 a las seis de la mañana. Siguió su camino por Chauny, La Fère, Ribemont y Guisa e invadió Thiérache, donde apareció en Marle y Rozoy, situados en el valle del Serre, y en Vervins. Los bosques de La Capelle y del Nouvoin y las primeras estribaciones del Ardenne detuvieron su expansión, pero el Somme no fue una barrera y pudo atravesar Artois. Desde Peronne el 27 llegó a Bapaume y esa misma noche a Arras; es probable que arribara a Béthune el 28 por la mañana, pues ese mismo día apareció en Merville, sobre el Lys. También cabe suponer que el 28 o el 29 estuvo en Aire y Saint-Omer, ya que el 30 la municipalidad de Watten alertó a las del Flandes marítimo. Desde Arras también se propagó hacia el noroeste: apareció en Samer el 29 y en Boulogne el 29 o el 30. Desde Saint-Omer se dirigió hacia Calais; desde Béthune pasó al Flandes valón y alarmó a las aldeas del oeste de Lila para llegar finalmente a Frelinghien sobre el Lys, más al norte de Armentières, donde se difundió el 29. Sin embargo, no afectó ni al resto de Flandes ni al Cambrésis

o al Henao, que eran siempre tan propensos a las sublevaciones. Quizás este hecho nos permite deducir que el pánico no fue muy violento en Artois o que se difundió en toda la región con fuerza suficiente como para alcanzar el límite oriental de la provincia.



Ya hemos dicho que en la Champaña meridional el pánico apareció el 24 de julio al sur de Romilly. Pues bien, el 25 le bastó, para atravesar Sénonais de noroeste a sudoeste, ya que a las seis de la tarde estaba en Thorigny y poco después en Sens y Villeneuve-l'Archevêque. Desde Romilly y Nogent se expandió hacia el norte del Sena siguiendo la costa de la Ile-de-France. El 26, alarmadas por el rumor de que los bandidos andaban por los alrededores, Villegruis y Villenauxe tomaron las armas. Es probable que ese mismo día estallara el pánico en Provins, pues se decía que los bandidos se habían escondido en los bosques vecinos, y si el 26 Donnemarie constituyó una milicia con el pretexto de que los bandidos habían salido de París, podemos suponer que el pánico de Romilly dio pie a tal actitud. Ese mismo día se generalizó el terror en el bailiazgo de Sézanne y se propagó siguiendo la ruta que lleva a Châlons, según testimonia Barentin. El 28 apareció en Vatry, situado a orillas del Soude y en Mairy y Gogny, en la ribera del Marne, más arriba de Châlons. Es posible que en estas aldeas se tratara de una repercusión del pánico de Soissonais, pero todas las fechas indican que en la región de Sézanne la alarma provino de Romilly. Hacia el otro lado ascendió por el valle del Aube, pero al comienzo lo hizo con cierta lentitud, ya que llegó a Arois el 26 o el 27, pero a partir de esta aldea aumentó su velocidad y el 27 estaba en Bar-sur-Aube. El 25 Troyes tuvo noticias del pánico de Romilly pero la población permaneció tranquila hasta el 28, cuando estalló el pánico que llegó desde el oeste, pues, el suburbio de Sainte-Savine, situado a la orilla izquierda del Sena, fue el primero que lo sintió. Entonces

sí remontó el valle del Sena y de los afluentes de la margen derecha y a las siete de la tarde estuvo en Landreville, a la entrada del valle del Ource, a las nueve o diez de la noche en Mussy, sobre el Sena, y desde allí, a las once, llegó a Châtillon. El 29 recorrió el valle del Barse y provocó una segunda alarma en Bar-sur-Aube así como el pánico del Ource. El 28 en Bar-sur-Seine y Châtillon recibió el refuerzo de algunas corrientes laterales que, como en Troyes, venían del valle del Armançon, constituido en un nuevo centro de difusión.

No conocemos con seguridad el origen de esta corriente. El pánico del 25 no llegó por el Yonne más allá de Sens y no podemos asegurar que hubiera atravesado el bosque de Othe, aunque en su borde meridional encontremos dos centros de pánico: Saint Florentin (donde se lo sintió el 26) y Auxon (el 27 o 28). Sin embargo, tanto la ubicación de estos lugares como la fecha en que estallaron los pánicos permiten suponer que existió algún vínculo de dependencia entre la corriente de Sénonais y la de Armançon aunque algunos incidentes locales debieron servir como relevos; por ejemplo, hay un cronista que menciona uno ocurrido en Auxon, del que fue responsable un vicario que se asustó al ver algunos animales que pastaban en el bosque. El pánico no tardó en ser transmitido a las parroquias vecinas de Chamois y Saint-Phal, a los bosques de Aumont y de Chaource, y, poco después del mediodía, al valle del Armance, Ervy y Chaource. No cabe duda de que esta misma oleada de pánico afectó ese día a diversos lugares ubicados en el valle del Sena, pues siguió esta ruta a menudo para avanzar desde Saint-Florentin y desde Briennon. De hecho llegó hasta Briennon y algo más al sur el 28 por la tarde. Avanzó hasta Tonnerre esa misma mañana, gracias a algunos viajeros que al aproximarse a Germigny, cerca de Saint-Florentin, se asustaron al saber que había bandidos en la zona y retrocedieron. Por lo tanto, es posible que el pánico de Auxon corriera por el bosque de Othe hasta Saint-Florentin o

que algún incidente que ignoramos lo reanimara ese día en esa ciudad o en sus alrededores. Es probable que desde Tonnerre el pánico ascendiera por el Armançon, pero no es seguro, pues llegó a Saulieu desde Semur, no desde Morvan. Y por el contrario, sabemos que el 29 Châtillon-sur-Seine pidió ayuda a Dijon, la que envió un destacamento el 30. Pero al llegar éste a Saint-Seine ya todo había pasado. De este modo entraron en contacto en Dijon el pánico de Champaña meridional y el del este, y en adelante veremos que tales encuentros son frecuentes, aunque ya hemos señalado uno que aconteció entre Forcalquier y Pertuis. En estos casos se producen alarmas sucesivas o tumultos muy complejos, pero también puede ocurrir que se cree una zona de interferencia pues las corrientes tienen ya muy poca fuerza en sus puntos terminales. Este fue el caso de Dijon, donde no estalló ningún pánico aunque fueran a morir allí tanto la agitación proveniente de la región de Cray como las que venían del Mâconnais y Champaña.

Las alarmas de Champaña no sólo perturbaron el valle del Sena sino que encontraron un amplio campo de expansión hacia el oeste y el sur. Aunque faltan algunos puntos de referencia, se puede suponer que la alarma del 24 se propagó desde Nogent y Provins a Montereau, Moret y Fontainebleau siguiendo la orilla izquierda del Sena y que el pánico de Nemours y Château-Landon se originó en Sens. Luego habría seguido hacia el norte, lo que explicaría su aparición en Corbeil el 28, y el mismo día, a las seis o siete de la noche, en Choisy y Villeneuve-le-Roi. Dos habitantes de Gâtinais que venían desde Athis-Mons y probablemente bajaron por el río llevaron el pánico a esas dos aldeas. Contaron que los húsares ya estaban en Juvisy y que habían pasado toda la región a sangre y fuego y saqueado a Montlhéry, Longjumeau y Ris. Marmontel, que entonces residía en su casa de campo de Grignon, situada entre Orly y Thiais, cuenta en sus *Memorias* que hubo un desbande general también y menciona el

rumor relativo a los húsares. De este modo la capital, que ya el día anterior había sufrido el pánico proveniente del norte, lo recibió de nuevo, esta vez viniendo del sur. Hardy menciona este hecho en su diario: se decía que Longjumeau había sido saqueada y todo el mundo acudió en su auxilio. Así llegó el pánico a Longjumeau, donde nada había ocurrido.

Desde el valle del Loing el pánico entró en Beauce: el 29 por la mañana apareció en Boynes y Boiscommun; más tarde, en Toury, situada mucho más lejos; y hacia las tres de la tarde ya se expandía en Châteauneuf-sur-Loire, Jargeau y Saint-Denis-de-l'Hôtel. El rumor llegó hasta Orleáns, donde se echó la responsabilidad a los bandidos del bosque de Orleáns. No obstante, cabe indicar que probablemente hubo una alarma el 27 en Chilleurs y Neuville-aux-Bois, por lo que no es imposible que por ese lado existiera un centro independiente. El resto de la región de Beauce y de Hurepoix permanecieron indemnes, de manera que entre esta área y la del pánico del oeste hubo una amplia zona de tranquilidad que se extendía desde el Loira, más abajo de Orleáns, hasta el Sena, más abajo de París.

El pánico del 28 se expandió esa misma tarde sobre las dos márgenes del Yonne, alcanzando hacia el este los alrededores de Seignelay (poco después del mediodía) y hacia el oeste Champvallou (al atardecer). Desde este último lugar entró el 29 en el Gâtinais meridional, donde afectó a Châteaurenard y Châtillon-sur-Loing y se expandió en Saint-Fargeau pasando por Aillant y Villiers-sous-Benoît. También lo vemos tomar la dirección del Puisaye, donde llegó a Thury y Entrains (el 29). Así descendió de frente en el valle del Loira, por lo que lo encontramos en Braire, y Sancerre el 29, desde donde se expandió en el Sancerrois el 30, y en La Charité, a donde llegó el 29 a las cinco de la tarde. Es probable que desde aquí se dirigiera al atardecer hacia Nevers. Pero tanto en La Charité como en Nevers es posible que también llegara desde el valle del Yonne.

Y en efecto, remontó este valle por Auxerre y Champs. El valle del Cure captó una parte de esta corriente y la encaminó por un lado hacia Avallon y por el otro hacia Vézelay, pero mientras tanto, la rama principal corría hacia Clamcey, donde fue muy tumultuosa y dio origen a muchos relatos detallados. A través de Tannay alcanzó Lormes y Corbigny, desde donde se difundió hacia el oeste hasta llegar a Montsauche y desde allí a Saulieu (el 30). Siempre siguiendo el Yonne, el 30 a las nueve de la mañana entró en Château-Chinon, que la transmitió a Autun el mismo día, así como a Moulins-Engilbert y Decize, para expirar luego entre el Loire y el Arroux, Pero Bourbon-Lancy y Digoin resistieron y tanto el Charolais como la región de Creusot constituyeron una nueva zona de interferencia entre este pánico y el del este.

Por último, desde Nevers la corriente ascendía por el Allier y penetró en el Bourbonnais el 30 y el 31. En esta zona no podemos delimitar exactamente el área de su expansión pues se entremezcla con la de la corriente del sudoeste, pero se le pueden atribuir los sobresaltos que tuvieron lugar en Sancoins y Bourbon-l'Archambault, Saint-Pierre-le-Moutier, Moulins y Varennes-sur-Allier. En Gannat y Vichy sus efectos aparecieron mezclados con los de la corriente que a través del Berry meridional llegaba desde el oeste.



El más tardío de los pánicos, el del sudoeste, fue el que se expandió más lejos, pero su propagación no plantea problemas tan difíciles de resolver como en los demás casos, pues su poder explosivo fue muy grande y permaneció intacto hasta el final. Partió el 28 de Ruffec en las circunstancias que ya hemos indicado. Hacia el oeste es probable que alcanzara los bosques de Chizé y Aulnay (a no ser que éstos hayan sido un centro local de pertur-

baciones), aunque quizá no llegó más allá de Surgères, puesto que La Rochelle, Rochefort y Saint-Jean-d'Angély sólo oyeron sus estruendos a lo lejos. Hacia el norte apareció el 28 en Civray y Vançay y el 29 en Lusignan y Vivonne; descendió el Clain pero expiró en Poitiers. El resto de la llanura potevina no lo conoció y permaneció como una zona interpuesta entre el dominio de este pánico y el del terror de la Vendée, que había terminado unos cuatro o cinco días antes.

Desde Ruffec y Civray se dirigió hacia Vienne, donde estuvo en Chabanais y Confolens hacia las diez de la noche; desde allí remontó el valle por Saint-Junien y llegó esa misma noche a Rochechouart y el 29 a las cuatro de la mañana a Limoges. Según dice George Sand en *Nanon*, prosiguió su ruta hasta Saint-Léonard, pero es probable que los montes de Ambazar y las mesetas de Gentieux y Millevaches circunscribieran su expansión. Desde el alto Vienne se propagó sólo hacia el sur, donde se reunió con las corrientes venidas de Mansle y Angulema. Donde esta corriente tuvo mayor importancia fue en su recorrido desde Confolens al Gartempe: descendió este río por Montmorillon y Saint-Savin y es probable que se expandiera hacia el valle del Vienne puesto que se lo mencionó en Chavigny y sin duda Châtellerault no pudo ignorarla. Partiendo de Bellac el 29 a las seis de la mañana, recorrió el Gartempe pasando por Châteauponsac y Grand-Bourg, de manera que entró en Guéret hacia las cinco de la tarde. Por último, desde Dorat y Magnac-Laval se expandió como un abanico sobre la Basse-Marche y el valle del Creuse, al que llegó esa misma tarde. Allí afectó a Blanc, Argenton, Dun-le-Palletteau y Celle-Dunoise, pasando por La Souterraine. Desde allí se lanzó hacia el Indre. Los más rápidos fueron los habitantes de Argenton, quienes lograron prevenir a Châteauroux el 29 a las siete de la tarde; pero no lo fueron menos los de Dun, que ya estaban en La Châtre a las nueve y media. Por el contrario, fue bastante lenta la travesía del Brenne y de la meseta de

Sainte-Maure: sólo el 30 llegó a Tours, Loches y Châtillon la noticia enviada desde La Hayes-Descartes, Preuilly y Blanc. Sin embargo, y gracias a Châteauroux, ya el 29 Châtillon y Loches habían recibido una fuerte sacudida. También en este caso hubo un punto de encuentro: fue Loches, donde se reunieron el pánico del Maine y el de Ruffec.

De Châteauroux y La Châtre el pánico marchó a la conquista del Berry oriental, y el 30 a la una de la mañana estaba en Issoudun. Ese mismo día franqueó el Cher en Châteauneuf y alcanzó Bourges. No sabemos si se dirigió hacia el norte, pues no podemos afirmar que se realizara la unión con Blésois y Sancerrois. Hacia el sur también alcanzó al Cher en Saint-Amand-Montrond y en Vallon, pasando por Châteaumeillant. El 30 invadió el Bourbonnais y podemos seguir la corriente en Saint-Bonnet-Tronçais y Cérilly, Maillet y Hérisson, hasta llegar a Cosne y Bussière. Con esto estaba a la puerta de Bourbon-l'Archambault donde también estallaría el pánico de Champaña.

Para Guéret quedaban reservados Combrailles, Auvernia y el Alto Lemosín. En efecto, la alarma siguió el cauce del Creuse por Aubusson (el 29 a las once de la noche) y Felletin (el 30 a las tres de la mañana) y desde allí, rodeando la meseta de Gentioux, reflujo sobre Meymac. Sin embargo, tenía el campo más libre hacia el este, por lo que desde Guéret se dirigió hacia el valle superior del Cher: por Boussac llegó a Montluçon y por Chénérailles hasta Evaux y Auzances. Demostró su predilección por Montluçon, a la que despertó la noche del 29, y a las dos de la mañana estuvo ya en Nérís, pero sólo llegó a Auzances a las diez. Para evitar la cadena de Puys, la corriente descendió a Limagne por Montaigut, Pionsat y Saint-Gervais y llegó a Riom y Clermont a las cinco de la tarde. Durante el transcurso del día 31 se encargó de encerrar entre sus ramas al Mont Dore. Partiendo de Clermont, una de ellas tomó la ruta de montaña que lleva a la Dordoña. Allí llegó a Bort, luego a Riom-ès-Montagnes (a las

once de la noche), Vic-sur-Cère y por fin Mur-de-Barrez (el 1.º de agosto). La otra remontó el Allier por Saint-Amand-Tallende, Issoire y Saint-Germain-Lembron, punto al que arribó el 31 a las siete de la tarde. Entre Issoire y Brioude se abre el valle del Alagnon que lleva a Cantal, por lo tanto, siguió esta ruta en Blesle y Massiac y desde allí continuó esa misma tarde hasta Saint-Flour. En Riom, Clermont, Brioude y Saint-Flour el pánico del oeste entró en contacto directo con el que provenía del este. El 1.º de agosto llegó a Murat y franqueó el Lioran; por los montes de Luguet se infiltró hasta Condat y Allanche, de tal modo que en Vic-sur-Cère volvió a reunirse con el ramal del norte.

Sin embargo, el movimiento que tuvo su origen en Ruffec alcanzó su mejor éxito en el sur, donde sumergió a casi toda Aquitania. Primero descendió el Charente por Mansle y el 28 a las tres de la tarde estuvo en Angulema, luego siguió el río por Jarnac y Cognac hasta Sainte. Allí perdemos su rastro y al parecer toda la región marítima y meridional de Saintonge permaneció tranquila. Desde Angulema contagió a Barbezieux, Gagnes y Montendre, pero el Double lo detuvo en su camino hacia Blaye. Su principal ruta se abrió hacia el sudoeste. Desde Mansle alcanzó La Rochefoucauld, de manera que el 29 entre las seis y las siete de la mañana pudo aparecer en Champniers y poco después del mediodía en Nexon, punto de partida hacia Saint-Irieix, pues allí encontró un refuerzo en las noticias enviadas desde Rochecouart y Limoges. Los valles del Dronne y el Isle se le ofrecieron y allí entró en contacto con el Bajo Lemosín. Pero simultáneamente se había deslizado como una napa subterránea desde Angulema hacia el valle del Dronne, al que trastornó de pies a cabeza. Es probable que en La Roche-Chalais encontrara el relevo del que hemos hablado, pues llegó a Coutras a las cuatro de la tarde; durante la noche recorrió el Dordoña desde Fronsac, Libourne y Saint-Emilion hasta Bergerac y a las cinco de la mañana del 30 llegó a Sainte-Foy, situado sobre la margen izquierda.

Al mismo tiempo, el frente del Dronne le sirvió para lanzarse desde todos lados hacia Isle. Como es natural, Brantôme, Bourdeilles y Ribérac enviaron los primeros avisos a Périgueux, adonde llegaron el 29 a la una de la tarde, y el 30 todo el valle desde Thiviers hasta Mussidan estaba alerta. Pero ya la ola avanzaba hacia el Vézère: el 30 a las cuatro de la mañana estaba en Badefol-d'Ans (probablemente había venido desde Périgueux a través del bosque Barade); una hora después llegaba a Lubersac desde Saint Irieix, Thiviers y Excideuil y se lanzaba hacia Uzerche. El 30 por la mañana se desparramó por todo el bajo Vézère, donde afectó a Terrasson, Montignac y Bug. Desde Vézère enfiló hacia el Dordoña en dos corrientes divergentes: una se dirigió desde Uzerche hacia el alto Dordoña y se hundió en el Macizo Central; la otra avanzó hacia el curso medio del río, y así logró alarmar a La Linde, Limeuil (en la confluencia con el Vézère) y Domme (que había recibido aviso de Sarlat) el 30, entre las dos y las tres de la tarde. Por lo tanto, durante el transcurso de ese mismo día el Dordoña fue franqueado por todos lados, por la mañana al oeste de Bergerac y a la tarde al este. Para aclarar más esta corriente podemos distinguir al sur del río tres ramales entre los cuales se producen innumerables anastomosis: el de Sainte-Foy o de Agenais; el de Libos o del Agenais oriental y Quercy; el del Domme o de Quercy oriental. Este último torció hacia Figeac y el Macizo Central, mientras que los otros dos corrieron directamente hacia el sur.

La corriente del Agenais, que salió de Sainte-Foy y Gensac el 30, afectó al valle del Dropt desde Eymet hasta Duras y Conségur, después, pasando por Montflanquin y Tombebeuf, llegó hasta el valle del Lot por la tarde, alcanzando a Villeneuve y Castelmoron y por fin, hacia la medianoche, se presentó en Agen. También afectó a La Réole y por consiguiente es probable que se presentara en Marmande y Tonneins, pero no hay indicios de que penetrara en el Entre-Deux-Mers o que hubiera

franqueado el Garona para invadir el Bazadais. En Agen cruzó hacia la orilla izquierda, y atravesando Armagnac, siguió a lo largo del Gers y el Baïse —por lo tanto, tuvo que pasar por Nérac y Condom. Aunque no penetró en las Landas se la encuentra sobre el Adour, muy al sur de Aire, así como en Maubourguet y Vic-de-Bigorre, a donde llegó probablemente desde Mirande. Sobre el Gers apareció en Auxh el 3 de agosto, casi seguramente transmitida por Lectoure.

La corriente de Limeuil agitó la llanura de Belvès, Montpazier y Villefranche-de-Périgord, donde nace el Dropt, y a partir de allí se desdobló: un ramal se dirigió hacia Lot, Fumel y Libos; el otro hacia Cahors. El primero, una vez que hubo atravesado el valle, llegó el 30 a las ocho de la noche a Tournon-d'Agenais y en seguida a Montaigu, mientras que a la noche ya aparecía en Lauzerte. El 31 por la mañana estaba en Lafrançaise (en la confluencia del Tarn y el Aveyron) y en Moissac, y en las márgenes del Garona se presentó en Valence, donde al parecer cruzó el río. Ese mismo día partió de Lafrançaise y Moissac y llegó a Bontauban y el 1.º de agosto provocó la primera alarma en Toulouse. Desde Valence atravesó el Lomagne, donde se hizo ver en Auvillars y Saint-Clair y de allí siguió el 2 de agosto hasta Touget, Gimont, Saint-André, Samatan y Lombez. Recorrió el Save por Isle-en-Dodon y Blapan y el Gimone por Boulogne y en este trayecto probablemente se encontró con la corriente de Sainte-Foy en las proximidades de Castelnau y fue a detenerse en las pendientes de la meseta de Lannemezan, pues el 5 de agosto se habló de pánico en Tuzaguet. Pero ya antes de eso se había desviado hacia el oeste y el 4 apareció en Tarbes, siguió ascendiendo y el 5 estuvo en Bagnères-de-Bigorre. Desde Tarbes, Maubourguet y Vic-de-Bigorre el pánico llegó hasta Ossun y Pontacq y luego siguió por el Gave afectando a Pau, Nay, Coarraze y Lourdes (el 6 de agosto). No encontramos ningún rastro de su paso por el Adour, más abajo de Maubourguet, ni en el Chalosse,

Béarn o el país vasco. Y fuera de los valles de los alrededores de Lourdes y de Argelès tampoco hay la menor huella de este pánico en los Pirineos occidentales.

El 31 a las cuatro de la mañana llegó a Cahors y rápidamente se impuso en Castelnau-de-Montratier, Montpezat, Caussade (a las nueve) después atacó al Aveyron en Saint-Antonin, Bruniquel, Montricoux y Négrepelisse. También de esta corriente se desprendieron ramales laterales que se internaron en Causses. Desde el Aveyron torció hacia Gaillac el 1.º de agosto y el 2 atravesó los campos desde Graulhet hasta Castres. Es probable que encontrara relevos en Gaillac, Isle-d'Albi o Rabastens, aunque de todos modos el 2 recorrió el codo del Tarn y apareció en Buzet y desde allí, pasando por Montastruc-la-Conseillère, fue a sembrar una nueva alarma en Toulouse el 3 de agosto. Pero el mismo día a las seis de la mañana también llegó a Villemur sobre el Tarn (más abajo de Buzet) y desde allí parece haberse dirigido —por Fronton y Bouloc— hacia Grenade y Verdun: de donde provendría la alarma que el día 3 se difundió en el bajo Save, al norte de Isle-Jourdain. Es seguro que venía del norte, aunque quizá fuera el contragolpe de la de Lomagne. De todos modos es probable que el mismo día llegara a Toulouse también desde el oeste.

Este pánico del 3 partió de Toulouse el mismo día, subió por el Garona, pasó por Muret, al día siguiente estuvo en Capens y Carbonne y avanzó por lo menos hasta Martres. Pero ya lo había precedido el pánico del 1.º de agosto, y aunque no se habla de él en estos lugares, es evidente que a través de Montesquieu-Volvestre había llegado más al sur, puesto que el 2 por la tarde o por la noche apareció en Saint-Girons, Rimont y Castillon y el 3 estuvo en Mas-d'Azil, habiendo partido de Daumazan que está ubicado más hacia el norte. También había ascendido por el Ariège, puesto que la noche del 2 apareció en Saverdun. Sin embargo, Pamiers no se alarmó sino el 4 a las siete de la tarde, y es

probable, que su pánico se vinculara con la segunda ola tolosana. El 5 y el 6 de agosto se lo vuelve a encontrar en Vicdessos, y es casi seguro que pasó por Foix. Desde Pamiers y Foix torció hacia el este por Mirepoix y Lavelanet, puesto que apareció en Chalabre, Ridel y Peyrat y el 5 y el 6 de agosto en Bélesta. También se infiltró hasta Quillan (sobre el Aude) y Bugarach (en Corbières) y alcanzó Caudiés el 5 de agosto. Después se perdió en las montañas pero todavía tuvo fuerzas para hacerse notar en Saint-Paul-de-Fenouillet y en Mosset, situado un poco al norte de Prades.

Los remolinos laterales que penetraron en el Macizo Central fueron bastante numerosos. Los dos primeros derivaron del pánico de Uzerche que trastornó por completo al Macizo de Monédière, entre el Vézère y el Corrèze. El primero se encaminó hacia Leymac y Ussel, Egletons, Neuvic y Bort, adonde llegó el 30 bastante tarde; el 31 se lo anunció en Felletin y Clermont, desde donde llegaron simultáneamente las noticias que ya hemos mencionado. Varios días se sucedieron las alarmas que alteraron a este perdido rincón y el de agosto culminaron en el incidente de Saint-Angel sobre el que volveremos más adelante. Desde Bort y Neuvic el pánico se dirigió hacia Riom-es-Montagnes y Mauriac, y desde allí tomó el camino de Aurillac. La segunda corriente alcanzó Tulle y Brive el 30 por la mañana; a la tarde ya estaba en Argentat y Beaulier sobre el Dordoña; el 31 recorrió río arriba el Cère por La Roquebrou y llegó hasta Aurillac.

Por otra parte, la corriente de Domme tomó su camino por la meseta calcárea de Gramat y se dirigió hacia Gramat y Saint-Céré con tal lentitud que sólo las alcanzó el 31, pero en cambio fue más rápido hacia Figeac que ya el 30 conocía la noticia. El 31 se la expidió a Maurs, de allí pasó una vez más a Aurillac y a Mur-de-Barrez; se la comunicó también a Entraygues que la retransmitió a lo largo del Truyère hasta Chaudesaigues para llegar a Saint-Flour la noche del 31 de julio. De este modo sobre los

flancos occidental y meridional del Cantal y en el Planèze, las corrientes de Guyena chocaron en todas partes con las que venían de Auvernia.

Desde Entraygues el pánico también recorrió el Lot hasta Mende y allí se cruzó con la corriente que venía del Vivarais y descendía hacia Rouergue, que ya había sido puesto sobre aviso por Quercy meridional. Desde Cahors, ya fuera porque subiera por el Lot hasta Cajarc o directamente, el pánico atravesó la meseta calcárea de Limogne y llegó a Villefranche el 31 a las diez de la noche. Esta ciudad recibió también un correo de Caylus que a su vez había sido alertada por Caussade. Después le tocó el turno a Rodez, Laissac, Séverac y desde el alto valle del Aveyron las noticias afluyeron a Millau el 2 y el 3 de agosto. Allí se encontraron con las que venían de los Cevennes y también con el rumor que desde Gaillac había ascendido por el Tarn y que el 3 de agosto estaba en Ambialet. De este modo la línea de sutura entre el pánico del este y el del sudoeste va desde Clermont a Millau pasando por Aurillac, Saint-Flour y Mende; seguramente Millau fue la ciudad francesa donde se encontraron el mayor número de corrientes.

Esta es la descripción que hoy puede hacerse de la marcha del gran pánico. Sin que haya necesidad de insistir sobre ello, se ve con claridad que es necesario llevar a cabo nuevas investigaciones que permitan mejorarla.

CAPÍTULO XVIII

LOS PÁNICOS ULTERIORES

El temor a los bandidos, que había realizado la síntesis de todas las causas de inseguridad y provocado el gran pánico, no desapareció cuando se comprobó que los bandidos no llegaban, pues en realidad subsistían los motivos que habían hecho creíble su aparición: el periodo crítico de la cosecha se prolongó por lo menos hasta fines de agosto y sus consecuencias —la escasez, la desocupación, la miseria y la mendicidad— continuaron con sus estragos por un período más largo todavía, aunque la primera empezó a ceder con la trilla del otoño. En agosto de 1789 la municipalidad de París cerró los talleres de caridad y trató de reexpedir a sus provincias a los obreros de Montmartre cuya reputación era tan molesta. Y, sobre todo, el complot aristocrático siguió sobre el tapete: se lo negó y se recriminó duramente a los revolucionarios por haber creído en él. Sin embargo, hoy sabemos que tenían buenas razones para temer: ya en julio de 1789 la corte preparaba un golpe contra la Asamblea, a fines de 1789 se constituían secretamente algunas ligas contrarrevolucionarias en las provincias y simultáneamente los emigrados y el mismo Luis XVI procuraban conseguir en el extranjero el apoyo de los ejércitos monárquicos. De modo que si se tiene en cuenta el estado general de la opinión, no sorprende que ocurrieran numerosas alarmas locales en las semanas posteriores al gran pánico.

El 14 de agosto el Comité de Senlis desmintió el rumor parisiense de que dos mil bandidos se habían reunido en los bosques. El 15 hubo un pánico en Montdidier y el 22 en Rambouillet, donde se decía que “los bandidos recorrían la campaña”. El 5 hubo una alerta en Asnan, cerca de Clamecy; el 16 estalló otra en Orleáns cuando algunos segadores de Bacon, cerca de Coul-

miers, exigieron rescate al hijo de un negociante; el 7 Caen también soportó una alarma que poco después se difundió en el cantón de Thorigny; a comienzos del mes hubo un violento pánico al sur de Saint-Florentin, alrededor del bosque de Pontigny, y varios en Issy-l'Évêque y Toulon-sur-Arroux; la noche del 3 se esbozó una corriente en Bresse —que quizá venía de Toumus— y sólo se detuvo en Bletterans gracias a la sangre fría de Lecourbe, que impidió que se tocara a rebato; lo mismo ocurrió el 7 en las proximidades de Châtillon-de-Michaille, al este de Bugey, La noche del 9 de agosto hubo una gran alarma en Auvernia, por el lado de Champagnac; el 6 se desató otra en La Queuille. El 5, cuando algunos segadores de Civray creyeron ver que la culata y el cañón de un fusil sobresalían de una carreta, sembraron el terror en la población. La noche del 10 volvió a sonar la alarma en Beaulieu (Périgord) y durante el día en Castenaul-de-Montmirail (al noroeste de Gaillac). El 22 los obreros de las salinas de Pecquais desataron el pánico en Vauvert y el 15 la municipalidad de Saint-Girons decidió solicitar informaciones puesto que “adquiere cierta consistencia el rumor que anuncia el desembarco de diez mil hombres de guerra en Barcelona y su avance hacia la Cataluña española, limítrofe con la Cataluña francesa”. También hubo pánico en Aix cuando se habló de que una banda de asaltantes había salido de Marsella. Sin embargo, todas esas convulsiones fueron sólo locales porque la experiencia de julio había disminuido la credulidad popular y sobremodo porque la recolección de cosecha había terminado.

La documentación que poseemos indica que las alarmas cesaron poco después de estos incidentes, y reaparecieron cuando se preparaba la cosecha de 1790, lo que destaca la enorme importancia que este factor tuvo en la preparación del gran pánico. El 16 de julio un grupo de campesinos se dirigió a una abadía próxima a Guisa donde se suponía que se escondían armas y municiones. De inmediato se dijo que los bandidos devastaban los

sembrados de la región. El pánico se propagó hacia Ribemont y llegó a Laon a las ocho de la noche; avanzó hacia el noroeste a través de Thiérache y llegó a Rethel, y desde allí se difundió por toda la región de Porcien hasta alcanzar a Rimogne y Rocroy, cerca del Ardenne. El 12, un incidente que no conocemos sembró la alarma en Vézélise y de este lugar se dirigió hacia Nancy y Lunéville. El 17 el pánico apareció en Aboncourt, en el bailiazgo de Amont. No tenemos datos suficientes para vincularlo con el de Vézélise, pero es posible que existiera alguna relación, entre ellos. Tres semanas después, un violento pánico puso en evidencia otro de los factores esenciales de estas convulsiones; el temor que inspiraban las maquinaciones de la aristocracia. A fines de julio se supo que las tropas austríacas avanzaban para sofocar una sublevación en los Países Bajos y en virtud de la convención de 1769, el gobierno de Luis XVI las había autorizado a atravesar el territorio francés. Las poblaciones de éste creyeron que la revolución de los Países Bajos era sólo un pretexto y que en realidad el ejército imperial tenía por misión aplastar la Revolución Francesa. El 3 de agosto en Cheppy (cerca de Varennes) corrió la voz de que uno de los destacamentos imperiales estaba cerca; es probable que el rumor proviniera de que se hubiera tomado por alemanes a una patrulla de Bouillé. Sea como fuere, corrió como reguero de pólvora la noticia de que se quemaban o saqueaban los sembrados, y mientras algunas veces se atribuían tales desmanes a los austríacos en otras ocasiones se hablaba de bandidos. La alarma cundió en toda la región de Argonne, que pidió ayuda a todas partes; el 4 se envió un correo a Bar-le-Duc, que de inmediato puso en pie de guerra a todos los habitantes y se encargó de comunicar la novedad a Saint-Didier (el 5). Hacia el este la alarma pasó por Sainte-Menehould y llegó a Châlons y Reims; hacia el oeste, el 4 estaba ya en Verdun y Saint-Mihiel. Desde Verdun avanzó el 5 hacia Metz y Thionville y desde Woëvre hasta Longwy, todo el mundo estaba sobre alerta. Descendió el Mosa

(hasta Stenay) y el Aisne, de manera que desde Vouziers se difundió de nuevo en Porcien (Rimogne) y Thiérache (Rozoy y Montcornet). Igual que en 1789, esas alarmas provocaron muchas perturbaciones: el comandante de Stenay, que parecía sospechoso, fue amenazado; en Méigny-le-Grand forzaron la casa del señor del lugar para apoderarse de las armas, y en Aboncourt saquearon el castillo.

En 1791 reapareció en Varennes el temor de los bandidos y poco después de la fuga del rey, cundió idéntico pánico, en Trappes y Seine-et-Oise, el que llegó a Dréux el 24 de junio. Al año siguiente reapareció en Gisors, cuando se conocieron las novedades ocurridas el 10 de agosto, y más tarde todavía, el 20 de abril de 1793, un violento pánico se desató en la región de Caux hacia Yyetot, cuando cundió el rumor de que habían desembarcado los ingleses y que los bandidos pagados por los aristócratas se dedicaban devastar el país para favorecer su avance. Finalmente, en septiembre de 1793, una alarma agitó los alrededores de Meaux: la conocemos por una carta que Vernon, ex vicario episcopal de Seine-et-Marne dirigió a Chabot. Aunque la mención no es demasiado explícita, vale la pena reproducirla ya que es muy típica: “Hemos tenido una falsa alarma el lunes pasado (23 de septiembre). Cuarenta mil *sans-culottes* se reunieron con toda rapidez y si los aristócratas quisieron divertirse con esta maniobra es seguro que no lo repetirán. Han visto los violines con los que se les dará la alborada”. Estos ejemplos muestran que los pánicos continuaron mientras la Revolución estuvo en peligro y es probable que nuevas investigaciones descubran otros que se agregarán a los que acabamos de citar. A nuestro parecer esto confirma la explicación que enunciamos para el gran pánico de 1789.

CAPÍTULO XIX

LAS CONSECUENCIAS DEL GRAN PÁNICO

Durante el período del gran pánico, tanto en las ciudades como en el campo se produjeron muchas perturbaciones y movimientos políticos, a los que, aquellos que adoptan la tesis del complot, acusan de haberlo provocado. Y en realidad, no es fácil descubrir cuál fue su influencia propia. En primer lugar, no hay que unificar los días que separan al 20 de julio del 6 de agosto puesto que el pánico no estalló en todas partes al mismo tiempo; en segundo lugar hay que recordar que el temor a los bandidos y el gran pánico son distintos, y por último, conviene tener presente que la coincidencia no implica una relación de causa efecto, tal como se observa en las regiones que ya estaban perturbadas antes de que estallara el pánico. Esta observación vale también para las zonas próximas al escenario mismo de las revueltas, tales como Bresse, que padeció intensa alarma durante las jornadas del pánico: en Vonnas, los campesinos saquearon el castillo de Beost el día 26 y en Thoissey destruyeron los registros de derechos señoriales y el 27 lo hicieron en Pont-de-Veyle; el 28 los habitantes de Arlay reclamaron los títulos de propiedad a la duquesa de Brancas. Pero ya algunos días antes la fermentación había engendrado incidentes análogos a la entrada de Bourg y Romenay, y cuando muy cerca de allí Mâconnais daba el ejemplo, nada permite afirmar que no se lo hubiera imitado si el pánico no hubiera sobrevenido. Esta observación se confirma por el hecho de que las perturbaciones continuaron en las regiones que no sintieron pánico lo mismo que en las que lo experimentaron. Por lo tanto, no pueden atribuírsele las revueltas del 3 y 4 de agosto en Ruán, ni las que conmocionaron a las municipalidades de Fumay, Marienbourg y Givey a fines de julio o comienzos de agos-

to, ni tampoco la creciente independencia —a veces manifestada con violencia— de que daban muestra los campesinos de Lorena, Henao y Cambrésis ante los diezmeros y los señores. Además, hay que agregar que en las ciudades el pánico contribuyó a limar asperezas con vistas a la defensa común y que casi siempre suspendió o atenuó los conflictos municipales en lugar de provocarlos. Por último debemos repetir una vez más que la formación de comités y el armamento popular comenzaron mucho antes que el pánico y es un error suponer que, después que ocurrió, todas las aldeas tenían ya una milicia, pues muchas esperaron hasta la proclamación del 10 de agosto y algunas sólo tuvieron guardia nacional en 1790.

Pero estas reservas no disminuyen la indudable influencia del gran pánico. Como en la mayoría de los casos los comités y las milicias de las ciudades estaban en estado embrionario o sólo existían en el papel, aceleró la organización de los comités y les dio oportunidad de actuar, así como obligó a las milicias a reunirse y procurarse armas y municiones. También gracias al pánico penetró en los pequeños burgos de campaña y en las aldeas la idea del armamento. Además, creó lazos de solidaridad entre las ciudades y las regiones circundantes y entre las ciudades entre sí, hasta el punto de que en varias provincias se podría hacer remontar a fines de julio de 1789 el origen de las federaciones. Pero tampoco hay que exagerar: cuando se anunciaba la llegada de los bandidos, muchos pensaban sólo en huir, había pocas armas y la mayoría de los milicianos carecían de fusiles; en sus expediciones los campesinos estaban armados únicamente con palos o con sus instrumentos de labranza, el cansancio llegó muy rápido y se dejó de hacer la guardia, y tampoco se pensó en instruir a los soldados-ciudadanos. Sin embargo, es muy importante la reacción provocada por el pánico desde el punto de vista nacional, pues fue un esbozo de reclutamiento en masa, y durante esta primera movilización general, hubo muchas ocasiones para que se

manifestara el espíritu guerrero de la Revolución, especialmente a través de divisas que preanuncian 1792 y el año II. En Uzerche los milicianos se pusieron una insignia que decía “Vencer o morir” y en Besançon cincuenta jóvenes del célebre barrio de Battant formaron una compañía cuya bandera tenía la siguiente inscripción:

Cuando los viejos abandonen

Los jóvenes seguirán.

Pero esos sentimientos de unidad y de orgullo nacional son inseparables de la efervescencia revolucionaria: si el pueblo se levantó fue para desenmascarar el complot del que los bandidos y las tropas extranjeras no eran más que meros instrumentos, y para derrotar a la aristocracia. Y las tumultuosas reacciones que provocó el gran pánico ejercieron también una profunda influencia sobre el conflicto social: el Tercer Estado manifestó con gran energía la solidaridad de clase entre sus miembros y adquirió una conciencia más clara de su propia fuerza. La aristocracia no lo ignoró, y el 28 de julio, el administrador de la duquesa de Brancas escribió desde Arlay a su señora: “Madame, el pueblo es el amo; es ya demasiado consciente y sabe que es el más fuerte”.

Frecuentemente el gran pánico se volvió contra los nobles y el alto clero, a los que se acusaba de instigarlo. Aunque a veces no se hacía más que murmurar o amenazar —como ocurrió en Saint-Girons con el señor de Terssac, que continuó circulando tranquilamente entre la muchedumbre, a la que se impuso por su serenidad—, en otros casos ya se estaba a punto de atacarlos. Por ejemplo, el señor de Josses, presidente del Parlamento de Paul corrió peligro el 7 de agosto en Bagnères-de-Bigorre, y el 2 fue atacada en Saint-Affrique la morada del señor de Montcalm, diputado noble que había abandonado la Asamblea. Pero también ocurrieron muchas vejaciones: los campesinos de Montdidier

obligaron a los nobles a ponerse la escarapela y a gritar “Viva el Tercer Estado”. Pero éste no fue el único caso: se multiplicaron las visitas a los castillos, que parecían más sospechosos que nunca, y el 31 de julio se decía en Mauriac que el castillo del señor de Epinchal escondía a varios personajes importantes, y lo mismo se repetía en Nivernais, en Allemans (Agenais) y en Asnan (Toulousain). Además, era necesario alimentar, dar de beber y distribuir algo de dinero a los soldados. Se amenazó con incendiar algunos castillos —por ejemplo el de Chauffailles en Forez— y otros fueron saqueados —el del obispo de Cahors en Mercueis, y el 24, el del caballero de la Rouandiére en Saint-Denis-d’Anjou—. En Frétoy (Picardía) los campesinos dirigidos por un ex soldado nativo de la región y ex lacayo del señor que había llegado el día antes de Berry —donde era guarda de caza— de paso para la capital, revisaron todo el castillo tratando de encontrar el trigo que según se decía se había ocultado allí. En distintos lugares los campesinos exigieron que les devolvieran los fusiles que se les habían confiscado, o masacraron las palomas, o reclamaron el abandono de los derechos señoriales, tal como pasó en La Clayette —cerca de Forez— y en Baignes (Saintonge). Pero si bien es evidente la vinculación entre estos hechos y los que precedieron al pánico, muchas veces se los ha exagerado; por ejemplo Taine habla de nueve castillos quemados, en Auvernia y en realidad no se prendió fuego a ninguno. En la mayoría de las ciudades los incidentes no parecen muy graves si se los compara con la potencia del movimiento, aunque es verdad que, como se desataban poco después de las grandes revueltas agrarias, contribuyeron a aterrorizar definitivamente a la aristocracia.

Taine dio gran notoriedad al incidente ocurrido en Secondigny, burgo del Poitou situado al sur de Parthenay, pero el sumario del proceso demuestra con toda claridad que el querellante, Desprès-Monpezat, fue sólo víctima de su torpeza y de su im-

prudencia. El 23 de julio muy temprano, recibió una carta del subdelegado de La Châtaigneraie donde se le anunciaba la llegada de los bandidos. Rápidamente hizo sonar la alarma y autorizó a su asistente para que fuera a reunir a los leñadores del bosque vecino. Luego volvió a su casa y no se movió de ella. Los obreros acudieron con su capataz y el guarda del conde de Artois para unirse a los habitantes del lugar, pero pasó la mañana y nadie les informó nada. Finalmente fueron a casa de Desprès, que estaba almorzando y les prometió ir en seguida al burgo, pero como no lo hizo, los ánimos se caldearon. Se pensó en una traición, pues se sabía que cuando se habían elegido los diputados de la nobleza ante los Estados Generales, Desprès —y algunos otros— habían sido designados para mantener informados a los nobles. Además, “corrió el rumor de que se quería asesinar a un obrero”. En síntesis, hacia las cuatro Desprès vio llegar a la muchedumbre furiosa. “¡Ah!, señor síndico, señor corresponsal de la nobleza, os hemos pescado... ¿Sois del Tercer-Estado?... Nos habéis hecho esperar, pretendéis burlaros de nosotros y hacernos perder nuestro tiempo. Pues bien, queremos que se nos pague”. Tuvo que ponerse la escarapela y se le arrastró hasta la casa del notario Escot, donde tuvo que firmar una renuncia a los privilegios fiscales. Luego contó, no sin retórica, que se le había vapuleado, y no es difícil creerlo. Dijo, que los obreros habían asegurado que el guarda Talbot poseía “una carta” en la que se incitaba a “perseguir a todos los gentileshombres de campaña y masacrar sin lástima a todos los que se negaran a abdicar de sus privilegios, así como a quemar y saquear sus castillos, prometiéndoles no sólo que no se les castigaría por estos crímenes sino también que serían recompensados por ellos”. Este detalle pone de manifiesto el mismo estado de ánimo engendrado por las *jacqueries*, y al que el gran pánico daba una ocasión de expresarse. Desprès siguió hablando del complot y acusó al notario Escot y a un sastre llamado Gigaut. Estos fueron arrestados y declararon que Desprès es-

taba enojado con ellos, y que los había calumniado para vengarse. Pero todo lo que consta en el informe es que habían dicho cosas que contribuyeron a excitar a sus auditores. Por ejemplo, Escot, que venía a Niort, había dicho que allí se había masacrado a un gentilhombre que se había negado a firmar una renuncia semejante, y Gigaut, que volvía de Nantes, había agregado que los castillos eran quemados y saqueados con permiso del rey y que había que imitar ese ejemplo. Gigaut dijo también que había ido a Nantes para “ingresar como francmasón” y Roux en su *Histoire de la Révolution dans la Vienne* utilizó este dato como prueba de que el sastre era un agente de los jefes revolucionarios. Aunque no estaba en la miseria, Gigaut no era de los que habitualmente eran admitidos en las logias y su afirmación da que pensar. Sin embargo, el preboste que lo interrogó, que no era partidario de la Revolución, no lo tomó en cuenta. En síntesis, Desprès quedó a mano con el pánico y debió echarse la culpa a sí mismo, no a los otros.

El 2 de agosto, cuando los campesinos del dominio de la condesa de Broglie fueron a su castillo de Ruffec no le causaron ningún daño y la molesta aventura terminó cuando les restituyeron los fusiles confiscados. Menos suerte tuvo Paulian, director de recaudaciones en Baignes, Saintonge: el 30 de julio la muchedumbre enardecida por el pánico saqueó las oficinas y destruyó su mobiliario personal, y el conde de Montausier, que procuró interponerse, fue obligado a renunciar a sus derechos. Más lamentable todavía fue lo que le ocurrió al barón de Drouhet, héroe de la tragicomedia de Saint-Angel en Lemosin, conocida en muchas partes de Francia. El 1.º de agosto ocurrió una alarma local y el noble se puso a la cabeza de sus vasallos para acudir a ayudar a Saint-Angel, que temía la llegada de los bandidos. Drouhet hizo un alto en el camino y esperó a las autoridades de la ciudad que fueron a investigar y cuando se hubieron explicado el noble fue a almorzar con ellas mientras la tropa acampaba en

el lugar. Pero los habitantes de Saint-Angel siguieron desconfiando de las intenciones de este aristócrata y no tardó en estallar un movimiento. Los hombres de Drouhet huyeron, salvo algunos que fueron hechos prisioneros, y se quiso masacrar a su jefe y al barón de Belinay, que había ido a su encuentro. La única forma de salvarlos fue enviarlos atados a Meymac, donde se descubrió que había idéntico peligro y hubo que trasladarlos a Limoges. El trayecto fue muy penoso, pues la gente estaba persuadida de que veían pasar a los jefes de los bandidos. En Limoges se los puso en prisión y aunque el Comité reconoció inmediatamente su inocencia, no se atrevió a liberarlos. El 12 de agosto apareció un folleto en Aurillac donde se celebraba “la victoria de los auverñeses sobre los aristócratas”. Drouhet tuvo que publicar un manifiesto para disculparse y sólo se le dejó en libertad el 7 de septiembre por orden de la propia Asamblea Nacional.

Aunque estas perturbaciones causaron daños, no devastaron provincias íntegras como habían hecho las *jacqueries* anteriores al gran pánico, ni tampoco causaron muerte alguna. Pero desgraciadamente no siempre fue así: el gran pánico provocó tres asesinatos y desencadenó la *jacquerie* del Delfinado.

Las muertes ocurrieron en Ballon (Maine) y en Pouzin (Vivaraís). El 23 de julio el pueblo de Ballon masacró a Cureau y a de Montesson, a los que había ido a buscar a Nouans. Cureau, lugarteniente del alcalde de Mans, tenía fama de acaparador, y de Montesson, diputado de la nobleza, había renunciado a la Asamblea y ya el 18 casi había sido echado al agua en Savigné. En Pouzin mataron a d'Arbalétrier, un oficial de marina que el 29 había ido desde Loroil para ver a un amigo y había dicho que la alarma era falsa. Por desgracia se desató una segunda alarma y la gente creyó que él había querido engañarlos para favorecer a los bandidos. Al sentirse amenazado sacó su espada pero fue dominado. Se le arrestó para salvarlo, pero la muchedumbre lo sacó de la prisión y lo mataron. Estos son los únicos homicidios ocu-

rridos durante las revueltas agrarias y el gran pánico de los que han quedado rastros. En las obras de Taine y en algunas otras reaparece el nombre del señor de Barras, que habría sido despedazado en Languedoc. Estos relatos se basan en la segunda carta de Lally a sus electores pero en ella no aparece el nombre del lugar en que habría ocurrido tal asesinato, y no hemos logrado saber quién era ese gentilhombre, dónde vivía y si realmente había sido víctima de un crimen. Llama la atención que en los documentos de aquella época no se haga ninguna mención del hecho, y como se habló de tantos atentados que nunca se realizaron podemos admitir que el corresponsal desconocido de Lally se equivocó y exageró.

En cuanto a la *jacquerie* del Delfinado, puesto que Conard la relata con todo detalle en su libro sobre la *Peur en Dauphiné* nos limitaremos a resumirla. El 27 de julio el pánico de Pont-de-Beauvoisin provocó una reunión de campesinos en Bourgoin. Pasaron toda la noche en la calle y no tardaron en enfurecerse y acusar a los nobles de haber difundido el pánico para vejarnos haciéndoles perder su jornada. Puesto que estaban reunidos, había que aprovecharlo para vengarse de ellos, pues jamás se presentaría otra ocasión semejante. El 28 por la mañana marcharon hacia el oeste de la ciudad y fueron a quemar el castillo del presidente de Vaulx. Después se dividieron y sublevaron a su paso a todas las aldeas. El 28 y el 29 todos los castillos situados a lo largo del Bourbre y al oeste del río estaban en llamas. Los lioneses intervinieron para limitar los desmanes, pero los campesinos siguieron hasta el Ródano y en su margen meridional incendiaron todos los castillos, entre los cuales el más hermoso era el del barón de Anthon. El 30 pasaron al este del Bourbre y siguieron hasta llegar frente a Lagnieu. Allí los lioneses, que habían acudido por segunda vez en auxilio de Crémieu, los derrotaron y lograron salvar el monasterio de la Salette. Mientras tanto las revueltas se multiplicaban desde Bourgoin hasta el Ródano y el Guier, pero

fueron menos graves y no hubo ningún incendio. También allí intervinieron los lioneses, que luego de algunas escaramuzas en Salignon y Saint-Chef (el 31), alejaron a los campesinos. La rebelión se extendió también hacia el sudoeste: el 31 le tocó el turno al castillo del presidente de Ornacieux; siguió avanzando hasta cerca de Péage-de-Roussillon y el 3 de agosto allí mismo hubo que salvar al castillo de Terre-Basse; también llegó a Lens-Lestang y la noche del 31 de julio quemaron el castillo de Saône. Hacia el sureste los campesinos fueron contenidos por la milicia de Grenoble que había avanzado hasta Virieu, pero como el 1.º de agosto se retiraron las tropas, la rebelión cundió por los alrededores de la ciudad. Ya no se quemaron los castillos pero los incidentes se multiplicaron hasta el 9. La *jacquerie* del Delfinado igualó o superó en gravedad a la del Mâconnais. El procurador general Reynaud declaró que habían sido atacados ochenta castillos y nueve de ellos, quemados.

Podemos concluir, entonces que el gran pánico tuvo consecuencias más graves en el campo que en las ciudades; precipitó la ruina del régimen señorial y agregó una nueva *jacquerie* a las que lo habían precedido, y sus rasgos más notables pertenecen a la historia del campesinado.

CONCLUSIÓN

El gran pánico nació del temor al “bandido”, que se explica por las circunstancias económicas, sociales y políticas en que se encontraba Francia en 1789.

En el antiguo régimen la mendicidad había sido una plaga de la campaña, y a partir de 1788 la desocupación y la carestía de los alimentos la agravaron, pues las innumerables revueltas provocadas por la escasez aumentaron el desorden ya existente. También contribuyó la crisis política, ya que sobreexcitó los ánimos e hizo a los franceses más turbulentos. Se veía un “bandido” en cada mendigo, vagabundo o sublevado. Si en todas las épocas la temporada de la cosecha había sido un período de preocupaciones, en aquel momento se convirtió en algo temible y las alarmas se multiplicaron en su transcurso.

Al comenzar la cosecha, el conflicto que enfrentaba al Tercer Estado y a la aristocracia (sostenida por el poder real) y que ya en varias provincias había impreso un carácter social a las revueltas del hambre se convirtió de golpe en guerra civil. La insurrección parisién y las medidas de seguridad destinadas a expulsar a la gente indeseable de la capital y de las grandes ciudades generalizaron el temor a los bandidos en el mismo momento en que se esperaba ansiosamente el golpe que los aristócratas vencidos, ayudados por los extranjeros, asestarían al Tercer Estado para vengarse de él. No se dudó ni un momento de que habían pagado a los bandidos y de este modo la crisis económica y la crisis política y social multiplicaron sus efectos, crearon el mismo terror en todos los ánimos y permitieron que ciertas alarmas locales se propagaran a través del reino. Pero si bien el temor a los bandidos fue un fenómeno universal, no pasó lo mismo con el gran pánico y es un grave error confundirlos.

En la génesis del gran pánico no aparece ningún indicio de complot. Si bien el miedo a los vagabundos no carecía de fundamento, el bandido aristócrata era un mero fantasma. Es cierto que los revolucionarios contribuyeron a evocarlo, pero lo hicieron de buena fe, y si difundieron el rumor de un complot aristocrático fue porque creían en él. Pero exageraban sus dimensiones, ya que sólo la corte pensó efectuar un golpe contra el Tercer Estado y al ejecutarlo demostró una penosa incapacidad. Sin embargo no cometían el error de subestimar a sus adversarios, y como les atribuían la energía y la resolución que ellos mismos poseían, tenían razón al temer lo peor. Además, para conseguir el apoyo de las ciudades no tenían necesidad de recurrir al gran pánico, puesto que la revolución municipal y el armamento de las ciudades fueron anteriores, y éste es un argumento irrefutable. En cuanto al pueblo miserable que en las ciudades y en la campaña se agitaba detrás de la burguesía, hacía que ésta se sintiera muy inquieta. La burguesía podía esperar cualquier cosa de sus accesos de desesperación y la Revolución sufrió bastante a causa de ellos. Si parece bastante natural que sus enemigos la acusaran de haber empujado a los pobres a derrocar el antiguo régimen y sustituirlo por otro nuevo donde ellos reinarían, también parece natural que la burguesía sospechara que la aristocracia fomentaba la anarquía para impedirle que se instalara en el poder. Además es evidente que el temor a los bandidos fue un excelente pretexto para armarse contra la realeza sin confesarlo, pero el mismo rey había recurrido a idéntico argumento para enmascarar sus preparativos contra la Asamblea. En cuanto a los campesinos, la burguesía no tenía el menor interés en que desataran las *jacqueries* para echar por tierra el régimen señorial, y las actuaciones de la Asamblea Constituyente no tardarían en demostrarlo. Pero aun si hubiera pensado lo contrario, debemos repetir una vez más que no necesitaba el gran pánico, pues las *jacqueries* comenzaron antes que éste.

Sin embargo, de ningún modo podemos llegar a la conclusión de que el gran pánico no ejerció la menor influencia sobre los acontecimientos y que, para hablar como los filósofos, sólo fue un epifenómeno. El pánico provocó una vigorosa reacción, donde por primera vez se manifestó el ardor guerrero de la Revolución y permitió que la unidad nacional se expresara y se fortaleciera. Después, y sobre todo en la campaña, esta reacción se volvió contra la aristocracia, pues al reunir a los campesinos les dio conciencia de su fuerza y fortaleció el ataque que arruinaría al régimen señorial. Por lo tanto, no sólo el carácter particular y pintoresco del gran pánico merece retener nuestra atención, sino también el hecho de que contribuyó a preparar la noche del 4 de agosto y por eso mismo constituye uno de los episodios más importantes de la historia francesa.

APÉNDICE

[*Anuncio manuscrito que un tal Gaillard publicó
en Beaurepaire en Bresse*].

[Archivos nacionales, D^{xxix} 90, expediente, Oudin].

Queja presentada ante Versalles por un desconocido de Borgoña el 28 de abril de 1789 sobre las injusticias que los señores de la justicia cometen contra el pueblo humilde, que además es engañado con actos, obligaciones, cédulas y otros medios con errores y cohechos usurpadores.

1.º) Que todos los señores que han exigido a sus súbditos derechos indebidos sean obligados a devolverlos legítimamente así como los gastos ocasionados por esta causa.

2.º) Que todos los procedimientos iniciados se arreglen amigablemente o por la intervención de expertos de la región que tienen conocimientos más adecuados que los ahogados de las ciudades.

3.º) Que todos los usureros que han exigido sumas que no se les debían además del interés de su dinero sean obligados a devolverlas.

4.º) Que todas las tierras sin cultivar sean entregadas a los pobres que carecen de ellas y que sino se lo hiciera sus derechos sean transferidos al servicio de Su Majestad y de la comunidad.

5.º) Puesto que el rey no puede conocer todo lo que ocurre, sólo puede ser informado por nosotros; sobre estos abusos para corregir sus defectos.

6.º) Ordenamos al alcalde del lugar, a los curas y soldados de la guardia pública, de acuerdo con la intención del rey, que se

ocupen de resolver los diferendos de la manera más justa para liquidar Coda las dificultades.

7.º) Este decreto no pudo ser impreso en Versalles por falta de tiempo.

8.º) Se podrá transcribirlo de inmediato en todos los lugares que ha menester, tal es la orden del ministro.

Aprobado por nos, abajo firmantes, según lo ordenado por Su Majestad en Versalles el 28 de abril de 1789.

[firmado]: Latouche

[El escrito lleva un recuadro de una línea y un filete. Por debajo del recuadro, con oír letra se agrega la recomendación siguiente:]

Los regidores procurarán que él tal Laret pase a la parroquia vecina.

[A la derecha, la autoridad judicial y el inculpado autenticaron la pieza:]

Foliado y controlado *ne varietur* por nos, asesor de la guardia pública de Chalon, firmado el día de hoy, seis de septiembre de mil setecientos ochenta y nueve habiendo firmado también el tal Gaillard.

[firmado]: Charles Gaillard Beaumée

ADDENDUM

A propósito del temor que inspiraban los habitantes de los bosques (pág. 31) así como de los primeros pánicos (págs. 71-72) citemos la ordenanza del teniente civil y criminal del bailiazgo de Bellesme^[1] de fecha 17 de junio de 1789 que está incluida en las deliberaciones de la municipalidad: “Puesto que hemos recibido un aviso y nosotros mismos hemos visto a unos cuatrocientos individuos del bosque de esta ciudad armados con hachas y otros instrumentos solicitemos a la guardia pública ‘que avance a caballo de inmediato para mantener el buen orden en la ciudad y dispersar a esa banda’”.

Pánico de Nantes, de Mauges y del Bocage de la Vendée (págs. 200-201 y 239-240). La fecha del 20 de julio de 1789 figura en el registro de las deliberaciones de la municipalidad de Nantes pero no se hizo ningún proceso. H. Diné (*La Grande Peur dans la généralité de Poitiers*, París, 1951) incluyó en el apéndice de su obra varios documentos y dos descripciones que completan la breve referencia de Mellinet sobre el pánico de Nantes. Respecto de este pánico y de su origen político, yo hubiera debido agregar que la crisis bretona de 1788-1789 explica los temores de la población ante el supuesto avance de los dragones encargados de imponer el orden: el Tercer Estado de Nantes había tomado posición con gran energía contra la nobleza y la juventud envió un destacamento para sostener en Rennes al partido patriota.

H. Diné recuerda en la pág. 58 que Châteaubriant sufrió el pánico el 22 de julio cuando se dijo que los bandidos estaban al sureste de la ciudad. Esto implica que el pánico de Nantes pudo propagarse al norte del Loira, cosa que yo ignoraba. Pero también podría ser que el incidente de Châteaubriant fuera un eco

del pánico del Maine, pero en tal caso el 22 de julio parece una fecha muy prematura.

Al sur de Nantes, Diné tampoco encontró el menor rastro de pánico antes de Clisson, lo que quizá se deba a la destrucción de los archivos locales. Para ilustrar el caso de Clisson reproduce una carta de un habitante de Airvault^[2] que atribuye el tumulto a un combate entre contrabandistas y agentes fiscales. Sin embargo, no se trata de un testigo ocular. Pueden emitirse dos teorías: o que estas perturbaciones sirvieron de relevo al pánico que provenía de Nantes, o que el pánico de Clisson diera origen a los de Mauges y el Bocage.

Sobre la propagación de esta última corriente Diné ha descubierto en los archivos locales varias indicaciones que concuerdan con las mías (véase *A.H.R.F.*^[3], 1952, pág. 423).

Pánico del Maine (págs. 205, 241-245). Sobre la rebelión campesina del *Bocage* normando, Bouloiseau y A. de Lestapis han publicado dos cartas, una que se refiere a Vidouville, cerca de Saint-Lô, y la otra a Thorigny (*A.H.R.F.*, 1953, pág. 354, y 1955, pág. 161).

Hasta ahora las últimas investigaciones sobre el origen de esta corriente no han obtenido ningún resultado. He podido verificar que en La Ferté-Bernard y Nogent-le-Rotrou han desaparecido las deliberaciones municipales de 1789. Puesto que nada ha venido a confirmar el papel que se podría asignar al bosque de Montmiral, el pánico del Maine parecería ser el contragolpe de las perturbaciones provocadas por la escasez en los mercados del Eure y del Avre.

Una carta del 23 de julio (*A.H.R.F.*, 1935, pág. 258) parece confirmar qué pasó entre Nogent-le-Rotrou y Brou, lugar situado al oeste de Châteaudun y desde donde la noticia pudo propagarse hacia Blois y Orléans.

El artículo de F. Domic (*A.H.R.F.*, 1951, pág. 162) sobre *Le massacre de MM. Cureau et de Montesson à Ballon, le 23 juillet 1789*, explica por qué era detestado Cureau como manufacturero. En este caso el pánico, al provocar la concentración de los habitantes, no puso en evidencia tanto la hostilidad contra la nobleza como el conflicto de clases que germinaba en el Tercer Estado.

Pánico del Este y del Sudeste (págs. 121, 224, 245-258). Para Lorena cf. C. Constantin, *L'Evêché du département de la Meurthe*, t. I (1936),

Los artículos de J. Palou, *La Grande Peur dans les Hautes Alpes y La Grande Peur dans l'Oisans* (*A.H.R.F.*, 1952, pág. 502, y 1955, pág. 50) demuestran que en la región alpestre el origen del pánico era doble: las corrientes que venían del valle del Ródano se unieron a las que provenían de la frontera. A partir del 24 de julio se anunció en el Alto Durance una inminente invasión de tropas sardas que vendría por el mente Genève y es posible que a este temor ante el extranjero se agregara el que provenía del recuerdo de los *barbets*, los contrabandistas rebeldes de la montaña. Desde Briançon la noticia llegó a Gap y se difundió en Ubaye. La noche del 31 hubo una nueva alarma en Briançon que desde Guillestre en el Queyras pasó por la garganta de Izoard y llegó de nuevo al Ubaye. A través de Guisanne y Gap alcanzó Lautaret y penetró en Oisans (La Grave, 31 de julio), y luego descendió hacia el Maurienne. De manera que Gap soportó dos conmociones: el 29, por un rumor que venía desde Drôme pasando por Serres, y el 30, por el que provenía del Alto Durance. También esta ciudad fue un punto de convergencia y un centro de difusión: por el Drac, el terror de los Alpes repercutió hasta Grenoble.

Se puede consultar también el artículo de J. Palou, *La Grande Peur à Seyssel* (*A.H.R.F.*, 1951, pág. 190, basado en A. Dufournet, *Seyssel sur le Rhône et ses environs*, 1937); E. Vellay, *La Grande Peur à Saint-Rémy de Provence* (*A.H.R.F.*, 1936, pág. 357) y G.

Lefebvre, *La Grande Peur dans le Var*, (A.H.R.F., 1935, pág. 256, referido a L. Cappatti, *La Révolution française et le consul de France à Nice*, artículo publicado en el *Eclaireur de Nice*): como el pánico afectó a Cannes y Antibes, los habitantes se refugiaron en Niza el 3 de agosto.

Sobre la revuelta del Mâconnais hay un importante estudio de F. Evrard, *Les paysans du Mâconnais et les brigandages de juillet 1789*, en *Annales de Bourgogne*, 1947.

Pánico del Clermontois (págs. 202, 258-261). El artículo de L. Jacob sobre *La Grande Peur en Artois* se publicó en A.H.R.F., 1936.

Esta corriente entró en el valle del Lys en Merviile no sólo por Betrune sino también por Saint-Pol y afectó al Flandes valón tanto al norte como al sur. La noche del 27 al 29 alarmó a Templeuve (G. Lefebvre, *La Grande Peur dans la région lilloise. Revue du Nord*, 1938).

Pánico de Champaña meridional (págs. 204, 262-266). Entró en contacto con el pánico que provenía de Ruffec por intermedio de Bourges, cuya municipalidad, que ya había sido avisada por la de La Châtre, respondió que, puesto que ella misma estaba amenazada desde Sancerrois, no podía acudir en su auxilio.

El pánico de Clamecy ha sido descrito —aunque sin indicar fecha— por M. Duviquet en *Souvenirs* (1773-1814), publicados por F. Massou en 1905.

Pánico del sudoeste (págs. 204, 267-275). Es casi seguro que el pánico de Ruffec nació el 27 de julio, pues por una parte el 28 se interrogó muy temprano al hombre que había anunciado la presencia de bandidos en el bosque vecino, y por otro lado, H. Diné, en la obra que citamos anteriormente, publicó en la pág. 108 un documento que asevera que en la noche del 27 ya había pánico en Saint-Germain (sobre el Vienne, al norte de Confolens), pues su síndico dio aviso a la municipalidad de Availles-Limousine, situada más al norte.

A. Pickford en una reseña sobre mi libro publicada en la *English historical Review*, 1933, pág. 482, se preguntaba si la alarma de Ruffec no era un relevo de la corriente del *Bocage* de Vendée, que había llegado hasta Saint-Maixent. Pero H. Diné no encontró el menor rastro de esta última corriente al sur del Sèvre en la región de Niort.

L. Peggaud, en su obra *De Charlotte d'Albret à Georges Sand* (La Châtre, 1948), relató al pánico de La Châtre tomando como base las deliberaciones municipales y algunos documentos inéditos. Por su parte, R. Bauthier (*Les Débuts de la Révolution à Aubusson*, en *Mémoires de la Société des sciences naturelles et archéologiques de la Creuse*, t. 29, (1946), reseña de A. Perrier, *A.H.R.F.*, 1948, pág. 376) ha demostrado que también esta ciudad fue un centro de difusión y que a través de su correspondencia con Bourges entró en contacto con la corriente de la Champaña meridional. La misma obra contiene varias observaciones y sugerencias sobre los detalles de la propagación en Berry: de La Souterraine a Guéret, a través de Dun-le-Palleteau (y no por Grand-Bourg como dije en la pág. 267); de Guéret a Evaux y Montluçon por Chambon; de Meymac a Ussel y Egletons. Estas indicaciones obligan a reflexionar sobre el entrecruzamiento de las corrientes locales que complica la propagación y puede volver ininteligible el proceso si no se lo estudia en conjunto. También Montluçon recibió la noticia de La Châtre por medio de Boussac (entre estos últimos lugares se encuentra Sainte-Sévère: J. Palou ha publicado el relato del cura Tolaire que se refiere a esta aldea en *A.H.R.F.*, n.º 2 de 1956).

Para el Bourbonnais, se encontrará un complemento en la reseña de J. Viplé sobre mi libro (*Bulletin de la Société bourbonnaise d'études locales*, 1935).

Sobre Villefranche-de-Rouergue (pág. 275): A. Coiffard, *La vie municipale à Villefranche-de-Rouergue pendant la Révolution, 1789-1795* (Villefranche, 1932). Esta ciudad recibió avisos simul-

táneos el 29 de julio, desde Limogne y Cahors al noroeste y de Caussade —a través de Caylus— desde el sudeste. El pánico fue muy violento el 30 y se prolongó hasta el 31.

F. Appolis, en una nota publicada en los [Annales historiques de la Révolution Française] *A.H.R.F.*, 1949, pág. 166, indicó que el pánico que se desató en Lodève el 2 de agosto (pág. 258: invadió el mismo día Saint-Guilhem-le-Désert, Saint-Jean-de-Fos y Monpeyroux, en su avance hacia Montpellier.

Pánicos ulteriores. J. Palou, *La peur à Laon*, 16 de julio de 1970, y *La peur de 1790 dans la Meuse* (carta del alcalde de Etain del 6 de agosto de 1790), en *A.H.R.F.*, 1948, pág. 358, y 1951, pág. 191.

En los *Souvenirs* del conde de Neuilly (1865) se habla de un pánico del 22 de julio de 1791 en el castillo de Vrécourt, cerca de Neufchâteau.

G. Lefebvre, *Une peur à Bellay en 1793* (*A.H.R.F.*, 1935, pág. 171, con referencia a L. Debost, *Les prisens de Bourg et de Lyon pendant la Terreur*): se temía a los rebeldes escapados de Lyon.

Se encontrarán referencias a diversas localidades en *A.H.R.F.*, (índice I, 1908-1918; índice II, 1919-1940); interrumpida entre 1941 y 1945, la publicación se reanudó en 1946 y desde entonces cada año tiene su índice.

BIBLIOGRAFÍA

I

1. La mayoría de los *documentos inéditos* que hemos utilizado provienen de los depósitos parisienses. En los Archivos Nacionales cabe citar en primer lugar la subserie D^{xxix}. Allí las investigaciones son fáciles puesto que los expedientes están clasificados por orden alfabético de localidades en las cajas 16 a 84 y por orden alfabético de apellidos en las cajas 86 y 91, y existe un inventario manuscrito que permite una rápida ubicación. Desgraciadamente muchos legajos están diseminados y no podemos dar aquí su numeración detallada. Son los que figuran en BB³⁰ 69, 79, 87, 159; C 83, 86 a 91, 134; D^{xxixbis} (principalmente la primera caja): D^{xlt} 2; Fl^a 401, 404, 420, 446; F⁷ 3647, 3648, 3654, 3672, 3679, 3685, 3686, 3690; F¹¹ 210, 1173-4; H 1274, 1438, 1440-2, 1444, 1446-7, 1452 a 1454, 1456, 1483-4; O¹ 244-5, 354, 361, 434, 485-6, 500; 579; Y 18765-6, 18787, 18791, 18795-6. Además existe el folleto numerado AD¹ 92: *Relation d'une partie des troubles de la France pendant les années 1789 et 1790*.

También hemos encontrado algunos documentos en los Archivos de Guerra (tomo v del inventario: Fondos diversos B, cajas LIV, LV y LVI) y en los de Relaciones Exteriores (Memorias y documentos, Francia, 1405 y 1406). En la Biblioteca Nacional consultamos el diario del librero Hardy (*Mes loisirs*, tomo VIII; Manuscritos, Fondo francés 6687), los periódicos, folletos y obras diversas que están enumerados en el *Catalogue de l'histoire de France* Lc², Lb³⁹, La³², Lk⁷. (En el caso de los folletos hemos utilizado la importante colección encuadrada conservada en la Biblioteca Universitaria de Estrasburgo bajo la clasificación D 120513).

También hemos encontrado numerosos legajos, documentos o indicaciones en: *Procès-verbal des séances et délibérations de l'Assemblée générale des Électeurs de Paris* (26 de abril - 30 de julio de 1789), redactado por Bailly y Duvevriér; *Recueil des procès-verbaux de l'Assemblée des représentants de la commune de Paris du 25 juillet au 18 septembre 1789*, tomo I; *Actes de la Commune de Paris pendant la Révolution*, publicados por S. Lacroix, tomo I; Chassin, *Les Élections et les Cahiers de Paris en 1789*, tomos 3 y 4; Lally-Tollendal, *Deuxième lettre à ses commettants*; A. Young, *Voyages en France* (edición Sée, 1931); Buchez y Roux, *Histoire parlementaire de la Rév.*, t. 4, 166-170; la reimpresión del *Moniteur*, t. 2, y los *Archives parlementaires*, t. 8; G. Bord, *La prise de la Bastille*, 1882; Forestié, *La grande peur*, 1911; Funck-Brentano, *Le Roi*, 1912; P. de Vaissières, *Lettres d'aristocrates*, 1906; Vingtrinier, *Histoire de la contre-révolution*, t. 1.º, 1924; Barruol, *La contre-révolution en Provence et dans le comtat Venaissin*, 1928; Santhonax, *La g. p.*, en *La justice*, número del 30 de octubre de 1887.

2. Para toda la primera parte nos limitaremos a citar las siguientes obras donde existen indicaciones bibliográficas: H. Sée, *La France économique et sociale au XVIII^e siècle*, 1925 (N.º 64 de la Collection A. Colin); *La vie économique et les classes sociales en France au XVIII^e siècle*, 1924; H. Lefebvre, *Les recherches relatives à la répartition de la propriété et de l'exploitation foncières à la fin de l'ancien régime* (*Revue d'histoire moderne*, 1928); *La place de la Rév. dans l'histoire agraire de la France* (*Annales d'histoire économique et sociale*, t. 1.º, 1929); *Les paysans du Nord pendant la Rév. française*, 1924; Schmidt, *La crise industrielle de 1788 en France* (*Revue historique*, t. 97, 1908).

3. Para la propagación de las noticias: J. Letaconnoux, *Les transports en France au XVIII^e siècle* (*Revue d'histoire moderne*, t. II, 1908-9); Rothschild, *Histoire de la poste aux lettres*, 1873; Belloc, *Les postes françaises*, 1886; Boyé, *Les postes, messageries et voitures publiques en Lorraine au XVIII^e siècle*, 1904; Bernard, *Essai historique sur*

la poste aux lettres en Bretagne depuis le XV^e siècle jusqu'à la Rév. (*Mélanges Hayem*, t. 12, 1929); Dutens, *Itinéraire des routes les plus fréquentées ou journal de plusieurs voyages aux villes principales de l'Europe depuis 1768 jusqu'en 1791* (1791).

4. *Principales correspondencias de los diputados*: Las recopilaciones realizadas ya en aquella época con el título de *Correspondance d'Anjou, de Brest, de Rennes, de Nantes* (la última falta en la Biblioteca Nacional) son útiles especialmente porque conservan las noticias locales y algunas cartas privadas, pues de las cartas de los diputados sólo han reproducido lo que se refiere a las sesiones de la Asamblea Nacional. Por lo tanto, es mejor remitirse a las publicaciones recientes: Bord, *Correspondance inédite de Pellegrin, député de la sénéchaussée de Guérande*, 1883; Tempier, *La correspondance des députés des Côtes-du-Nord* (*Bulletin et mémoires de la Société d'émulation des Côtes-du-Nord*, t. 26-30, 1888-92); *Corresp. de Boullé, député du Tiers État de Ploërmel* (*Revue de la Révolution*, t. 15, 1889); Corre y Delourmel, *Corresp. de Legendre, député de la sénéchaussée de Brest* (*La Révolution française*, t. 39, 1900); Esquieu y Delourmel, *Brest pendant la Rév.; corresp. de la municipalité avec les députés de la sénéchaussée* (*Bull. Soc. académique de Brest*, 2.^a serie, t. 32-33, 1906-7); Quériau-Lamerie, *Lettres de Maupetit* (*Bull. Comm. hist. de la Mayenne*, t. 17-21, 1901-5); *Lettres de Lofficial* (*Nouvelle revue rétrospective*, t. 7, 1897); Reuss, *Corresp. des députés de Strasbourg*, 1881-95; *Corresp. d'un député de la noblesse de la sénéchaussée de Marseille avec la marquise de Créquy* (*Revue de la Révolution*, t. 2, 1883); véase también G. Michon, *Adrien Duport*, p. 57 (carta de Barnave), y las obras de Hoffmann sobre Alsacia, Denis sobre Toul, Poulet sobre Thiaucourt, Forot sobre Tulle, Jardin sobre Bresse, Sol sobre Quercy, Vidal sobre los Pirineos orientales, citados más adelante.

II

Breves indicaciones sobre las regiones.

5. *Alrededores de París*: Marmontel, *Mémoires*, t. 3, p. 74 (1891); de Rosières, *La Rév. dans une petite ville*, Meulan, 1888; Le Faire, *Histoire de la ville de Corbeil*, 1902, y *Annales du pays de Lagny*, 1880; Domet, *Journal de Fontainebleau*, t. 2, 1890; Louis, *Huit années de la vie municipale de Rambouillet* (*Mémoires Soc. archéologique de Rambouillet*, t. 13, 1898); George, *Les débuts de la Rév. à Meaux* (*Revue Brie et Gâtinais*, 1909); Bourquelot, *Histoire de Provins*, t. 2, 1840; M. Lecomte, *Histoire de Melun*, 1910. Biblioteca de Provins, Colección Michelin, t. 1.º (Donnemarie); Le Menestrel, *Dreux pendant la Révolution*, 1929.

6. *Picardía*: *Délibérations de l'adm. munic. d'Amiens*, 1910, t. 2 y 3; de Beauvillé, *Histoire de Montdidier*, 1857, t. 1.º; Gonnard, *Essai historique sur la ville de Ribemont*, 1869; Fleury, *Famines, misère et séditions*, 1849; *Épisodes de l'histoire révolutionnaire à Saint-Quentin*, 1874; *La Thiérache en 1789* (*Revue La Thiérache*, t. 2, 1874); abate Pécheur, *Histoire de Guise*, t. 2, 1851; Coët y Lefèvre, *Histoire de la ville de Marle*, 1897.

7. *Artois*: Le Bibliophile artésien, *La Rév. à Saint-Omer*, 1873, Jacob, profesor del liceo Janson-de-Soilly prepara un trabajo sobre el pánico en Artois.

8. *Flandes, Henao y Cambrésis*: G. Lefebvre, *Les paysans du Nord pendant la Rév. française*, 1924, págs. 359-361.

9. *Champaña*: Chaudron, *La Grande Peur en Champagne méridionale*, 1923; de Bontin y Cornille, *Les volontaires et le recrutement de l'armée pendant la Rév. dans l'Yonne* (*Bull. de la Soc. des sciences historiques et naturelles de l'Yonne*, t. 66, 1912); Rouget, *Les origines de la garde nationale à Épernay* (*Annales historiques de la Révolution*, t. 6, 1930); abate Poquet, *Histoire de Château-Thierry*, t. 2, 1839; Guillemin, *Saint-Dizier pendant la période révolutionnaire* (*Mémoires de la Soc. de Saint-Dizier*, t. 4, 1885-6); Bouffet, *La vie municipale à Châlons-sur-Marne sous l'Assemblée Constituante*, memoria manuscrita en 1922, conservada en la biblioteca de Châlons: Paree, ar-

chivista de Yanne, *Rapport annuel*, 1907 (Thorigny); *Inventaire de la serie B*, n.º 901 (Champs).

10. Ardenas: Picard, *Souvenirs d'un vieux Sedanais*, 1875; Colli-net, *La g. p. h Sedan et la création de la garde nationale* (*Revue de l'Ardenne et de l'Argonne*, t. 11, 1903-4); Vincent, *Histoire de Vouziers*, 1902.

11. Lorena: Parisot, *Histoire de Lorraine*, t. 3, 1924; *Mémoires de Carré de Malberg* (*La Révolution française*, t. 61, 1911); Poulet, *Une petite ville de Lorraine à la fin du XVIII^e siècle et pendant la Rév.: Thiaucourt*, 1904; Pierrot, *L'arrondissement de Montmédy sous la Rév.* (*Mémoires de la Soc. de Bar-le-Duc*, t. 33, 1904); Pionnier, *Histoire de la Rév. à Verdun*, 1905; Braye, *Bar-le-Duc à la veille du meurtre d'A. Pellicier* (*Bull. de la Soc. de Bar-le-Duc*, t. 42-3, 1922); Aimond, *Histoire de la ville de Varennes-en-Argonne*, 1928; Denis, *Toul pendant la Rév.*, 1890; Bouvier, *La Rév. dans les Vosges*, 1885; Bergerot, *Remiremont pendant la Rév.* (*Annales de la Soc. d'émulation des Vosges*, t. 40, 1901); Beugnot, *Mémoires*, t. 1.º, p. 160, 1866.

12. Alsacia: Hoffmann, *L'Alsace au XVIII^e siècle*, 1906; Fues, *Die Pfarrgemeinden des Cantons Hirsingen*, 1879; Ehret, *Culturhistorische Skizze über das obere Sankt Amarinthal*, 1889; *Lettre de M. A. Moll sur les événements qui se sont passés à Ferrette*, 1879; d'Ochsenfeld, *Colmar pendant la Rév.* (*Revue de la Révolution*, t. 3 y 4, 1884); Reuss, *Le sac de l'hôtel de ville de Strasbourg*, 1877; Schnerb, *Les débuts de la Rév. à Saverne* (*Revue d'Alsace*, t. 73, 1926); Saehler, *Montbéliard, Belfort et la Haute-Alsace au début de la Rév.* (*Mémoires de la Soc. d'émulation de Montbéliard*, t. 40, 1911); Mme Gauthier, *Voyage d'une Française en Suisse et en Franche-Comté depuis la Rév.*, Londres, 1790, 2 vol. in-8º.

13. Región del Loira: Bouvier, *J.-F. Rozier fils et les débuts de la Rév. à Orléans*, 1930; *Vendôme pendant la Rév.* (anónimo), t. 1.º, 1892; Dufort de Cheverny, *Mémoires*, t. 2, p. 85 y sigs., 1886; Miss Pickford, *The panic of 1789 in Touraine* (*English historical Re-*

view, t. 26, 1911); Desmé de Chavigny, *Histoire de Saumur pendant la Rév.*, 1892; Port, *La Vendée angevine*, t. 1.º, 1888; Bruneau, *Les débuts de la Rév. dans les départements du Cher et de l'Indre*, 1902; Pierre, *Terreur panique au Blanc* (Bull. Soc. Académique du Centre, t. 2, 1896); Courot, *Annales de Clamecy*, 1901; Charrier, *La Rév. à Clamecy et dans ses environs*, 1923; de Laguérène, *Pourquoi Montluçon n'est pas chef-lieu de département*, 1919; Perot, *L'année de la g. p.* [en Bourbonnais], 1906; Mallat, *Histoire contemporaine de Vichy*, 1921; obras de Denier; Grégoire et Viple sobre diferentes contornos del Allier; extracto de las notas del cura Hérault, de Saint-Bonnet-Trongais, facilitado por el señor Mauve, profesor de la Escuela Normal de Moalins; Arch. de Loiret, C 88 (Vendôme); L 767 (Saint-Denis-de-l'Hôtel); Biblioteca de Orléans, manuscritos Pataud, 565, fº 33.

14. Normandía: Borély, *Histoire de la ville du Havre*, 1880-1; Semichon, *Histoire de la ville d'Aumale*, t. 2, 1862; Marquise de la Tour-du-Pin, *Journal d'une femme de cinquante ans*, t. 1.º, 1891; Moynier de Villepoix, *La correspondance d'un laboureur normand* (Mém. Acad. Amiens, t. 55, 1908); Saint-Denis, *Histoire d'Elbeuf*, 1894; Dubreuil, *La g. p. à Évreux et dans les environs* (Revue normande, 1921); *Les débuts de la Rév. à Évreux* (La Révolution française, t. 76, 1923); *Le comité permanent d'Évreux* (Annales révolutionnaires, t. 12, 1920); Monder, *Le mouvement municipal à Pont-Audemer* (Bull. Comité des Travaux hist., 1904); Du Bois, *Histoire... de Lisieux*, 1845; Mourlot, *La fin de l'ancien régime et les débuts de la Rév. dans la généralité de Caen*, 1913; Duval, *Éphémérides de la moyenne Normandie et du Perche en 1789*, 1890; Nicolle, *Histoire de Vire pendant la Rév.*, 1923; Jousset, *La Rév. au Perche*, 3.ª parte, 1878.

15. Maine: Triger, *L'année 1789 au Mans et dans le Haut-Maine*, 1889; Duchemin et Triger, *Les premiers troubles de la Rév. dans la Mayenne* (Revue hist. du Maine, t. 22, 1887); Gaugain, *Hist. de la Rév. dans la Mayenne*, t. 1.º, 1921; Gauchet, *Château-Gontier de janvier à juillet 1789* (Bull. Comm. hist. de la Mayenne, t. 43, 1927);

Fleury, *Le district de Mamers pendant la Rév.*, t. 1.^o, 1909; Joubert, *Les troubles de Craon du 12 juillet au 10 septembre 1789* (*Bull. Comm. hist. de la Mayenne*, t. 1.^o, 1888-9).

16. *Bretaña*: Levot, *Histoire de la ville et du port de Brest*, 1864; Bernard, *La municipalité de Brest de 1750 à 1790*, 1915; Haize, *Histoire de Saint-Servan*, 1907; Pommeret, *L'esprit public dans les Côtes-du-Nord pendant la Rév.*, 1921; Mellinet, *La commune et la milice de Nantes*, t. 6, 1841.

17. *Poitou*: Marquis de Roux, *La Rév. à Poitiers et dans la Vienne*, 1912; Deniau, *Hist. de la Vendée*, t. 1.^o, 1878; Chassin, *La préparation de la guerre de Vendée*, 1912; Hérault, *Hist. de la ville de Châtellerault*, t. 4, 1927; Favraud, *La journée de la grande peur* [en Nueil-sous-les-Aubiers] (*Bull. Soc. archéologique de la Charente*, 1915); Fillon, *Recherches... sur Fontenay-le-Comte*, t. 1.^o, 1846.

18. *Pays Charentais*: George, *Notes sur la journée de la peur à Angoulême* (*Bull. Soc. arch. de la Charente*, 7.^a serie, t. 6, 1905-6); Jeandel, *La peur dans les cantons de Montbron et de Lavalette* (*ibidem*); *Livre-journal de F. et F. J. Gilbert, juges en l'élection d'Angoulême* (*Mémoires Soc. arch. de la Charente*, 1900); B. C., *La grande peur* [en Ozillac] (*Revue de Saintonge*, t. 21, 1901); Saint-Saud, *La g. p.* [en Coutras] (*ibid.*); Audiat, *La journée de la g. p.* [en Montendre] (*ibid.*); Vigen, *La g. p.* [en Saintes] (*ibid.*); Pellisson, *Mouvement populaire à Angeduc* (*Bull. Soc. des archives hist. de la Saintonge et de l'Aunis*, t. 1.^o, 1876-9); Delamain, *Jarnac à travers les âges*, 1925; Babaud-Lacroze, *La g. p. dans le Confolentais et Lettre de Mme de Laperdousie* (*Bull. et mém. de la Soc. de la Charente*, 7.^a serie, t. 8, 1907-8, y 8.^a serie, t. 1.^o, 1910).

19. *Lemosin*: Una gran parte de los textos están reunidos en: Leclerc, *La g. p. en Limousin* (*Bull. Soc. arch. et hist. du Limousin*, t. 51, 1902); Sagnac, *Lettre circulaire du Comité permanent de la ville d'Uzerche* (*Revue d'histoire moderne*, t. 2, 1900-1); Forot, *L'année 1789 au Bas-Limousin*, 1908.

20. *Auvernia, Forez, Gécaudan*: Mège, *La g. p.*, 1909; Boudet, *La g. p. en Haute-Auvergne*, 1909; Brossard, *Hist. du dép. de la Loire pendant la Rév.*, 1905; Galley, *Saint-Étienne et son district pendant la Rév.*, 1904; Gustave Lefebvre, *Note de quelques événements arrivés dans la commune de Lavalla (Loire) pendant la période révolutionnaire*, 1890; Charléty, *La g. p. à Rive-de-Gier (La Révolution française, t. 42, 1902)*; Cohas, *Saint-Germain-Laval pendant la R.*, 1906; Delon, *La R. en Lozère*, 1922.

21. *Périgord*: Bussière, *Études historiques sur la R. en P.*, t. 3, 1903; *Une panique à Brassac* [anónimo] (*Bull. Soc. du P.*, t. 3, 1876); Hermann, *La g. p. à Reillac (La Révolution française, t. 29, 1895)*; Dubut, *La g. p. à Saint-Privat-des-Prés (ibid., t. 75, 1922, p. 142)*.

22. *Agenais, Quercy, Rouergue, Toulousain, Armagnac*: Boudon de Saint-Amans, *Hist. ancienne et moderne du département de Lot-et-Garonne*, t. 2, 1836; Proche, *Annales de la ville d'Agen (R. de l'Agenais, t. 8, 1881)*; Granat, *La Révolution municipale à Agen (ibid., t. 32, 1905)*; de Mazet, *La Rév. à Villeneuve-sur-Lot*, 1895; Guilhamon, *La g. p. dans le Haut-Agenais (R. de l'Agenais, t. 38, 1911)*; Paumès, *La g. p. dans le Quercy et le Rouergue (Bull. Soc. des Etudes du Lot, t. 37, 1912)*, donde se han reunido gran cantidad de textos; Latouche, *Essai sur la g. p. en 1789 dans le Quercy (Revue des Pyrénées, t. 26, 1914)*; Combarieu, *L'année de la peur à Castelnau (Bull. hist. et philologique du Com. des Travaux hist, 1896, p. 107)*; Sol, *La Rév. dans le Quercy*, s. d. (1929); Combes, *Hist. de la ville de Castres*, 1875; Rossignol, *Hist. de l'arrond. de Gaillac pendant la Rév.*, 1902; Baron de Rivières, *Trouble arrivé dans la ville de Montmiral (Bull. Soc. arch. du Midi de la France, t. 13, 1893)*; Pasquier, *Notes et réflexions d'un bourgeois de Toulouse au début de la Rév.*, 1917; *La panique à Villemur (Revue des Pyrénées, t. 10, 1898)*; *La panique à Seysses (ibid., t. 26, 1914)*; Garrigues, *La terreur panique à Montas-truc-la-Conseillère (Revue des Pyrénées, t. 25, 1913)*;

Décap, *La g. p. à Muret* (*Revue de Comminges*, t. 21, 1906); Lamarque, *La Rév. à Touget* (*Bull. Soc. arch. du Gers*, t. 23, 1922).

23. *Región pirenaica*: Arnaud, *Hist. de la Rév. dans le dép. de l'Ariege*, 1904; *Mémoires du comte Faydet de Terssac*, publ. p. Pasquier y Durban (*Bull. de la Soc. ariégeoise*, t. 8, 1901); Baudens, *Une petite ville pendant la Rév. (Castelnau-Magnac)* [*Revue des Pyrénées*, t. 3, 1891]; nota de Rosapelly según Sarreméjean, *Répercussions de la Rév. française à Villelongue et dans la haute vallée d'Argelès*, 1914 (*Rev. des Hautes-Pyrénées*, 1929); Duvrau, *Les épisodes hist. de la Rév. française à Lourdes*, 1911.

24. *Franco-Condado*: Estignard, *Le Parlement de Franche-Comté*, t. 2, 1892; Huot-Marchand, *Le mouvement populaire contre les châteaux en Franche-Comté* (*Annales franc-comtoises*, t. 16, 1904); Hyenne, *Documents littéraires relatifs au château de Quincey* (*R. littéraire de Franche-Comté*, 1864-5); Sommier, *Hist. de la Rév. dans le Jura*, 1846; Sauzay, *Hist. de la persécution réolut. dans le dép. du Doubs*, t. 1.º, 1867; Gauthier, *Besançon, de 1774 à 1791*, 1891; *Besançon de 1789 à 1815*; *Journal de J. E. Laviron* (*Revue rétrospective*, t. 16, 1892); Girardot, *La ville de Lure pendant la Rév.*, 1925; Duhem, *La g. p. à Morez* (*Mém. Soc. d'émulation du Jura*, 11.ª serie, t. 5, 1927); Girard, *Chroniques arboisiennes*, 1906; Guillemaut, *Hist. de la Rév. dans le Louhannais*, t. 1.º, 1899; Briffaut et Mulson, *Hist. de la vallée de l'Amance*, 1891; Gatin, Besson y Godard, *Hist. de Gray*, 1892; Paget, *Monographie du bourg de Marnay*, 1927; Mathez, *Pontarlier dans la Rév. (La Révolution française*, t. 9-11, 1885-6); H. y M. Baumont, *La Rév. à Luxeuil*, 1930; Archives de Vesoul (*Délibérations du corps de ville*), de la Haute-Saône (B 4187, 6486, 6886; C 134, 194, 229); du Doubs (B 3923; E 141, 322; Archives de Morteau et de Vuillafans); de Besançon (*Délibérations du corps de ville*); de Dôle (n. 1733).

25. *Borgoña*: Millot, *Le Comité permanent de Dijon*, 1925; Patoz, *Essai sur la Rév. dans le bailliage de Saulieu pendant l'année 1789* (*Bull. Soc. de Semur*, t. 35, 1906-7); Durandeau, *Les châteaux brûlés*,

1899; Dumay, *P.-v. de l'adm. munic. d'Auxerre pendant la Rév.* (Bull. Soc. de l'Yonne, t. 45-7, 1891-3); Giraud, *Analyse des délibérations municipales d'Avallon pendant la Rév.* (Bull. Soc. d'Études d'Avallon, 1910-11); Tynturié, *Notice hist. sur le village de Chazeuil*, 1851; Archives d'Autun, BB 78.

26. Mâconnais: Bernard, *Tournus en 1789* (*Annales Académie de Mâcon*, 3.^a serie, t. 13, 1908); H. George, *Hist. du village de Davayé*, 1906; Archives de Saône-et-Loire, B 705, 1322, 1716-7-8, 2056, 2276; L^{ii-iv} (distrito de Bellevue-les-Bains); Arch. de Mâcon, BB 230, FF 67.

27. Bresse, Dombes, Bugey: Jarrin, *Bourg et Belley pendant la Rév.*, 1881; Archives de Bourg, BB 227; Karmin, *La g. p. dans le pays de Gex* (*Revue hist. de la Rév. et de l'Empire*, t. 7, 1915); E. Dubois, *Hist. de la Rév. dans l'Ain*, t. 1.^o, 1931; Documents communiqués par M. Morel, archiviste de l'Ain, sur Trévoux et Thézillieu; Arch. de Mâcon, FF 67; *Lettre à Camus*, Lyon, 30 juillet 1789 (*Rev. de la Révolution*, t. 6, 1885).

28. Lyon: P.-v. des séances du corps municipal de la ville de Lyon, t. 1.^o, 1899; Wahl, *Les premières années de la Rév. à Lyon*, 1894; Besançon, P.-v. des séances des administrations municipales de Villefranche-sur-Saône, t. 1.^o, 1904; Missol, *Les derniers jours de la milice bourgeoise de Villefranche* (*La Révolution française*, t. 32, 1897); Le Mau de Talancé, *Cahiers de mémoires inédits de la baronne Carra de Vaux* (Bull. Soc. du Beaujolais, t. XI, 1910); Arch. du Rhône, C 6 et fonds de la maréchaussée; Bibliothèque de Lyon, fonds Costes, 110, 910, 350494, 350499.

29. Delfinado: Conard, *La g. p. en Dauphiné*, 1902; Riollot, *La Tour-du-Pin pendant la Rév.*, 1912; Caudrillier, *La baronnie de Thodure en 1789* (*La Révolution française*, t. 49, 1905).

30. Vivarais: Régné, *La g. p. en Vivarais* (*Revue hist. de la Rév.*, t. 10, 1916); *Une relation inédite de la révolte des masques armés* (*ibid.*, t. 8, 1915).

31. *Bajo Delfinado y Provenza*: Miss Pickford, *The panic of 1789 in Lower Dauphiné and Provence* (*English historical Review*, t. 29, 1914); Destandau, *La g. p. aux Baux* (*Bull. Soc. des Amis du Vieil Arles*, 1913); Brun, *La g. p. à Saint-Michel* (Basses-Alpes), et Honoré, *La g. p. en Basse-Provence* (*La Révolution française*, t. 75, 1922, p. 141); Aix en 1789 (*Nouvelle Revue rétrospective*, 10 octobre 1900); Viguier, *Les débuts de la Rév. en Provence*, 1894; A. Young, *Voyages en Italie*, trad. Soulès, 1796 (ejemplar de la Biblioteca universitaria de Estrasburgo, con anotaciones manuscritas, D 126400); *Un écho de la g. p.*, à Montélimar (*Provincia*, revue de la Société Historique de Marseille, t. 9, 1929).

32. *Bajo Languedoc y Rosellón*: Comte de Foulon, *Notice des principaux événements qui se sont passés à Beaucaire depuis l'assemblée des notables en 1788*, 1836; Chabaut, *La foire de Beaucaire de 1789 à 1796* (*Annales hist. de la Rév.*, t. 4, 1929); Rouvière, *Hist. de la Rév. dans le dép. du Gard*, t. 1.º, 1887; Falgairolle, *Vauvert pendant la Rév.*, 1897; Granier, *Lunel pendant la Rév.* 1905; Duval-Jouve, *Montpellier pendant la Rév.*, t. 1.º, 1879; Joucaille, *Béziers pendant la Rév.* (*Bull. Soc. de Béziers*, 2.ª serie, t. 16, 1893-1894); Torrells, *Hist. du clergé dans le dép. des Pyrénées-Orientales pendant la Rév.*, 1890; Perpignan pendant la Rév., 1897; Vidal, *Hist. de la Rév. dans les P.-O.*, t. 1.º, 1886; du Lac, *Le général comte de Précý*, 1908 (Collioure); Armagnac, *Les premières journées de la Rév. à Caudiès* (*Revue d'hist. et d'arch. du Roussillon*, t. 1.º, 1900).

33. *Pánicos anteriores y subsecuentes*: Cabié, *Paniques survenues dans le Haut-Languedoc au XVIII^e siècle* (*Revue du Tarn*, 2.ª serie, t. 17, 1900); Chaudron, ouvrage cité n.º 9; Chiselle, *Une panique normande en 1848* (*Revue: Le Penseur*, avril 1912); Macaulay, *Histoire d'Angleterre depuis l'avènement de Jacques II*, chapitre x; lettre de Vernon, ancien vicaire épiscopal de Seine-et-Marne, 25 sept. 1793 (*Annales hist. de la Rév.*, 1931, p. 171); Le Ménestrel, ouvrage cité n.º 5, p. 102; Klipffel, *La g. p. à Metz* (*Le Pays lorrain*, 1925).

Notas

[*] Paisaje rural caracterizado por numerosas parcelas, cercadas por árboles y arbustos; de forma irregular, de dimensiones desiguales y de tierra no muy fértil. [T.]. <<

[*] Es decir, aquellas donde algunas mercaderías pagaban derecho de admisión. [T.]. <<

[*] Revolucionario normando, típico de las ciudades de Ruán y Caen. [T.]. <<

[*] Distintos tipos de bandas armadas que asolaron el noroeste de Francia en los siglos XIV y XV. [T.]. <<

[*] Derecho sobre gavillas. [T.]. <<

[*] Circunscripción de caza. [T.]. <<

[*] O sea, aquel que explotaba una parcela sometida a prestaciones fijas en metálico o especies y que debía, además, servicios de trabajo. [T.]. <<

[**] Es decir, de primera instancia. [T.]. <<

[*] Fiestas del 1.º de enero y 1.º de mayo. [T.]. <<

[*] Censo percibido sobre el monto de una herencia vendida en un señorío. [T.]. <<

[*] Derecho real que gravaba la condición de no noble. [T.]. <<

[*] Regimientos de caballería integrados por tropas alemanas y croatas, respectivamente. [T.]. <<

[*] Club político de tendencia jacobina. [T.]. <<

[*] Jurisdicción del *veguer*, oficial señorial a justicia [T.]. <<

[*] Denominaciones referidas respectivamente a campesinos que produjeron revueltas en Ile de France (siglo XIV), Lemosin y Normandía (siglo XVI). [T.]. <<

[*] O sea donde los bienes eran inalienables. [T.]. <<

[*] Instrumento de defensa tradicionalmente usado por los nobles desde la Edad Media. [T.]. <<

[*] Funcionario que presidía una *généralité* o Departamento de Intendencia (división financiera). [T.]. <<

[1] Capital de cantón del departamento del Orne. <<

[2] Capital del cantón de Deux-Sèvres. <<

[3] *A.H.R.F.*: abreviatura de *Annales historiques de la Révolution française*. <<

ÍNDICE

El gran pánico de 1789	2
PREFACIO	6
1. El campo en 1789	9
CAPÍTULO I EL HAMBRE	10
CAPÍTULO II LOS VAGABUNDOS	18
CAPÍTULO III LOS MOTINES	30
CAPÍTULO IV LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN Y LAS PRIMERAS SUBLEVACIONES CAMPELINAS	43
CAPÍTULO V LOS COMIENZOS DEL ARMAMENTO POPULAR Y LOS PRIMEROS “PÁNICOS”	59
2. El “complot aristocrático”	71
CAPÍTULO VI PARÍS Y LA IDEA DE COMLOT	72
CAPÍTULO VII LA PROPAGACIÓN DE LAS NOTICIAS	83
CAPÍTULO VIII LA REACCIÓN DE LA PROVINCIA CONTRA EL “COMLOT”	93
CAPÍTULO IX LA REACCIÓN DE LA PROVINCIA CONTRA EL “COMLOT”	114
CAPÍTULO X LAS SUBLEVACIONES CAMPELINAS	126
CAPÍTULO XI EL TEMOR ANTE LOS SAQUEADORES	156
3. El gran pánico	172
CAPÍTULO XII LOS CARACTERES DEL GRAN PÁNICO	173
CAPÍTULO XIII LOS PÁNICOS PRIMITIVOS	181

CAPÍTULO XIV LA PROPAGACIÓN DE LOS PÁNICOS	187
CAPÍTULO XV LOS PÁNICOS DEL ANUNCIO	197
CAPÍTULO XVI LOS RELEVOS	205
CAPÍTULO XVII LAS CORRIENTES DEL GRAN PÁNICO	212
CAPÍTULO XVIII LOS PÁNICOS ULTERIORES	248
CAPÍTULO XIX LAS CONSECUENCIAS DEL GRAN PÁNICO	252
CONCLUSIÓN	261
APÉNDICE	264
ADDENDUM	266
BIBLIOGRAFÍA	272
Notas	283